

Rosa Villada

*El peregrino,  
la muerte  
y el diablo*



El peregrino, la muerte y el diablo

EL PEREGRINO, LA MUERTE Y EL DIABLO  
*Primera edición. Junio de 2012*

Autora: *Rosa Villada*

Ilustración de la cubierta: *Sergio Bleda*

Fotografía de la contraportada: *Adela Roldán*

ISBN: 978-84-615-8716-2

Depósito legal: *AB-210-2012*

© Todos los derechos reservados.

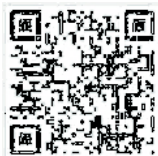
Prohibida la reproducción sin autorización de los autores.

Imprime: *Gráficas Campollano*

*información@graficascampollano.com*

[www.rosavillada.es](http://www.rosavillada.es)

[rosavillada@ono.com](mailto:rosavillada@ono.com)



# EL PEREGRINO, LA MUERTE Y EL DIABLO

Rosa Villada



*A mi padre, Manolo,  
que camina ya por otra vida.*

*A mi nieto, Jorel,  
que ha iniciado su andadura  
por este mundo.*

*«Temo que si mis demonios me abandonan,  
mis ángeles también levanten el vuelo».*

Rainer María Rilke

*«Todo es posible e inusitado.  
El tiempo y el espacio no existen.  
Sobre una débil trama de realidades,  
la imaginación teje y modela nuevas formas».*

August Strindberg

*«Gracias a la vida  
que me ha dado tanto.  
Me ha dado la marcha  
de mis pies cansados.  
Con ellos anduve  
ciudades y charcos,  
playas y desiertos,  
montañas y llanos...»*

Violeta Parra

He visto delfines en Finisterre. Ha sido esta mañana, muy temprano, cuando paseaba por el puerto. No sé con exactitud cuántos había. Debían ser cuatro o cinco. Nadaban en círculo y, de vez en cuando, saltaban hacia arriba para volver a sumergirse a continuación. Parecían bailarines ejecutando una coreografía perfectamente ensayada, con unos movimientos totalmente sincronizados. Mi corazón ha saltado de alegría al verlos, como si una parte de mi interior conectase con esos seres mágicos. De pronto han desaparecido, se han esfumado. Yo he seguido paseando, sin poder borrar la sonrisa de mi boca. Su presencia me ha parecido un buen augurio, que he relacionado con el ser que crece en mis entrañas.

Un rato después, mientras estaba sentada en las rocas, contemplando el mar en calma, he vuel-

to a verlos. Me ha dado la impresión de que jugueteaban entre ellos, y he sentido que todo aquel espectáculo era solo para mí, que se desarrollaba ante mis ojos para que yo lo viera. Dicen que los delfines tienen muchas cosas en común con los seres humanos, y que la composición genética de su ADN es muy similar a la nuestra, que son seres inteligentes y luminosos, con un papel fundamental en la evolución del planeta. No tengo ninguna duda de que esto es así, aunque no hace mucho tiempo me habría reído si alguien me hubiera sugerido algo parecido.

Aún me cuesta creer lo mucho que ha cambiado mi vida en el último año y medio. Esta mañana lo recordaba y me hacía la siguiente pregunta: ¿Es mi vida la que ha cambiado, o soy yo? En realidad es una pregunta absurda, nunca se hubieran podido producir los cambios que ha experimentado mi existencia, sin que yo hubiera modificado mi manera de verme a mí misma, a los demás, y al mundo que me rodea. Quizás el cambio más importante es que ya no me siento víctima de las circunstancias. Ahora sé, con total seguridad, que nadie conspira contra mí, sino que soy yo, con mis pensamientos, emociones y con mis actos, la que voy estableciendo mis experiencias futuras. Lo que voy a contar en este libro son las vivencias que me han transformado. ¿Por qué lo hago, qué es lo que

me mueve a escribirlas? Nada excepto una necesidad interna. La idea me ronda por la cabeza desde hace tiempo y una vocecilla interior me dice una y otra vez que escriba este libro. He intentado zafarme de ella. He intentado convencerme de que no voy a ser capaz de hacerlo. Esta es una actividad desconocida para mí. Más allá de los informes profesionales que hacía sobre mis pacientes, cuando ejercía como psicóloga, o de los trabajos que tuve que realizar mientras estudiaba la carrera, nunca me he tenido que enfrentar a este tipo de escritura.

En esta ocasión, además, no se trata de escribir sobre otros, sino sobre mí misma y mis experiencias personales. Y ese trabajo me resulta abrumador. Sin embargo, ese vocecilla interna que me obliga a escribir, ha dado muestras de ser absolutamente terca y obstinada. Incluso se cuela en mis sueños para mostrarme, de mil maneras distintas, que debo escribir el relato de las vivencias que han ocupado los últimos meses de mi vida, y que han propiciado un gran cambio en mí y en mi existencia.

Así que, después de resistirme durante un tiempo, me he rendido a la evidencia y he empezado con mi relato el mismo día de otoño en que he visto delfines en Finisterre. Espero que, tal y como ellos juegan en este mar del fin de la tierra, pueda yo moverme, a través de la escritura, por las aguas profundas de las emociones que tanto se han

agitado en mi interior, y que ahora se encuentran en calma... Pero creo que ha llegado ya el momento de presentarme.

Mi nombre es Rosalía Castro. No, no tengo ningún parentesco con la escritora y poetisa gallega. Aunque ahora que mi vida ha recalado en estas tierras, me pregunto si mi nombre no tenía algo de premonitorio. Dicen que, antes de venir a este mundo, le sugerimos a la que será nuestra madre qué nombre es el que queremos que nos ponga. No tengo ni idea de si esto es así o no. Tampoco me importa demasiado, aunque ahora siento que puede haber algo de verdad en esa leyenda y que, tal vez, el nombre que nos identifica sí encierre un significado oculto. La Cábala otorga un valor numérico a cada letra del alfabeto hebreo, y creo que la suma de esos valores numéricos, que se ocultan en nuestro nombre y apellidos, podría contener información valiosa sobre nuestro destino en la Tierra.

Acabo de cumplir cuarenta años, y éste sí que es un número simbólico muy aceptado en nuestra sociedad. Todo el mundo ha oído hablar de la crisis de los cuarenta, de la mediana edad. Yo misma he hablado muchas veces de ella con mis pacientes, pues se supone que en torno a los cuarenta hemos llegado a la mitad de nuestra vida y los valores que hasta ese momento nos han servido como guía y sustento, empiezan a hacer aguas por todas partes,

hasta conseguir ahogarnos en nuestras emociones descontroladas. Yo tenía 39 años cuando todo mi mundo se vino abajo. Pasé por un doloroso divorcio, me despidieron de mi trabajo y me sumergí en un pozo sin fondo al comprobar que toda mi experiencia, mi formación profesional y mi prestigio como psicóloga no me sirvieron de nada para salvar la vida de un joven paciente, que terminó suicidándose.

Aún recuerdo aquellos momentos como los más dolorosos de toda mi vida. Ante la muerte de Rafael, todas las demás pérdidas que experimenté entonces sólo tenían un valor secundario. Ahora lo sé, aunque en aquellos momentos no supe darme cuenta; sé que mi matrimonio hacía mucho tiempo que no funcionaba y que mi trabajo se limitaba a una serie de pautas aprendidas, pero vacío de contenido. En realidad, fue Rafael el que, con su muerte, me puso ante los ojos todas las cosas que estaban muertas en mi vida, y yo no sabía o no quería verlas. Entonces me sentí víctima de las circunstancias y me pregunté una y otra vez qué había hecho yo para merecer aquello ¿Por qué? Era la pregunta que me hacía al levantarme, al acostarme, mientras caminaba como zombi durante el día, y peleaba con mis pesadillas durante la noche. No sé el tiempo que pasé lamentándome de mi suerte. ¿Por qué había tenido que pasarme a mí? Yo era

una psicóloga que se preocupaba por sus pacientes. Era la mejor. En la clínica que dirigían mi marido y su socia, trabajábamos tres psicólogos, pero los pacientes preferían que fuera yo quien los tratase, lo que me atraía muchas antipatías por parte de mis compañeros. El hecho de estar casada con Luis me hacía esforzarme todavía más en mi trabajo, para que nadie pudiera decir que era por ser su mujer, y no por méritos propios, por lo que yo ocupaba ese puesto. Daba lo mismo, de todas maneras sé que lo decían a mis espaldas. A pesar de eso, yo me esforzaba en demostrarles que no llevaban razón.

Ahora sé que nadie puede poner su vida en manos de las opiniones de los demás. Y también sé que si esto me afectaba tanto era porque en el fondo yo misma no me consideraba lo suficientemente valiosa como para que estas habladurías no me importasen.

Precisamente me asignaron a Rafael como paciente porque yo era la más preparada para tratarlo. Cuando llegó a mi consulta ya había tenido varias tentativas de suicidio. Yo era orgullosa y para mí fue un reto profesional, más que una persona que busca desesperadamente un hilo al que poder aferrarse para mantenerse atado a la vida. Jamás pensé que pudiera perder aquel «caso». Porque, como digo, para mí no dejaba de ser un caso clínico en lugar de un drama humano. Su muerte

puso en jaque toda mi vida y los pilares que hasta ese momento me habían sustentado se desplomaron ante mis narices, convirtiendo toda mi existencia en una ruina.

Con la excusa de que esta muerte me había afectado mucho emocionalmente, y no estaba en condiciones de atender a otros pacientes, me alejaron de mi trabajo hasta que estuviera recuperada. Yo lo agradecí. Estuve varios días recluida voluntariamente en mi casa, sin dejar de llorar. Mi mundo se reducía a la cama y al sofá, cuando no estaba deambulando con la mente ausente. Luis dijo que no podía atenderme como a él le gustaría porque en esos momentos, más que nunca, debía estar en la clínica y velar para que no se viniera abajo el prestigio que tanto le había costado conseguir. Yo lo entendí o, mejor dicho, me dio igual. En realidad lo único que quería era estar sola, y cualquier compañía me estorbaba.

Después de mucho insistir, me convenció para que abandonase Madrid y me fuera unos días a Ávila, el lugar donde había nacido y donde vivían mis padres. No fui una buena compañía para ellos. Los dos se esforzaban por hacerme volver a la vida, pero con poco éxito. Sin embargo, fue allí, en Ávila, donde sentí por primera vez la llamada del Camino de Santiago. Y fue recorriendo esta

ruta cuando mi vida experimentó un cambio trascendental. Pero no adelantemos acontecimientos.

Después de pasar casi un mes en Ávila, volví a Madrid. Aunque todos los días hablaba por teléfono con Luis, no nos habíamos visto desde que salí de casa. No sabría decir si le había echado de menos. En un primer momento esperé que fuera a verme durante los fines de semana. Pero siempre había alguna excusa, tenía algo que hacer que le impedía acercarse hasta donde me encontraba. Pasados unos días, creo que ni siquiera me llegué a plantear su ausencia. Seguramente me dio miedo enfrentarme al hecho de que nuestro matrimonio lo era solo de nombre, pero que no había nada que nos uniera. Ni siquiera habíamos tenido hijos, durante los diez años que llevábamos casados y, en ese momento, me empecé a preguntar cuál era la razón.

Fue mi madre la que me hizo reflexionar sobre este asunto. Antes de dejar la casa familiar en Ávila, para regresar a Madrid, me preguntó a bocajarro:

—¿Rosalía, por qué Luis y tú no habéis tenido hijos?

Me quedé sorprendida con su pregunta, que me pilló desprevenida, y me di cuenta de que no sabía qué responderle. Tras unos segundos de desconcierto, le dije, encogiéndome de hombros:

—No lo sé, mamá. No creo que haya ninguna razón concreta.

Ella se quedó callada unos instantes, y volvió a la carga:

—Bueno, nunca me he atrevido a decirte nada, pero ¿no habéis pensado alguna vez en tener hijos, no lo habéis hablado?

Intenté hacer memoria de si alguna vez Luis y yo habíamos tenido alguna conversación similar a la que planteaba mi madre. Recordé que lo habíamos comentado hacía mucho tiempo, cuando llevábamos casados un par de años.

—Sí —le dije—, al poco de casarnos hablamos del tema y decidimos que no era el momento más oportuno. Luis acababa de abrir la clínica y había que sacarla adelante.

—Ya —respondió mi madre, con poca convicción— ¿Y tú, no podías compaginar tu trabajo con la crianza de un bebé? Mucha gente lo hace, trabaja y tiene hijos. Si no fuera así, el mundo se habría acabado hace muchos años.

Empecé a sentirme molesta con el interrogatorio al que me sometía mi madre. ¿A cuento de qué venía ahora ese repentino interés? —me pregunté, molesta— No era mi intención responderle de mala manera, y decirle que a ella no le importaba lo que Luis y yo hubiéramos decidido sobre la conveniencia o no de tener hijos; por eso intenté

poner fin a la conversación, sin que se me notara el enfado:

—No sé, mamá. Decidimos no tener hijos y no los hemos tenido, no creo que la cosa sea muy importante. Mi trabajo me llena por completo y no echo de menos estar limpiando mocos y cambiando pañales.

Como el que no quiere la cosa, mi madre no se rindió y me soltó de una:

—Tu trabajo habrá podido llenarte en el pasado, no digo que no, pero ahora, en estos momentos, es obvio que no te llena. No quiero ser cruel contigo, ni añadir más dolor al que ya tienes, hija; pero se me rompe el alma cuando te veo así.

—¿Así cómo? —pregunté con rabia.

—Pues así, vacía, sin nada —contestó con rapidez—. Sin trabajo, sin ilusión y sin marido.

La miré con sorpresa. No podía dar crédito a sus palabras.

—¿Por qué dices que no tengo trabajo ni marido? —le grité— Sigo teniendo el mismo trabajo que tenía y el mismo marido que cuando llegué.

—Pues no creo que lo tengas —respondió ella con calma— ¿te parece normal que Luis no haya venido a verte ni un solo día? Si fuera tu marido de verdad estaría a tu lado en unos momentos tan duros como los que estás pasando.

—Vale, mamá, ya veo que no lo entiendes

—concluí, dando por finalizada la conversación—. Voy a dar un paseo —añadí, levantándome del sofá y dejándola sola en el salón para dirigirme a la puerta de la calle.

Mientras cogía mi bolso y una chaqueta del perchero, aún pude oír sus palabras, gritándome:

—Pues no, yo no lo entiendo. ¿Y tú, lo entiendes tú?

El paseo y el aire fresco de la tarde hicieron que me tranquilizase poco a poco. Pero solo en apariencia. Mi cabeza seguía bullendo, dándole vueltas a la conversación que acababa de mantener con mi madre. ¿Por qué tanto interés con el tema de los hijos?, me pregunté. Pero lo que me inquietaba realmente eran sus últimas palabras: que no tenía ni trabajo ni marido. Intenté quitármelas de la cabeza. Me dije que eran aprensiones propias de una mujer mayor, chapada a la antigua, que nunca había trabajado fuera de su casa y no concebía que ahora las mujeres teníamos otras prioridades que las de ser madres. A pesar de mis razonamientos, y de intentar convencerme de que no pasaba nada fuera de lo normal, en mi pecho se había instalado una opresión, que no quería abandonarme.

Continué el paseo, rodeando la muralla, absorta en mis pensamientos. Divisé a lo lejos un grupo de personas, en su mayoría mujeres, que se dirigían hacia algún lugar que yo ignoraba. Sin saber muy bien por qué, me uní discretamente a ellas

cuando me dieron alcance y las seguí. Por el camino que llevaban me di cuenta de que se dirigían a la Encarnación, el monasterio en el que estuvo y fue priora Santa Teresa de Jesús. Desde que había ido allí de niña, con una excursión del colegio, no había vuelto a aquel lugar. Algo me impulsó a seguir con el grupo, que iba precedido de un guía turístico. Pagué mi entrada y realicé la visita con ellos, recordando las estancias que ya había visto en mi niñez: la celda que ocupó la santa siendo priora, el locutorio y una escalera en la que, según cuentan, Teresa se cruzó con un niño que le preguntó quien era ella. Ésta le respondió: «Teresa de Jesús». Al interesarse la monja por quién era el niño, éste le respondió: «Yo soy Jesús de Teresa».

Al escuchar este relato del guía, recordé que esta historia me fascinaba cuando era pequeña, y una especie de calorcito invadió mi interior. Lo mismo me ocurrió cuando visitamos la capilla de la transverberación, construida sobre la celda que habitó la santa durante más de veinte años y donde vivió una extraordinaria experiencia mística. Según contó ella misma, un ángel le atravesó el corazón con un dardo.

Visitando este lugar, me olvidé por unos momentos de mis propios problemas. Al salir del monasterio me quedé un buen rato junto a una estatua que representa a Teresa andariega, quien no

dudó en echarse a los caminos para realizar sus fundaciones. Contemplándola, me puse a llorar, sin saber por qué. Empecé a compadecerme de mí misma, a preguntarme, una vez más, por qué me sentía tan desvalida y desamparada. En un gesto impropio de mí, me volví hacia la estatua y le dije: «Dime qué debo hacer, me encuentro en un callejón sin salida». Obviamente, la estatua no me contestó. Algo más tranquila, me reí de mí misma y emprendí el camino de regreso a casa de mis padres. Aunque no tenía ningún motivo, sentí que mi ánimo mejoraba y tomé una decisión: volver a Madrid de inmediato y enfrentar la situación. Ya estaba bien de lágrimas. No podría volver a tratar a ningún paciente si no aceptaba el hecho de que había perdido a uno de ellos. ¡Qué caray, yo era psicóloga! Se suponía que ayudaba a los demás a resolver este tipo de conflictos, para que pudieran enfrentarse a las pérdidas y seguir adelante con su vida.

Aunque me daba miedo volver a mi casa y a la clínica, el hecho de haber adoptado esta decisión me dio un valor que no había tenido hasta entonces. Incluso llegué a sentirme contenta y pensé que, ante mi súplica, tal vez Santa Teresa me hubiera transmitido algo de la energía y decisión de la que hizo gala durante toda su vida. Ante este pensamiento, insólito en mí, no pude dejar de sonreír.

Cuando llegué a casa de mis padres les anuncié que al día siguiente volvería a Madrid. Mi madre no hizo ningún comentario, ni volvió a mencionar la conversación que habíamos mantenido esa tarde. Les agradecí a ambos la paciencia que habían tenido conmigo, y cenamos de mejor humor que ningún otro día desde mi llegada. Les pedí que, si llamaba Luis, no le dijeran nada de mi vuelta a casa: «quiero darle una sorpresa» –les expliqué. Mi madre me miró, y noté su inquietud en esa mirada, pero no dijo nada. Esa noche dormí de un tirón, sin pesadillas. Al día siguiente mi padre me llevó en su coche a la estación y cogí el primer tren que iba para Madrid. Me pareció que se quedaba con ganas de decirme algo, pero que no se atrevía. Yo tampoco tenía ganas de conversar sobre mi vida privada con mi padre, dado que nunca lo habíamos hecho.

Al llegar a Chamartín, llamó mi atención un numeroso grupo de jóvenes con mochila, que iban a coger el tren. Deduje, por las conchas que llevaban colgadas, que se dirigían a hacer el Camino de Santiago. Me fijé en ellos, no sólo porque era un grupo bastante numeroso, sino por el jaleo que montaban. Gastaban bromas entre ellos, se les veía felices, pletóricos de alegría. Era muy difícil no reparar en su presencia. Todo el mundo los miraba. Cuando pasé al lado del grupo, les sonreí. Un joven captó mi sonrisa y, volviéndose hacia mí, me

dijo: ¡Buen camino, peregrina! Aunque no se parecían en nada, la mirada de aquel muchacho me recordó a Rafael. Ese recuerdo bastó para que mi estado de ánimo se tornase sombrío. Cogí un taxi y le dije al conductor la dirección de mi casa. Mientras circulábamos por las calles de Madrid, percibí el bullicio habitual, la rapidez de los coches, los atascos. Todo el mundo parecía tener prisa. Todo el mundo parecía saber a dónde iba. Todos menos yo. Sabía que me dirigía a la casa que había compartido con mi marido durante los últimos diez años. Sin embargo, en esos momentos, me parecía un lugar extraño. También me lo parecieron las calles de la ciudad, que sólo unas semanas antes formaban parte de mi mundo cotidiano.

Fue en esos instantes cuando supe que ese mundo familiar se había venido abajo para siempre y tuve la intuición de que ya nada volvería a ser igual. Hasta ese momento no había cobrado conciencia de que el decorado en el que se había desarrollado mi drama particular se había desmoronado, y el escenario de mi existencia aparecía vacío. Me vino a la cabeza la imagen de un teatro sin público, sin actores, sin luces, sin ningún atrezzo, sin nada. Y me vi a mí misma moviéndome por un escenario desnudo, como si el guión de mi existencia ya se hubiera representado y los actores que habían participado conmigo en ese drama hubieran

recogido sus bártulos y se hubieran marchado, una vez finalizada la obra.

Absorta en esta imagen, en mis pensamientos y en las emociones que provocaban, no me di cuenta de que estábamos llegando a mi casa. La voz del taxista me sacó de mi ensoñación, al preguntarme dónde me dejaba, dado que la calle era de dirección prohibida. Le respondí que parase allí mismo, en la esquina. El hombre bajó del taxi y sacó mi equipaje del maletero. Mientras lo hacía, y yo buscaba la cartera en el bolso para pagarle, vi a una pareja saliendo de mi chalet. Los dos reían. El hombre cogió a la mujer cariñosamente por la cintura y la besó, antes de que ambos se metieran en el coche que tenían aparcado un poco más adelante. Me quedé paralizada. Era Luis acompañado de Marta, su socia y, por lo visto, también su amante.

Arrastrando pesadamente la maleta llegué a la puerta, abrí la verja del jardín y empecé a buscar las llaves en el bolso. No las encontraba. Tuve que respirar profundamente un par de veces, para tranquilizarme un poco y no echarme a llorar allí mismo. Finalmente las encontré y abrí torpemente la puerta de mi casa. Entré y allí mismo, apoyada en la pared, di rienda suelta a mi dolor y empecé a llorar. No podía dar crédito a lo que acababa de ver. Por unos instantes me dije a mí misma que no podía ser, que seguramente yo había interpretado

mal un gesto cariñoso de Luis hacia Marta, que no tenía la menor importancia. De pronto me asaltó la duda, subí corriendo las escaleras y entré atropelladamente en mi dormitorio, buscando alguna evidencia de su infidelidad. No hizo falta, saltaba a la vista que en aquella cama no había dormido Luis solo. Experimenté un ligero mareo, y noté cómo el pecho me estallaba, hasta el punto de oprimirme la garganta. Sin fuerzas, me dejé caer en la cama y empecé a llorar de nuevo.

No sabría decir cuanto tiempo estuve así, ni los distintos estados de ánimo por los que pasé. Por una parte me sentía desolada, traicionada, decepcionada. Por otro lado, empecé a experimentar rabia y animadversión hacia mi marido y hacia Marta. Mi mente empezó a rastrear en el pasado buscando imágenes, palabras, o cualquier indicio que me permitiera saber desde cuándo Marta y Luis eran amantes. En algún momento llegué a la conclusión de que era algo que resultaba obvio, pero yo no lo había querido ver. Una parte de mí se sentía culpable por no haber sabido detectarlo a tiempo, o por no haber sabido responder a las expectativas que Luis hubiera puesto en nuestro matrimonio. En definitiva, me sentía culpable, y esos sentimientos me hacían más desgraciada todavía.

Mi llanto imparable se convirtió en el fruto de mi desconsuelo. Agotada por mi dolor, llegué a

quedarme dormida, como si en aquel estado onírico pudiera lograr que lo que tanto me afectaba no fuera real. Me desperté bruscamente, saliendo de un sueño muy vívido, del que sólo recordé el final. Rafael estaba allí, a mi lado, y me decía sonriendo: «Vamos, Rosalía, levántate, muévete, camina, pero no para huir de ti misma, sino para encontrarte. Yo me he ido para que tú despiertes. No hagas que mi muerte sea inútil».

Me desperté sobresaltada, sudorosa, cogiendo una gran bocanada de aire, como si me faltara para respirar. El sueño había sido tan real, que me produjo un gran desconcierto. Sin embargo, algo se había movido en mi interior. Me levanté de la cama y bajé al vestíbulo a por la maleta. La des hice y, a partir de ese momento me ocupé en tareas cotidianas. Me duché, cambié las sábanas, puse la lavadora y, con una actividad un poco enfermiza, empecé a recoger y a limpiar la casa. Miré en el frigorífico, hice una lista y llamé al supermercado para que me trajeran la compra. Puse la televisión, aunque no la miraba, preparé la comida y comí. Sólo mientras lo hacía se me ocurrió mirar al reloj. Era media tarde.

Dudé si debía llamar a Luis para decirle que había vuelto. Decidí que no lo haría. No sé si por retrasar un poco más la conversación que debíamos tener o, sencillamente, porque en esos momentos

me daba lo mismo verlo o no. Lo que estaba claro para mí es que no tenía mucho sentido seguir manteniendo la farsa de nuestro matrimonio.

Pensé entonces qué iba a pasar con el trabajo. Al fin y al cabo, Luis no sólo era mi marido, sino también mi jefe. Y Marta, su amante, era mi jefa. Esta situación me hizo gracia y sonreí con tristeza. «Vaya culebrón», me dije a mí misma. Obviamente, no me apetecía lo más mínimo seguir trabajando a sus órdenes, pero tampoco iba a tirar mi carrera por la borda. «Esto sí que no me lo esperaba –pensé en voz alta–, me voy a quedar al mismo tiempo sin marido y sin trabajo». Al verbalizar esta idea, me vinieron a la mente las palabras de mi madre. «No, si encima va a llevar razón», –me dije.

La cabeza empezaba a dolerme y no tenía ganas de seguir dándole vueltas a mi futuro. Decidí ver un rato la televisión y esperar a que Luis llegara. Después de rastrear con el mando en las distintas cadenas, y comprobar que no había nada de mi interés, volví a quedarme dormida en el sofá. Me despertó el ruido de la llave en la cerradura. Se había hecho de noche y yo estaba a oscuras en el salón. Luis encendió la luz, y al verme allí se sobresaltó.

–¡Joder, Rosalía, vaya susto me has dado!  
¿Cómo no me has avisado de que venías?

–Quería darte una sorpresa –dije incorporándome, esquivando el beso que iba a darme en la mejilla.

–Hubiera ido a recogerte a la estación, o incluso podía haberte recogido en Ávila.

–No creo que hubieras ido a por mí. No has asomado por allí desde que me fui, siempre ponías alguna excusa –añadí de mala gana, sin querer disimular mi enfado.

–¿Pasa algo? –preguntó– Estás muy agresiva conmigo.

–Pasa que quería darte una sorpresa y me la he llevado yo, al descubrir que Marta y tú estáis liados –le dije, dispuesta a poner las cartas boca arriba.

Luis se quedó callado por unos momentos y se sentó en un sillón que había junto al sofá. Suspiró profundamente antes de decir:

–No sé de dónde sacas esa conclusión.

–¿Lo niegas? –le pregunté, mirándolo fijamente a los ojos.

Nuevamente se quedó en silencio, mientras yo le mantenía la mirada. Finalmente dijo, bajando la voz:

–No, no lo niego ¿Cómo lo has sabido?

–Os he visto salir de casa esta mañana cuando llegaba en un taxi.

–Lo siento. –dijo él– No teníamos que ha-

ber dado lugar a que te enterases de esa manera Pensaba decírtelo, pero entonces ocurrió el suicidio de tu paciente y decidimos que no era el momento más oportuno.

–Ya, ¡qué considerados! –ironicé– Y ahora que lo sé, ¿qué vamos a hacer?

–Supongo que divorciarnos –respondió él con frialdad–. Mejor que hayan ocurrido las cosas de esta manera.

Sus palabras y su actitud, me cayeron como un jarro de agua fría. En aquellos momentos me di cuenta de que le había hecho un gran favor. Ni siquiera había tenido que pasar por el mal trago de decírmelo. Yo le había facilitado la situación y ahora se sentía aliviado. Lo que yo sintiera, mi sufrimiento, no le importaba lo más mínimo. Con su sentido práctico habitual, su egoísmo y su falta de sensibilidad, sólo se preocupaba de lo que era mejor para sus intereses. Sentí un enorme desprecio por él. Sin poder disimular mi rabia, afirmé:

–Tendremos que ver cómo resolvemos el papeleo del divorcio.

–De eso se ocupará el abogado –me interrumpió–, pero te advierto que yo no pienso dejar la casa. Si quieres, puedes irte tú. Al no tener hijos, todo será más fácil.

Esta última frase fue la gota que colmó el vaso. Era como si se dedicara a hurgar en la heri-

da. Una herida que ni yo misma era consciente de que tenía, hasta que mi madre había mencionado el asunto. Una oleada de emociones contradictorias amenazaba con adueñarse de mí y hacerme estallar en llanto. Con gran esfuerzo por mi parte logré controlarme y me limité a decir:

—También está el asunto del trabajo, ¿qué va a pasar ahora?

Con la misma frialdad de la que había hecho gala hasta ese momento, me dijo:

—De eso también quería hablarte. En realidad, Marta y yo decidimos, cuando se suicidó tu paciente, rescindir tu contrato porque tu presencia allí no era recomendable para el prestigio de la clínica. Compréndelo —añadió con un tono condescendiente—, nadie quiere ponerse en manos de una psicóloga a la que se le suicidan los pacientes.

—¿Los? —salté— ¿cómo «los»? ¿Cuántos pacientes se me han suicidado? —pregunté chillando, mientras empezaba a dar vueltas por el salón— ¡No me lo puedo creer, esto no está pasando!

—Vale, vale, sólo ha sido uno, pero aún así, no es algo que dé prestigio a una clínica —añadió, cargado de razón.

—¿Y cuándo pensabas comunicarme que ibais a despedirme, al mismo tiempo que me decías que tenías una amante? —pregunté fuera de mis casillas.

–Tranquilízate –me pidió acercándose a mí–. No te lo he dicho antes porque no estabas en condiciones. ¡Te afectó tanto la muerte de tu paciente!

–¡Que me afectó tanto! –repetí, sin dar crédito a lo que oía.

No sabía si reír o llorar. Aquella escena me parecía surrealista. Finalmente, pude decir:

–No se puede despedir a alguien que está de baja médica.

–Tú no estás de baja –respondió sonriendo, como si me hubiera pillado en alguna falta–. Sencillamente, has abandonado tu puesto de trabajo, sin dar más explicaciones.

–¿Cómo? –pregunté indignada– Tú sabes que eso no es así, que vosotros mismos me empujasteis a dejar de trabajar.

–Sí, yo lo sé, Marta lo sabe, y todos tus compañeros lo saben –sonrió cínicamente–, pero ni ella, ni yo ni tus colegas lo mantendremos ante ningún juez. Ya sabes que tus compañeros no te tienen mucha simpatía.

Me quedé tan desconcertada al escucharle, que no supe qué decir. No tenía fuerzas para nada, no podía pensar con claridad. Sólo fui capaz de balbucear unas palabras.

–Déjame tranquila, por favor. No quiero seguir hablando contigo, ni quiero verte nunca más.

Si tienes algo que decirme, hazlo a través del abogado. Puedes quedarte con la casa. Recogeré mis cosas cuanto antes y me iré. Pero no quiero volver a verte.

—De acuerdo —dijo Luis—. Espero que no tardes demasiado en recoger tus cosas, Marta se trasladará aquí en cuanto tú te vayas.

No le respondí ni le miré cuando salía del salón. Le oí llamar por el móvil, pero no presté atención. Supuse que hablaba con Marta. Subió al dormitorio y al poco rato escuché cómo se marchaba de la casa. Agradecí infinitamente la soledad. Me di cuenta de que era una vieja amiga que siempre caminaba a mi lado, pero hasta esos momentos no había sido consciente de su constante presencia. Suspiré profundamente y reflexioné, tomando conciencia de que, en realidad, no estaba sola, nunca lo había estado. Siempre me había acompañado mi soledad.

Tampoco iba a poder dormir esa noche. Miguel se incorporó en la cama soltando un largo suspiro de resignación. Permaneció un rato en la penumbra de su dormitorio. Finalmente, a tientas, se levantó y salió a la terraza. El mar rugía con la virulencia que solía hacerlo en Finisterre. Por algo llamaban a aquella zona la *Costa da Morte*. Sin embargo, no era un día clásico de tormenta. El cielo estaba despejado, había luna llena y sus reflejos luminosos rielaban en el «oscuro y tenebroso mar», como antaño lo habían denominado los romanos.

La linterna del faro en el que vivía Miguel proyectaba su luz en el horizonte. No se veía ningún barco. Nadie se hubiera atrevido a salir con el temporal. No era habitual tener una noche tan despejada y un mar tan embravecido. Era como si la tormenta se estuviera desarrollando en las entrañas

del océano. Pensó que aquel intenso y turbulento movimiento de las aguas era un reflejo de su desasosiego interior. ¿Por qué no conseguía dormir? —se preguntó sin mucha convicción, como si realmente no quisiera encontrar una respuesta.

Miguel se palpó la chaqueta del pijama, y de su bolsillo sacó un paquete de tabaco arrugado y un mechero. Consiguió rescatar un cigarrillo que no estaba roto, lo estiró, y se lo colocó en los labios. Lo encendió y aspiró profundamente el humo. Al expulsarlo, le sobrevino un golpe de tos. De forma automática decidió que debía dejar de fumar de nuevo. Jugueteó un rato con el mechero en la mano y, antes de volver a dejarlo en su bolsillo, lo miró a la luz de la luna. Tenía pintada una concha de color lila y blanca en uno de sus lados. En el dorso, figuraba una leyenda: «Yo he hecho el camino».

Sin duda, se refería al Camino de Santiago. Miguel recordó que había encontrado ese mechero en el suelo, mientras paseaba por los alrededores del faro. Cada día, numerosos peregrinos subían al atardecer hasta el faro de Finisterre para contemplar la puesta del sol. Eran peregrinos que, tras haber llegado a Santiago, continuaban su camino hasta ese lugar, como símbolo del final de su peregrinación. Allí cumplían con el ritual de quemar alguna prenda que hubieran llevado durante su camino por la ruta jacobea, para simbolizar que una

nueva naturaleza había emergido en su interior y que atrás quedaban, purificadas por el fuego, las vestiduras viejas de su personalidad, que ya no les servían para afrontar su nueva vida.

Mientras fumaba su cigarrillo, Miguel pensó en el tiempo que llevaba viviendo allí, más de un año, y en la cantidad de peregrinos que habían llegado hasta Finisterre, con la intención de contemplar la puesta del sol, en el lugar más alejado de la península. Algunos de ellos ya no volvían a sus casas, se quedaban allí engullidos por las aguas. Para estos peregrinos que morían allí, el nombre de Finisterre no era solo una metáfora, sino que realmente representaba el fin de su paso por la Tierra.

Cuando esto ocurría, en los alrededores del faro se vivían momentos presididos por el dolor y la muerte. Él podía verla cómo se paseaba por allí y se enseñoreaba entre los peregrinos, eligiendo a quién iba a llevarse ese día. Ya había visto la figura de la parca en otras ocasiones. Y esa imagen aterradora permanecía en su memoria durante muchas noches, siendo una de las causas que le impedían dormir.

Absorto en sus pensamientos, pero sin querer profundizar en ellos, Miguel soltó la colilla de su cigarrillo cuando se quemó los dedos. Nuevamente pensó que debía dejar de fumar. Antes no fumaba. Había empezado a hacerlo cuando su amigo Mario

lo acogió en el faro de Finisterre.

Miguel había conocido a Mario, muchos años atrás, cuando él estudiaba Teología en la universidad de Deusto y su amigo Psicología. Ambos congeniaron desde el primer momento y no habían perdido el contacto a lo largo del tiempo. Mario no llegó a terminar la carrera y optó por hacer unas oposiciones para farero, mientras que Miguel sí concluyó sus estudios y se ordenó como sacerdote.

Cuando conoció a Mario en Bilbao, ambos se pasaban horas y horas discutiendo sin parar sobre cualquier asunto. Casi siempre mantenían puntos de vista discrepantes, que ambos defendían con vehemencia. Mario aún conservaba hoy ese ardor juvenil que siempre tuvo para polemizar, aunque respetando las posturas contrarias. Miguel, sin embargo, no se parecía nada a aquel joven vitalista que hablaba sin cesar, de lo divino y lo humano, con su amigo.

Durante muchos años no se vieron, aunque no llegaron a perder el contacto. Se escribían por Internet y, de vez en cuando, mantenían alguna conversación telefónica. A raíz de la muerte del padre de Miguel, un año atrás, se volvieron a encontrar cuando Mario asistió al entierro en Noia, la localidad gallega donde ambos vivían. Miguel estaba tan abatido y desmejorado, que Mario ya no se separó de su lado y ofreció a su amigo la casa

que tenía en el faro de Finisterre para recuperarse.

Mario estaba recién divorciado de su mujer, que no había soportado vivir en aquel lugar. Al principio de casarse, estaba encantada con su papel de «farera consorte», como ella decía. Pero pronto se hartó del clima, del rugido del mar a sus pies, de las nieblas, de las tormentas, de los peregrinos que invadían su intimidad, según decía, de las puestas de sol, del faro del fin de la Tierra... y de Mario.

Malagueña de nacimiento, se fue una temporada a visitar a sus padres, y ya no volvió. Ni siquiera para recoger sus cosas. Mario intentó convencerla para que regresara a su lado, prometiéndole que pediría el traslado a algún faro de Andalucía. Pero fue en vano. Finalmente, Mario dejó de intentar su vuelta cuando supo, por su cuñada, que Rocío ya no estaba en la casa paterna, sino que vivía en Barcelona con un profesor de yoga al que había conocido durante un taller de fin de semana.

Poco tiempo después, Mario se llevó a Miguel con él al faro, en un desesperado intento de que su amigo recuperara la alegría de vivir que, por algún motivo que él desconocía, había perdido por completo, más allá del dolor que sintiera por la muerte de su padre. Mario siempre bromeaba diciéndole a Miguel que eran una «pareja de hecho perfecta», pues respetaban mutuamente sus silencios, y sólo hablaban cuando tenían algo intere-

sante que decirse, sin que existieran entre ellos los reproches típicos de un matrimonio.

Frotándose los brazos para aliviar el frío de la madrugada, Miguel sintió una ola de agradecimiento hacia su amigo. Si no hubiera sido por Mario, él no hubiera podido sobreponerse a los acontecimientos que habían marcado los últimos años de su vida, cuando empezó a realizar exorcismos. Él sabía que no era una buena compañía para nadie y por eso agradecía, aún más, el interés que ponía Mario en devolverle la ilusión por la vida. Aunque, a decir verdad, no había conseguido recuperarla.

A veces, siniestros pensamientos acudían a su mente. Como esa noche. Parecía como si aquellas olas encrespadas lo llamasen desde el fondo del océano para invitarlo a que se arrojase al mar, y descansase eternamente en su regazo. Si no lo hacía, no era porque la vida le ofreciera algún aliciente, sino porque mantenía la absoluta certeza de que la muerte no era el final, sino sólo un tránsito hacia el vacío. Y ese vacío le aterrorizaba aún más que el sinsentido que pudiera tener esta existencia.

Las primeras luces del día empezaron a iluminar el cielo y, en cierto modo, el ánimo de Miguel. Con la salida del sol, se sentía a salvo de sus fantasmas. Lo peor eran las noches, los momentos en que la oscuridad lo invadía todo y volvía a te-

ner las visiones que tanto le aterrorizaban. La luz del día suponía para Miguel una tregua en su lucha contra las tinieblas.

Mario salió a la terraza del faro con una manta, y se la puso a Miguel sobre los hombros. Sólo en este momento, éste se dio cuenta de que tenía mucho frío y tiritaba.

—Imaginaba que estabas aquí, al ver la puerta de tu habitación abierta, y que la cama estaba vacía.

—Gracias por la manta —se limitó a susurrar Miguel—, me estaba quedando helado.

—Pues pasa, que te voy a preparar un café con leche bien caliente.

Miguel pasó a una habitación que hacía las veces de salón y despacho, y se sentó pacientemente en la mesa, a esperar que su amigo le pusiera el café.

Mario tenía ya la cafetera puesta sobre la cocina, a fuego lento, y se disponía a apagar la lámpara del faro. Después, siguiendo un ritual diario, ascendería al balconcillo superior, por aquellas estrechas escaleras de caracol, para limpiar los cristales de la linterna y conseguir que los haces de luz pudieran llegar de forma nítida y clara a las embarcaciones.

Miguel esperó a que regresase Mario de su inspección matutina para poder desayunar con su amigo. Este volvió a tiempo de quitar la cafetera,

calentar leche y tostar un poco de pan, que depositó sobre la mesa junto a un tarro de miel y otro de mermelada de naranja. Miguel seguía absorto en sus pensamientos, y esperó a que Mario se sentase a la mesa para empezar.

—Esta noche el mar estaba revuelto, sin embargo el cielo estaba despejado —dijo Mario, con la intención de empezar una conversación.

—Sí, lo estaba —se limitó a responder Miguel.

Ambos continuaron desayunando en silencio, hasta que Mario lo rompió, diciendo:

—Sabes que no puedes continuar así, ¿verdad?

Miguel se encogió de hombros, antes de responder:

—Sí, lo sé.

—Si al menos me dijeras qué es lo que te pasa, qué ocupa tus pensamientos, por qué no puedes dormir —le preguntó Mario, con un tono de impotencia en la voz.

Miguel se limitaba a sorber poco a poco su café con leche, en silencio. Mario volvió a la carga:

—Oye, ya sabes que no quiero presionarte de ninguna manera y que estoy encantado con tu compañía.

—¡Nunca has sabido mentir, Mario! —bromeó Miguel.

—¡No miento! Estoy encantado con tenerte

aquí, pero se me cae el alma a los pies cuando te veo tan sombrío y taciturno. Y, sobre todo, me siento impotente. Me gustaría ayudarte ¿sabes?

—Sí, lo sé, y te lo agradezco —respondió Miguel—; pero no puedes.

—¡Vamos, claro que puedo, soy tu amigo! Y además soy psicólogo.

—Otra vez vuelves a mentir. No lo eres, no terminaste la carrera.

—Vale, pero que no terminase la carrera, no quiere decir que no sea psicólogo. Esa es una cualidad del alma. Tú eres cura, estudiaste para ello y, sin embargo —añadió calibrando el efecto de sus palabras— no creo que lo seas realmente. Nunca te he visto como cura, ni siquiera cuando llevabas sotana.

Miguel dejó la taza de café sobre la mesa, y se quedó mirando a Mario, con sorpresa. Después, meditó unos instantes, con la vista puesta en el vacío, y respondió:

—Nunca me habías dicho eso.

—¿Qué, ¿qué no te veía como cura? —preguntó con un tono de inocencia en la voz.

—Sí, eso.

—Bueno, qué más da, te lo digo ahora. Quizás cuando estabas en Deusto, y eras un joven prometedor, lleno de vitalidad, que iba a cambiar las estructuras caducas de la Iglesia, sí te viera. Pero

ahora ya no. Francamente, Miguel, llevas un año escondido en el faro.

—¡No estoy escondido! Le interrumpió Miguel, con tono brusco.

—Ya lo creo que sí. Te escondes de ti mismo —dijo Mario alzando la voz.

Miguel no respondió, bajó la cabeza, mientras su rostro reflejaba una gran tristeza y desolación. Mario se levantó y le puso una mano en el hombro, al tiempo que le decía:

—Perdóname, no he debido gritarte. ¡Vaya un psicólogo de pacotilla que estoy hecho! Llevas razón, no tengo ninguna sutileza, quizás por eso elegí hacerme farero.

—Tú, al menos, sabes a qué quieres dedicarte. Yo ni siquiera sé quién soy —añadió, antes de levantarse de la mesa, para ir a refugiarse a su habitación.

Al llegar a su dormitorio, Miguel se dejó caer sobre la cama y empezó a llorar. Hacía mucho tiempo que no podía hacerlo. De algún modo, la conversación con Mario le había devuelto a la triste realidad: estaba huyendo de sí mismo. Estaba vegetando, eso no era vida.

Se había refugiado en Noia, en la casa de su padre, para afrontar los dramáticos sucesos que le habían ocurrido en su último exorcismo. Pero allí,

lejos de superarlos, se había hundido aún más en la oscuridad, a raíz de las revelaciones que le había hecho su padre, relacionadas con su nacimiento. Al escuchar su confesión, antes de morir, toda su vida le había parecido a Miguel un suceso macabro del destino. ¿Del destino o de Dios? ¿De su Dios, que le había permitido vivir para luego exponerlo al mal, para que sucumbiera por su mano? Era como si todos esos conceptos teológicos en torno al bien y al mal, a la luz y a la oscuridad, que él había estudiado, formasen parte de una broma cósmica, a la vista de cómo se habían ido desarrollado los circunstancias de su vida.

No sabía muy bien de qué manera, pero se sentía estafado. Se sentía una víctima de fuerzas superiores, que él no podía controlar y, mucho menos, combatir. La tristeza y apatía que había presidido su vida, en el último año, se estaba convirtiendo por momentos en una inmensa rabia, en una cólera que partía desde la boca de su estómago, y que hacía vibrar cada uno de los músculos de su cuerpo. Su enojo, lleno de resentimiento hacia la existencia, le hizo golpear con los puños la almohada que había bajo su cabeza.

Este hecho le llenó de sorpresa. Miguel no era una persona violenta. Nunca lo había sido, todo lo contrario, pero en aquellos momentos no pudo evitar su furia. Nunca se había visto así. Ni siquiera

cuando, armado de agua bendita y con el hisopo en la mano, ordenaba a las fuerzas del mal que abandonasen el cuerpo de los endemoniados. Ni siquiera en esos instantes dramáticos y de gran tensión, había experimentado la rabia que albergaba en esos momentos.

Impulsado por esa fuerza interior, se levantó de la cama, se vistió con rapidez, y se dispuso a salir. Necesitaba andar, correr, soltar todo ese torrente de energía que se había instalado en sus entrañas. Salió del faro, a toda prisa, y pasó al lado de Mario, como una exhalación. Sin mirarlo apenas, le gritó:

—Me voy al pueblo.

Mario no le respondió, no le dio tiempo. Se quedó mirándolo y vio cómo se alejaba. Le hubiera gustado decirle que se alegraba, pues llevaba mucho tiempo encerrado en el faro, paseando sólo por los alrededores, de noche, cuando los peregrinos bajaban a Finisterre, después de contemplar la puesta de sol. Pero no le dio tiempo a decirle nada.

Miguel empezó a recorrer, a toda prisa, los dos kilómetros que separaban el pueblo del alto de San Eugenio, donde se encontraba ubicado el faro. En ese mismo lugar, según la leyenda, se encontraba el *Ara Solis* de los romanos. Un altar en el que realizaban rituales para intentar ahuyentar el miedo que sentían, al encontrarse en el fin de la Tierra. En el fin del mundo que conocían.

Dando grandes zancadas, Miguel pasó sin detenerse junto a la iglesia de Santa María, que albergaba el Cristo de Finisterre que llegó del mar. Tampoco hizo caso a la estatua de bronce que existía junto a la carretera asfaltada, y que representaba a un peregrino, con el bordón en la mano, abrigo largo y sombrero de ala ancha, imitando el modo en que se vestía durante la época medieval.

Mientras bajaba al pueblo a toda la velocidad que podía, Miguel no pensaba en nada. Era como si la mente se le hubiera quedado en blanco, y esa sensación le parecía muy placentera, porque siempre la tenía ocupada con sus obsesiones. Le daba la impresión de que su cuerpo sabía donde tenía que ir, y él se dejaba llevar. Así, en ese estado de semiinconsciencia, atravesó el mercadillo que se estaba instalando junto al puerto y continuó, con la misma rapidez, hasta llegar a la playa de la Langosteira. Allí, se dejó caer en la blanca arena, exhausto, y se sentó frente al mar. Suspirando profundamente, acomodó su respiración al ritmo de las olas. Cerró los ojos y puso su atención en escuchar el sonido que hacía el agua, al lamer la orilla de la tierra.



Aquella noche, en el albergue de Roncesvalles, me miré detenidamente al espejo y no me reconocí. Había adelgazado, no mucho, quizás dos o tres kilos, pero los rasgos de mi rostro se habían vuelto más afilados. No soy una persona alta, un metro sesenta, pero mi figura me parecía aún más pequeña de lo habitual. A efectos de comodidad, había sustituido mi tradicional melena castaña por un corte de pelo a lo chico, que me daba un aspecto aniñado.

Pero lo que más me llamaba la atención era la tristeza que reflejaban mis ojos. Parecía que su color castaño se había aclarado, recordando los tonos transparentes de la miel. Mi atuendo tampoco era el habitual. Cuando trabajaba en la clínica, casi siempre vestía trajes de chaqueta, de falda o pantalón, para ofrecer a mis pacientes una imagen de seriedad y profesionalidad. Ahora iba vestida como

cualquier otra peregrina. Una camiseta blanca de algodón, unos pantalones del mismo tejido, color caqui, unas botas que se disponían a conducir mis pasos por el Camino de Santiago, y una chaqueta de forro polar, azul claro, para resguardarme del frío en aquel lugar a los pies de los Pirineos.

Era domingo 22 de mayo de 2011. Anoto la fecha porque, una vez iniciada la peregrinación, no volvería a ocuparme mucho de qué día era, hasta llegar a Santiago. Esta es una de las cosas que más me sorprendieron de mis vivencias, la relatividad del tiempo. El Camino te obliga a vivir en el presente y las horas y los minutos adquieren una dimensión y un valor distinto al que le otorgamos en nuestra vida cotidiana. En esos momentos, yo aún no lo sabía, pero el tiempo se estira y se contrae mientras recorres la ruta de las estrellas. En una sola mañana puedes pasar por distintos estados de ánimo, desde la euforia a una profunda tristeza. Te ríes o lloras, dejando que tus emociones más íntimas afloren a la superficie, mientras sigues caminando.

Como si ya intuyera todo esto, aquella noche en Roncesvalles, antes de irme a dormir, me quité el reloj y lo metí al fondo de un bolsillo en mi mochila. No quería consultarlo hasta que finalizase la peregrinación. Mientras me observaba en el espejo de los servicios del albergue me di cuenta también

de que, por primera vez en mi vida desde que yo tenía recuerdo, era totalmente libre para hacer lo que quisiera. Estaba sola, aunque rodeada de mucha gente. No conocía a nadie y nadie me conocía a mí. No sabía nada de sus vidas, ni ellos de la mía. Tampoco conocía las motivaciones que les habían llevado a embarcarse en una peregrinación a pie hacia Santiago de Compostela, en pleno siglo XXI. ¿Y mis motivaciones? ¿Acaso las conocía? ¿Sabía qué estaba haciendo allí? Esta pregunta golpeó mi mente, una y otra vez, no sólo esa noche, sino durante mi primera semana en el Camino. Después ya no. No porque supiera cuál era mi motivación, sino porque me daba lo mismo. En mi interior, todo empezó a encajar de alguna manera, aunque lo único que importaba era vivir en el presente, y dejarme llevar por ese momento eterno, en la búsqueda de un sentido para mi existencia.

Cuando terminé de asearme, volví a una gran sala llena de literas y busqué mi saco de dormir extendido sobre una de ellas, ubicada en la parte de abajo. Me acosté y cerré los ojos, aunque no tenía sueño y era consciente de que tardaría en dormirme. A mi alrededor, los demás peregrinos se iban acomodando en sus camas. Como fondo se escuchaban ruidos de bolsas de plástico y cremalleras de sacos, alumbrados por los destellos de las linternas. También se oía el ronquido de algún peregrino

que se había entregado ya al sueño, ignorando la algarabía que todavía se escuchaba alrededor. Yo me mantenía con los ojos cerrados, como si mis párpados fueran una barrera que me protegiera del exterior. Poco a poco las voces y los sonidos se fueron apagando, mientras que los ronquidos se convertían en los auténticos protagonistas de la noche. Me reí para mis adentros, acurrucada en mi saco, y me pregunté cómo iba a ser capaz de dormir escuchando ese improvisado concierto gutural.

Intenté abstraerme y mi mente me condujo al momento en que decidí hacer el Camino de Santiago. Fue en Ávila, lugar al que me trasladé después de abandonar mi casa, una vez iniciado el proceso de separación de Luis. En aquellos momentos estaba muy desorientada. Lo único que tenía claro es que no quería quedarme a vivir en Madrid, no me encontraba con fuerzas para buscar un nuevo trabajo. En realidad no me encontraba con fuerzas para nada, todo mi mundo se había venido abajo y yo me consideraba una víctima de las circunstancias. Decidí que volvería a Ávila, a refugiarme en la ciudad que me había visto nacer, pero no quería alojarme en casa de mis padres. Sólo me quedé con ellos el tiempo suficiente para encontrar un estudio en el que pudiera vivir yo sola. Lo necesitaba, necesitaba enfrentar mi soledad y los últimos sucesos de mi vida. El estudio era muy pequeño. Sólo

disponía de una habitación, salón-dormitorio, una cocina diminuta y un baño. Suficiente para mí. La falta de espacio me obligó a reducir al mínimo mis pertenencias. Mis libros, que había dejado provisionalmente en mi casa de Madrid, se quedaron allí definitivamente, pero en ese momento aún tenía intención de recuperarlos. No sabía que, con aquellos primeros pasos en la Ruta de las Estrellas, iniciaría una nueva etapa en mi existencia, que nada tenía que ver con la que había vivido hasta entonces.

Aquella noche en Roncesvalles, recapitulé cómo se había desarrollado mi vida en los últimos meses, desde la separación de Luis, y cómo había adquirido algún sentido sólo en el momento en que decidí hacer el Camino de Santiago. Antes de tomar esa decisión, sólo recordaba días vacíos y noches de insomnio. Horas repletas de sinsentido y una enorme oscuridad ocupando mi pecho. Visitaba a mis padres, a veces comía con ellos, pero no hablábamos de nada importante. Creo que no se atrevían a preguntarme ni por mi pasado ni por mi futuro. Yo se lo agradecía. El silencio era mi mejor escudo, me protegía de mí misma y de los demás.

En ese silencio me encontraba a salvo, pero sabía que no podía refugiarme en él eternamente. Que en algún momento tendría que enfrentarme con mis fantasmas. ¿Qué fue lo que me impulsó a embarcarme en la peregrinación? No sabría ex-

plicarlo, tal vez una especie de llamada. Así, en este estado de semiinconsciencia pasé el invierno y conseguí llegar hasta la primavera. Creo que fue en esos momentos cuando comencé a renacer, cuando el sol de las frías mañanas de Ávila empezó a caldear mi mundo interior. La compra de unas yemas de Santa Teresa, para tomarlas con el café, un día que comí en casa de mis padres, propició que me hablasen de Gotarrendura, donde ellos mantenían que había nacido la mística. Llevada por un impulso, pedí el coche a mi padre y me desplazé hasta ese pueblo, ubicado a 21 kilómetros al norte de Ávila. Allí visité el palomar que Santa Teresa heredó de su madre. Caminé por las calles de aquel lugar, e intenté trasladarme, unos siglos atrás, para imaginarme a la niña Teresa correteando por allí.

Mientras observaba una estatua de la santa, ubicada en la plaza del pueblo, se me acercó una niña, muy espabilada y pizpireta, de unos siete u ocho años, para preguntarme si yo conocía a Teresa de Jesús.

—Claro —le respondí—, todo el mundo la conoce.

—Mi madre dice que fue una santa... ¿qué es una santa? —me preguntó con los ojos muy abiertos.

La pregunta de la pequeña me pilló de sorpresa, y me desconcertó. No sabía qué responderle.

Finalmente, le dije:

–Una santa es una persona que hace el bien y ayuda a los demás.

–Pues yo creo que no, –me interrumpió– una santa es una persona que hace lo que quiere, aunque a otros no les parezca bien.

Me reí de su ocurrencia y le pregunté:

–¿Y a ti quién te ha dicho eso?

La cría se encogió de hombros y dijo:

–Pues nadie, eso lo sé yo. Cuando sea mayor también haré lo que me dé la gana y seré una santa.

Dicho esto, salió corriendo y me dejó allí, mirando a la estatua de Teresa andariega, y reflexionando sobre sus palabras. –Caray con la niña –pensé– me gustaría saber qué opinarían los teólogos de su definición de santidad–. Aún no me había dado tiempo a recuperarme de la conversación, cuando volvió y llamó nuevamente mi atención con otra pregunta:

–¿Tú has hecho el Camino de Santiago?

–Pues no, no lo he hecho –dije sonriéndole– ¿Y tú, lo has hecho? –le pregunté yo.

–¡Cómo voy a hacerlo, si soy muy pequeña! –respondió en un tono que me hacía pasar por tonta–. Ya lo haré cuando sea mayor, pero tú puedes hacerlo ahora si quieres –añadió con convicción, como si fuera una orden.

–¡Ah, perfecto! Tal vez lo haga, ahora que

tengo tiempo –respondí, más para mí misma, que a la niña.

–Toma –dijo dándome un tríptico–, aquí habla del Camino de Santiago.

–Cogí lo que me daba y vi que eran unas Jornadas sobre la ruta Jacobea, que se iban a celebrar en Ávila.

–Cuando levanté la cabeza para darle las gracias, la niña ya corría hacia una casa. En la puerta había una mujer que le gritaba:

–¿Donde te habías metido, Teresa, no te he dicho que no salgas de casa sin avisarme?

La pequeña se volvió hacia mí, con una pícaro sonrisa, y me saludó con la mano, antes de encontrarse con la mujer que la reprendía, y que debía ser su madre. Yo me quedé allí, un poco desconcertada y, mirando a la estatua de Santa Teresa, le dije, con el tríptico en la mano: «Vale, gracias». Todavía me quedé un rato en Gotarrendura, visitando el museo de Etnografía, y la iglesia de San Miguel, del siglo XVII, con un hermoso retablo. Esa noche, cuando volví a casa, saqué del bolso el folleto que me había dado la niña, y comprobé que las jornadas sobre la Ruta Jacobea, empezaban unos días después. Leí atentamente que estaban organizadas por la Asociación de Amigos del Camino de Ávila y tomé la decisión de asistir a ellas. Así lo hice. Durante tres días escuché las charlas

programadas sobre los caminos de Santiago y la ruta que, desde el sureste, pasaba por mi ciudad y Gotarrendura para unirse en Astorga al llamado Camino Francés. Fue en esos momentos cuando decidí hacer la peregrinación a Santiago, partiendo de Roncesvalles.

Y allí estaba, en el albergue de esta localidad al sur de los Pirineos, recapitulando, entre los ronquidos de los peregrinos, sobre los sucesos que me habían conducido hasta ese lugar, aquel 22 de mayo, día de Santa Rita, patrona de lo imposible.

Mientras me revolvía en mi saco de dormir, intentando acomodarme, sin poder conciliar el sueño, una voz femenina, procedente de la litera de al lado, me preguntó:

—¿Tú tampoco te puedes dormir?

—No —respondí sin ver quién me hablaba.

—Me llamo Egeria, ¿y tú?

—Rosalía —respondí al mismo tiempo que percibí un brazo, saliendo del saco de la litera contigua, con una mano extendida.

—Encantada —afirmó, mientras trataba de estrechar mi mano.

—Lo mismo digo —balbuceé, intentando hacerle llegar la mía.

—Mañana hablamos —susurró—, voy a intentar dormir, aunque con este concierto tan variado

de ronquidos no hay quien lo consiga –concluyó dándose la vuelta.

Yo sonreí para mis adentros y pensé: «Egeria, ¡vaya nombre más raro!» Luego tendría tiempo para acostumbrarme a él y a su propietaria, ya que esta mujer se convertiría en una amiga del alma a lo largo del Camino de Santiago.

En algún momento de la noche, y a pesar de los ronquidos –incluyendo los de mi compañera de la litera de al lado– conseguí dormirme, pero no por mucho tiempo. Antes de que amaneciera, un insistente sonido de cremalleras y bolsas de plástico, junto con el rechinar de los muelles de las literas y un ir y venir de gente, me despertaron bruscamente. No fui la única, también sacaron del sueño a Egeria, que gruñó de muy mal humor:

–¿Pero dónde va esta gente, si aún es de noche?... ¿Qué hora es? –me preguntó.

–Ni idea –dije yo– pero creo que demasiado temprano.

–¿Qué pretenden, llegar hoy a Santiago? –añadió en voz alta, antes de meter la cabeza en su saco de dormir.

Me quedé aún unos minutos en la litera, sólo el tiempo suficiente para escuchar de nuevo los ronquidos de Egeria, que dormía plácidamente, a pesar del ruido. Yo no pude volver a conciliar el sueño y me levanté. Las duchas estaban ocupadas,

así que me lavé la cara en los lavabos, con un agua totalmente helada y me despejé lo suficiente para emprender sola mi primer día de peregrinación.

Cuando salí del albergue y empecé a andar, recordé la misa que se ofició en la Colegiata, durante la tarde anterior. Yo acababa de llegar desde Pamplona a Roncesvalles en un autobús y, después de inscribirme en el albergue y recoger mi credencial de peregrina, dejé la mochila, extendí el saco de dormir en mi litera y me encaminé a la misa del peregrino, mimetizándome con los demás. No asistía a misa desde el día de mi boda con Luis, hacía más de diez años. No me movía ninguna convicción. De hecho, mis creencias religiosas o la ausencia de ellas, era algo que no formaba parte de mi vida cotidiana. Mi formación profesional era científica y, francamente, no creía que los trastornos psicológicos que yo trataba se curasen rezando. Aún más, estaba convencida de que la religión católica, en la que me habían educado, había traído más penas que gloria al ser humano. La iglesia católica era para mí, y lo sigue siendo, una estructura de poder con muchas partes oscuras no resueltas. A pesar de eso, siempre había mantenido un profundo respeto por las convicciones religiosas de mis pacientes, o por la ausencia de ellas.

Asistir a la misa de Roncesvalles formaba parte del ritual del Camino de Santiago que iba a

emprender, sin mayores consideraciones. Sin embargo, cuando llegó el momento de la bendición de los peregrinos, en distintos idiomas, me emocioné. Ver allí a tanta gente, de tantas nacionalidades distintas, de edades tan diferentes, con el objetivo común de recorrer a pie casi 800 kilómetros, me tocó alguna fibra sensible y creo que, por primera vez en mi vida, me hizo sentir que formaba parte de algo, que no sabía lo que era, pero que me parecía más grande que yo y que todas y cada una de las personas que estábamos allí. Tal vez fueran los cánticos, la luz de las velas, las piedras de la capilla, que tantos peregrinos debían haber albergado, desde hacía siglos. No sé, lo cierto es que todo ello junto dispuso mi ánimo para emprender la ruta y tomar conciencia de que, no sólo eran mis pies los que iban a transitar por el Camino de Santiago, sino que me disponía a ejecutar un camino interior. Eso me llenó de alegría, por una parte, y me aterrorizó, por otra. Pues era imposible saber, en esos momentos, hacia donde iban a conducirme mis pasos.

Antes de continuar andando, me paré junto a un cruceiro a la salida de Roncesvalles. Era el primero que veía. Me quité la mochila y acaricié con mi mano aquellas piedras, al tiempo que pregunté en voz alta:

—¿A cuantos peregrinos habéis visto pasar?  
Me acordé de que, al finalizar la misa el día

anterior, cogí un papel en el que se recogían las palabras de la bendición. Sentí el impulso de buscarlo en el pequeño bolso que llevaba colgado, con la documentación, la credencial y el dinero, y de recitar esas palabras ante el cruceiro. Miré a mi alrededor y vi que no venía nadie. Empecé a leer:

*«Oh Dios,  
sé para nosotros compañero en la marcha,  
guía en las encrucijadas,  
aliento en el cansancio,  
defensa en los peligros,  
albergue en el camino,  
sombra en el calor,  
luz en la oscuridad,  
consuelo en los desalientos  
y firmeza en nuestros propósitos,  
para que, por tu guía,  
lleguemos sanos y salvos  
al término del camino y,  
enriquecidos de gracias y virtudes,  
volvamos ilesos a nuestra casa,  
llenos de saludable y perenne alegría.  
Por Jesucristo, nuestro Señor.  
Amén.  
Apóstol Santiago,  
ruega por nosotros.  
Santa María,  
ruega por nosotros».*

Doblé el papel y, tras cargar con mi mochila, emprendí de nuevo la marcha, justo en el momento en que una pareja de peregrinos se detenía ante el cruceiro para hacerse unas fotos. No tardaron en darme alcance y, al pasar a mi lado, me dijeron: «Buen Camino». Enseguida me di cuenta de que ése era el saludo habitual que se hacían unos peregrinos a otros, cuando coincidían en algún lugar de la ruta, o cuando se salía por la mañana de los albergues. Era un saludo lleno de buenos deseos, que levantaba el ánimo a la hora de enfrentar la dureza de algunos tramos.

Aquellos primeros kilómetros del Camino, en tierras navarras, me transportaron a otros tiempos. Aún no estaba cansada, como me ocurriría más tarde, y disfruté muchísimo del paisaje y de la soledad en aquel día fresco pero soleado. El primer escollo de la jornada me llegó en el alto de Mezkiritz. La belleza de aquella senda estrecha, que discurría entre robles, y la fuerte pendiente, me obligaron a ralentizar mi paso. Calculé que llevaba unas dos horas andando, las correas de la mochila se me clavaban en los hombros. No podía con mi alma. Siguiendo una guía sobre el Camino Francés que me había comprado, mi intención era llegar a Larrasoaña, pero para eso aún me faltaban 20 kilómetros. La perspectiva de no poder cumplir con mis deseos, en la primera jornada del Camino, pro-

vocó que negros nubarrones, en forma de pensamientos, se adueñasen de mi ánimo y me hicieran plantearme, una y otra vez, qué estaba haciendo yo allí, andando sola, como una loca, por tierras navarras.

A pesar de todo continué y me metí en el primer bar que encontré para tomar algo caliente y descansar, ya que no había desayunado nada al salir de Roncesvalles. Después de un reconfortante desayuno, y de echar un vistazo a mi guía, me apresé a salir del bar, aprovechando que emprendían la ruta un grupo de peregrinos. Pensé que era mejor llevar gente cerca, por si me pasaba algo. Tenía conmigo mi teléfono móvil, pero me dije que no me serviría de nada, puesto que, en caso de pérdida o accidente, no tenía a quién llamar. No conocía a nadie, excepto a –¿cómo se llamaba?– ¿Eulogia? ¿Eustaquia? Daba lo mismo, porque ella se había quedado plácidamente durmiendo en el albergue, cuando yo emprendí el camino.

Llevada por un ataque de pánico, empecé a preguntarme si no sería buena idea coger un taxi hasta Pamplona y, desde allí, el tren para Madrid y volverme a Ávila. Reconozco que fue algo más que una opción mientras caminaba desolada durante varios kilómetros. Sobre todo desde el momento en que me vi sola de nuevo, en medio del bosque del Erro, porque los peregrinos a los que me había

pegado estratégicamente, me habían dejado atrás.

A pesar de mi miedo, mi agotamiento y mis ganas de llorar, el bosque del Erro me fascinó. Supongo que, por deformación profesional, pensé que aquel paisaje oscuro y fértil se asemejaba a nuestra psique. Con el corazón encogido, transité durante una hora por aquel lugar, digno del mejor escenario para una película de terror o un cuento de hadas, en el que niños perdidos deben enfrentarse a brujas y ogros para salvar su vida. El suelo estaba encharcado, lleno de barro, porque los árboles eran tan frondosos que había muchos lugares a los que, seguramente, nunca llegaban los rayos del sol. Las raíces de los robles, tejos y pinos centenarios, parecían levantarse del suelo a mi paso, para añadir dificultad a mi marcha. No se veía ni un solo peregrino, y me pregunté dónde se habían metido todos, o si era yo la que me había perdido. Pero no, ahí estaba ante mí otra flecha amarilla que me decía que iba por el camino correcto. ¡Cuánto agradecí que alguien se hubiera tomado la molestia de llenar la ruta con esas flechas amarillas que te indicaban que no estabas perdido! A pesar de eso, empecé a preocuparme por no ver a nadie.

No sabía si pararme a descansar o continuar andando para salir del bosque cuanto antes. Me descargué la mochila y bebí un poco de agua de mi botella, como dándome tiempo para tomar

una decisión. En unos instantes, mi imaginación se disparó y me vi a mí misma asaltada por unos bandidos. Intenté reponerme y achaqué la visión a la influencia de lo que había leído en mi guía, cuando había parado a desayunar, según la cual el bosque del Erro había sido guarida de bandidos durante el medievo. Por si acaso, me puse de nuevo la mochila, apresuradamente, e intenté emprender la marcha a toda velocidad. Tanta, que tropecé con la raíz de un árbol y me caí sobre un charco lleno de barro. Intenté levantarme y no pude. La mochila me pesaba demasiado y me escurría cuando pretendía ponerme de pie. Ahí sentada, las fuerzas me abandonaron y empecé a llorar con gran desconsuelo. En esas estaba cuando escuché una voz que me llamaba por mi nombre:

—Rosalía ¿eres tú? ¿qué te ha pasado?

Hipando, como pude, intenté responder al comprobar que se me acercaba Eulogia, o como diablos se llamara esa mujer. Vi el cielo abierto y acerté a gritar:

—¡Aquí, aquí! ¡Socorro, sálvame!

La que había sido mi compañera de litera se acercó corriendo a donde yo estaba sentada en el barro. Al verla, empecé a llorar aún más. Ella se acercó y riéndose a carcajadas, preguntó:

—¿Cómo que te salve, de quien he de salvarte, de ti misma?

Al ver lo absurdo de la situación, las lágrimas se fueron transformando en una risa nerviosa, que rozaba la histeria. Así permanecemos un rato, riéndonos las dos, hasta que me agarró por las manos, tiró de mí y consiguió ponerme en pie.

Al darle las gracias, fue cuando realmente me fijé en ella. Era más alta y delgada que yo. También más joven. Luego supe que acababa de cumplir los treinta. Muy morena, con el pelo rizado, que llevaba recogido en una coleta, me pareció una mujer muy atractiva. Lo que más llamaba la atención en ella eran sus grandes ojos negros, brillantes y vivarachos, así como su sonrisa permanente. Daba la impresión de ser una persona en la que se podía confiar. Mientras seguíamos caminando juntas para salir del bosque del Erro, fui conociendo un poco más a la que se convertiría en mi mejor amiga.

Una vez repuesta de la caída y de mi ataque de pánico, le pregunté, con un poco de vergüenza.

—Perdona, pero no recuerdo muy bien cómo te llamas.

—Bueno, eso suele pasar —respondió con una sonrisa—, mi nombre es Egeria.

—Sí, es un poco raro. Nunca lo había oído hasta ahora.

—¿No sabes quien era Egeria? —preguntó asombrada.

—Pues no —dije, tímidamente, aunque estaba segura de que ella me lo contaría enseguida.

—¡Claro, por qué vas a saberlo, si tú no eres hija de mi madre! —añadió a modo de reflexión.

Yo me encogí de hombros, y la interrogué con la mirada.

—Egeria fue la primera mujer viajera de la que se tiene noticia. Era española, gallega para más señas, y además monja.

—¿En serio? —pregunté yo, intrigada por no haberla oído nombrar en mi vida.

—¡Ya lo creo, menuda era la tal Egeria! —respondió, como si la hubiera conocido personalmente— La buena señora vivió a finales del siglo IV, y se dedicó a viajar, durante tres años, por todos los lugares santos que aparecían en la Biblia. Jerusalén, el monte Sinaí, Constantinopla, Egipto... Fue toda una celebridad en su tiempo.

—¡Es increíble! ¿Y viajaba sola? —pregunté.

—Ya lo creo. A veces la acompañaba algún guía en los distintos lugares que visitaba, pero viajaba sola. Y no sólo eso, sino que escribió la que podría considerarse como la primera guía de viajes. Un libro, escrito en latín y titulado «Itinerario», en el que se recogen las cartas que mandaba a sus hermanas del convento de España, para relatarles las penurias de su viaje... Aunque en realidad debería decir, peregrinación, en lugar de viaje.

—¡Ah! —dije todavía impresionada— ¡y yo que me creía que estaba haciendo una proeza al venirme sola al Camino de Santiago!

—¡Y lo es! —dijo Egeria para darme ánimos— ¡Es una proeza, no te quites mérito! No todas las mujeres dejan su trabajo y su hogar y se vienen aquí a recorrer 800 kilómetros, donde aparentemente no se les ha perdido nada!

Sus palabras me hicieron reconsiderar, con tristeza, la vida que había dejado atrás. Yo no tenía en esos momentos ni trabajo ni hogar. Había perdido todo aquello por lo que había luchado durante los últimos diez años. Incluso había perdido mi amor propio y mis ganas de pelear. No le veía sentido a nada. Me quedé unos instantes considerando en qué punto se encontraba mi vida, hasta que me di cuenta de que Egeria me observaba, y estaba a la expectativa de que yo continuase la conversación.

—¿Te pasa algo? —me preguntó— ¿He dicho alguna cosa que te haya molestado? —insistió.

—No, no —respondí tratando de reponer mi ánimo—, me estaba compadeciendo de mí misma. Es un viejo hábito que me gustaría dejar en el camino.

—Pues déjalo, esta peregrinación es una buena ocasión para deshacerse de lo que ya no nos sirve —dijo con un tono alegre.

—No creo que sea tan fácil —respondí—, es un

hábito muy arraigado que uno no se puede sacudir como si fueran pulgas.

Mi comparación la hizo reír y, tras una breve pausa, me preguntó:

—¿A qué te dedicas cuando no recorres el Camino de Santiago, cual es tu profesión?

—Soy psicóloga —respondí sin muchas ganas de hablar sobre mí misma.

—¡Lo sabía, lo sabía! —dijo ella soltando una carcajada.

—¿Y cómo lo sabías? —pregunté desconcertada y un tanto molesta— ¿Tanto se me nota?

—No, no te enfades, no es que se te note nada especial, quizás cierto aire de superioridad... Pero no creo que sea real —se apresuró a aclarar—, más bien parece una pose para impresionar a los demás.

Me quedé con la boca abierta al escucharla. No sabía si lo había dicho con mala intención o es que simplemente era así de espontánea. Mirando la expresión de sus grandes ojos negros, llegué a la conclusión de que no había ánimo de molestarme en sus palabras. Intenté una sonrisa forzada y le respondí:

—No estoy enfadada, pero la verdad es que no estoy acostumbrada a que me hablen con tanta sinceridad.... Y, llevas razón. Ese aire de superioridad que me gasto, no es más que una pose. No me lo creo ni yo —concluí, totalmente asombrada de lo

que acababa de salir por mi boca.

Egeria permaneció callada, caminando a mi lado, y antes de que empezase a hablar de nuevo, le pregunté:

–Y tú, ¿a qué te dedicas?

–Yo trabajo para una empresa que edita guías de viaje... Mejor dicho, trabajaba, porque me despidieron hace un mes.

–Lo siento –dije yo, sin querer comentarle que a mí también me habían despedido.

–No te preocupes, ya saldrá otra cosa. Lo que me jode es que me costó mucho trabajo conseguir que me encargasen una guía del Camino de Santiago, y cuando ya lo había logrado, no sólo anularon el encargo, sino que además me despidieron.

–Pues vaya faena. ¿Y se puede saber por qué te despidieron? –me atreví a preguntar.

–Porque no soy lesbiana –respondió, soltando una sonora carcajada.

–¿Cómo dices?

–Sí, es muy fácil. Mi jefa me quitó el trabajo para dárselo a un niñato recién llegado, que se acuesta con ella. Me enfadé tanto que se lo hice saber en medio de la redacción, delante del interesado, que es un trepa, y de todos los demás. Por eso me despidió.

–¿Le dijiste allí delante de todo el mundo que le había dado el trabajo a tu compañero, por-

que se acostaba con él? –pregunté asombrada.

–Sí, sí, claro –respondió sin dejar de reírse– y no sólo eso, también le dije: «lástima que yo no sea lesbiana, si lo fuera, me habría acostado contigo y el trabajo sería para mí».

–¡Alucinante! –susurré, intentando imaginarme la escena.

–De todas maneras, no creo que me largase por esto. Más bien creo que me despidió cuando le aseguré que no era mi tipo y que, ni aún gustándome las mujeres, me hubiera acostado con ella... por muchas ganas que tuviera de hacer la guía sobre el Camino de Santiago.

–¿Siempre eres así de sincera? –pregunté con curiosidad– Eso debe crearte muchos problemas.

- Bueno, sí, ahora que lo dices, he tenido bastantes problemas por no saber callarme a tiempo... Pero es que no me van mucho los paripés y las pamplinas. ¿Por qué la gente no dice lo que piensa de verdad? –preguntó, más a ella misma que a mí.

Hablando, hablando, no me había dado cuenta de que estábamos en Zubiri. Consulté mi guía y comprobé que faltaban más de cinco kilómetros para llegar a Larrasoña. Egeria me comentó que ella no iba a continuar. Yo estuve dudando unos instantes, sin saber qué hacer. Volví a consultar mi

guía, y vi que Pamplona estaba a unos 21 kilómetros de Zubiri, más o menos a la distancia que había recorrido ese día, para llegar hasta allí. Para mis adentros, evalué si sería buena idea quedarme en ese lugar. Por una parte, me sentía muy cansada, pero por otra, pensaba que si me quedaba en Zubiri, Egeria no se iba a despegar de mí. Aunque bien pensado, era yo la que me había pegado a ella. Me sentí un poco culpable al albergar ese pensamiento sobre mi nueva amiga. Al fin y al cabo, era ella la que me había ayudado a levantarme en el bosque del Erro y su compañía me había resultado muy gratificante. «Quizás sea mejor caminar acompañada que sola» –pensé–. Finalmente, di un suspiro y decidí que yo también daba por finalizada mi primera jornada en el Camino. Egeria me pareció sincera cuando se alegró con mi decisión. Así que nos pusimos a buscar un albergue de peregrinos, donde ducharnos, descansar, y pasar la noche.

El albergue que encontramos no era de cinco estrellas, precisamente, pero a mí me pareció más confortable que el mejor hotel. Nuevamente escogimos litera y extendimos nuestros sacos sobre el colchón. Egeria me dejó la de abajo, bromeando sobre mi edad. Después de ducharme, crucé a un bar frente al refugio donde comí un exquisito bocadillo, que me supo a gloria. Antes de irme, me sentí obligada a decirle a Egeria si quería venir conmigo.

Ella me respondió:

—Tú no te preocupes por mí. Cada uno tiene que ir a su ritmo. Yo voy a ducharme ahora, y después iré a comer algo, pero no me esperes. El Camino es una experiencia solitaria, aunque coincidas con otras personas... Por favor —añadió mirándome con sus grandes ojos negros—, no te sientas condicionada por mí. Yo tampoco me sentiré condicionada por ti. Si coincidimos, bien. Si no, también ¿vale?

Las palabras de Egeria supusieron un gran alivio para mí. Pensé que era mucho más madura de lo que parecía, y también mucho más independiente. Me avergoncé un poco de mí misma al recordar mi preocupación por si ella se me pegaba. Estaba claro que esa posibilidad jamás había pasado por su cabeza.

Después de la comida y el café, di una vuelta por aquella población navarra y me senté un rato junto al río. En esos momentos había una temperatura muy agradable, los rayos de sol se reflejaban en el agua y yo me sentía en paz conmigo misma. Aún no podía creerme que ese día hubiera caminado más de veinte kilómetros para llegar hasta allí. Me había resultado muy duro. Pensé si sería capaz de llegar a Santiago, pues era evidente que no estaba preparada físicamente para un esfuerzo tan grande. En Ávila me había estado entrenando

y, durante un par de meses, había salido a caminar para domar las botas. Pero nunca había llegado a andar más de hora y media o dos horas. Esa mañana había tardado casi siete horas en recorrer la distancia entre Roncesvalles y Zubiri, y mi cuerpo se encontraba totalmente dolorido. Suspiré profundamente al ver el reto que tenía por delante, y me entraron ganas de llorar al pensar que no iba a ser capaz de superarlo. En esas estaba cuando escuché la alegre voz de Egeria a mis espaldas, que me preguntaba:

—¿Qué, albergando sombríos pensamientos?

Me volví intentando sonreír, pero la expresión de mi cara debía delatar mi estado de ánimo. Haciendo de tripas corazón, respondí:

—Bueno, me has pillado otra vez. Supongo que estaba compadeciéndome de mí misma.

—Seguro que estabas pensando que no vas a ser capaz de llegar a Santiago, ¿me equivoco?

—Justamente era eso lo que estaba pensando. ¿Cómo lo sabes?

—¡Soy vidente! —respondió agrandando los ojos.

—¿En serio? —pregunté asombrada.

—Pues claro que no —dijo ella—, no hace falta ser vidente para adivinar tus pensamientos. No hay más que verte la cara y, además, esta es la etapa en la que todo peregrino, cuando ve por primera vez

la dureza del Camino, se pregunta si será capaz de llegar a Santiago. Yo ya pasé por esto, por eso lo sé... Pero no te preocupes, llegarás. Eso también se te nota en la cara.

—¿Tú ya has hecho el Camino? —pregunté, sin tener mucho interés por la respuesta.

—Sí señora, yo hice este mismo Camino hace diez años... por eso me apetecía tanto hacerlo de nuevo y poder plasmar toda mi experiencia en una guía. No sabes la ilusión que me hacía, hubiera sido una guía distinta, en la que no sólo se recogieran aspectos útiles de la ruta, sino reflexiones sobre el Camino... Bueno, —añadió con tristeza— ese era mi proyecto, pero me lo quitaron.

—Lo siento mucho —afirmé, sin saber cómo consolarla.

—Eso ya no importa —dijo Egeria, recuperando su tono vitalista—, la cuestión es que decidí hacer el Camino de todas maneras y, quién sabe, tal vez escriba esa guía después de todo.

—Sería una buena idea —le dije.

—No sé, se me acaba de ocurrir, dejemos que las cosas fluyan, ¿no te parece?

Me encogí de hombros y pensé en lo que decía Egeria. Dejar que las cosas fluyeran no tenía nada que ver conmigo. Yo siempre había pensado que teníamos que hacernos responsables de nuestra vida, que era gracias a nuestro esfuerzo personal el

que las cosas salieran de una manera o de otra, que todo estaba en nuestras manos. A veces presionaba hasta el límite a mis pacientes para que se hicieran cargo de sus problemas, incluso más allá de lo que eran capaces de hacer. Al hilo de este pensamiento, me vino a la cabeza el suicidio de Rafael. No es que lo hubiera olvidado, siempre estaba ahí presente como una sombra, pero en los dos últimos días había conseguido alejarlo del centro de mis pensamientos. Me invadió una enorme tristeza y un gran complejo de culpa. ¿Había sido yo demasiado intransigente con él? ¿Le había exigido demasiado? Negros nubarrones invadían de nuevo mi estado de ánimo, poniéndome al borde de experimentar una tormenta interior. La alegre voz de Egeria me rescató de nuevo. Como si estuviera al tanto de mis emociones, me dijo:

—No sé por qué motivo estás haciendo el Camino de Santiago, todos estamos aquí por alguna razón, aunque no la conozcamos, pero no seas tan dura contigo misma. Mira el río cómo fluye —añadió—, no sabe a donde va y ahí lo tienes, dejándose llevar por la corriente. ¿No es una maravilla?

Hice un gesto afirmativo con la cabeza. Ella continuó hablando, aunque no escuché muy bien lo que me decía. Toda mi energía estaba centrada en los grandes esfuerzos que estaba haciendo para no venirme abajo, y empezar a llorar otra vez. La voz

de Egeria, aunque no le prestaba atención, tenía un efecto calmante sobre mí y me fui sosegando poco a poco. Finalmente, mi amiga me preguntó:

—¿Ya has hecho la colada?

—No —le respondí—, pensaba hacerla mañana, aún tengo otra camiseta limpia para ponerme.

—No señora, ésa no es la cuestión. Lavar la ropa que has usado mientras andabas, no tiene sólo una finalidad práctica. Es todo un símbolo. Mientras le quitas la mugre a tu camiseta y a tu ropa interior, en realidad estás lavando también tu alma y te estás limpiando de toda esa suciedad interna que ya no te sirve. ¿De acuerdo?

—Vale, lo que tú digas —respondí de un mejor humor.

—Vamos a hacer la colada —dijo levantándose y tirando de mí—, porque me da la impresión de que tienes muchas culpas que lavar.



Miguel pensó que debía haber pasado mucho tiempo en la playa. No era capaz de determinar cuántas horas llevaba allí. Seguía en ese estado alterado de conciencia que le había impulsado a dejar el faro y bajar corriendo hasta la Langosteira. Aunque pareciera mentira, era la primera vez que veía ese lugar. En pocas ocasiones había llegado hasta el pueblo, y sólo lo había hecho cuando Mario le encargaba que comprase alguna cosa, porque él no podía hacerlo. No le había gustado abandonar su refugio, en el faro se sentía seguro. Ahora se preguntaba: ¿seguro de qué?

Siempre había creído que la seguridad era un cuento. Algo que vendía el sistema para aparentar que se podía asegurar el futuro de una persona, la salud, el trabajo, la economía, o las cosas materiales. Todo eso era una engañifa para sacar dinero.

Nadie podía asegurar nada a ningún otro. De hecho, lo único seguro en esta vida era la muerte. Y él no se podía proteger de la muerte en el faro de Finisterre, ni en ningún otro lugar. Ahora le parecía toda su existencia una burla del destino. El mismo nombre del faro y del lugar donde estaba ubicado, le estaba indicando que ya no podía huir más allá. Que había llegado al límite en su afán de esconderse de sí mismo. Mario llevaba razón, no podía seguir así.

Con las piernas y el ánimo entumecidos, Miguel se levantó y empezó a pasear por la playa. Se quitó las deportivas y los calcetines, se remangó los pantalones vaqueros, y metió los pies en el mar. El agua estaba muy fría. A pesar de que era el mes de mayo, el día estaba fresco, aunque soleado. Por primera vez miró alrededor y se dio cuenta de que estaba casi solo en la playa. Por allí pasaba el camino que discurría desde Santiago a Finisterre. No le extrañó ver a lo lejos una peregrina que se acercaba a la orilla del mar y que, tras unos instantes de titubeo, dejó la mochila en el suelo, y empezó a despojarse de sus vestidos, hasta quedarse en ropa interior. Entonces, de forma decidida, echó una carrerilla y se metió en el mar, soltando un grito al contacto con el agua fría.

Miguel la contempló un rato, y también estuvo tentado de bañarse. Pero una mezcla de pudor

y vergüenza le impidió desnudarse en un lugar público, aunque no hubiera casi nadie para observarlo. En lugar de zambullirse en el mar, continuó su paseo por la playa, manteniendo los pies en contacto con el agua y contemplando ese ir y venir de las olas. Al ver el agua en continuo movimiento, fue consciente de que todo se mueve continuamente. Todo menos él, que llevaba más de un año metido en un laberinto, con su vida estancada, y experimentando un gran sentimiento de víctima. Pero ¿víctima de quién? ¿Del mundo, de las circunstancias, del destino, de fuerzas superiores, de sí mismo?

Mientras dejaba que estos pensamientos merodearan por su mente, Miguel vio cómo la peregrina salía del mar, sacaba de su mochila una toalla de esas que utilizan los nadadores, y se secaba. A continuación cogió su ropa, que descansaba sobre la arena, y se vistió. Mientras lo hacía, Miguel la contemplaba como si hubiera visto a Venus nacer de una concha entre las olas. La mujer no era joven ni especialmente guapa, pero tras ese baño en el Atlántico, a él le pareció muy hermosa, como una diosa. La peregrina cargó de nuevo con su mochila, y siguió su camino hacia Finisterre. Al pasar por su lado, le saludó con una luminosa sonrisa en el rostro, mientras le decía: «¡Buen camino!»

¡Buen camino! No era la primera vez que

escuchaba esa expresión. Ya se la había oído a otros peregrinos, cuando coincidía con ellos contemplando la puesta del sol, por los alrededores del faro. Mientras pensaba en ello, una pequeña concha llegó hasta sus pies, arrastrada por el mar. Miguel la cogió, la sostuvo unos instantes sobre la palma de su mano derecha, y se la guardó en el bolsillo del pantalón. Continuó paseando por la playa y, de pronto, sin saber de donde salía esa voz, se escuchó a sí mismo diciendo: «Voy a hacer el Camino de Santiago».

Con la misma determinación que había salido corriendo esa mañana desde el faro, Miguel se sentó en la arena, se puso los calcetines, se calzó las deportivas, y empezó a andar con toda rapidez, nuevamente hacia el pueblo. El corazón le latía muy deprisa y su ánimo, habitualmente sombrío, se tornó más luminoso. Una vez en Finisterre, preguntó por dónde tenía que ir para llegar al faro. Le informó un señor muy amable, que paseaba con una niña y, a grandes zancadas, enfiló hacia la carretera y empezó la subida. Esta vez sí se fijó en la estatua del peregrino que quedaba a su izquierda. Se detuvo unos instantes ante ella y la tocó, con la timidez de un muchacho que acaricia por primera vez a una chica. Entre sorprendido y divertido, se rió de su propio gesto y continuó con rapidez.

Entró en el faro como una exhalación. Mario

leía un libro junto a la ventana. Al ver llegar a su amigo, se levantó de un salto y le dijo:

—¿Dónde has estado? me tenías preocupado.

—No te preocupes, me encuentro mucho mejor. He estado en el pueblo, en la playa de la Langosteira.

—¿Bañándote?... —le interrogó Mario— Ya sabes que el agua está muy fría, aún en esta época del año.

—No, no —respondió Miguel—, yo no me he bañado, pero he visto cómo lo hacía una peregrina... He estado allí, paseando y pensando.

—¿Tanto tiempo? —le interrumpió Mario.

—No sé cuánto tiempo ha pasado. ¿Qué hora es? —preguntó como despertando de un sueño.

—Bueno, no importa, has estado fuera varias horas. ¿Has comido? —se interesó Mario, dándose cuenta de que su amigo había sufrido una transformación.

—No, no tengo hambre... He tomado una decisión.

—¿Cuál? —preguntó Mario, sin estar seguro de querer conocer la respuesta.

—He decidido hacer el Camino de Santiago. Llevo mucho tiempo sin salir de aquí y creo que me vendrá bien.

—¡Eso es estupendo! —le dijo Mario, sintiendo un gran alivio interior— ¿Cuándo piensas mar-

charte? ¿Has pensado dónde vas a empezar, en Roncesvalles?

—¡Eh, eh, no me atosigues! —respondió Miguel— Me iré en unos días, en cuanto me compre lo que necesito.

—Lo más importante es el calzado —dijo Mario, entusiasmado con la idea—; te recomiendo botas, pero algunas que ya tengas domadas, si es posible... También es fundamental la mochila, que no sea demasiado grande para que no cargues con cosas que realmente no necesitas...

—¡Pero bueno! —bromeó Miguel— ¿quién va a hacer el Camino, tú o yo?

—Tú, naturalmente, yo lo hice hace diez años. Esa fue una de las razones por las que solicité el faro de Finisterre. ¿No sabías que la primera vez que llegué hasta aquí, lo hice andando, como peregrino?

Los dos amigos pasaron el resto de la tarde hablando sobre el Camino de Santiago. Mario estaba encantado de ver a Miguel ilusionado con algo. Medía mucho sus palabras. No se atrevía a indagar qué proceso interior había vivido Miguel, para experimentar un cambio tan espectacular. No quería preguntarle nada, ni decir ninguna cosa que pudiera contrariarlo. Se limitaba a hablarle de sus experiencias en la ruta jacobea y se ofreció a acon-

sejarle para comprar las cosas que necesitaría para la peregrinación. Él mismo había estado tentado muchas veces de decirle a Miguel que hiciera el Camino de Santiago, pero era consciente de que su amigo, siempre con el semblante taciturno y el ánimo sombrío, no tenía energía para andar, ni para nada. Pero ese día se había llevado una inmensa alegría, al comprobar la determinación de Miguel para emprender la ruta de las estrellas. Mario sabía, por propia experiencia, que uno siente en su interior una llamada para hacer el Camino. Y Miguel también debía haberla sentido ese día. En realidad, no había nada más que saber. Eso era suficiente.

Por su parte, Miguel se agarraba a su decisión como se agarra un náufrago a una tabla de salvación, en medio del océano. Cuando sus viejos miedos pretendían tomar las riendas, él no se lo permitía. Además, ver tan entusiasmado a Mario le daba fuerzas suficientes para no volverse atrás y caer de nuevo en la inercia de la oscuridad y la abulia. A pesar de todo, las noches seguían siendo lo peor. Las tinieblas amenazaban con instalarse de nuevo en su alma, y dominar su espíritu. Pero esta vez no se lo iba a permitir, sin luchar por mantener su cordura.

Siguiendo la recomendación de su amigo, aún en contra de su voluntad y su criterio, Miguel empezó a tomar unas pastillas para poder dormir,

que le recetó un médico amigo de Mario. Aunque él no era partidario de esa solución, tuvo que reconocer que funcionaba, y empezó a dormir toda la noche de un tirón, sin pesadillas. Este descanso nocturno contribuyó a mejorar considerablemente su ánimo y su fortaleza para enfrentar a sus fantasmas.

Miguel iniciaría la ruta en la localidad aragonesa de Jaca, para unirse en Puente la Reina al llamado Camino Francés que baja desde los Pirineos, hasta llegar a Santiago. Pero antes de iniciar la peregrinación, decidió que tenía que pasar por Noia y regresar a la casa de su padre. Allí le aguardaba un pequeño cofre que no había tenido fuerzas para abrir, después de que el anciano le contase, en el lecho de muerte, los terribles sucesos que enmarcaron su nacimiento y que su padre le había ocultado hasta ese momento. Ahora, antes de emprender el Camino, si quería realmente enfrentarse a sí mismo, no tenía más remedio que empezar por el principio, abrir la caja de Pandora, y mirar lo que escondía en su interior.

Con un fuerte abrazo y la emoción contenida, se despidió Miguel de Mario. Éste trataba de bromear y de quitarle importancia al asunto. Pero Miguel sabía que estaba tan emocionado como él cuando se despidieron. Mario le recalcó mil veces

que, cada vez que se sintiera desfallecer, no dudase lo más mínimo en llamarle por teléfono. También le pidió que no se olvidase de cargar la batería del móvil, para que pudieran hablar a lo largo de la ruta.

—¡Oye, que no eres mi madre! —bromeó Miguel con su amigo. No te preocupes por mí, de verdad, ya te iré llamando yo, cuando sienta necesidad de hablar. No quiero estar pendiente del móvil ni de ninguna otra cosa, que no sea yo mismo... En serio —añadió con los ojos vidriosos—, tengo una gran necesidad de soledad y de ver a dónde me conduce todo esto.

Mario no insistió más, abrazó nuevamente a Miguel y, mientras éste subía al autobús que le conduciría a Noia, le deseó en voz baja: ¡Buen Camino, amigo!

Sentado junto a una ventanilla, Miguel fue contemplando el paisaje mientras el autobús recorría la Costa de la Muerte. Tenía en su interior sentimientos encontrados. Por un lado, era consciente de que, después de estar paralizado durante tanto tiempo, se había puesto en marcha de nuevo, y esa sensación le gustaba. Por otra parte, estaba muerto de miedo. Era ese miedo tan familiar, que había conseguido penetrarle, instalarse en su interior y dominarle por completo. Solo que en esta ocasión se prometió a sí mismo que no iba a permitir que le paralizase de nuevo.

Sin embargo, cuando bajó en la estación de autobuses de Noia, las piernas le temblaban. Con su mochila en la espalda, se encaminó a la que había sido la casa de su padre y que ahora era de su propiedad. Era una casa de dos plantas, de tipo colonial, rodeada por un pequeño jardín, ubicada frente a la ría. Llevaba cerrada un año, desde la muerte de su padre. Cuando llegó a la verja blanca que la circundaba, no pudo evitar una sonrisa al ver el trébol de cuatro hojas que figuraba en el repujado de hierro de la puerta. Su padre siempre decía que este símbolo celta los protegía de la mala suerte, de la locura y de la ruina económica. Pero él no creía en todas esas supersticiones, ni se sentía protegido por nada ni por nadie. Más bien todo lo contrario.

Con parsimonia, como si necesitase tiempo para atreverse a entrar, Miguel buscó en su mochila las llaves. Por primera vez se dio cuenta de que el llavero era un trébol de cuatro hojas. No sin dificultad, abrió las puertas de la verja que daban al jardín, que chirriaban como si les doliera esa invasión de su intimidad. El lugar se veía descuidado pero, aún así, las flores no habían dejado de nacer, coincidiendo con la primavera. Suspiró profundamente y subió los ocho peldaños que le condujeron hasta el porche. Allí, utilizó otra llave para abrir la puerta de la casa. Olía a cerrada. Dejó la mochila en el

suelo, subió las persianas y abrió todas las ventanas de la parte de abajo y de la primera planta. No tenía intención de estar allí mucho tiempo, incluso pensó que no se quedaría esa noche a dormir. No se sentía con fuerzas para enfrentar a sus fantasmas en aquella casa.

Comprobó que estaba todo en orden, se asomó al balcón del primer piso, y contempló la ría, los montes y las casas que había en la otra orilla. Le gustó recordar aquel paisaje familiar. Hacía un día precioso, cálido y soleado. Era la hora de comer y tenía hambre. Salió de la casa para buscar un lugar donde pudiera tomar una cerveza y algo sólido pero, una vez en la calle, siguiendo un impulso, se dirigió al cementerio donde estaba enterrado su padre, para visitar la tumba.

Se trataba del cementerio ubicado junto a la iglesia Santa María a Nova, que se había convertido en un museo. En él se exhibían una gran variedad de lápidas con marcas de los distintos gremios profesionales que operaban en la Edad Media. Antes de dirigirse al cementerio, Miguel entró al templo gótico y se fijó en la inscripción que existía en el pórtico, y que ya había contemplado en otras ocasiones. Al leerla de nuevo, un escalofrío le recorrió la espina dorsal. «Esos sepulcros un Dios juzga/  
En eternas moradas premia o pena/  
Ay del impío la medida llena».

Como si fuera un turista más, Miguel recorrió la iglesia, deteniéndose en algunas de esas lápidas. Le llamó la atención una con la figura humana de un peregrino, ataviado con las vestiduras que llevaban en la Edad Media, en el que no faltaban numerosas conchas, como la que él guardaba en su bolsillo, después de que el mar la arrojara a sus pies, en la playa de Finisterre. Contempló esta figura y le pareció extraño que un letrero la identificase como «carpintero». Aún le pareció más sorprendente otra lápida en la que un ser, que vestía una especie de falda plisada, se llevaba la mano derecha al centro del pecho. Su cabeza era alargada, y a Miguel le pareció estar en presencia de algún visitante de otro mundo. Una especie de extraterrestre que alguien había querido inmortalizar en la piedra.

Continuó visitando la iglesia llena de lápidas, y subió las escaleras que llevaban al coro. Pero antes de llegar, vio algo que le produjo un fuerte mareo. Se trataba de una tabla del retablo que representaba al arcángel san Miguel, luchando contra el demonio. Cuando se repuso del repentino mareo, el pánico se adueñó de él y bajó corriendo las escaleras, dirigiéndose con toda rapidez al cementerio, en busca de una bocanada de aire para sus pulmones. Una vez afuera, no se detuvo en el nicho donde estaba enterrado su padre. Necesitaba serenarse un poco y tratar de comprender qué le había

pasado. A cuento de qué venía ese miedo repentino. Se sentó en el escalón de un templete que había en medio del camposanto. Cerró los ojos, y respiró profundamente. Por unos instantes se quedó adormilado, como suspendido en el vacío, con la mente en blanco. No era la primera vez que le sobreviniera ese estado. Ya lo había experimentado en la playa de Finisterre.

Le pareció que regresaba de un sueño, cuyas imágenes escapaban a su conciencia, y volvió a la realidad de aquel lugar, gracias a las voces de unos visitantes, que escrutaban el templete, en cuyo interior había un cruceiro. Un hombre, de unos cuarenta y pico años, una mujer morena, de la misma edad y otra mayor, con el pelo muy corto y canoso, daban vueltas al templete, tratando de descifrar el significado de las marcas del friso. La mujer mayor dijo que estaban muy borrosas, y no se veían con nitidez. Sacó unos folios de su bolso, y empezó a leerlos. Miguel no prestó mucha atención, pero aún así escuchó algunas de sus explicaciones, mientras el hombre, con unas varillas en la mano, para medir la energía, se paseaba de un lugar a otro del templete.

Según leyó la mujer del pelo canoso, de un autor llamado Rafael Lema, el templo era solar, porque sus frisos seguían la orientación este-oeste, y de origen templario. Se había construido para de-

jar constancia en la piedra de los periodos cíclicos de nuestra civilización. En uno de sus lados, aparecía la figura de un hombre, de rodillas, apoyado en un perro grande, al que sujetaba por una correa en su mano izquierda, mientras el cadavérico rostro de la figura humana, se alzaba hacia el cielo reflejando un gran dolor. Este perro de mayor tamaño, mordía el lomo de otro perro menor que lo precedía y éste, a su vez, hacía lo mismo con un perro más pequeño todavía. La mujer explicó que este friso era la representación del devenir de las edades de la humanidad: Oro, Plata y Bronce. Y el hombre dolorido representaba a la actual Edad del Hierro, que marcaba el final de las cuatro edades y de la humanidad, tal y como la conocemos.

Estas últimas palabras pronunciadas por la mujer calaron profundamente en el ánimo de Miguel. Aunque no había vuelto a ese cementerio desde el entierro de su padre, siempre le había llamado la atención aquel templete, cuya construcción databa de la Edad Media. Cuando era niño se sentaba en uno de sus escalones, como lo estaba haciendo ese día, y correteaba alrededor del cruceiro, experimentando una gran atracción hacia aquel monumento. Sin embargo, nunca, hasta ese momento, había buscado ni escuchado ninguna interpretación sobre las extrañas marcas que había en el friso, y que el paso del tiempo había ido erosionando, hasta

que apenas podían distinguirse.

Con lentitud, se levantó del escalón, y se alejó hacia el nicho donde estaba enterrado su padre. Antes de dejar el templete, aún pudo ver cómo los visitantes inspeccionaban la parte oeste para ver los cinco círculos unidos que figuraban grabados en la piedra. Detuvo sus pasos al escuchar que el primero de estos círculos tenía en su interior un trébol de cuatro hojas. La mujer que leía los folios, comentó que éste era un símbolo de la cultura celta y de sus druidas, que representaba el esquema del ciclo solar.

Miguel pensó en el trébol que había en la verja de la casa de su padre, y en el llavero con las llaves de la vivienda. Recordó, aunque nunca había pensado en ello ni le había llamado la atención, la devoción que su padre había tenido siempre a este símbolo, hasta el punto de que había pedido que lo grabasen en su lápida. «Lo había olvidado por completo» —se dijo para sus adentros—. Ya ante el nicho, pudo comprobar cómo, junto al nombre de su progenitor, Gabriel Santos, y las fechas de su nacimiento y su muerte, figuraba un pequeño trébol de cuatro hojas.

Por unos instantes permaneció con la mirada fija en ese símbolo, y se preguntó qué le había llevado hasta allí. Recordó la historia sobre su extraño nacimiento, que le había contado el anciano

en su lecho de muerte, y el impacto que este relato había tenido en su vida. Relacionándolo con lo que él mismo había experimentado, durante el último exorcismo que realizó. Las lágrimas acudieron a sus ojos, y hablando a su padre, como si éste pudiera responderle, preguntó en voz alta:

—¿Por qué, por qué me ocultaste tanto tiempo la forma en que nací y la forma en que murió mi madre?

Siempre le habían contado que su madre había muerto en el parto, pero esa no era la verdad. Para evitar entrar en un estado de autocompasión, que a cada instante se adueñaba de su ánimo sombrío, Miguel se santiguó mecánicamente, y se alejó del cementerio. Deambuló un rato por las calles de Noia, sin rumbo fijo, y se sentó en la terraza de un bar para comer. Pidió un bocadillo y una cerveza. Procuró no pensar mientras comía. Después tomó un café solo, pagó la cuenta y se dirigió, con decisión, a la casa de su padre. Cogería lo que había venido a buscar, y se marcharía hacia Santiago, en el primer autobús que pasase. Prefería dormir allí, que quedarse en la casa de Noia. Desde Santiago, miraría las combinaciones de transporte que debía hacer, para llegar hasta Jaca, donde empezaría el Camino, tal y como había previsto.

De forma apresurada, pues no quería perder el autobús que le llevaría a Santiago, Miguel

se dirigió a la primera planta de la casa y buscó en el dormitorio de su padre la caja donde había información precisa sobre los sucesos ocurridos en torno a su nacimiento. La encontró sin ninguna dificultad, la depositó sobre la cama y se sentó junto a ella. El sol entraba a raudales por el balcón abierto, y caldeaba la estancia, que ya no olía tanto a cerrada. Buscó en el llavero del trébol la pequeña llave que correspondía a la cerradura y, suspirando profundamente, abrió la caja.

En su interior, metidos en una bolsa de plástico, encontró varios recortes de periódico, amarillentos. Con manos temblorosas, los examinó, y empezó a leer los titulares. Pero no pudo terminar de hacerlo porque una fuerte opresión se le instaló en el pecho, agarrándole con fuerza como si se tratara de una garra. Respiró varias veces profundamente, para aliviar el dolor, y volvió a meter los recortes en la bolsa de plástico, para llevárselos. Cuando se disponía a cerrar la caja, vio en el fondo un pequeño papel, escrito a mano, metido en otra bolsa de plástico más pequeña. La cogió, la abrió, y leyó: «El demonio me persigue. Lo tengo siempre detrás».

A leer estas palabras, Miguel sintió un escalofrío recorriéndole la columna vertebral y se le cortó la respiración. Se incorporó de la cama de un salto, y se puso a dar vueltas por la habitación, res-

pirando superficialmente y con rapidez para evitar la sensación de ahogo. Cuando recuperó la normalidad, cogió todos los papeles, cerró la caja vacía y la volvió a colocar en el cajón donde la había encontrado. Con rapidez, recorrió todas las habitaciones bajando las persianas y cerrando las ventanas, en las dos plantas de la casa.

Cogió su mochila, y salió de allí a toda velocidad. Bordeando la ría, se encaminó hacia la estación de autobuses, mientras unas palabras resonaban en su cabeza: «El demonio me persigue. Lo tengo siempre detrás».

Rendida por el cansancio me acosté en Zubiri antes de que anocheciera, y dormí toda la noche de un tirón, sin que me molestasen los ronquidos de los peregrinos ni cualquier otro ruido. Sólo cuando empecé a escuchar los sonidos de cremalleras, muelles de somier y bolsas de plástico, me desperté y me di cuenta de que había llegado un nuevo día, cuya claridad entraba por las ventanas. Al ir a levantarme tuve que ahogar un grito de dolor. Tenía tantas agujetas en el cuerpo, que apenas podía moverme. Miré en la parte de arriba de mi litera y vi a Egeria durmiendo plácidamente. No la desperté.

Me vestí como pude, fui al baño y, en cuanto tuve lista mi mochila, reanudé el Camino. Hacía un día precioso, pero mi cuerpo se resistía a andar, como si supiera de antemano que le esperaban algo más de veinte kilómetros para llegar a Pamplona.

La mayoría de los peregrinos me adelanta-

ban y cuando pasaban por mi lado, me saludaban deseándome «Buen Camino». Yo los observaba con atención, preguntándome si sus cuerpos estaban tan doloridos como el mío. La mochila me pesaba muchísimo, aunque llevaba lo mismo que el día anterior, y las correas se me clavaban en los hombros sin ninguna piedad. Tenía la sensación de que tiraba de mí hacia atrás, y me costaba mantener el equilibrio.

Aguanté como pude durante una hora y media, una caminata que me costó tanto esfuerzo como si hubiera andado un día entero. Finalmente llegué a Larrasoaña y entré en un bar que estaba lleno de peregrinos. Reconocí a algunos de los que me habían adelantado por el Camino, les saludé con un ligero movimiento de cabeza y me senté sola en la mesa que había en un rincón.

Estaba tan cansada que me desplomé en la silla, nada más quitarme la mochila. Con desgana, saqué mi guía y la estudié, mientras me servían un ligero desayuno. No quería sentirme pesada con la digestión, añadiendo más problemas a mi ya torturado cuerpo. Desayuné con lentitud, con la esperanza de ver aparecer a Egeria en cualquier momento. Pero no llegó y tuve que emprender sola la ruta. Faltaban todavía quince kilómetros para llegar a Pamplona. Al paso que llevaba, eso suponía más de cuatro horas y no tenía ninguna confianza de que

fuera capaz de caminar tanto tiempo sin caerme redonda. Aunque había muchos peregrinos en el Camino, se podía pasar mucho tiempo sin que viera a ninguno. Todos los que habían coincidido conmigo en el bar de Larrosoaña se habían evaporado como por arte de magia y ahí estaba yo otra vez, arrastrando penosamente mi cuerpo, con las correas de la mochila clavadas en los hombros, y preguntándome qué diablos estaba haciendo allí.

Esta pregunta rondaba una y otra vez por mi cabeza, pero en esos momentos no tenía fuerzas para planteármela en serio, y mucho menos para contestarla. Bastante tenía con seguir andando a duras penas y tratar de llegar cuanto antes a Pamplona. Intentaba disfrutar del paisaje de aquellas tierras navarras, pero estaba tan agotada, que lo único que acaparaba mi atención era mi dolorido cuerpo. De vez en cuando me paraba, me quitaba la mochila y descansaba unos minutos, antes de proseguir. En el fondo de mi alma seguía esperando que Egeria apareciera de un momento a otro y me rescatase de mi cansancio, como había hecho en el bosque del Erro. Al pasar por la localidad de Trinidad de Arre, a la que accedí por un precioso puente medieval, escuché la voz de Egeria, gritando a mis espaldas:

—¡Vaya marcha llevas, creí que no te iba a pillar!

Al verla, no puede evitar que se me saltasen las lágrimas, me volví, y me abracé a su cuello, a pesar de que no tenía fuerzas para levantar los brazos.

—Bueno, bueno —me dijo—, si llego a saber que me haces este recibimiento, me hubiera dado más prisa en llegar. La verdad es que llevas muy buen ritmo... para ser novata.

—¡Buen ritmo! —respondí en tono lastimero— estoy a punto de caerme al suelo de un momento a otro. ¡No sé ni cómo me sostienen las piernas!

—Yo tampoco me lo explico, viendo cómo llevas colocada la mochila, casi arrastrándola. ¿No te tira hacia atrás?

Sin darme tiempo a responder, se situó frente a mí y tiró de unas correas situadas a ambos lados de la mochila, subiéndola y colocándola en lo que debía ser su sitio. De inmediato sentí alivio en la espalda y dije con asombro:

—¡Ya no me tira hacia atrás! ¡Muchas gracias!

—¿Tú no has andado mucho con mochila, verdad? —preguntó con su alegría habitual.

—Pues no, es la primera vez —respondí, al comprobar que mi mochila parecía mucho menos pesada.

—Cuando lleguemos a Pamplona, si me permites —dijo haciendo una ligera inclinación de ca-

beza—, veremos si podemos aligerarla un poco de peso. Estoy segura de que llevas demasiadas cosas que no te hacen falta para nada.

—Vale —respondí con poca convicción, temiendo que me iba a obligar a dejar parte de mis queridas pertenencias.

A partir de la llegada de Egeria el Camino se me hizo más llevadero. Mi cuerpo seguía terriblemente dolorido, pero mi ánimo había mejorado. Mi amiga andaba a un ritmo más rápido que el mío, pero esperaba de vez en cuando, hasta que me veía aparecer, y continuaba caminando. Así fuimos hasta llegar a Burlada. A lo lejos se divisaban ya las torres de la catedral de Pamplona. En ese punto, Egeria disminuyó el paso y se alineó conmigo, charlando de cosas intrascendentes.

El paisaje fue cambiando a marchas forzadas y de pronto nos vimos sumergidas en el bullicio de una ciudad. Ya no estábamos solos los peregrinos, sino rodeados de gente que iba y venía a sus cosas, sin apenas reparar en nosotros. La entrada me pareció preciosa y, por unos momentos, me olvidé de mi cansancio. Atravesamos un puente medieval, pasamos junto a la catedral y un arco, discurrendo por callejuelas antiguas, hasta llegar a un albergue de peregrinos, situado junto a una iglesia. Subir las escaleras que llevaban hasta el albergue, me costó muchísimo. «A quién se le ocurre acoger

a los peregrinos en un piso alto, seguro que no ha llegado aquí andando» –pensé, mientras subía con dificultad. A Egeria y a mí nos dieron las dos últimas camas que quedaban. Una pareja de peregrinos, que subían detrás de nosotras, se quedó ya sin plazas. En la puerta colocaron un letrero que ponía: «Completo».

–¡Hemos tenido mucha suerte! –me susurró Egeria mientras el hospitalero nos conducía al dormitorio.

A las dos nos tocó en la parte de arriba de unas literas, situadas cada una en una punta de la habitación. Pero, como había dicho Egeria, pensé que teníamos mucha suerte. Al fin iba a poder darle un descanso a mi dolorido cuerpo, pero mi amiga no me dejó y me apremió a ducharme cuanto antes porque, según dijo, si me quedaba tumbada me dormiría.

–¿Y qué hay de malo en ello? –protesté.

–¿Estás loca? Ya dormirás esta noche. Mañana nos vamos y Pamplona tiene muchas cosas que enseñarnos. ¡Vamos, vamos! –me apremió– Dúchate tú primero porque si lo hago yo te vas a tumbar y no va a haber nadie que te levante.

–¡Cómo lo sabes! –le respondí de mala gana, mientras me arrastraba hacia la ducha con mi bolsa de aseo y la ropa limpia en la mano.

Después de una ducha con agua caliente

me sentí nueva. Mi cuerpo seguía dolorido, pero los músculos se habían calentado y, sobre todo, me encontraba de un humor inmejorable. Me parecía mentira haber estado tan cansada unos minutos antes. Esto es algo que comprobaría muchas veces a lo largo de todo el Camino. La ducha, al llegar a un albergue, era fundamental. Para mí tenía prioridad sobre la comida. El agua caliente, o a veces fría, cayendo sobre mi piel, me revitalizaba, no sólo el cuerpo, sino también el alma.

Egeria se duchó en un momento y, poco después, nos encaminábamos a la calle Estafeta para comer en alguno de los bares situados en el típico casco antiguo de Pamplona. Mi amiga me comentó que, en esa misma calle, corrían los toros durante los sanfermines. Le pregunté si ella había asistido alguna vez a los encierros, y me respondió que no, que era algo que tenía pendiente. Fue en ese momento cuando me enteré de que Egeria vivía en El Escorial, y todos los días se desplazaba a Madrid para trabajar en la editorial de la que me había hablado.

—Sí, un auténtico coñazo —afirmó— pero ahora que me han despedido, me voy a tomar la vida de otra manera, ¿no te parece? Incluso puede que monte mi propia editorial, allí, en El Escorial, para no tener que perder tanto tiempo yendo y viniendo a Madrid. Estoy muy cansada de esa rutina.

Sonreí y di voz a mis pensamientos:

—Es curioso, quizás hayamos coincidido muchas veces en Madrid, y ni siquiera nos hayamos dado cuenta... porque yo también vivía allí.

—¿No vives en Ávila? —preguntó ella sin esperar respuesta—... pero no creo que hayamos coincidido. Seguro que tú no te desplazabas en metro.

Llevaba razón, pero aún así su afirmación me molestó un poco.

—¡¡Eh!! ¿Por qué dices eso?

—Anda, calla y vamos a comer. Este sitio tiene muy buena pinta —dijo empujándome literalmente a un bar.

Una vez dentro, nos sentamos en una mesa y pedimos un montón de tapas y un par de cervezas. Egeria se salió a la puerta para hablar por el móvil con su familia, porque dentro no había cobertura. Yo me quedé allí sola. Pasado un rato, el camarero me indicó desde la barra que podía acercarme a recoger los pinchos que habíamos pedido. Entonces ocurrió algo insólito para mí. Cuando fui a ponerme de pie, me di cuenta de que no podía hacerlo. Un dolor intenso se había adueñado de cada músculo de mi cuerpo, y me impedía levantarme. Cuando estaba haciendo un esfuerzo, viendo que Egeria no regresaba, una chica, con acento marcadamente francés me dijo:

—No te levantes, yo te lo llevaré.

Volví a sentarme a duras penas, pues ese movimiento también me producía dolor, agradeciendo la ayuda a mi inesperado ángel de la guarda, con forma de chica francesa. Cuando trajo todo a la mesa, se sentó conmigo y me preguntó:

–¿Peregrina?

–Peregrina dolorida –respondí yo.

–Bueno, es normal al segundo día.

–¿Cómo sabes que es mi segundo día? Y, no debe ser tan normal, mi amiga está hecha una rosa y tú...

–Yo llevo muchos días andando, porque empecé el Camino en Le Puy. Y sé que es tu segundo día, porque te vi llegar en el autobús a Roncesvalles.

–¡Ah, vale, qué observadora, yo no me he fijado en nadie!

–Eso es porque llevas poco tiempo y lo que más atrae tu atención son tus dolores musculares, pero te aseguro que se pasan –añadió ella.

–¡Esa es una buena noticia! – dije, suspirando, antes de dar un largo trago a mi cerveza.

En esos momentos llegó Egeria y me alegré, porque no sabía qué decir a la peregrina amable, pero desconocida. Ella misma se presentó.

–Mi nombre es Monique... Monique Verne y... salta a la vista que soy francesa.

–Encantada, Monique Verne. Tienes el mis-

mo apellido que uno de mis escritores favoritos, Julio Verne –afirmó Egeria, mientras le echaba la mano– ¿Te apetece tomar algo con nosotras? Rosalía es un poco muermo al principio – bromeó señalándome– pero en cuanto la conoces mejor, te cae bien.

–Yo ya he comido, iba a pedir un café, puedo tomarlo con vosotras, si no os importa... ¿Muermo? ¿Qué significa muermo? –preguntó con su acento francés que hacía desaparecer las erres para sustituirlas por un sonido gutural similar a una g.

–Significa aburrida, pero de todas formas no es verdad –aclaró Egeria–, en realidad Rosalía es la alegría de la huerta.

–¿Alegría de la huerta? –repitió con cierta dificultad.

–Vale, déjalo, es una frase hecha, ya te lo explicaré en otro momento –dijo Egeria, antes de engullir una tapa entera, lo que provocó nuestras risas.

Unas cuantas cervezas después, que habían sido necesarias para seguir degustando tapas, nos habíamos hecho amigas íntimas de Monique. Parecía como si nos conociéramos de toda la vida. Lo más exacto que se puede decir de ella es que su aspecto era el de una francesa típica. Algo más alta que yo, pero menos que Egeria, delgada, con el pelo muy corto, rubio oscuro con mechaz rojizas, y

unos preciosos ojos verdes aceituna. Era una joven muy guapa. Nos dijo que tenía 33 años y que estaba haciendo el Camino como luna de miel. Le preguntamos dónde estaba su marido. Ella, como lo más natural del mundo, respondió:

—No está aquí, está muerto. Murió de... ¿cómo se dice, infarto? Se le paró el corazón.

El buen rollo que manteníamos se nos cortó en seco. Egeria se apresuró a disculparse, como si nosotras tuviéramos la culpa de la muerte de su marido, pero nuestra nueva amiga no parecía muy afectada por la dramática noticia que acababa de darnos.

—Hace ya tres años que murió. Al principio costaba trabajo creerlo, pero ya lo he aceptado y está bien. ¡Todos vamos a morir! ¿No?

—Sí, claro —respondió Egeria, que parecía no haberse recuperado aún de la noticia—, pero me impresiona ver cómo lo has asumido.

—No ha sido fácil —respondió Monique, con cierta tristeza en la voz.

Para romper un poco el impacto de la confesión, continuamos hablando del Camino y de cómo discurría por Francia desde Le Puy. De pronto, Egeria me sorprendió con una nueva pregunta que debía estar rumiando en su mente.

—Espera, espera —dijo interrumpiendo la conversación—. Si tu marido murió hace tres años,

¿cómo es que haces el Camino como luna de miel? ¿Traes sus cenizas o algo así? ¿No pudisteis hacer el viaje de novios cuando estaba vivo? No entiendo.

—Es que cuando murió no nos habíamos casado todavía —afirmó Monique a modo de explicación—; la boda se celebró el mes pasado.

—¿Cómo se pudo celebrar el mes pasado, te has casado con un muerto? —preguntó Egeria mientras agrandaba aún más sus ojos oscuros.

—¡Nooo!... Bueno, sí —añadió Monique con una pícara sonrisa.

—¿Sí o no? —la interrogó Egeria, mientras me miraba con cara de no entender nada— A ver, a ver, explícanos eso.

Monique se rascó la cabeza y nos miró a ambas, que esperábamos su respuesta con cara de expectación. Suspiró profundamente y nos dedicó la mejor de sus sonrisas, antes de empezar a hablar:

—Bueno, vamos a ver si soy capaz de hacerme entender... Veréis, en Francia hay una ley que permite que te cases con una persona que ya ha fallecido y puedas utilizar su apellido. Verne, realmente es el apellido de mi novio, Jean. Él se llamaba Jean Verne . Yo soy, ¿cómo se dice?... trabajo con niños.

—¿Maestra? —apunté.

—Sí, gracias, maestra; y Jean era arquitect-

to técnico. Vivíamos juntos en París y su familia nunca vio nuestra relación con buenos ojos. Son muy... estiradores –añadió, haciendo un gesto con las manos.

–¿«Estiradores»? Querrás decir estirados –aclaró Egeria.

–Sí, eso, estirados y siempre estaban metiéndose en nuestra relación. Le amargaban la vida... Creo que su corazón falló porque él no entendía por qué se oponían tanto a nuestro amor –reflexionó con tristeza.

–¡Qué cabrones! –exclamó Egeria, levantándose bruscamente y pidiendo más cerveza.

–La madrugada en la que Jean sufrió el infarto, había discutido nuevamente con sus padres por la noche... Cuando murió –añadió Monique sin poder controlar la emoción–, yo les avisé, como me pareció natural, y se presentaron en el hospital, a donde lo habían trasladado los servicios de emergencia, aunque ya ingresó cadáver, y se hicieron cargo de su cuerpo como sus únicos familiares legítimos, porque nosotros no estábamos casados legalmente.

–¡Qué hijos de puta! –soltó Egeria, que se iba caldeando por momentos con la historia de Monique... y las cervezas.

–¿Y cómo se pudo celebrar la boda? –pregunté intrigada.

–Yo me quedé destrozada, como os podéis imaginar, y después de pasar unos meses sin levantar cabeza, un amigo abogado me habló de esta ley francesa que permite casarse con una persona que ha fallecido, y poder utilizar su apellido.

–¿Y también puedes heredar sus bienes, en caso de que los tenga? –seguí preguntando.

–¡A quién coño le interesan sus bienes! –soltó Egeria en voz alta, haciendo que todos los clientes del bar se volvieran a mirarla.

Su vehemencia provocó que Monique y yo nos echáramos a reír, al tiempo que intentábamos calmarla.

–¡Pero si es que son unos cabrones! –dijo a modo de explicación– No soporto a la gente que se dedica a amargarle la existencia a los que intentan ser felices... Y todo porque ellos son unos amargados.

Después de que Egeria se hubiera tranquilizado un poco, Monique continuó con su relato, algo más animada.

–Mi amigo me propuso que, acogiéndome a esa ley, me casase con Jean para ser su familiar más directo. Yo pasaría a ser su esposa, y podría llevar su apellido... cosa que iba a sacar de sus casillas a mis futuros suegros.

–¡¡Bien por tu amigo!! –gritó Egeria antes de que ambas la hiciéramos callar al unísono.

—Al principio me pareció una tontería y algo descabellado —continuó nuestra amiga francesa—, pero poco a poco la idea fue instalándose en mi mente, y me agradaba poder llevarla a la práctica... Una noche tuve un sueño muy vívido. No había soñado con Jean desde que había muerto, y este sueño me conmocionó. Fue muy raro. Él no aparecía como si estuviera vivo, sino como muerto y yo le exponía la posibilidad de casarnos, porque era algo que se podía hacer. Jean me dijo que lo hiciera, que me casase con él, y que recorriera el Camino de Santiago desde Le Puy, como luna de miel; algo que pensábamos hacer juntos y no pudimos.

En este punto del relato, yo estaba con un nudo en la garganta. Aunque no había ninguna similitud entre la vida de Monique y la mía, sentí una corriente de amistad y simpatía hacia esa mujer, más allá de lo que se pueda explicar. A duras penas podía contener las lágrimas. Egeria, más espontánea y menos reprimida que yo, se vino abajo y empezó a llorar como una magdalena. Se levantó de su asiento, y se arrojó a los brazos de Monique, llorando a moco tendido.

—¡Que Dios te bendiga, hermana! —dijo haciendo pucheros, con un repentino furor místico— ¡Qué grande eres... y qué grande es Jean, y tu amigo abogado... y Francia, y la madre que os parió!

Sin dejar de llorar, seguía aferrada al cuello de Monique, que tampoco pudo contener las lágrimas. Al verlas, mi emoción que estaba haciendo equilibrios para no salir a flote, se desbordó y terminé también abrazando a las dos y llorando con ellas, como no lo había hecho en mucho tiempo. En esos momentos no hubiera sabido decir si lloraba por lo que nos contaba Monique, por la desmesura de la reacción de Egeria, o por mí misma.

En realidad daba lo mismo. Nunca hasta entonces, en toda mi vida, me había sentido tan compenetrada con nadie como en esos momentos... Fue algo mágico. Me sentía tan unida a aquellas dos mujeres que acababa de conocer, como si fuéramos una sola persona. Como si sus vidas y la mía estuvieran entretejidas por unos hilos invisibles. Como si cada una no pudiera existir sin la existencia de las otras. Como si fuéramos una misma alma, latiendo en tres cuerpos distintos. No sé el tiempo que pasamos allí abrazadas, llorando. Pudo ser un solo instante o una eternidad. Los parámetros para medirlo se habían desdibujado.

Entonces ocurrió. De pronto, un sonido me hizo salir de mi ensoñación, y se rompió el hechizo. La gente que estaba en el bar se había puesto en pie y nos aplaudía. La escena era tan cómica y tan irreal, que mis lágrimas se transformaron en una risa limpia y sana, que me hicieron experimentar

cierto nivel de euforia. Observé a Egeria y Monique, y llegué a la conclusión de que también ellas participaban de ese estado de alegría desbordada. La chica que servía en la barra llegó hasta nuestra mesa con tres cañas más y, depositándolas sobre ella, nos abrazó a las tres, diciéndonos:

—¡Invita la casa!

Respondiendo a su invitación, levantamos los vasos y brindamos por todos los que nos habían aplaudido. Los demás correspondieron al brindis, antes de volver cada uno a sus conversaciones. Nosotras hicimos lo mismo, aún impactadas por lo que acabábamos de vivir.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Monique—  
¿Los españoles sois siempre tan alegres?

—Sí, así somos nosotros. Ya sabes, España es diferente... —respondió Egeria, recordando irónicamente un slogan que se utilizaba durante el franquismo—. Claro que los franceses sois más originales —reconoció—, vosotros podéis casaros con los muertos. ¿Te imaginas lo que pasaría en España si pudiéramos hacer lo mismo? —me preguntó Egeria.

—No quiero ni pensarlo —respondí un poco mareada por haber bebido tanta cerveza.

La tarde discurrió escuchando las confidencias de Monique, que relató algunas circunstancias del largo proceso que la había llevado hasta su boda con Jean, a la cual, como era previsible, se opusie-

ron con todas sus fuerzas, económicas y legales, los padres de su novio. A pesar de ello, ella había conseguido su objetivo y era, por derecho propio, la esposa de Jean Verne.

Cuando quisimos darnos cuenta se había hecho casi de noche y era hora de volver al albergue, si no queríamos dormir al raso. El fresco en la cara nos sentó bien al salir del bar. Caminamos en silencio y nos cruzamos con otros peregrinos que también regresaban.

—¿No decías que Pamplona tenía muchos lugares para visitar? —comenté, dirigiéndome a Egeria— Mañana temprano nos iremos sin haber visto nada. ¡No me puedo creer que hayamos pasado toda la tarde metidas en un bar!

—No te quejes —respondió Egeria—, así es el Camino. Tú haces planes y él tiene otros para ti. ¡Vamos, no seas tan rígida y planificadora, déjate llevar, no quieras controlarlo todo! ¿Crees que habríamos visto hoy algo más hermoso que el alma de Monique, que ella ha desnudado para nosotras? —añadió, rodeándome maternalmente por los hombros, mientras nuestra amiga francesa nos sonreía.

—No, no; eso es verdad —respondí a regañadientes.

—¡Pues entonces, relájate, no ves que la vida es bella! —dijo soltándome y echando a correr, mientras proponía— Os echo una carrera, a ver

quién sube antes al albergue.

Nada más oírla, Monique me miró con gesto pícaro, y empezó a correr detrás de Egeria. Yo me quedé sola, refunfuñando. «Para carreras estoy yo –dije para mis adentros–, cómo se nota que sois jóvenes y que no os duele todo el cuerpo como a mí. Ya veremos cómo me muevo mañana para llegar hasta Puente la Reina».

A duras penas subí las escaleras del albergue, maldiciendo una vez más y preguntándome quién habría sido el lumbreras que había pensado instalar el refugio en un piso tan alto. Cuando llegué arriba comprobé que la luz del dormitorio ya estaba apagada, y que muchos peregrinos habían iniciado su concierto de ronquidos, estableciendo una gran competencia entre ellos. «Lo que faltaba» –pensé.

Procurando no hacer ruido, llegué como pude hasta mi litera y busqué en mi mochila la linterna. Alumbrándome con ella, cogí la bolsa de aseo y me encaminé hasta los servicios. Mientras me lavaba los dientes, escuché a una mujer canturreando alegremente en la ducha. «¿Quién será la loca que se está duchando a estas horas?» –me pregunté. Enseguida obtuve respuesta, al ver salir a Egeria desnuda, secándose con una pequeña toalla de nadadores.

–¡Hombre, ya llegó la abuelita! –dijo con

tono alegre.

—¿Por qué no me extraña que seas tú la loca que se está duchando y cantando a estas horas?

—pregunté gruñendo.

—¡Pues no sé! —dijo ella— ¡No querrás que me acueste con el pedo que llevo encima!

—¿Estás borracha? —pregunté, queriendo aparentar extrañeza.

—¿Borracha? Nada de borracha. Media docena de cervezas no me hacen perder el control.

—¿Media docena? ¿Sólo te has tomado seis cervezas? —continué inquisitiva.

—No sé, no las he contado. ¿Has llevado tú la cuenta, doña controladora? —añadió sin perder la sonrisa.

Miguel había comenzado su primer día de Camino en Jaca, antes del amanecer. Llegar hasta allí desde Santiago de Compostela, donde había dormido la noche anterior, le había obligado a hacer un largo viaje con transbordos en trenes y autobuses. Pero al fin había llegado al lugar en el que iniciaría la ruta de las estrellas. Cuando echó a andar esa mañana, una fuerte opresión le aplastaba el pecho. No sabía muy bien qué hacía allí, ni por qué se había embarcado en esa aventura. Sin embargo, algo en su interior, una vocecilla apenas audible le susurraba: «tienes que hacer este Camino». Decidió obedecer a esa voz, que era dulce y cariñosa, distinta a otras voces sombrías, que también escuchaba dentro, y que le presagiaban negros nubarrones.

Cuando salió del albergue de Jaca, Miguel se detuvo a contemplar el pórtico de la catedral ro-

mánica, en la que destacaba su crismón, con las letras griegas alfa y omega. Pensó que quizás el Camino, que iniciaba ese día, supusiera para él el final de una etapa de oscuridad y el inicio de otra más luminosa. Se fijó en los dos leones que había junto a esa rueda de ocho radios. Vio que en el lado donde figuraba el alfa, aparecía bajo las patas de león un hombre arrodillado, que agarraba a una serpiente. En latín había una inscripción, que tradujo así: «El león se apiada del que se postra a sus pies y Cristo del que lo invoca».

Al otro lado, donde estaba la letra griega omega, el león tenía bajo sus patas un oso y la imagen del mítico basilisco. También aquí había una inscripción latina: «El poderoso león aplasta al imperio de la muerte». Se fijó en que existían dos inscripciones más. Sobre el anillo del crismón ponía: «En esta escultura reconocerás lo que sigue: «P designa al Padre, A al Hijo y la doble, al Espíritu Santo» Miguel pensó que la letra nombrada como «doble» era la sigma griega. Bajo el tímpano figuraba aún otra frase, que fue la que más le impactó: «Si quieres vivir, tú que estás obligado a la ley de la muerte, ven aquí suplicando, renunciando a los alimentos envenenados. Purifica tu corazón de sus vicios para no morir de una segunda muerte».

Miguel permaneció un rato contemplando el crismón de la catedral, levantada en el siglo XII.

Las puertas del templo estaban cerradas. Era demasiado temprano. De todas maneras, no había pensado entrar. Con lo visto y leído en la fachada era más que suficiente. Su mente le decía que se moviera, pero sus pies no parecían obedecerla y, por alguna razón que ignoraba, permanecía allí clavado, mirando fijamente el crismón y las figuras que lo acompañaban. De pronto, una imagen apareció en su cabeza. Algo que había visto en algún lugar. No recordaba dónde. La imagen empezó a hacerse más nítida y vio con claridad una especie de sello redondo, en cuyo interior podía verse al arcángel Miguel, matando con su espada a un basilisco.

Este recuerdo tan nítido le desconcertó. Era una imagen que había visto hacía mucho tiempo. Un escalofrío recorrió su espalda y esa fue la señal para que su cuerpo saliera de la ensoñación y empezase a andar. Empezó el camino con toda rapidez, como si llevara prisa, siguiendo las flechas amarillas y otras señales que le indicaban que iba por la ruta adecuada. Cuando llevaba andando unos diez o doce kilómetros, inmerso en una serie de pensamientos inconexos, llegó al cruce de una carretera, que conducía hasta la localidad de Santa Cruz de la Serós. Según indicaban unas señales, desde allí se subía al monasterio de San Juan de la Peña.

Se quitó la mochila de los hombros, descan-

só unos momentos y dudó si debía visitar o no ese monasterio, construido en la oquedad de una roca. Él ya conocía ese lugar. Lo había visto muchos años atrás, y había quedado impresionado con el claustro al aire libre, protegido por el saliente de la piedra que albergaba el monasterio. Se decía que en ese lugar había estado escondido el Santo Grial, durante la Edad Media. La misma copa que, según la tradición, había utilizado Jesús en la última cena, y que ahora se encontraba en la catedral de Valencia. Al recordar este detalle, Miguel volvió a colocarse su mochila y decidió seguir su camino sin desplazarse hasta San Juan de la Peña. Pensó que, si lo hacía, se desviaría de la ruta de las estrellas. «Además —dijo para sus adentros— el Santo Grial es sólo un símbolo del corazón. Está en el interior de todos los seres humanos, y no hay que buscarlo fuera. Hacerlo, te desvía del auténtico Camino».

Miguel se sorprendió de sus propios pensamientos. ¿Habían nacido de su mente, o pertenecían a alguna voz externa? ¿Quién era él para decir dónde estaba el Santo Grial? Al hilo de estas reflexiones le vino a la memoria una fábula griega que le encantaba. La que contaba cómo los dioses hicieron al hombre y la mujer a su imagen y semejanza, excepto porque les quitaron la felicidad para que no fueran iguales a ellos. Entonces empezaron a preguntarse dónde la esconderían para que los

humanos no la encontrasen. Hablaron de la cima de una montaña, del fondo del océano, de otro planeta que no fuera la Tierra. Pero ninguno de estos lugares les parecía seguro, porque pensaban que tarde o temprano la encontrarían. Finalmente, uno de los dioses dijo saber el lugar donde los humanos nunca iban a encontrar la felicidad. Todos los demás le preguntaron: «¿Dónde?». A lo que éste respondió: «La esconderemos dentro de ellos mismos, estarán tan ocupados buscándola fuera, que nunca la encontrarán».

El recuerdo de esta fábula le hizo sonreír, por primera vez, desde que había dejado el faro de Finisterre. Se acordó de Mario y de la despedida emocionada que le había dedicado su amigo. Decidió que esa noche, cuando llegase al albergue, lo llamaría por teléfono para decirle que estaba bien, que no se preocupase por él. Este pensamiento hizo que se le saltasen las lágrimas. Se preguntó por qué lloraba. No supo responderse. Se limitó a acelerar el paso, como si realmente tuviera prisa por llegar a algún sitio. No había previsto dónde pasaría la noche. No le parecía importante en esos momentos. Lo único que quería era continuar andando. Que sus pasos le llevasen lo más lejos posible. «¿Lo más lejos de qué o de quién?», se preguntó.

—¿No estaré otra vez huyendo de mí mismo?  
—dijo en voz alta— Aunque no parece que eso sea

posible aquí en el Camino. Si es así, confío en que al final me encontraré —concluyó su monólogo.

Cayó en la cuenta de que en el albergue de Jaca, donde había pasado la noche anterior, había muchos peregrinos, pero ninguno le había adelantado. Mejor. Prefería estar solo. No había iniciado el Camino de Santiago para hacer vida social. El día era caluroso. Cuando empezó a andar de madrugada hacía mucho frío. Pero en esos momentos los rayos del sol iban caldeando su cuerpo y su ánimo. Poco a poco fue sintiéndose mejor, con más energía. Los kilómetros le cundían, aunque no llevaba la cuenta. Al iniciar el Camino decidió que no se preocuparía ni por la hora, ni por los kilómetros que había recorrido o faltaban por recorrer. Pararía a comer cuando tuviera hambre y descansaría cuando se encontrase cansado, procurando no pasar la noche a la intemperie. Aunque tampoco le importaba mucho dormir bajo un techo de estrellas, si el tiempo acompañaba. No sabía qué día concreto marcaba el calendario, aunque era consciente de que se encontraba a finales de mayo. No había más que verlo, la primavera lucía sus mejores galas.

Paró a comer en una especie de área de servicio, donde había varios hostales y restaurantes. No se entretuvo mucho. Pidió el menú: una ensalada, pollo empanado y una cerveza. No tomó postre,

pero sí café. Una media hora después de sentarse, volvió al Camino, con fuerzas renovadas.

Casi sin darse cuenta se vio recorriendo la estepa aragonesa, en total soledad. No había ni un alma a la vista. Se preguntó por qué decían que el Camino estaba tan masificado. En el sitio donde había parado a comer, había visto a una pareja de peregrinos. Ya estaban cuando él llegó, pero Miguel había emprendido nuevamente la ruta, antes de que ellos lo hicieran. Sin nada ni nadie que le estorbase, se concentró en admirar el paisaje, que favorecía la introversión. Contempló el verdor de los trigales y trató de escuchar el murmullo del río Aragón, que debía discurrir a su derecha, entre álamos y chopos. Nuevamente experimentó una gran emoción y tuvo ganas de llorar. Se sintió insignificante en medio de aquel hermoso paisaje. Pensó que quizás el río, los árboles y los trigales supieran su razón de ser. Algo que él no sabía. «¿Por qué estoy aquí? ¿Para qué vivo?» –se interrogó para sus adentros.

Un ligero viento movió las espigas de trigo, como queriendo responder a sus preguntas. Miguel dio rienda suelta a su estado de ánimo, y empezó a llorar. Se paró, se quitó la mochila, la tiró al suelo, y se dejó caer en medio del Camino, llorando sin parar. No sabía la causa de sus lágrimas. Tampoco le importaba. Le daba lo mismo. Sólo sabía que ese

llanto era liberador, que el agua salada que discurría por sus mejillas, estaba limpiando también su alma, antes de asomar por sus ojos. Permaneció así mucho rato, tumbado sobre la tierra. Contemplando el azul del cielo. Estaba solo, nadie le veía. Pero la soledad no le pesaba como otras veces. Aunque no había ninguna persona, se sintió acompañado. Por la llanura, por el río, por los árboles, por los trigales. Nunca había tenido tanta sintonía con la naturaleza. Dio gracias por ese nuevo sentimiento, se puso en pie, cargó de nuevo con su mochila, y siguió andando, intentando prolongar esa nueva sensación. Finalmente, cuando sus fuerzas empezaban a flaquear, divisó sobre un cerro la localidad de Artieda. Allí pasaría la noche. Necesitaba descansar.

Después de cumplir con el ritual del sello en su credencial de peregrino, el documento que atestiguaba su paso por el albergue y su camino a pie, Miguel dejó su saco de dormir sobre una cama, y se dio una ducha caliente. En esos momentos fue consciente de lo cansado que estaba. Había andado durante todo el día y se encontraba al límite de sus fuerzas, aunque sus pies no habían sufrido ningún percance, y sólo acusaban el cansancio. En el albergue había varios peregrinos, pero parecían tener tan pocas ganas de relacionarse como él. Agradeció que nadie quisiera darle conversación, y sólo cruzó con ellos palabras de cortesía. Una vez re-

puesto de la caminata, comió algo en el bar. Había poca variedad, y se conformó con frutos secos y otros aperitivos, regados con una cerveza. Salió a dar una vuelta por el entorno y decidió llamar por teléfono a Mario.

Conectó su móvil y comprobó que tenía una llamada perdida de su amigo. Sonrió con cierta satisfacción, al ver que había alguien en el mundo que se preocupaba por él. Mario cogió el teléfono al segundo tono y, antes de que Miguel hablase, le dijo:

–¡Ya era hora, me tenías preocupado!

–¡Pero qué exagerado eres! –bromeó Miguel– ¿Creías que me había perdido? ¿Quieres dejar de actuar como si fueras mi madre?

–Hombre, perdido, no; pero no he tenido noticias tuyas desde que saliste de Finisterre –protestó Mario.

–Ya te dije que no debías preocuparte. ¿Crees que no soy lo suficientemente mayorcito como para saber seguir las flechas amarillas? –continuó con la broma Miguel, sin ganas de tener una conversación más seria.

–Pues no, no se trata de eso. Tengo una total confianza en ti y en las flechas amarillas, pero esperaba que me llamasen después de ir a Noia. Supongo que volver a la casa de tu padre no fue fácil para ti.

Miguel permaneció callado unos instantes. Precisamente ése era el asunto del que no quería hablar. Finalmente, respondió:

—Realmente no fue fácil. Ni siquiera me quedé allí a dormir. Visité el cementerio, cogí unas cosas que debía recoger, y me marché hacia Santiago que, por cierto, estaba hasta arriba de peregrinos. Desde ahí me marché hacia Jaca.

—Sí, en esta época de la primavera hay mucha gente...¿Y como está el Camino por ahí? —preguntó Mario, dándose cuenta de que Miguel no quería hablar de ciertas cosas.

—Solo llevo un día y se ha dado bien, es precioso. Por aquí no hay aglomeración de peregrinos. Ahora estoy en Artieda...

—¿En Artieda? —le interrumpió su amigo— Pues sí que llevas buen ritmo. Ten cuidado, porque el cuerpo te puede pasar factura si lo fuerzas mucho.

—No te preocupes, estoy cansado, pero se me ha hecho muy llevadero. Voy a mi ritmo, como tú me aconsejaste, y cuando necesito descansar, paro y descanso.

—Pues me parece que has parado poco.

—No he parado mucho, no —dijo lacónicamente Miguel.

La conversación dejó paso a un pesado silencio. Fue Mario el que volvió a hablar, con inten-

ción de despedirse.

—Bueno, pues ya me quedo tranquilo. Veo que estás bien y... que no tienes muchas ganas de hablar. No dejes de llamarme otro día, porque yo te he llamado y llevas el móvil desconectado... ¡Buen camino, amigo!

—Espera, espera un momento —le pidió Miguel— ¿podrías mirarme una cosa en Internet?

—Sí claro —dijo Mario, en un tono más alegre—, espera que encienda el ordenador. ¿De qué se trata?

—Es una imagen que me ha venido a la cabeza, y no consigo ubicar. Ni siquiera sé si no será producto de mi imaginación.

—Te escucho.

—La imagen que me viene a la cabeza es la de un sello redondo, o algo así, en la que figura el arcángel Miguel, matando con su espada a un basilisco.

—¿Un basilisco?... ¿Te refieres a ese animal mítico, que está en los capiteles de muchas construcciones?... Espera un momento que lo voy a mirar —añadió sin esperar respuesta.

Al cabo de unos instantes, Mario respondió alborozado:

—¡Esto de Internet es una mina, aquí están tu basilisco y tu arcángel! Efectivamente, se trata de una imagen que figura en el escudo de Zwolle...

—¿Y dónde está eso? —le preguntó Miguel.

—Es una ciudad situada al este de los Países Bajos. El escudo data de 1295 —continuó— y en él puede verse al arcángel Miguel, matando a un basilisco. También figuran dos torres, terminadas en estructuras piramidales, y una inscripción en latín que dice: «Sigillum Burgensium De Swollis». Supongo que querrá decir que es el sello de esa ciudad... Aunque el experto en latín eres tú y sabrás traducirlo mejor.

—Sí, eso es lo que significa, más o menos... Aunque a la palabra «sigillum» se le dio otro significado, posteriormente. Más bien como «secreto», basándose en que las cosas selladas no podía abrirlas cualquiera, sino aquel al que iban destinadas... Esta es una interpretación que me parece más interesante.

—Si tú lo dices... —le comentó Mario suspirando profundamente.

Miguel sonrió al escuchar el suspiro de su amigo. Por alguna razón que ignoraba, su ánimo sombrío se había vuelto más ligero. Con un tono de voz más animado, le pidió disculpas.

—Perdona que no esté muy locuaz. Aunque sólo llevo un día en el Camino, te puedo asegurar que me siento bien. Tengo la impresión de que voy a poder enfrentar mis conflictos internos... Aunque no sé si llegaré a resolverlos. En estos momentos,

con enfrentarlos tengo bastante. Si no te cuento más cosas, como lo que fui a buscar a casa de mi padre, no es porque no confíe en ti. De hecho, eres el único amigo que tengo y pondría mi vida en tus manos. Pero es que me parece que voy recogiendo trocitos de un gran puzzle y hasta que yo mismo no vea algo claro, prefiero no hablar de ello... ¡Para eso he venido al Camino, para que me ayude a ver las cosas con claridad! Ahora que estoy aquí, me doy cuenta de que he estado metido en una de esas piezas del puzzle, dando vueltas, como un pez en una pecera que se cree que vive en el océano.

—¡Joder, pues sí que te ha cundido la jornada de hoy en el Camino, no quiero ni pensar lo que puede pasar cuando llegues a Santiago! —le dijo Mario, contagiado por el buen ánimo de Miguel.

Los dos amigos se despidieron, y Miguel continuó paseando lentamente por los alrededores del albergue. Estaba anocheciendo y el cielo se teñía con tonos violetas. Nuevamente se sintió parte de esa naturaleza que le había acompañado durante la jornada y de ese cielo en el que empezaban a aparecer tímidamente algunas estrellas. Las contempló unos instantes, y se fue a su cama a dormir, procurando no despertar a algunos peregrinos que ya roncaban. Sonrió ante el concierto de sonidos, pero no le afectaron lo más mínimo. Las ganas de

dormir y el cansancio le rindieron enseguida. A media noche se despertó sobresaltado. Había tenido un extraño sueño. Él era una serpiente y el arcángel Miguel le perseguía, para atravesarlo con su espada, porque aún no había mudado la piel, como hacen las serpientes. Alterado y sudoroso, abrió el saco de dormir, se incorporó en la cama, y respiró profundamente hasta que se notó más calmado. Aunque lo intentó, no pudo volver a conciliar el sueño. Aguardó en silencio hasta que escuchó la cremallera del saco del primer peregrino que se levantaba. Saltó de la cama, rehizo con rapidez la mochila y salió nuevamente al Camino. Como el día anterior, aún era de noche.

A pesar de la oscuridad, no tuvo ningún problema para encontrar las señales de la ruta que le indicaban que iba por buen camino. Dejó atrás el lugar donde había pasado la noche, y continuó por lugares inhóspitos y solitarios, que le ayudaban a mantener el contacto interior que él quería. Tras dos horas de marcha, y después de bajar hasta la orilla del pantano de Yesa, comenzó a subir por un fuerte desnivel hacia la sierra de Peña Musera. La dureza de ese tramo del Camino le dejó poco espacio para la meditación, y el esfuerzo provocó que Miguel se sintiera muy cansado. Nada tenía que ver esa etapa con la meseta que había atravesado el día anterior, y pensó que esta era una de las enseñanzas que le

ofrecía el Camino de Santiago. Como ocurría en la vida cotidiana, un día podías caminar sobre llano. Al siguiente las circunstancias cambiaban, y te tocaba bregar con una cuesta, como la que él estaba subiendo.

A un ritmo mucho más lento que el día anterior, Miguel llegó al pueblo de Undúes de Lerma. Antes de entrar, se llevó la sorpresa de caminar por una calzada romana. Paró allí para descansar y comer, pues no había tomado nada desde la noche anterior. Tampoco tenía hambre. Iba bien provisto de agua y prefería caminar con el estómago vacío, antes de enfrentarse con una pesada digestión. En el único bar de la localidad pidió el menú del peregrino, una sopa, pescado con patatas fritas y una copa de vino. En las mesas contiguas había otros peregrinos, que viajaban en grupo. Miguel los contempló en silencio, sin participar de sus bromas y conversación. Después de tomar un café solo, se dispuso a emprender la ruta. Una de las mujeres del grupo, le dijo al pasar por su lado: «Buen camino». Miguel respondió con un murmullo apenas audible.

Un par de horas más tarde, se encontraba entrando en Sangüesa. Atrás había quedado Aragón y ya había llegado a la primera localidad navarra de esta ruta. Aún quedaba tarde por delante, y Miguel se planteó seguir hasta el siguiente pueblo. Pero se

encontraba bastante cansado, y prefirió quedarse allí para descansar y lavar la ropa, pues ya no tenía camisetas ni ropa interior limpias para ponerse. El lugar era más grande de lo que él pensaba, y eso le provocó cierta desazón, pues se encontró con una población numerosa, que andaba de un lugar para otro inmersa en sus tareas cotidianas.

Una amable monja lo recibió en el albergue de Sangüesa, y lo condujo a una habitación con varias camas y sábanas limpias. A Miguel le sorprendió este detalle, pues hasta ese momento siempre había tenido que dormir en su saco. Mientras le ponía el sello en la credencial y le pedía los datos, la monja le contó que San Francisco de Asís había pasado por allí, peregrinando hacia Santiago, en el año 1212, y había fundado una comunidad. Sin perder en ningún momento la sonrisa, la monja le recomendó que no dejase de visitar las iglesias de San Salvador y Santa María.

Cuando terminó de ducharse, hacer la colada y de tender al sol sus camisetas y ropa interior, Miguel se dio un paseo por las calles empedradas del casco antiguo de Sangüesa y se dirigió a visitar las iglesias que le había recomendado la monja. Se sentía raro sin llevar la mochila a sus espaldas, andando por aquel lugar, como si fuera un turista. Se preguntó si la monja que le había atendido en el albergue, recomendaba a todos los peregrinos que

llegaban la visita a las iglesias, o sólo lo había hecho con él al notar que era cura. Este pensamiento le hizo sonreír y se dijo a sí mismo que era muy suspicaz, pues no había ninguna razón para que la monja hubiera llegado a esa conclusión. Después, se sumió en un estado de ánimo un tanto sombrío, cuando se escuchó preguntándose para sus adentros: «¿De verdad soy cura?». A lo que él mismo respondió: «Ya no sé lo que soy. No tengo identidad, no soy nada».

Le gustó la iglesia de Santa María la Real, y se sentó en un banco un rato. Tenían puesta una suave música sacra que invitaba al recogimiento. Se encontraba a gusto, pero no experimentaba ningún fervor religioso. Se fijó en el tímpano y vio que, en el centro, aparecía Cristo juzgando a los hombres, con la Virgen y los apóstoles como intercesores. Pero la figura que más le llamó la atención, fue la de San Miguel pesando las almas de los difuntos. Mantuvo la mirada fija en el arcángel, en una actitud retadora, y le preguntó en su interior: «¿Qué pasa? ¿Qué me quieres decir? ¿Me encuentro tanto contigo solo porque me llamo Miguel, o hay algo más que no logro entender? ¿Por qué me persigues?»

Al escuchar esta frase en su mente, fruto de sus propios pensamientos, Miguel recordó el papel escrito a mano que había encontrado en casa de

su padre, y que decía: «El demonio me persigue. Lo tengo siempre detrás». Recordó entonces que el arcángel Miguel fue el que luchó y venció a Satanás. Sin embargo, él no había podido hacerlo en el último exorcismo que había llevado a cabo. Este recuerdo le aplastó como si fuera una losa y allí, sentado en aquella iglesia, se puso a llorar y a rezar. Pidió al arcángel que le ayudara en ese Camino de Santiago que había emprendido, y le diera fuerzas para vencer a sus demonios internos. Permaneció allí, en un estado de semiinconsciencia, largo rato.

Cuando dejó la iglesia y salió a la calle, experimentó una gran paz interior, que no tenía desde hacía mucho tiempo. Paseó sin rumbo, hasta que se metió en una cafetería. Pidió un bocadillo de tortilla francesa y una cerveza. Después tomó una infusión de manzanilla, y se dirigió hacia el albergue, dispuesto a acostarse. Así lo hizo, después de recoger la ropa que había tendido, y que ya estaba seca. Se aisló por completo de los ruidos que hacían otros peregrinos, y se durmió casi de inmediato. Ninguna pesadilla ni ronquido le despertó en toda la noche. Cuando abrió los ojos, la luz del sol entraba por las ventanas de la habitación. Recogió a toda prisa sus cosas, rehizo la mochila y salió a andar, con un excelente buen humor. Su ritmo era rápido, no le costaba ningún trabajo mantener sus largas zancadas. Iba adelantando a los peregrinos que habían salido

del albergue antes que él y, al pasar por su lado, les deseaba con una sonrisa: «¡Buen camino!»

Se sentía de tan buen humor, que decidió no pensar en nada. No quería que ningún pensamiento ni sentimiento interfiriera en su estado de ánimo. Sólo quería disfrutar de la caminata, del placer de andar y de ese maravilloso paisaje que se desplegaba a cada paso. A partir de Rocaforte, y tras llegar a la llamada Fuente de San Francisco, construida en el siglo XVIII para recordar la estancia del santo de Asís por esa comarca, Miguel se adentró por solitarios valles, que favorecían la mirada interior. Él, sin embargo, se resistió a ello buscando sosiego en el paisaje exterior.

En más de una ocasión interrumpió su marcha y se sentó junto al camino para disfrutar de las vistas. Como le ocurriera el primer día, se sintió en total comunión con la naturaleza. Aprovechó para tomar algunos frutos secos y fruta que llevaba en la mochila, y siguió su camino hasta llegar a Monreal, la localidad donde pensaba pasar la noche. Al día siguiente, al llegar a Puente la Reina, dejaría el camino aragonés para adentrarse en el francés que le conduciría hasta Santiago de Compostela.

No tenía mucha prisa por llegar a esta parte del Camino, porque intuía que se terminarían la soledad y la paz de las que había gozado durante los días anteriores. Aunque por otro lado, no quería de-

jar de caminar por una ruta que, para él, constituía la más auténtica del Camino de Santiago. Pensó que, tal vez, tenía que haber hecho la ruta jacobea en otra época del año, en la que estuviera menos transitada. Encogiéndose de hombros, dijo para sus adentros: «Según dice Mario, uno no elige cuándo hace el Camino. Es el Camino el que elige a los peregrinos».

Sonrió al confirmar esta seguridad que tenía su amigo. Sin saber por qué, y aunque llevaba poco tiempo en la ruta de las estrellas, algo en su interior le había hecho llegar a esa misma conclusión.

Al día siguiente me desperté con una inmensa resaca. En realidad no me desperté por mis propios medios, fue Egeria la que me zarandó para que abriera los ojos. Yo me encontraba en el mejor de mis sueños. Los habituales ruidos de cremalleras y bolsas de plástico no habían conseguido despertarme. Tampoco el bullicio de los peregrinos. Cuando Egeria consiguió que abriera los ojos, casi no quedaba nadie en el dormitorio. Ella y Monique estaban ya con las mochilas puestas, a punto para salir del albergue y empezar a andar. Cuando fui consciente de esta situación, me incorporé con la mayor rapidez que pude y balbuceé:

–¿Pero dónde vais?... ¡Esperadme!

–De eso nada –se apresuró a responderme Egeria–, nos vemos por el Camino.

–¿Y si me pierdo y no os encuentro? –dije afligida.

—No te preocupes, no te perderás. Sigue las señales... ¡Ah! Y cuando subas al Alto del Perdón, aprovecha para redimir todos tus pecados —concluyó riéndose, mientras me decía adiós con la mano.

Cuando intenté ponerme en pie comprobé lo perjudicada que estaba por las cervezas del día anterior. Me encaminé a los baños, para darme una ducha rápida. El agua caliente debía haberse terminado, porque estaba helada. Aún así, permanecí unos instantes bajo ella, tiritando, pero me sentí revitalizada; aunque la cabeza seguía pesando sobre mis hombros, mucho más de lo habitual. Salí la última del albergue, y noté risitas y cierta sorna en el tono de voz cuando dos mujeres, que empezaban a limpiarlo, me desearon buen camino.

Aunque era todavía temprano, la ciudad de Pamplona se movía ya a su propio ritmo. Lamenté no haberla visitado el día anterior. En esos momentos tenía que seguir el Camino y no podía detenerme. Pasé al lado de la Ciudadela y de la Universidad, y atravesé un puente medieval. Casi sin darme cuenta, pues mis dolencias musculares del día anterior habían mejorado considerablemente, llegué a un lugar denominado Cizur Menor. Estuve tentada de parar a desayunar, pero no lo hice. Preferí seguir andando para ver si lograba alcanzar a Egeria y a Monique.

Me sentía un poco mal con respecto a ellas.

¿Por qué no me habían esperado? Quise hacerme la víctima y enfadarme, pero por alguna razón no pude, y esto me desconcertó. Una parte de mí repetía en mi mente: «No se han portado bien contigo, tú las hubieras esperado. ¿Qué clase de amigas son esas?» Esta pregunta despertó otra voz en mi interior, que se reía de la primera. «¿Pero qué dices?, deja ya esas estupideces, mujer. ¿No has venido sola al Camino, acaso necesitas niñera?» Cuando me aprestaba a obedecer a esta segunda voz y me disponía a disfrutar de mi soledad, la voz anterior no se dio por vencida. «Esa no es la cuestión —me susurró— la cuestión es que se han portado mal contigo y no te han esperado».

Por unos momentos tuve un rasgo de lucidez y me di cuenta de que esas dos voces siempre estaban en mi interior, y siempre peleaban por tener razón. Aunque ambas salían de mí, por primera vez en mi vida las reconocí, las identifiqué y pude escucharlas desde fuera, siendo testigo de sus argumentos. Este descubrimiento provocó que todo mi cuerpo se estremeciera. Aún no sabía de qué manera, pero me parecía que había descubierto algo importante. Me paré en seco y grité con energía:

«¿Os queréis callar las dos?»

En ese momento me adelantaron unos peregrinos, hombre y mujer, con aspecto de extranjeros. No sé si entendieron mis palabras, pero los

dos parecieron quedarse extrañados al escuchar que regañaba a alguien, a pesar de que caminaba sola. Me adelantaron rápidamente y siguieron, acelerando el paso, para perderme de vista. Esta anécdota me hizo reír y mejorar mi humor. Mientras seguía caminando, cada vez con mejor ritmo, me di cuenta de que, si hubiera ido acompañada de Egeria y Monique, nunca habría podido experimentar ese estado de testigo, con relación a mis voces internas. Unas voces que siempre habían estado ahí, pero yo no había sido capaz de identificar hasta ese momento.

El paisaje era precioso, todo vestido de verde. La ciudad de Pamplona iba quedando atrás, rodeada de urbanizaciones con casas adosadas. Llegué a un pueblo llamado Zariquiegui por caminos de tierra. La subida era cómoda y el aire limpio. Pasé junto a una iglesia. A sus puertas me quité la mochila unos instantes, para beber agua y descansar unos minutos. Me sentía muy bien, con buen estado de ánimo, disfrutando del momento. Del sol, que todavía no calentaba con fuerza. Ya no me importaba alcanzar a Egeria y Monique, ni siquiera sabía si ellas seguían juntas o no. Ni si las volvería a ver. Pero en esos momentos ese detalle no tenía la más mínima importancia. A Monique, no hacía ni veinticuatro horas que la conocía. A Egeria, sólo un poco más. Este pensamiento me hizo ser cons-

ciente de esa era mi tercera jornada en el Camino. «Si parece que llevo aquí tres meses», –me dije.

Mientras continuaba la subida hacia el Alto del Perdón, razoné que en el Camino de Santiago el concepto de tiempo no tiene nada que ver con el que utilizamos en la vida cotidiana; y también me di cuenta de algo, de lo que más adelante no tendría ninguna duda: la ruta de las estrellas tenía un componente mágico y misterioso escondido, que se desvelaba al peregrino en cada uno de sus pasos. Interiormente me sentí eufórica. A pesar de eso, la voz que quería compadecerse de sí misma, y empezaba a recordarme el suicidio de mi paciente, el engaño de mi marido, nuestro divorcio y la pérdida de mi trabajo, amenazaba con instalarse en mi mente, y apoderarse de mí. Pero la hice callar con una autoridad, que no sé de donde salió, y continué disfrutando del presente.

Llegué a una fuente que estaba seca. En algún momento había leído en mi guía del Camino que se trataba de la Fuente de la Teja, o de la reniega. La llamaban así porque, según una leyenda, el demonio tentaba a los peregrinos, ofreciéndoles agua, a cambio de que renegaran de su fe. Me quité la mochila y descansé unos instantes junto a esa fuente, bebiendo de mi propia botella. Al hacerlo pensé que, como llevaba mi propio suministro, el demonio ya no podría ofrecerme agua para tentarme.

«¿Qué tendría que ofrecerte?» –escuché una voz en mi cabeza. Impactada, me volví con rapidez, con la sensación de que alguien me observaba. Estaba sola. Aún así, cargué de nuevo la mochila a mi espalda, me la ajusté como me había enseñado Egeria, y continué mi camino con toda rapidez.

Enseguida me encontré en la cima del Alto del Perdón y pude contemplar el monumento de hierro que la coronaba, y que representa las siluetas de varios peregrinos con cabalgaduras y un perro, recorriendo este tramo del Camino de Santiago. Junto a la escultura, figura una leyenda que dice: «Donde se cruza el Camino del viento con el de las estrellas». Y así es, como lo atestiguan los molinos de energía eólica que se encuentran allí instalados, y cuyas aspas mueve continuamente el fuerte viento reinante en la zona.

Junto con otros peregrinos que descansaban allí, había una caravana que vendía café con leche caliente, y que ofrecía a los que allí se paraban, como si fuera un regalo. Luego, cuando se lo habían bebido, les cobraba precios desorbitados. Fui advertida por una peregrina y rechacé el ofrecimiento. En esos momentos pensé que ese café con leche caliente era mucho más tentador que el agua de la Fuente de la Teja, y que al quedarse ésta seca, el demonio debía haberse trasladado a la cima del

## Alto del Perdón.

Sin detenerme mucho, emprendí la bajada con rapidez, pero pronto me frené y tuve que andar como si fuera pisando huevos. En realidad no eran huevos, pero lo parecían. Me encontraba en un camino repleto de piedras sueltas, que me hacían resbalar y casi perder el equilibrio a cada paso que daba. Por este motivo, la bajada me resultó larga, dura y penosa. Mis piernas, que tan bien se habían portado hasta ese momento, y durante toda la subida al Alto del Perdón, empezaron a rebelarse y a temblar. Tanto, que apenas si podía mantenerme en pie. Me resultó curioso que en mi guía se hablase de la subida que acababa de hacer, y no se refiriese a la bajada, mucho más dificultosa.

Esta circunstancia, me hizo reflexionar sobre la vida. Todo el mundo ponía el énfasis en las cuestas arriba, cuando las bajadas eran mucho más peligrosas. Sobre todo porque nos relajamos y no estamos preparados para afrontarlas, como me había pasado a mí. Y, por lo que contemplaba a mi alrededor, tampoco lo estaban el resto de los peregrinos con quienes coincidí en ese trecho.

Cuando conseguí finalizar la cuesta me metí en el primer bar que me ofreció el Camino y, para mi sorpresa, allí estaban Egeria y Monique. Aunque había disfrutado de mi soledad, sentí una inmensa alegría al verlas. Y, por sus expresiones,

deduje que ellas también.

—¡Aquí llega la bella durmiente! —dijo Egeria, levantándose de su silla y saliendo a mi encuentro con los brazos abiertos—. Siéntate. Monique y yo nos estábamos preguntando si aún estarías durmiendo en el albergue.

—¡¡Muy gracias!! —respondí de buen humor, acallando la voz en mi interior que estaba dispuesta a quejarse porque no me habían esperado— Pues ya veis que he llegado hasta aquí yo solita. Sana y salva... Aunque no sé cómo. ¡Vaya bajada!

—Sí, muy difícil —dijo Monique, con su marcado acento francés—, Egeria se ha caído dos veces.

—¡¡Chivata!! —gruñó Egeria.

—¿Chi.. qué? —preguntó Monique, que seguramente no conocía esa expresión.

—Nada, nada... que esas cosas no se cuentan a una peregrina novata como Rosalía —añadió con contundencia— ¿No ves que voy a perder mi puesto como peregrina veterana y líder del grupo?

Las tres nos reímos de su ocurrencia y empezamos a comentar los avatares del Camino, durante ese día. Ellas ya habían terminado su consumición. Vi un par de botes en la mesa, y pregunté, con asombro, si habían vuelto a tomar cerveza.

—¡Pues claro! —respondió Egeria, mientras Monique asentía con la cabeza— y unos bocadillos de chistorra, que no se los salta un gitano. Te reco-

miendo que la pruebes.

Animada por su recomendación, pedí el bocadillo y una caña. A pesar de que, al levantarme, había jurado y perjurado que no volvería a probar la cerveza durante todo el Camino. Se rieron de mí cuando se lo hice saber.

—¿Por qué prometes cosas que no puedes cumplir? ¡No hagas eso! —subrayó Egeria— No sabes la energía que se pierde con ese tipo de chorradas... Y me refiero a cualquier promesa —añadió— No sabes lo que nos puede condicionar la vida... ¡Bueno, qué narices, tú que eres psicóloga, deberías saberlo!

Esta última afirmación me produjo una fuerte sacudida interna. Hacía ya algunos meses que no ejercía mi profesión y, en esos momentos, toda mi vida anterior me parecía muy lejana. Me pregunté si realmente yo sabía que las promesas que hacemos a los demás, o las que nos hacemos a nosotros mismos, condicionan nuestra vida. Quería pensar en ello, pero no me pareció el momento oportuno. Me limité a sonreír, dejando en el aire la afirmación de Egeria, aunque me di cuenta de que ella era consciente de mi estado de ánimo confuso.

La llegada del bocadillo de chistorra interrumpió mis pensamientos. Era el bocadillo más grande que yo había visto en mi vida. En realidad se trataba de una sólida barra de pan de pueblo, de

medio kilo, abierta por la mitad y rellena de ese típico chorizo de Navarra, que sobresalía por los lados.

—¡Yo no puedo comerme todo eso! —dije con asombro.

Monique y Egeria se rieron, diciendo casi al unísono:

—Eso hemos pensado nosotras, pero nos lo hemos comido.

Mientras le hincaba el diente al bocadillo, ellas miraron en la guía cuantos kilómetros faltaban para Puente la Reina, donde pensábamos llegar y pasar la noche. Comentaron que aún quedaban unos ocho kilómetros, lo que suponía un par de horas de caminata. Se planteó la disyuntiva de desviarse o no del Camino, para visitar la ermita de Nuestra Señora de Eunate, una construcción de origen templario, muy recomendada por todas las guías. Eso supondría alejarnos de la ruta que llevábamos unos dos kilómetros, y recorrerlos de nuevo para retomar nuestro camino en Óbanos, y seguir hasta Puente la Reina.

A ninguna nos apetecía desviarnos, porque suponía añadir una hora más a la caminata, pero tampoco queríamos dejar pasar la oportunidad de ver la ermita. Egeria propuso que fuéramos directamente a Puente la Reina, nos instalásemos en el albergue, nos duchásemos, descansásemos, hicié-

ramos la colada y más tarde, desde allí, cogiéramos un taxi entre las tres para que nos llevase a visitar Eunate. A Monique y a mí nos pareció bien, y así lo acordamos. Pero las cosas ocurrieron de otra manera. En esos momentos yo aún no sabía que el Camino me reservaba una sorpresa, con la que jamás habría contado. Pero no adelantemos acontecimientos.

Cuando terminé mi enorme bocadillo, que me comí entero, regado por dos cañas de cerveza, las tres iniciamos la ruta juntas. Pero enseguida nos distanciamos. Mi ritmo era más lento que el de ellas. Las piernas me dolían mucho, después de la bajada del Alto del Perdón y, poco a poco, me fui quedando atrás. En algún momento volvieron la cabeza, para ver si las seguía, pero les hice un gesto con la mano, indicándoles que continuaran. Pensé que ya nos veríamos en el albergue de Puente la Reina y, para mi propia sorpresa, me di cuenta de que, en realidad, prefería caminar sola. Así lo hice, recreándome en el paisaje y en mis pensamientos, que me llevaron a plantearme, una vez más, qué hacía yo en el Camino de Santiago. Recapitulé sobre el cúmulo de circunstancias que me habían llevado hasta allí y llegué a la extraña conclusión de que el Camino había reclamado mi atención, con múltiples señales, que finalmente me habían conducido a transitar por la ruta de las estrellas.

Según este razonamiento, el Camino me había llamado y yo había escuchado y respondido a su llamada. Esta conclusión me sorprendió. Estaba muy alejada de mis esquemas mentales. Pensé que, unos meses atrás, llegar a conclusiones como esas me habrían llevado a pensar que estaba rematadamente loca. Sin embargo, en esos momentos, me pareció perfectamente factible que un Camino me llamase. Fuera lo que fuera ese «Camino» o el espíritu del mismo. Me reí de mis pensamientos y me pregunté: «¿Pero para qué? ¿Qué quiere de mí?» Estas preguntas me parecieron totalmente absurdas, y empecé a pensar seriamente en la posibilidad de que el cansancio producido por las caminatas diarias, estuviera afectando a mi cerebro.

Sumida en estos pensamientos, llegué al lugar donde un cartel anunciaba el desvío hacia Santa María de Eunate y, siguiendo un impulso, me desvié y continué caminando hacia la ermita. Aunque una parte de mí me decía que eso no estaba bien, porque Egeria y Monique, me estarían esperando en el albergue, no hice mucho caso a esta voz y decidí mandarles un mensaje al móvil, diciéndoles que llegaría más tarde. En realidad, algo me había empujado a tomar el desvío hacia Eunate, y me sentía satisfecha con mi decisión. Conforme iba andando, me di cuenta de que, más que satisfecha, me encontraba contenta porque representaba

para mí una afirmación de mi libertad personal. De poder cambiar de rumbo, si así lo deseaba, al margen de lo que dijeran los demás, o lo que yo misma había decidido con anterioridad. Sin duda, esa era una situación placentera, que me volvía a poner al mando de mis propias decisiones.

El avistamiento de la ermita templaria, en medio de una verde llanura, me llenó de emoción. Me acerqué a ella casi corriendo. Algo me empujaba hacia allí. Tenía prisa por llegar. Había leído en mi guía del Camino que Eunate quería decir, en euskera, «cien puertas». Junto a la ermita había un pequeño albergue. En la puerta, sobre una mesa, estaba el sello que representaba la silueta de Eunate. Dejé mi mochila en el suelo, saqué mi credencial, y lo estampé en uno de los cuadrados. Unos cuantos peregrinos observaban el monumento templario, y daban vueltas alrededor de la ermita. No sabría decir por qué, pero cuando pasé a la capilla, tuve la sensación de que ya conocía ese sitio. A pesar de que jamás había estado allí, ni sabía que existiera ese lugar.

Había poca luz en el interior de la ermita. Cuando llegabas desde el exterior, en un día inundado de sol como aquel, la visión era más bien escasa. De forma instintiva, saqué un mechero de mi mochila, me fui hacia el altar y encendí las velas que había sobre él. Así pude contemplar mejor la

imagen de la virgen con el niño. Me pareció que sus rasgos eran distintos a los de ninguna otra virgen que yo hubiera contemplado. Era una talla románica, como el resto de la ermita, y llevaba al niño coronado en brazos. Éste hacía con la mano derecha el gesto de la bendición, y en la otra portaba un libro cerrado. La virgen, también coronada, tenía la mirada puesta en el infinito. Al contemplarla me pareció que me sonreía y le devolví la sonrisa.

Al volverme, me di cuenta de que un peregrino me contemplaba. Me ruboricé un poco, pero él me hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, como agradeciendo que hubiera encendido las velas. También me pareció que me sonreía, y le devolví la sonrisa. Él bajó la mirada. En aquel momento empezaron a escucharse por la megafonía del templo, cánticos gregorianos. Sentí un estremecimiento por todo el cuerpo. Permanecí dentro de la capilla un rato, fijándome en su estructura octogonal, y en las nervaduras de la cúpula. No era muy entendida en arte románico, pero aquella ermita impresionaba. Me vinieron a la imaginación imágenes confusas, en las que caballeros templarios realizaban rituales en aquel lugar. Igual que llegaron, desaparecieron de mi mente. Intenté retenerlas, pero no me resultó posible. Fue una especie de ensueño. Sentí un ligero mareo y, dejando allí mi mochila, salí al exterior.

Contemplé cómo unos peregrinos se des-

calzaban y daban vueltas por la arquería, también octogonal, que rodeaba a la iglesia. Lo hacían en sentido contrario de las agujas del reloj. Estuve a punto de preguntarles el motivo, pero no me atreví a interrumpirlos. Supuse que se trataba de algún ritual, pues ponían gran atención, según se reflejaba en su rostro. Por mi parte, empecé a fijarme en los capiteles de las columnas, y en los canecillos. Estos últimos me resultaron muy curiosos. De los cuatro capiteles, dos me parecieron simétricos y llamaron poderosamente mi atención. Se trataba de una cabeza con una barba, que subía hacia arriba por los lados, formando espirales.

Me quedé mirando fijamente y en mi mente apareció otra figura, vista del revés. Se veía la misma cabeza, pero las espirales de la barba se convertían en cuernos. «¡Vaya –dije en voz alta– parece un demonio!»

Di un brinco al escuchar detrás de mí una voz que me decía:

–Es verdad, parece un demonio. En realidad se trata de un Baphomet.

Me volví, sobresaltada, y comprobé que quien me hablaba era el peregrino que había visto dentro de la iglesia cuando llegué. El que me había sonreído, al ver que encendía las velas. Me quedé un poco desconcertada por sus palabras. Él me pidió disculpas.

—Perdona, no quería asustarte... Aunque en realidad has sido tú quien me ha asustado a mí, al decir que la figura del revés parecía un demonio —añadió en tono misterioso.

Sus palabras despertaron mi curiosidad, y le pregunté qué era un Baphomet.

—El origen de la palabra es dudoso, aunque sí se sabe que la popularizó un ocultista francés, llamado Eliphas Lévi. Podría tratarse de la fusión de dos términos griegos, cuyo significado sería algo así como bautismo de sabiduría.

—¡Ah, ya! —respondí fascinada, más que con la explicación, con el hombre que tenía ante mí.

Lo observé detenidamente y lo primero que me llamó la atención fue su altura. Cuando lo vi sentado en la iglesia no me lo pareció, pero me sacaba la cabeza. Debía tener más o menos mi edad, quizás algo mayor. Era bastante delgado, aunque de complexión atlética. Llevaba el pelo muy corto, de color oscuro, al igual que sus ojos. Me parecieron tristes y, sin saber por qué, experimenté una ola de ternura y compasión hacia él. Me pareció guapo, físicamente, y me atrajo como persona. Me inspiró confianza, algo que no sentía hacia nadie, desde hacía mucho tiempo. Él continuó hablando, aunque evitaba mirarme directamente a los ojos.

—Según algunas informaciones, Baphomet moraba en el purgatorio, y era el encargado de los

diferentes demonios, relacionados con los siete pecados capitales.

—No tenía ni idea de que estuvieran tan organizados —dije ingenuamente.

El peregrino sonrió ante mi ocurrencia, y me enumeró los demonios que se encargaban de cada uno de estos pecados: Lucifer, la soberbia; Mamón, la avaricia; Asmodeo, la lujuria; Satanás, la ira; Belcebú, la gula; Leviatán, la envidia y Belphégor, la pereza.

—¡Vaya —afirmé sorprendida—, sabes mucho de demonios!

—No tanto —dijo, cambiando su semblante por otro más serio.

Continuamos juntos recorriendo la arcada exterior, contemplando los extraños canecillos que parecían hacernos muecas desde el tejado. Después volvimos al interior de la iglesia, y me mostró marcas de cantero que había esculpidas en la piedra. Me sentía muy a gusto con él, y no tenía ninguna prisa por emprender la marcha hacia el albergue donde me esperaban Egeria y Monique. Al recordar a mis amigas, me di cuenta de que no les había avisado de mi cambio de planes. Pero no quería interrumpir el estado de magia en el que me encontraba, para llamarlas.

Me dio la impresión de que tampoco mi

acompañante tenía ganas de separarse de mí. Tal vez por eso no dudé un instante cuando me propuso que hiciéramos juntos el Camino hasta Puente la Reina, donde también él pensaba quedarse esa noche.

—Por cierto —me dijo—, me llamo Miguel.

—Yo, Rosalía —respondí.

—Encantado —añadió, estrechándome la mano, como si necesitásemos presentarnos formalmente.

Nada más iniciar el camino en dirección a Óbanos, sonó mi teléfono móvil. Lo habría tirado lejos de mí, si no hubiera sido por el fuerte volumen de la música de Indiana Jones, que llevaba como sintonía. Era imposible hacer como que no lo había oído. Balbuceé alguna estúpida excusa, y lo cogí. Como me imaginaba, era Egeria.

—¿Se puede saber dónde te has metido? —me preguntó a voz en grito.

—Es que al final me he desviado hacia Eunate, pero estoy bien —respondí bajando la voz.

—¿Te pasa algo, que hablas tan bajito? —preguntó Egeria con tono preocupado.

—No, no, estoy muy bien. Ya vamos hacia Puente la Reina.

—¿Vamos, no vienes sola? —dijo con una voz mucho más alegre.

—He encontrado a otro peregrino en Eunate,

y vamos juntos para allá –afirmé, mientras notaba cómo los colores acudían a mis mejillas.

–¡Vale, pues aquí te esperamos! El albergue está bastante lleno, pero es grande y aún queda sitio. Está a la entrada. Ahora nos vemos –concluyó.

Cerré el teléfono y pedí disculpas a mi acompañante.

–No te preocupes –me dijo–, yo llevo mi móvil apagado y así nadie me da la lata... Aunque en realidad tampoco tengo a nadie que me la dé –añadió a modo de explicación.

Interpreté sus palabras como una manera de decirme que no había ninguna otra mujer en su vida. Rápidamente me alarmé de mis propios pensamientos. «¿Otra?» –me reproché para mis adentros–. «¡Pero mira que eres burra!»

Me encontraba sumida en mis propias meditaciones cuando me preguntó:

–¿Estás haciendo el Camino con más gente?

–No, no, lo hago sola. He venido yo sola, lo que pasa es que he conocido a otras dos peregrinas, cogimos una cogerza en Pamplona y desde entonces no nos separamos.

–¿Desde ayer? –dijo él.

–¿Ayer? –me interrogué extrañada– ¡Dios mío, es verdad, si fue ayer! No me puedo creer que sólo hayan pasado veinticuatro horas. Yo creo que el tiempo aquí no se experimenta igual que en la

vida cotidiana –añadí a modo de explicación.

Caminamos un rato juntos sin hablar. Sus zancadas eran mucho mayores que las mías, pero se iba conteniendo para permanecer a mi lado. Interiormente se lo agradecí. Por alguna extraña razón que no lograba comprender, yo quería que se quedase conmigo.

Me sorprendió con otra pregunta:

–¿Por qué estás haciendo el Camino? ¿Hay alguna razón especial?

Le miré a los ojos, intentando descifrar el sentido de su pregunta. Pero no pude hacerlo y le respondí:

–Pues no lo sé. Llevo haciéndome esa pregunta desde que salí de Roncesvalles. Sólo hace tres días, pero a mí me parece un siglo. ¿Por qué lo haces tú? –me atreví a preguntarle.

–No lo sé –respondió, lacónico–. Tal vez cuando lo termine encuentre la respuesta.

–¿También empezaste en Roncesvalles? ¿Piensas llegar a Santiago? –me apresuré a preguntar, porque ya se divisaba Puente la Reina.

–Empecé en Jaca –me dijo–, y pienso llegar a Santiago. Más aún, pienso llegar a Finisterre. Vivo allí.

Por su tono de voz me dio la impresión de que se había arrepentido al darme esta última información. Quise interrogarlo más, pero no lo hice.

Habíamos llegado a la puerta del albergue y allí estaban esperándome, mientras tomaban el sol, mis dos amigas. Noté que Egeria le daba con el codo a Monique, y nuevamente me ruboricé. Pedí a Dios que Miguel no se hubiera dado cuenta. Como ellas salieron a mi encuentro, Miguel se despidió de mí, diciéndome que iba a coger litera en el albergue. Me hubiera gustado salir corriendo detrás de él, para asegurarme una cama cercana. Pero Monique se apresuró a decirme que ya me habían cogido ellas litera en su habitación. En cuanto Miguel desapareció por la puerta, Egeria bromeó sobre su presencia.

—¡Vaya, vaya, quien lo iba a esperar! —le dijo a Monique, como si yo no estuviera delante— Sólo lleva tres días en el Camino, y ya ha ligado.

—Muy gracias. Voy a dejar las cosas y a ducharme. Estoy hecha polvo.

—¿Qué dice? —bromeó nuevamente Egeria, dirigiéndose a Monique— ¿Que quiere echar un polvo?

—¡¡Por favor!! —le seguí la broma— ¿Es que no lo habéis visto? Si parece un alma cándida.

—Sí, sí, —remató Monique con su acento francés— esos son los peores.

—Dios mío —dijo Egeria alzando la mirada y los brazos hacia el cielo—. Menuda compañía llevo. Una viuda sabia y una psicóloga que no tiene ni

idea del amor.

Ambas reímos su ocurrencia y, después de sellarme la credencial, me llevaron a la única cama que quedaba libre en su habitación, en la parte baja de una litera. Dejé mis cosas y busqué la ducha en esa planta. No había nadie y me pude recrear un poco. El agua caliente revitalizó todos los doloridos músculos de mi cuerpo. Después, cuando terminé de hacer la colada y de tender, Egeria y Monique me apremiaron para que comprásemos algo para la cena en el albergue y fuéramos a visitar la ciudad. Por lo visto habían renunciado a ir en un taxi a Eunáte. Me dejé llevar por ellas, pero toda mi atención estaba centrada en ver si divisaba de nuevo a Miguel.

Me pareció verlo en el interior de la iglesia del crucifijo, y me dio un vuelco el corazón, pero no era él. Me llamó la atención el cristo crucificado que allí se encontraba. Más que en una cruz, parecía que estaba colgado de una rama con forma de y griega. Unos papeles que había en la iglesia, decían que ese crucifijo era un regalo que había hecho un peregrino alemán, muchos siglos antes. Visitamos también la iglesia de Santiago, que tenía una talla del santo, y la de San Pedro, donde se encontraba la Virgen del Txori, que significa «pajarillo» en euskera. Según la leyenda que figuraba en mi guía, cada cierto tiempo un pajarillo se encargaba

de limpiar la cara de la virgen, llevando agua en su pico. Pero a mí lo que más me gustó fue el puente que daba nombre a la ciudad, construido en el siglo XI sobre el río Arga.

Junto a ese puente, a la orilla del río, nos sentamos las tres amigas, hasta que el cielo se tiñó con los colores del crepúsculo. Egeria nos explicó por qué ese puente medieval de seis arcadas, tenía una ligera subida hasta el centro, y una bajada desde la mitad hasta la otra orilla.

—Este puente representa la vida. Cuando la empiezas, todo discurre cuesta arriba, y no ves lo que te espera más adelante. Luego, cuando llegas a la mitad, hacia los cuarenta años, ya puedes ver lo que te espera y, además, todo te resulta menos complicado, porque vas cuesta abajo.

Me quedé pensando la explicación de Egeria. Yo me encontraba ya en la mitad de la vida. Y hasta entonces todo me había resultado cuesta arriba. Mucho más de lo que yo misma me había parado a pensar. En esos momentos, sin embargo, aún no podía ver trazado mi camino por delante y tampoco había motivos para pensar que las cosas iban a ser más fáciles en el futuro.

Contemplé el río y, como me había ocurrido en Zubiri, tuve la sensación de que él sí parecía saber a donde iba. Pero yo no. O quizás el río no necesitaba saberlo, sólo tenía que dejarse llevar por

la corriente. ¿Por qué no podía yo hacer lo mismo, por qué necesitaba buscar explicación a todo lo que me ocurría?

Cuando volvimos al albergue seguí buscando a Miguel entre los peregrinos. Incluso subí a la planta de arriba, y eché un vistazo por las habitaciones. Algunas ya se encontraban a oscuras, con los peregrinos durmiendo. No pude volver a verlo ese día, ni el siguiente, ni el siguiente...

Miguel se encontraba sentado en el patio del albergue de Logroño. Un esguince le había obligado a quedarse allí parado, sin poder continuar el Camino. Llevaba un día retenido en esa ciudad. El pie le dolía. Le había dicho el médico que lo mantuviera en alto y que se pusiera hielo cada cierto tiempo. Lo llevaba comprimido con una venda elástica, y notaba alguna mejoría con relación al día anterior. A pesar de todo, el médico había insistido en una cosa fundamental para su recuperación: reposo. Tenía que hacer reposo e interrumpir su camino por la ruta de las estrellas. Suspiró profundamente. Ese obligado parón había supuesto para él una contrariedad. Pero le resultaba imposible seguir andando, tal y como se encontraba.

Mientras observaba la llegada de los peregrinos, que ya empezaban a entrar en el albergue, recapit-

tuvo sobre los últimos tres días. «¡Tres días!» –dijo para sus adentros. Parecía que sólo habían pasado unas horas desde que había salido de Puente la Reina, antes de que nadie se despertara todavía. Quería poner kilómetros por medio y se dedicó a andar, casi sin descanso, hasta llegar a Los Arcos. Tal vez fuera por la larga caminata de ese día, pero ya llegó allí con dolor en el pie. A pesar de eso continuó la ruta en la jornada siguiente. Pero no tuvo más remedio que parar en Logroño. Tenía el tobillo izquierdo hinchado y un fuerte dolor que le impedía caminar.

Uno de los hospitaleros que se encargaban de ese albergue le dijo que debía verlo un médico y que no se preocupase, pues podía quedarse allí hasta que estuviera recuperado. Aunque en los albergues sólo se podía pernoctar una noche, los peregrinos que sufrían algún tipo de enfermedad o percance, eran autorizados para quedarse más tiempo. A pesar de las atenciones y facilidades que había recibido para su recuperación, Miguel se encontraba muy contrariado. Sintió necesidad de hablar con Mario. Sólo lo había llamado un día, desde que emprendió el Camino, y estaba seguro de que su amigo se encontraba preocupado por él. Sin embargo, cuando conectó el móvil se sorprendió de que no figurara ninguna llamada perdida de Mario. Éste respondió a la suya, casi de inmediato. Antes de que Miguel

podría hablar, le dijo en un tono alegre:

—¡Hombre, peregrino, bienvenido al mundo de los vivos!... ¿Cómo te encuentras? —preguntó, con un disimulado tono de ansiedad.

—Estoy muy bien, pero me he hecho un esguince y llevo un día parado en el albergue de Logroño.

—¿Logroño? ¿No vas demasiado deprisa? El Camino es para saborearlo. Si te dedicas a hacer kilómetros como si fuera una maratón, difícilmente vas a poder conectar con su misterio.

Miguel tardó unos instantes en responder. Finalmente, dijo:

—Tampoco he corrido tanto...

—Yo diría que sí. Vas quemando etapas demasiado deprisa.

—¿Es que llevas la cuenta? —preguntó Miguel un tanto irritado.

—Sí, más o menos —respondió Mario—, y no te enfades. Como tú no me dices por dónde vas, tengo que imaginármelo.

—Pues ya ves que todo va muy bien, salvo este pequeño percance.

—Te estás equivocando, Miguel —afirmó Mario, tajante—. En el Camino no existen los «pequeños percances». Todo tiene un significado más profundo...

—¿Ah, sí? —le interrumpió Miguel con escepticismo— ¿Y cuál es el significado de que me haya

hecho un esguince?

—Para empezar, está claro que vas demasiado deprisa, que no escuchas lo que te dice el Camino. Necesita que vayas más despacio y, como no le has hecho caso, te ha retenido. La pregunta es ¿por qué? ¿Qué tienes que ver ahí en Logroño, o qué tienes que esperar? ¿Quizás a alguien que has dejado atrás?... Piénsalo.

Miguel se quedó callado unos instantes, antes de responder, un tanto perplejo:

—Pues no creo que tenga que esperar nadie. No me ha dado tiempo a hacer amigos. Tampoco me interesa...

—Alto ahí, alto ahí —le interrumpió Mario—, eso tú no lo sabes

—¡Claro que lo sé! No tengo ningún interés en entablar amistades. Yo no he venido aquí para eso —respondió en tono airado.

—¿Ya sabes para qué estás ahí? —preguntó Mario, como si lo hubiera pillado en algún renuncio.

—¡Pues no, no lo sé exactamente... pero sí sé para qué no estoy aquí! —le contestó cargado de razones.

—¡Vaya, vaya, pues sí que eres listo!... No me extraña que el Camino te haya frenado... A lo mejor te llevas alguna sorpresa.

—¿Qué clase de sorpresa? —preguntó Miguel con tono inquisitivo.

–Si lo supiéramos, no sería una sorpresa ¿no te parece? –respondió Mario riéndose.

–Mira qué bien te lo pasas con tu amigo lisiado. –dijo Miguel, siguiéndole la broma.

–Sí, la verdad es que te veo bastante lisiado... pero no del pie, sino de la cabeza. Mientras no te rindas al Camino, éste no te comunicará sus secretos –añadió en un tono más serio–. Tú verás, tú decides con qué espíritu quieres hacerlo.

Estas últimas palabras de Mario calaron en el ánimo de Miguel. Con la excusa de que tenía que ponerse hielo en el pie, cortó la comunicación con su amigo, intentando aparentar que no se sentía afectado. Movi6 la silla en la que estaba sentado, pues le estaba dando el sol, y se coloc6 en un rinc6n a la sombra. Muchos peregrinos ocupaban ya el refugio. Algunos se habían descalzado y metían los pies en el agua de la fuente instalada en el patio. El lugar era muy agradable, lo mismo que el resto del albergue.

Observando a los peregrinos que iban y venían, Miguel reflexion6 sobre las palabras que le había dicho su amigo. ¿Iba demasiado deprisa y el Camino le había frenado? –se pregunt6. ¿Por qué huía? Al hacerse internamente esta pregunta, una voz, que no sabía de donde venía, le dijo que no estaba haciéndose la pregunta correcta. Debía preguntar-

se: ¿de quién huía? Se sorprendió cuando la misma voz respondió por él: «De Rosalía. Huyes de Rosalía. Después de esconderte durante toda la tarde, saliste corriendo del albergue de Puente la Reina, como alma que lleva el diablo».

Esta frase que resonaba en su interior hizo que Miguel saltara literalmente de su silla. Un peregrino muy joven, se acercó hacia él y le preguntó en perfecto español, pero con acento extranjero:

—¿Te pasa algo? ¿Necesitas alguna cosa? —dijo señalándole el pie.

—No, no, no es nada. Sólo estaba pensando, gracias —respondió Miguel, forzando una sonrisa.

Miguel continuó con su diálogo interno, preguntándose si realmente había huido de Rosalía. Era con la única persona con la que había hablado. Incluso le había pedido que hicieran juntos un tramo del Camino, desde Eunate a Puente la Reina. Esta circunstancia, que casi había olvidado, le hizo pensar qué era lo que había visto en esa mujer, para romper su resolución de no hablar con nadie en el Camino y permanecer solo durante toda la ruta.

Reacomodándose en su asiento, que le resultaba cada vez más incómodo, Miguel pensó si Mario no llevaría razón cuando le dijo que se estaba cerrando a las opciones que le ofrecía el Camino. Llegó a la conclusión de que así era. Desde que había salido de Jaca, su actitud no había cambiado, excepto

en los momentos que pasó con Rosalía. Y no es que le atrajera nada especial de ella. Sencillamente, no había podido evitar hablarle, ni caminar a su lado. «¿Será verdad que el Camino te cambia?» –se preguntó, reflexivo.

Cada vez más incómodo en el asiento pensó que, si Mario llevaba razón, y el Camino tenía voluntad propia, ese esguince que padecía le había retenido en el albergue de Logroño. «¿Para encontrarme aquí de nuevo con Rosalía?» Este pensamiento le alteró profundamente, pero en lugar de rechazarlo, lo mantuvo desafiante en su mente. «Bien, según eso, Rosalía debería aparecer por la puerta, de un momento a otro» –concluyó en su interior–. Muy a pesar suyo, fijó su mirada en la entrada del patio y se mantuvo a la espera durante un periodo que le pareció muy largo. Finalmente, se levantó con fastidio de su asiento con la intención de llegar hasta el dormitorio donde estaban las literas, acostarse y descansar un poco. Había demasiado ruido y trajín de peregrinos en el patio.

Cojeando, se metió en el albergue y, al llegar a la escalera, se quedó paralizado. Un escalofrío recorrió su espalda cuando vio que Rosalía se encontraba allí, guardando en su mochila la credencial que acababan de sellarle.

Hasta que no volví a ver a Miguel en el albergue de Logroño, no fui consciente de cómo había añorado su presencia. Sentí una inmensa alegría cuando se acercó y me saludó sonriendo tímidamente. Me di cuenta de que llevaba el pie izquierdo vendado, y le pregunté qué le pasaba. Me lo contó y me dijo que ese esguince le había hecho detenerse en el refugio, sin poder continuar su Camino. Casi sin pensarlo, dije con alegría:

—Pues no hay mal que por bien no venga. Gracias a tu esguince volvemos a encontrarnos.

Al escucharme, estoy segura de que me sonrojé, pues noté cómo el rubor se instalaba en mis mejillas. En esos momentos llegaron hasta nosotros Egeria y Monique, que se habían quedado atrás mientras sellaban sus credenciales. Me despedí de Miguel, sin ganas de separarme de él, y le pregunté dónde iba a estar.

—Si quieres, nos vemos en una hora en el patio. Tal y como estoy, no puedo ir muy lejos —me respondió.

Subí corriendo las escaleras hasta la habitación donde se encontraban nuestras literas, sin poder borrar de mi boca una estúpida sonrisa. Egeria se burló cariñosamente de mí, dirigiéndose a Monique:

—Mira, ya no le duele nada. ¿Has visto cómo corre?

Llevaba razón, en esos momentos estaba centrada en mi corazón, que latía a toda prisa, y había olvidado mis doloridos músculos por completo. Me volví hacia mis amigas, con la mejor de mis sonrisas.

—Si no lo veo, no lo creo —dijo Egeria— ¿No te habrás enamorado, verdad?

—Así es el amor —afirmó Monique con su acento francés— aparece donde menos te lo esperas.

—¡Ya —respondió Egeria—, pero es que a este hombre sólo lo vio el otro día un rato, no le ha dado tiempo!

—¡Tiempo, tiempo —dije yo— ¿ahora quién es la controladora y la conservadora?

Egeria negó con la cabeza, como si no diera crédito a lo que estaba escuchando. Las tres buscamos las camas que nos habían correspondido, abrimos las mochilas y colocamos sobre ellas nuestros sacos. Cuando cogí la bolsa de aseo y la ropa limpia para cambiarme, les pregunté a ambas, con voz suplicante:

—¿Os importa que me duche yo primero?

—No, hija no —bromeó Egeria, recalcando las palabras—, nosotras no tenemos ninguna cita. Podemos esperar.

Les tiré con la mano unos besos, y me fui corriendo hacia la ducha. Al llegar allí me escucharé, porque el suelo de los servicios estaba mojado.

«Cuidado Rosalía –me dije a mí misma– no te vayas a desnucar ahora».

Comprobé, una vez más, que dejar correr el agua caliente por el cuerpo, después de una caminata, era uno de los mayores placeres del Camino. Mientras me enjabonaba el cuerpo con el gel que había sacado de mi pequeño frasco, me vinieron a la memoria los últimos tres días de marcha, desde que desapareció Miguel en Puente la Reina. Traté de acordarme de los lugares donde habíamos pasado las noches.

Estella, o Lizarra. Ese sitio me había encantado. Con el río, los puentes. Tenía muchas iglesias, pero la mayoría estaban cerradas. Visité el claustro en una de ellas, San Pedro de la Rúa. Paseando entre sus columnas me acordé mucho de Miguel, y de las explicaciones que me había dado en Eunate. Aunque no lo había visto al llegar al albergue, ese día aún no había perdido la esperanza de encontrarlo. Pero no fue así, y eso me entristeció. En la jornada siguiente llegamos a Los Arcos. Hice casi todo el Camino sola. No tenía ganas de hablar con mis amigas, y ellas respetaron mi soledad. De este lugar recordaba la amabilidad de los hospitaleros, y que pasé mucho tiempo sentada junto al río.

Egeria se debió dar cuenta de mi tristeza. Se sentó junto a mí, y me preguntó qué me pasaba, si es que quería contárselo. Mientras me secaba

y me echaba crema en las piernas, volvieron a mi mente retazos de esa conversación.

—No lo sé, no sé qué es lo que me pasa, —respondí— tengo muchas ganas de llorar, estoy cansada. Pero no es sólo un cansancio físico. Mi alma está cansada, sin fuerzas. No sé qué hago aquí, en el Camino... Ni sé qué hago en la vida. Me encuentro perdida, desorientada.

Al pronunciar estas últimas palabras, no pude evitar el llanto.

—Llora todo lo que quieras —dijo Egeria—, es la mejor forma de desahogarse... Y es gratis —bromeó mi amiga, provocando mi sonrisa—. Te lo digo en serio, llorar es una de las pocas cosas que nos están permitidas a los pobres. Si pudieran cobrar-nos por ello, no dudes que lo harían.

Estuve llorando un buen rato, mientras Egeria permanecía en silencio a mi lado. Finalmente, tuve un momento en el que las lágrimas se mezclaron con la risa, y llegué a preguntarme por qué lloraba. Traté de explicarle a Egeria el estado de ánimo tan peculiar en el que me encontraba. Ella me respondió con rapidez y sin contemplaciones:

—¿No será que te estás compadeciendo de ti misma otra vez?

Escuché esta frase, con la boca abierta, antes de contestar:

—Pues sí, no lo había pensado, pero esa es la

pura verdad. Me estoy compadeciendo de mí misma otra vez... Como verás, es un hábito muy arraigado —concluí.

—Sí, ya veo —dijo ella—, pero no eres tú la única que lo tiene. Todos llevamos dentro una buena dosis de victimismo... Lo que me asombra de ti —añadió— es que siendo psicóloga, no te hayas dado cuenta de que repites continuamente el papel de víctima.

Si unos momentos antes tenía la boca abierta, su última frase no me dejó opción para cerrarla. La miré con los ojos muy abiertos, sin dar crédito a lo que estaba escuchando. Pero ella seguía, como si tal cosa.

—No tengo ninguna duda de que eres una excelente profesional con los demás. Pero me resulta curiosa la poca facilidad que tienes para verte a ti misma. —concluyó, como si nada.

Tragué saliva, para asimilar el impacto que me habían causado sus palabras, y me atreví a responder:

—¡Joder, Egeria! Lo tuyo es una terapia de choque...

—¿Por qué? —me interrumpió, mostrando asombro— ¿he dicho algo inconveniente?

—No, si llevas razón, pero no me había parado a pensarlo... Y nadie me había dicho algo así con tanta claridad y seguridad como tú lo has hecho.

–Pues hija, está más claro que el agua. Pero tampoco eres única en eso. Todos estamos ciegos ante nuestra propia vida. Los defectos de los demás los vemos enseguida, agrandados incluso, pero los nuestros... Supongo que no tendré que hablarte del mecanismo de la proyección –afirmó, con preocupación fingida.

Las dos estallamos en una carcajada. Egeria me agarró del cuello y me dio un exagerado abrazo, al tiempo que decía:

–¡Ay, mi pequeña víctima!

Fue Monique la que interrumpió nuestra conversación. Se sentó con nosotras junto al río, y dijo que no se encontraba muy bien. Estaba un poco pálida. Al recordar ahora esos momentos, me doy cuenta de que había estado tan centrada en mí misma, que había pasado por alto el hecho de que Monique parecía muy escasa de fuerzas.

Cuando volví al dormitorio de Logroño, Monique dormía en la parte de abajo de la litera que compartía con Egeria. Ésta se llevó el dedo índice a los labios, y me dijo en voz baja:

–Vamos a dejarla dormir, dice que se encuentra muy cansada.

No le di más importancia a la cosa. Sentirse cansada cuando se llega al albergue, después de las ocho horas que habíamos caminado ese día, no me

pareció nada raro. La dejé a ella en la cama, y a Egeria camino de la ducha, y me bajé al patio para encontrarme con Miguel. Las piernas me temblaban. Tanto, que di un traspies al bajar las escaleras. «Ya van dos –dije para mis adentros, recordando que me había escurrido en el baño– ¿no estaré pisando terreno resbaladizo?» En lugar de responder a mi pregunta, llegué al patio y busqué a Miguel con la mirada. Lo encontré sentado en un rincón y, con mi mejor sonrisa dibujada en la cara, me acerqué hasta él. El lugar estaba lleno de peregrinos, y no había ninguna silla libre para sentarme a su lado. Me propuso que diéramos un paseo, sin alejarnos demasiado.

–¿No será malo para tu tobillo? –me interesé.

–Me han dicho que haga reposo, pero ya estoy bastante hartito. Llegué ayer, y llevo más de veinticuatro horas sin moverme del albergue. Necesito salir un poco.

–Vale. Yo seré tu bastón –le dije con cierto rubor, colocándome a su lado y ofreciéndole mi brazo.

Él titubeó unos instantes y lo aceptó, dándome las gracias. Durante un buen rato caminamos despacio y en silencio. Le pregunté si se hacía daño.

–Me molesta un poco, pero no como ayer.

Cuando llegué aquí tenía el tobillo hinchado y un fuerte dolor. Nada que ver con el de ahora.

Aunque no me atrevía, le pregunté de forma interesada:

–¿Podrás continuar mañana el Camino?

–Pues no lo sé. Según el médico, debería quedarme en reposo, al menos tres días más, pero no me apetece demasiado. Depende de cómo me levante.

Yo quería decirle que debía hacer caso al médico, pero lo que deseaba de verdad era que pudiera reanudar la marcha conmigo, para seguir disfrutando de su compañía. Me limité a sonreír, para no terminar diciendo algo de lo que pudiera arrepentirme.

Caminando despacio llegamos hasta el Puente de Piedra. Lo recorrimos por la parte para los peatones, mientras el sol, que iniciaba su camino hacia el ocaso, nos inundaba el rostro. Era un hermoso lugar. Algunas cigüeñas nos vigilaban desde el cielo. Le dije a Miguel que verlas era una señal de buena suerte.

–Pues me hace buena falta –me contestó sonriendo.

Nuestras miradas se cruzaron, y yo sentí algo indefinido en mi interior. No supe explicarlo en esos momentos, pero fue como un reconocimiento de almas. La suya, asomándose a sus ojos oscuros,

se encontró con la mía y ambas se reconocieron, como si ya hubieran transitado juntas más allá de los tiempos. Fue sólo un instante fugaz, pero creo que ese instante empezó a transformar mi vida por completo.

Miguel intentaba dormir. No podía. No dejaba de dar vueltas en la cama y, cada vez que se movía, se hacía daño en el tobillo. Definitivamente, no podría continuar el Camino al día siguiente. Se dijo que, no obstante, se levantaría temprano para hacérselo saber a Rosalía. No se le iba de la cabeza. En realidad era ella, y no el dolor en el tobillo, lo que le impedía dormir aquella noche. Recapituló sobre algo extraño que había ocurrido por la tarde, cuando paseaban por el puente. Por unos instantes, ambos se miraron a los ojos y... algo había sucedido. No sabía decir exactamente qué, pero de alguna manera se sintió unido, muy en sintonía, a aquella mujer a la que apenas conocía. Algo le estaba pasando. Era como si algún sentimiento recóndito, escondido en su interior, luchase por salir a la superficie. Por encontrar la luz al final del túnel.

Estos pensamientos le inquietaron. «¿Qué me está pasando?» —se preguntó—. No dejaba de pensar en Rosalía. Se dijo que él no estaba en el Camino para eso. No había llegado hasta allí para

conocer a ninguna mujer. Eso era un puro disparate. No entraba en sus planes. Él estaba allí para obtener orientación en su vida. Para clarificar su vocación sacerdotal. Para saber si debía seguir ejerciendo como exorcista, después del fracaso que había tenido en su lucha contra el demonio. Desde luego, no estaba allí para enamorarse de ninguna mujer. «¿Enamorarme?», se preguntó en su interior. La sola posibilidad le produjo escalofríos. Después empezó a sudar, y notó como un helor que le calaba los huesos. «¡Esto no tiene ningún sentido!», se dijo a sí mismo.

Recordó la conversación que había mantenido esa tarde con Rosalía, antes de volver al albergue. Paseando, llegaron a una fuente junto a una iglesia en la que había una escultura de Santiago matamoros. Rosalía le contó que, como esa imagen ya no se consideraba «políticamente correcta», en la Catedral de Santiago ponían flores debajo de una escultura similar, para que sólo se viera al apóstol sobre su caballo blanco, blandiendo la espada, pero no a los moros que vencía, que quedaban debajo tapados por las flores.

—¡Que tontería! —añadió— porque esos moros, como el dragón al que domina San Jorge o el demonio al que vence San Miguel, no son más que metáforas. Representaciones de nuestros demonios internos. Soy psicóloga, y te puedo asegurar que el

demonio no existe –concluyó, sonriendo.

Miguel pensó en la cara que debió poner al escucharla, porque Rosalía, como si hubiera dicho algo malo, se justificó diciendo:

–Bueno, eso es lo que yo creo, claro... ¿Tú crees en el demonio?

Miguel permaneció callado, sin saber qué contestar. Entre ambos se instaló un pesado silencio, antes de que él dijera:

–Lo que creo es que deberíamos volver al albergue. No me conviene andar mucho.

Durante el paseo de vuelta comentaron las etapas del Camino que habían recorrido, y lo que todavía faltaba para llegar a Santiago. Ya en el albergue, Miguel se despidió de Rosalía para poder descansar. Ella le apuntó en un papel el número de su teléfono móvil.

–No lo pierdas –le pidió, bromeando, con su mejor sonrisa–, tenemos que seguir hablando del demonio.

Pero a Miguel no le hizo ninguna gracia la broma. ¿Cómo iba a decirle que no sólo creía en el demonio, sino que lo había visto con sus propios ojos, había luchado contra él, y el demonio le había vencido, llevándose la vida de la persona a la que él estaba exorcizando?

Aquella noche en el albergue de Logroño no pude dormir. No cesaba de dar vueltas en mi cama. Escuchaba todos los ronquidos de los peregrinos como si estuvieran dentro de mi cabeza. Contemplé en la litera de al lado cómo dormían plácidamente Egeria y Monique. Ninguna de ellas parecía escuchar los ruidos que a mí me impedían conciliar el sueño. Tenía muchas ganas de orinar, pero estaba en la parte de arriba de la litera y eso no facilitaba que me pudiera levantar, sin poner los pies en la cama de abajo y molestar al peregrino que dormía en ella. Con la presión constante en mi vejiga y el zumbido de los ronquidos en mi cabeza, me era imposible descansar. Traté de relajarme y de no ponerme nerviosa.

Cuando logré un poco de calma, me di cuenta de que Miguel no se me iba de la cabeza.

Recordé la cara que había puesto cuando le hablé de los demonios internos y le pregunté si él creía en el diablo. Desde mi formación como psicóloga, me parecía imposible que hoy en día existiera alguien que creyera en un ser con cuernos y rabo, que se dedicaba a tentarnos para empujarnos a hacer el mal. También me vino a la memoria la disertación que me había ofrecido en Eunáte, sobre los demonios que aparecían en la Biblia, y su relación con los siete pecados capitales.

Pensé que Miguel era raro, y poco dado a hablar de sí mismo. Pero, raro o no, lo cierto es que me sentía atraída hacia él. Me pregunté qué tipo de atracción era la que tenía, y no supe responderme. Me parecía un hombre atractivo, pero no eran su buena presencia y su mirada de niño asustado, lo que más me gustaba de él. Era algo más intenso, mucho más profundo, que yo no sabía cómo catalogar. Nunca había sentido por alguien nada parecido.

A pesar del concierto de ronquidos y de la fuerte presión en mi vejiga, conseguí dormirme un rato y tuve un sueño de lo más extraño. Soñé que Miguel era un demonio. Su apariencia externa era normal. Tenía su mismo rostro, su mismo porte atlético y su misma mirada indefensa. Sin embargo, al contemplarlo, yo sabía que era un demonio. Ambos nos encontrábamos en medio de un prado

verde y frondoso. Yo estaba desnuda, a su merced, él vestía solo con un pantalón vaquero y me contemplaba, sin atreverse a tocarme. Yo le animaba a que lo hiciera, pero Miguel me decía que no podía hacer el amor conmigo, porque yo no era virgen y él no había estado nunca con ninguna mujer.

Me desperté sobresaltada del sueño, que había resultado muy vívido. Estaba sudorosa, y a la vez sentía escalofríos. Durante el sueño, me había destapado y me había salido del saco de dormir. Cuando recuperé la conciencia sobre el lugar en el que me encontraba, vi que Egeria ya estaba vestida, y trataba de despertar a Monique.

—¡Hay que ver lo que duerme esta mujer! ¿Serán igual de dormilones todos los franceses? Desde luego, temprano sí que se acuestan, pero luego madrugar...

Me reí de su comentario, salté literalmente de la litera, y salí corriendo hacia el baño, antes de orinarme encima. Cuando volví, Monique ya se estaba vistiendo y me dedicó una sonrisa.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté.

—Aunque he dormido toda la noche de un tirón —respondió con su acento francés— me siento muy cansada y sigo teniendo mucho sueño.

—Pues eso se pasa caminando. ¡Venga, espabilaos —nos animó Egeria—, que hay un largo trecho hasta llegar a Nájera! Ya veréis que sitio más

bonito... pero nos aguardan treinta kilómetros de Camino.

—¿Y el desayuno? —pregunté, intentando retrasar la partida, con la esperanza de poder ver a Miguel.

—Nada de desayuno, ya pararemos por el camino —ordenó Egeria.

Con cara de resignación, cada una por un motivo distinto, Monique y yo cargamos con nuestras mochilas y la seguimos dócilmente hasta la calle, buscando la primera flecha amarilla que nos indicase la ruta correcta. Antes de dejar el albergue, yo lo había recorrido buscando a Miguel. Pero no lo había encontrado. Me sentí triste al comprobar que quizás él no había hecho nada por buscarme, tal y como yo le había pedido. No sabía si habría reanudado el Camino; aunque recordando lo mucho que cojeaba el día anterior, tenía serias dudas de que así fuera. En mi fuero interno algo me decía que volveríamos a encontrarnos. Era una intuición. Me agarré a esa certeza que brotaba de mi interior, y emprendí la ruta con mis amigas. Aún así, no pude evitar volver la cabeza, de vez en cuando, para ver si aparecía. Egeria se dio cuenta y me consoló, diciendo:

—Tu caballero andante no vendrá hoy.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté con la esperanza de que ella lo hubiera visto antes de salir del

albergue.

—¿Qué cómo lo sé? —respondió— ¿Es que no viste cómo cojeaba ayer? A tu enigmático peregrino aún le quedan unos días para poder continuar el Camino.

Debí poner cara de víctima, porque Egeria se estuvo burlando de mí, y me dijo:

—¡No pongas esa cara de ternero degollado, ya nos alcanzará!

—¿Tú crees? —pregunté esperanzada.

—¡Pues claro que lo creo, no hay más que ver cómo te mira! Te digo yo que volverás a verlo, aunque sea con el pie colgando —bromeó.

Ambas nos reímos de la imagen, y Egeria me preguntó:

—¿Supongo que habréis intercambiado los números de los teléfonos móviles?

Al ver mi cara, exclamó con sorpresa:

—¿No me digas que no...? ¡Joder, Rosalía, eso se le hubiera ocurrido a cualquier adolescente, ¿y no se te ha ocurrido a ti?

—Se me ha ocurrido a medias —me apresuré a responder—, yo le di el número de mi móvil... pero no le pedí el suyo.

—Bueno, algo es algo. Esperemos que el caballero andante sea el que llame... De verdad, Rosalía, no dejas de sorprenderme. ¿En qué mundo

has vivido durante los últimos cuarenta años, en qué cueva has estado metida?

Su pregunta me hizo reflexionar. ¿Cómo había sido mi vida antes de hacer el Camino de Santiago? Llevaba caminando solo una semana, y mi vida anterior me parecía muy lejana. Algo que definitivamente había dejado atrás. Ya casi no me acordaba de Luis, mi ex marido, de su traición y del matrimonio que habíamos compartido durante diez años. Casi no me acordaba de mis pacientes, sólo de Rafa, y de su suicidio. Su muerte había provocado una serie de circunstancias encadenadas, que me habían cambiado la vida, y me habían llevado al lugar donde me encontraba. Pero ¿dónde me encontraba? En esos momentos sólo sabía que tenía un pasado, que estaba dejando atrás, y un incierto presente. Pero ningún futuro se veía en mi horizonte. Sólo Camino de Santiago. Seguir andando, sin saber hacia donde me llevaban mis pasos. Absorta en mis pensamientos, no me di cuenta de que Monique se había quedado muy atrás. Divisé a Egeria, que estaba esperándola, y también yo me detuve.

Cuando estuvimos juntas de nuevo, Egeria sugirió que descansásemos en el Parque de la Grajera. Nos sentamos en la terraza de un bar, y pedimos un buen desayuno, a base de tostadas con aceite, café con leche, y cola cao para recuperar fuerzas. Egeria bromeaba, como siempre, y Moni-

que nos miraba, con sus enormes ojos verde aceituna, intentando comprender los chistes. A medio desayunar nos confesó que se había planteado dejar el Camino, porque se encontraba muy cansada.

—No me veo con fuerzas para llegar a Santiago... además, os estoy retrasando.

—¿Cómo nos vas a retrasar? —preguntó Egeria— No tenemos ninguna prisa. Además, Rosalía prefiere ir despacio para ver si llega su caballero andante.

—Muy graciosa —dije yo, para seguir la broma—. No te preocupes. Como dice Egeria, no tenemos prisa... Y es normal que te encuentres cansada. Yo disimulo, pero en realidad estoy hecha polvo.

—Cansarse en el Camino es lo más normal. Si ves a algún peregrino que no esté cansado, es porque va haciendo la ruta en autobús. ¡Pero esos no son peregrinos de pura cepa, como nosotras! —añadió Egeria con orgullo— Esos son «turigrinos».

—¿Turi qué? —preguntamos al unísono Monique y yo.

—Los «turigrinos» son turistas que recorren el Camino de Santiago, pero no lo hacen a pie, como nosotras, sino que se van trasladando de pueblo en pueblo en autobuses o en taxis, llegan los primeros a los albergues, y nos quitan el sitio a los peregrinos de verdad que hacemos el Camino andando.

–A lo mejor se cansan, como yo, y no pueden seguir por sus propios pies –dijo Monique.

–Si es así, que se vayan a una pensión y dejen los albergues para los que caminamos. El Camino es de todos y para todos. Cada uno lo hace como quiere o como puede. Pero los albergues son para los que caminamos, primero, y los que van en bicicleta, después –sentenció.

Entre las dos le pedimos a Monique que no se rindiera todavía, que esperase un poco más, antes de tomar la decisión de dejar el Camino. Egeria le comentó:

–Al fin y al cabo, estás aquí de luna de miel. Eso te tiene que dar fuerzas para seguir.

–Y es lo único que todavía me mantiene en el Camino. Si no fuera por eso, os aseguro que ya lo habría dejado al llegar a Logroño –nos confesó–. Esta mañana he estado a punto de no salir con vosotras, pero un sueño que he tenido esta noche, me ha dado fuerzas para continuar.

–¿Qué has soñado? –preguntó Egeria con toda naturalidad.

–Quizás no quiera contarlo –intervine yo, pensando en mi propio sueño con Miguel.

–¡No, no me importa! –respondió Monique– He soñado que Jean me esperaba en algún lugar del Camino. Yo llegaba andando con mi mochila

la, por una especie de bosque o algo así, y lo veía a lo lejos. Al verlo me sorprendía mucho y corría hacia él. Nos abrazábamos y yo le preguntaba qué estaba haciendo ahí, si en realidad estaba muerto. Jean me decía, sonriendo, en nuestro idioma, claro: «Pero *ma petite* –que es como me llamaba muchas veces– la muerte no existe... Me he despertado con la sensación de que lo he visto de verdad, de que hemos estado juntos. El sueño era mucho más largo, pero no me acuerdo. Solo esta visión me ha hecho seguir adelante. Como os digo, anoche cuando me acosté pensé que no iba a continuar.

Tanto Egeria como yo nos quedamos calladas después de escuchar el relato de su sueño. Yo no sabía qué decir y me limité a sonreír a Monique, mientras le apretaba cariñosamente la mano. Egeria, por su parte, se levantó de su silla, la abrazó, y le dijo con un tono dulce en la voz:

–Es un sueño precioso, Monique. Tienes mucha suerte porque Jean te acompaña en el Camino. Él está aquí contigo todo el tiempo... Así que, hay que seguir –afirmó, cambiando el tono, como si fuera una orden–. Tu Jean tiene toda la eternidad por delante, pero nosotras, no... Y aún nos queda un buen trecho para llegar a Nájera.

Con fuerzas renovadas, emprendimos de nuevo el Camino. Yo miraba mi móvil, de vez en cuando, esperando una llamada o algún mensaje de

Miguel, pero no llegó nada. La ruta se hizo larga y pesada. Tanto Egeria como yo nos amoldamos al paso de Monique y, aunque no caminábamos juntas, la íbamos esperando cuando se quedaba atrás. Creo que ambas simulábamos un cansancio mayor del que teníamos, para poder adaptarnos al ritmo de nuestra amiga.

Cuando llegamos al albergue de Nájera, ocupamos las últimas camas que quedaban. Habíamos parado a comer en Ventosa, desviándonos un poco del Camino, y sellamos nuestras credenciales en el albergue de San Saturnino, de esa localidad. La comida que hicimos fue suficiente para Monique, y en cuanto le asignaron su cama, al llegar al refugio, se acurrucó en su saco y se quedó dormida. Yo me ocupé de lavar su ropa sucia, porque no le quedaba ninguna camiseta limpia, ni ropa interior. Antes de irnos a dormir, Egeria y yo visitamos el monasterio de Santa María la Real. Ninguna de las dos dijo nada al respecto, pero yo tenía la intuición de que Egeria empezaba a estar preocupada por nuestra amiga. Yo también lo estaba. Tenía por dentro una mala sensación.

Cuando se acostó en el albergue de Logroño, el tobillo le dolía a Miguel más que durante todo el día. Pensó que quizás se debía al pequeño

paseo que había dado con Rosalía. Se encontraba confundido y contrariado. Estuvo tentado de tirar el papel en el que ella le había apuntado el número de su teléfono móvil, pero no lo hizo. De manera instintiva, lo guardó en uno de los bolsillos de su mochila. A lo largo de la noche, dando vueltas en su cama, decidió que no haría por verla antes de que ella se fuera por la mañana. Tal y como tenía el pie, no iba a poder continuar andando, ni ese día ni al siguiente. —«Vamos a ver lo que dura este contratiempo», pensó. Se sentía muy fastidiado con la demora, porque trastocaba sus planes. «¿Pero qué planes? —se preguntó— Si no tengo ningunos.»

Pensó que, si el esguince lo había retenido en Logroño para volver a ver a Rosalía, esta teoría se venía abajo desde el momento en que ella continuaría el Camino por la mañana, y él aún tenía que quedarse allí, no sabía por cuánto tiempo. Por su cabeza pasó la idea de que no volvería a verla nunca más y, para su asombro, la idea no le gustó. A pesar de ello, mantuvo su decisión de no intentar verla por la mañana, antes de que Rosalía se marchase del albergue. «¿Para qué —se preguntó con desazón,— para qué habría de verla, qué podría decirle, que la alcanzaré en el Camino, qué sentido tiene todo esto?»

En esos momentos experimentó una apremiante urgencia de hablar con Mario. Pero era de

madrugada y no le pareció el momento adecuado. Lo haría cuando se levantase por la mañana. A ver si su amigo le ayudaba a aclarar sus sentimientos.

Miguel esperó en la cama, sin salir de la habitación, hasta que se hubieran marchado todos los peregrinos. El albergue se cerraba unas horas por la mañana, para poder limpiarlo, antes de que nuevos peregrinos lo ocupasen ese día. El hospitalero le preguntó cómo llevaba la lesión, y le dio un poco de hielo para que se lo pusiera en el tobillo. Se sentó en el patio y, pasados unos momentos, salió del albergue cojeando, para que le diera un poco el aire, buscando cierta intimidad para llamar a Mario. Caminó despacio, hasta la fuente del peregrino, en la que había estado con Rosalía el día anterior. No pudo evitar pensar en la pregunta que le había formulado sobre el demonio, y sintió que había hecho un espantoso ridículo ante ella.

Mirando las baldosas de la plaza, se dio cuenta de que representaban un gran tablero con el juego de la oca. «¿Cómo no lo habían visto, con lo grande que es?» —se preguntó— Pensó que quizás era esa la razón. Había que mirar con cierta perspectiva para ver el diseño que configuraban todas las casillas. ¿Le estaría pasando eso mismo, que no veía el diseño de su vida porque le faltaba perspectiva? ¿Estaba demasiado pendiente de los detalles cercanos, como para no ver el juego completo? Este

pensamiento le inquietó. Sus ojos se posaron en la casilla de la muerte, representada por el esqueleto y su guadaña. Así se encontraba él, muerto por dentro, vacío, como las cuencas de los ojos de la aterradora figura. Y, sin embargo, había que pasar por la casilla de la muerte para llegar al final del juego. De la misma manera que había que pasar por otros obstáculos que te retrasaban: el pozo, la cárcel, la posada, el laberinto. Aunque también había casillas que te hacían adelantar en el camino. Los puentes, las propias ocas. Animales a los que la tradición había relacionado con su papel de guardianas y guías sagradas, dentro de la cultura celta y de las hermandades de constructores que operaban en el Camino de Santiago. Se decía que la pata de oca se asemejaba al tridente del griego Poseidón, que los romanos llamaron Neptuno. Ambos dioses del mar y las tormentas, que remitían a la mítica Atlántida.

Miguel se sentó en uno de los dados que había en la plaza, conectó su teléfono móvil y llamó a Mario. Éste tardó un buen rato en responder. Cuando lo hizo, Miguel le comentó que estaba a punto de colgar.

—Un poco de paciencia, hombre, estaba revisando la linterna, y me he dejado el móvil abajo. Casi me mato bajando las escaleras. Suponía que eras tú, y no quería darte ocasión de volver a desconectar el móvil, sin hablar conmigo. ¿Cómo va

tu pie? –preguntó en tono afectuoso.

–El pie mejora lentamente, pero hoy no he podido salir a andar, y mucho me temo que todavía estaré retenido en Logroño algún día más.

–Esa retención será por alguna causa, aunque tú no la sepas –sentenció Mario.

–Pues no sé qué decirte, creo que te equivocas –respondió Miguel- pensaba que podías llevar razón, pero ya no estoy tan seguro.

–¿Ah, sí? ¿Por qué podía tener la razón y ya no la tengo? –preguntó con un tono malicioso en la voz.

–Porque conocí a una chica...

–¿Conociste a una chica?... ¡Qué callado te lo tenías!... ¿Dónde, cuando?

–Fue en Eunate...

–¿En Eunate –le interrumpió Mario– y no me habías dicho nada?

–Intento contártelo ahora –dijo Miguel, tratando de imponerse–, pero no me dejas.

–Sí, sí, perdona –respondió su amigo–, es que no dejas de sorprenderme.

–Más sorprendido estoy yo... O, mejor dicho, lo que estoy es confundido.

–Bien, sigue, sigue, no te interrumpo más –le pidió Mario.

–Conocí a una chica en la ermita de Eunate y caminé con ella hasta Puente la Reina. Ella se

quedó en el albergue con dos amigas con las que hace el Camino. Yo también pasé allí la noche, pero al día siguiente salí muy temprano, antes de que amaneciera. Entonces fue cuando llegué a Logroño con el esguince y ayer por la tarde ella apareció por aquí. Llegué a pensar que me había quedado retenido para volver a ver a Rosalía...

—¿Rosalía?

—Sí, así se llama... Pero no creo que sea esa la razón, porque ella ha seguido el Camino esta mañana, y creo que no la volveré a ver.

—A ver, a ver, vamos por partes. ¿Sabes algo de esta mujer... cuantos años tiene, a qué se dedica, está casada, tiene hijos...?

—¡Cómo voy a saber todas esas cosas! —protestó Miguel.

—¿Preguntádoselo? No se me ocurre otra manera —dijo Mario un tanto alterado— ¿No dices que caminaste con ella?

—Sí, pero no le pregunté nada de eso... ¿Cómo voy a pedirle que me cuente su vida? Sé que es psicóloga porque me lo dijo ayer.

—¡Pues estamos arreglados!... ¿Y no tienes ninguna manera de localizarla? —preguntó Mario con un tono irónico en la voz.

—Tengo su teléfono móvil... me lo dio ayer —respondió Miguel con timidez.

—¡Pues llámala, no pierdas el contacto! No

importa que ella vaya por delante. Si tienes que coger un autobús, lo coges, y te plantas en el lugar donde ella esté... ¡digo yo! —concluyó, como si la solución fuera de perogrullo.

Estas últimas palabras de Mario fueron seguidas por un largo silencio de Miguel. Como no decía nada, su amigo le preguntó.

—¿Estás ahí? ¿He dicho algo malo?... ¡Miguel, contesta!

—Sí, sí, estoy aquí. Estaba pensando en esa posibilidad, pero... no sé. No creo que la llame.

—¿Por qué no?... ¿Para qué me hablas si no de esta mujer? —preguntó Mario en tono desesperado.

—¡No lo sé, estoy hecho un lío!... Lo cierto es que no me la quito de la cabeza, pero luego, cuando estoy con ella, no sé qué decirle... No digo más que chorradas. ¿Te puedes creer que le dije el nombre de todos los demonios que se corresponden con los pecados capitales?

—¡Joder, Miguel, lo tuyo es muy fuerte! Esa mujer te quiere —bromeó—, te quiere de verdad. Si después de eso no salió corriendo y te ha dado su teléfono móvil, es porque te quiere de verdad. Lo suyo es amor verdadero.

—¡No es para tomárselo a broma! —protestó Miguel— estoy hecho un lío. No sé que hago aquí, ni para qué he venido al Camino, ni qué voy a ha-

cer con mi vida, ni si voy a continuar siendo cura, ni haciendo exorcismos... ¡ayúdame, Mario! –pidió desesperado, aguantando un sollozo.

Mario se quedó conmovido por esa petición de socorro. Era la primera vez que Miguel le pedía ayuda. Su amigo estaba totalmente confundido y angustiado, y él se había tomado a broma sus sentimientos. Tratando de disimular el nudo que tenía en la garganta, le dijo:

–Perdóname, no me estaba burlando de ti. Con mi broma quería desdramatizar un poco la situación.

–Sí, ya lo sé, no tienes que disculparte... –respondió Miguel– es que me encuentro muy mal.

–Creo que estás en una encrucijada de tu vida, y eres tú quien debe decidir. Yo no soy nadie para decirte lo que tienes que hacer... pero si quieres, puedo darte mi opinión.

–Por favor... –pidió Miguel.

–Ya te he dicho en otras ocasiones, que no te veo como cura. Yo creo que las cosas ocurren por alguna razón. No sé exactamente qué te pasó cuando realizaste el último exorcismo pero, sinceramente, no creo que ése sea tu camino. Y me parece que lo estás pasando tan mal porque no aceptas que tienes que cambiar de vida. Que todo lo que has pasado, sea lo que sea, –insistió– ha quedado atrás. Es el momento de empezar de nuevo...

–Pero no es tan fácil –le interrumpió Miguel–, tuve que dejar de hacer exorcismos porque el demonio me venció y se llevó a la joven a la que estaba exorcizando. Esta joven murió, porque yo no pude librarla del demonio... ¿lo entiendes?

Mario se sintió profundamente afectado al escuchar el relato de Miguel. Se tomó unos segundos para contestar a su amigo y, finalmente, respondió:

–Siento mucho lo que me cuentas. No sabía que habías tenido una experiencia tan fuerte y tan desagradable... Creía que tu estado de ánimo sombrío, se debía a la muerte de tu padre, unido a una crisis de fe o algo por el estilo. Ahora comprendo tu sufrimiento en toda su dimensión... Pero eso no cambia lo que te he dicho, más bien lo refuerza. Es el momento de dejar atrás ese mundo y cambiar de vida. Por eso estás en el Camino de Santiago, no lo dudes, para ayudarte a tomar esa decisión... Y por eso has conocido a esa chica, estoy seguro. Tienes su móvil, llámala, no permitas que se vaya. Estás en una encrucijada, ella te está indicando cual es el camino. Es tu particular flecha amarilla. ¡Síguela!

Desde Nájera caminamos hasta Santo Domingo de la Calzada. La jornada me resultó mucho más llevadera que el día anterior. Hasta Monique pareció recuperarse y andaba mucho más ligera pero, sobre todo, más alegre. Había vuelto a ser la Monique de siempre, interrogándonos continuamente sobre costumbres españolas, para compararlas con las que había en su país. Verla más alegre provocó que mi estado de ánimo se animase también. Y no digamos el de Egeria, que caminaba como si le hubieran puesto un turbo, derrochando buen humor. A pesar de ello, yo no me olvidaba de mirar de vez en cuando mi teléfono móvil, con la esperanza de encontrar algún mensaje de Miguel.

Tampoco podía evitar sentirme decepcionada, al comprobar que no tenía noticias tuyas. Me dije a mí misma que había sido muy estúpida, al no

haberle pedido su número de teléfono.

El terreno era llano, agradable y los caminos estaban vigilados por la sierra de la Demanda. Una vez que pasamos Azofra, casi no encontramos ningún lugar que nos ofreciera servicios. Pero no importaba. Recuerdo este paso por La Rioja como uno de los más placenteros del Camino, después de la dura jornada del día anterior para llegar a Nájera, y de las dolorosas circunstancias que vivimos poco después. Pero ese día aún no había nubarrones en el horizonte. Parecía como si nuestra alma lo supiera, y las tres disfrutamos del Camino y de la mutua compañía. En poco más de cinco horas estábamos ya entrando en Santo Domingo de la Calzada; una ciudad que me pareció preciosa. Una especie de remanso de paz en la ruta jacobea.

Aún recuerdo la cara de sorpresa que puso Monique al entrar en la Catedral y ver, en una hornacina, a un gallo y una gallina en recuerdo del más famoso de los milagros atribuidos a Santo Domingo de la Calzada. Coincidiendo con nuestra llegada, el gallo lanzó su peculiar canto, mientras la gallina cacareaba. Nuestra amiga francesa no podía dar crédito a lo que estaba viendo.

—En mi país nunca hubieran puesto un corral con gallinas dentro de una iglesia —exclamó, asombrada.

—¡Mira ésta! —saltó Egeria—. Ni aquí pode-

mos casarnos con personas que están muertas.

Monique y yo nos reímos de su ocurrencia. Mientras recorríamos la catedral, Egeria le contaba a Monique la leyenda del milagro de Santo Domingo, según la cual una familia de peregrinos alemanes, procedentes de Colonia, se habían alojado en la posada de esa localidad. La criada que allí servía se encaprichó del hijo, pero como éste la rechazó, escondió una copa de plata en su zurrón, con la intención de vengarse, y después lo denunció. El joven fue apresado, juzgado, condenado y ahorcado.

Sus padres, muy tristes, continuaron la peregrinación a Santiago de Compostela. Al regresar, encontraron que su hijo aún estaba vivo, colgando de la soga, porque el santo le sujetaba por los pies. Corrieron a decírselo al corregidor, para que lo pusiera en libertad, pero éste no les creyó. Les dijo a los padres que su hijo estaba tan vivo como la gallina que él se estaba comiendo en esos momentos. Al decir esto, la gallina que estaba cocinada en su plato, se incorporó y cantó.

—Y de ahí viene el refrán: «Santo Domingo de la Calzada, donde cantó la gallina después de asada» —concluyó Egeria su relato con aire de satisfacción.

Monique la abrazó emocionada y, sin poder contener las lágrimas, le dijo:

—¡Qué bonito, nunca había escuchado una

historia tan bonita!

Esta reacción de Monique me dejó un poco perpleja y, a juzgar por la cara que puso, yo diría que también a Egeria. Ambas nos quedamos en silencio, como esperando una explicación de nuestra amiga, pero esta se limitó a decir:

—Gracias por contármela. ¡Es preciosa!

Continuamos recorriendo la catedral y bajamos a la cripta donde está enterrado el santo. El lugar era extraordinario. No es que fuera nada del otro mundo, pero se notaba una paz, un silencio y una energía tan poderosa, que sobrecogía el alma. En un pequeño folleto que había por allí, leí que este hombre, que había nacido en 1019, no fue ni cura ni fraile, sino un laico sin estudios. Lo que no le impidió construir un puente en Logroño, y un hospital de peregrinos, además de habilitar los caminos para facilitar el paso a los que se dirigían a Santiago. Por esta razón era el patrono de los ingenieros de Caminos, Canales y Puertos y de Obras Públicas.

Mientras visitábamos la cripta, Monique, que aún parecía muy afectada por la leyenda que le había contado Egeria, nos dijo:

—¿Sabéis lo que más me ha gustado de la historia de la gallina?

Egeria y yo nos miramos y, sin darnos tiempo a decir nada, ella misma se respondió, con los

ojos muy brillantes:

—Esa historia me ha dicho que los milagros existen. Que existían hace muchos años, y que siguen existiendo ahora.

Ni Egeria ni yo dijimos nada. Yo no quise romper con palabras la magia del momento que estaba viviendo nuestra amiga. Me limité a sonreír, y le hice un gesto cariñoso. Al salir de la catedral visitamos una pequeña tienda en la que se vendían recuerdos. Compré tres pin iguales, en los que se reproducía la hornacina del templo, con el gallo y la gallina.

Me puse el mío y les di los otros a mis amigas, al tiempo que les decía:

—Para que no se nos olvide a ninguna que los milagros existen.

Durante el resto de la tarde, antes de recogerlos en el albergue, continuamos visitando la ciudad y charlamos con otros peregrinos, que llevaban el mismo ritmo andando que nosotras, y con los que ya habíamos coincidido en otros albergues del Camino. La más abierta era siempre Egeria, que enganchaba la hebra con todo el mundo y chapurreaba en una mezcla de todos los idiomas con cualquier peregrino extranjero. Yo prefería mantenerme un poco más aislada y no participaba tanto de las conversaciones. Luego ella nos contaba cosas sobre tal o cual peregrino, para mi asombro y el

de Monique, que nos preguntábamos cómo Egeria terminaba sabiendo tanto de todo el mundo.

Esa noche, cuando me acosté en el albergue de Santo Domingo de la Calzada, tuve un mal presentimiento. Algo me inquietaba, pero no sabía traducirlo a palabras. Estaba alterada, dando vueltas en la cama. En ese estado de duermevela, me di cuenta de que ya no me preguntaba qué estaba haciendo allí en el Camino. Por alguna razón que yo ignoraba, había dejado de interesarme la respuesta.

De pronto, era como si el propio Camino pasase a ser más importante que la meta o que la motivación. Como si el hecho de recorrerlo, paso a paso, tuviera mucho más valor que llegar a Santiago. ¿Quién se acordaba de Santiago? La meta, el objetivo del viaje, se había diluido en el propio viaje. Eché la vista atrás y conté los días que habían transcurrido desde que salí de Roncesvalles. Habían sido sólo ocho días.

Después de estos ocho intensos días recorriendo la ruta de las estrellas, experimentaba una sensación de libertad como nunca la había sentido en toda mi vida. Y no era solo la libertad de no tener nada que hacer en todo el día, salvo andar por aquel maravilloso Camino, que cada jornada te mostraba un escenario distinto al del día anterior. No era solo el contacto con la naturaleza. Percibir los rayos del sol en tu piel, el viento sobre tu

rostro. El contacto de tus botas sobre la tierra. No eran solo los amaneceres que te regalaba la ruta. O comprobar cómo el sol iluminaba los pasos a tu espalda, y ascendía siempre a tu izquierda, camino del ocaso. No era solo ese tipo de libertad. Era una libertad interna, que arrojaba al espíritu y ponía alas en tu alma. Una libertad capaz de generar milagros, como seguramente había sentido Monique esa tarde. Me dormí pidiendo a Santo Domingo de la Calzada que operara otro de sus milagros, para que yo pudiera recibir la llamada de Miguel.

Después de permanecer parado en el albergue de Logroño tres días, Miguel estaba impaciente por reanudar el Camino. Su pie había mejorado considerablemente en las últimas veinticuatro horas. La inmovilización y el hielo habían logrado que ya no le doliera, pero aún tenía que pasar por el médico antes de iniciar de nuevo la marcha. Por una parte no quería que el dolor le obligase a una nueva detención y, por otra, tampoco quería demorarse mucho más para poder alcanzar a Rosalía, que le llevaba un par de días de ventaja. Después de la conversación que había mantenido con Mario, y del consejo que su amigo le había dado, diciéndole que Rosalía era su particular flecha amarilla, y que debía seguirla, estaba decidido a reencontrarse

con ella. Aunque esa opción le producía sentimientos encontrados. Por un lado, deseaba ese nuevo encuentro; por otro, se moría de miedo sólo con pensarlo.

Durante todo ese día había estado tentado de llamarla por teléfono, pero decidió aplazarlo por el temor que experimentaba a no saber qué decirle. Pensó que era mejor no ponerse aún en contacto con ella, y esperar a que el médico le dijera, al día siguiente, si ya podía reanudar el Camino. Con esa idea en la cabeza, permaneció sin salir del albergue, entre su cama y el patio, contemplando el ir y venir de los peregrinos. Le resultaba curioso, después del tiempo que llevaba allí, comprobar que cada día eran peregrinos nuevos los que ocupaban el albergue. Tuvo mucho tiempo para observarlos y llegó a la conclusión de que todos tenían algo en común, cierto aire familiar que los unía, aún cuando fueran muy distintos. Había de todos los países y de todas las edades. Casi más gente mayor que jóvenes. Muchas personas de cierta edad, que se confesaban recién jubilados, y que al recorrer el Camino de Santiago estaban cumpliendo un viejo anhelo, que no habían podido satisfacer hasta ese momento.

También había muchos jóvenes en esa época del año, la mayoría extranjeros. El hospitalero le había dicho que los españoles solían hacer el Ca-

mino en los meses de julio y agosto. Pero las guías de otros países recomendaban que se hiciera mejor en primavera o en otoño, para evitar las aglomeraciones del verano y el sofocante calor que hacía en España durante los meses estivales. Calor que a muchos peregrinos extranjeros les resultaba difícil de soportar.

Miguel también se dio cuenta de que había muchísimas mujeres, en grupo o solas, así como familias enteras con sus hijos pequeños, y también sus perros. Había visto a bastantes perros peregrinos que, como sus amos, transportaban sus propias mochilas en el lomo. Cuando los veía, se acordaba de San Roque, un santo protector de la peste, que siempre se representaba vestido de peregrino y acompañado de un perro, que solía llevar un pan en la boca. Según la leyenda, el propio San Roque terminó por contraer esta enfermedad, y cuando se retiró al bosque para no contagiar a nadie, un perro se encargaba de llevarle comida a diario.

El médico contempló el pie izquierdo de Miguel, con gesto de satisfacción. Lo cogió con sus manos expertas y estuvo moviéndolo para delante y para atrás, mientras le preguntaba si le hacía daño. La respuesta era negativa, puesto que había dejado de dolerle.

–Esto va muy bien –dijo el médico–, en un par de días estará como nuevo y podrás reanudar la marcha... siempre que no lo fuerces demasiado.

–¿En un par de días? –protestó Miguel.

–Bueno, es lo mínimo. Lo normal es que un esguince tarde una semana en curarse. Tú puedes librarte con cinco días.

–¿Y si reanudo mañana el Camino? –preguntó Miguel.

–Puedes hacerlo, si quieres, pero no te lo aconsejo. Podrías tener una recaída que te obligase a dejar el Camino para otra ocasión.

Miguel hizo un gesto de fastidio y permaneció en silencio. Estaba harto de no poder moverse de Logroño, a pesar de las atenciones de los hospitaleros, y quería volver a andar cuanto antes. Al ver su cara de fastidio, el médico le preguntó:

–¿Tienes prisa por llegar a algún sitio?

–No –respondió Miguel, lacónicamente.

–Pues quédate. Hazme caso, no te arrepentirás. Yo también he hecho el Camino varias veces, y sé que es él quien nos va marcando el ritmo. Si te está reteniendo aquí, será por algo... El Camino tiene sus propios planes para nosotros. Déjale hacer, él sabe mejor que tú adónde tienes que llegar y en qué momento.

–Sí, será de esa manera... porque yo no lo sé –replicó Miguel.

El médico, un hombre joven con buen aspecto físico y una afable sonrisa, le animó, diciendo:

—En el Camino, como en la vida, no existen los accidentes. Todo pasa por algún motivo. He visto a muchos jóvenes, con una excelente preparación física, a los que el Camino ha echado y han tenido que volver a su casa, porque las ampollas no les permitían andar. También con esguinces, tendinitis o con fuertes diarreas. Da lo mismo. La cuestión es que el Camino los ha mandado de vuelta a casa. Otras personas, sin embargo, mucho mayores, con artrosis en las rodillas, asma y casi sin poder moverse, completan su Camino y llegan a Santiago, sin mayores problemas. ¿A qué se debe? No se sabe —se respondió él mismo—: el Camino es un misterio y tiene sus propios secretos. Unos nos los cuenta, y otros no. Hay que recorrerlo con reverencia y con el respeto del que no sabe a donde va. Pero también con la confianza de que esa fuerza que lo ha llamado, y que le ha impulsado a venir hasta aquí, le conducirá hasta su destino.

Las palabras del médico actuaron como un bálsamo en el interior de Miguel. Aún así, se atrevió a preguntarle:

—¿Y si el Camino quiere echarme a mí también y por eso me ha enviado este esguince?

—Estoy seguro de que no es así —respondió

el médico con su mejor sonrisa—. Si quisiera echarte ya lo habría hecho. No se anda con contemplaciones. Por alguna razón, quiere retenerte aquí. Seguro que tiene sus motivos. Hazme caso, aguanta un par de días más, y podrás continuar la ruta.

Miguel se despidió del médico, agradeciéndole los cuidados y sus palabras. Éstas habían calado a fondo en él y decidió que aguardaría otros dos días, antes de reanudar el Camino de Santiago.

Su preocupación en esos momentos era cómo iba a poder alcanzar a Rosalía, si cada día le sacaba más ventaja. Pidió a un peregrino que le dejase una guía, puesto que él no llevaba, y se entretuvo en calcular por donde podría ir Rosalía, cuando él saliera a andar dos días después. Llegó a la conclusión de que ella habría llegado a un lugar llamado San Juan de Ortega. Incluso, si avanzaba muy rápido, podría haber llegado ya a Burgos. De todas maneras, se reafirmó en su decisión de hacer caso al médico y decidió que la llamaría por teléfono cuando pudiera andar. Ya vería entonces si tenía que coger un autobús para llegar hasta donde ella estuviese.

«Menos mal que se le ocurrió darme su número de móvil», —pensó, aliviado y aterrorizado al mismo tiempo ante el posible reencuentro.

Casi no recuerdo nada de ese día, salvo que la lluvia hizo que el Camino se volviera oscuro y ominoso. O quizás era solo mi estado de ánimo. Miguel seguía sin dar señales de vida, y yo empezaba a preguntarme si volvería a verlo alguna vez más. Esa seguridad interior que había tenido de que volveríamos a encontrarnos, había desaparecido por completo. De lo poco que me acuerdo es de que el Camino iba paralelo a una carretera nacional. Afortunadamente, habían instalado un andadero para los peregrinos. Imagino que en otros tiempos éstos debían jugarse la vida caminando junto a los coches y camiones. A pesar de que no era ése nuestro caso, resultaba bastante molesto escuchar todo el tiempo el ruido de los vehículos que pasaban continuamente por la cercana carretera.

En algunos momentos la lluvia arreció, y de nada nos servían los chubasqueros ni los impermeables para cubrirnos. Llovía tanto, que nos planteamos la posibilidad de quedarnos en la primera localidad que atravesamos, al salir de Santo Domingo de la Calzada. Paramos a desayunar en un bar, bastante caladas, y discutimos el asunto. Pero a ninguna de las tres nos apetecía dejar ese día la ruta, tras haber caminado solo unos pocos kilómetros. Decidimos que iríamos más despacio, si era necesario, descansando con más frecuencia, pero mantuvimos el propósito de llegar ese día a

Belorado, como habíamos previsto. Al terminar de desayunar, vimos una pintada que nos hizo sonreír a todas. Decía así: «Iré dónde sea, siempre que sea hacia delante». Nos miramos y asentimos con la cabeza. Tal y como llovía, llevábamos calado el gorro del chubasquero, y casi no podíamos ver más allá de nuestras narices... pero seguiríamos hacia adelante.

Poco a poco la lluvia fue amainando y aceleramos el paso para llegar cuanto antes al albergue. El paisaje ya no era el mismo. Habíamos dejado atrás La Rioja y sus viñedos, para adentrarnos en Castilla. Procurando que no lo notasen mis amigas, en algún momento de la jornada, empecé a llorar. Algo en aquella llanura me encogía el alma. Pensé que nuevamente estaba compadeciéndome de mí misma. Pero no, no era eso. Simplemente sentía una gran tristeza y desolación interior, que me oprimía el pecho. Seguí caminando y acepté esa pesadumbre como compañera de ruta. Es más, le di las gracias por acompañarme y proporcionarme una experiencia más en el Camino. No me sentía mal. Sólo triste, desconsolada, y con ganas de seguir llorando. La propia lluvia, que me azotaba la cara, camufló mis lágrimas y ambas se hicieron compañía.

Finalmente llegamos a Belorado y allí optamos por alojarnos en un albergue privado, que te-

nía toda clase de comodidades, incluyendo lavadora y secadora. Necesitábamos, no sólo lavar, sino también secar la ropa porque con la lluvia, que aún persistía, no íbamos a poder tenderla al sol para que se secase. Era una lástima, porque el albergue que escogimos disponía de un hermoso patio con césped, que hubiéramos disfrutado mucho en un día soleado.

El descanso ocupó el resto de la jornada. Egeria estaba malhumorada por la lluvia, y Monique dijo que iba a mandar unos correos a sus padres y amigos, aprovechando que el albergue tenía Internet. Tras una cena frugal, me metí en la cama, sintiendo la misma opresión en el pecho que me había acompañado durante todo el día. Acurrucada en mi saco de dormir, lloré con sordina para que no me escuchase nadie. Y esa vez sí que lloraba por mí misma, porque no había recibido ninguna llamada de Miguel, ni creía que volviera a verle. Me pregunté si eso me importaba tanto. Y llegué a la conclusión de que sí. Me importaba muchísimo. No sabía por qué, pero así era. No tenía sentido negarme la evidencia.

Al día siguiente me levanté con desgana. No tenía fuerzas para emprender el Camino. Nuevamente empezaba a preguntarme qué era lo que estaba haciendo allí, recorriendo kilómetros y kilómetros, sin ninguna meta ni objetivo. Estuve ten-

tada de decirle a mis amigas que continuasen ellas solas, porque yo me quedaba allí. Pero aquel no era un sitio civilizado, desde mi punto de vista. Sólo faltaban dos jornadas para llegar a Burgos, por lo que pensé continuar hasta esta ciudad, y tomar después la decisión de si seguía o no. En mi fuero interno, sabía que el hecho de no haber recibido ninguna llamada de Miguel, estaba condicionando el ánimo con el que encaraba la ruta en los últimos días. Ser consciente de esto me puso de pésimo humor. No podía entender cómo una persona, a la que apenas conocía, ejerciese tanta influencia en mí y en las decisiones que pudiera tomar. Así que emprendí ese día el Camino, enfadada conmigo misma.

Quizás esta circunstancia, el estar tan pendiente de mi propio estado de ánimo, me impidió darme cuenta de que Monique tenía muy mala cara y caminaba muy despacio. Egeria se paraba de vez en cuando para esperarla, mientras yo me adelantaba y les sacaba ventaja. Decidí esperarlas, descansando y comiendo algo en un mesón, y me alarmé, media hora después, al comprobar que aún no habían aparecido. Llamé a Egeria a su móvil, y me dijo que las esperase allí, porque llegarían enseguida. Así fue, y cuando vi llegar a Monique, arrastrando los pies y con aquellas ojeras, me levanté de un salto para ayudarla a quitarse la mochila.

–Muchas gracias –me sonrió– venía ya que no podía más.

Egeria quitó importancia a su cansancio y le preguntó cómo se encontraba.

–Me encuentro mal, –dijo ella– me cuesta trabajo respirar y tengo mucho sueño y cansancio.

Egeria no bromeó, como solía hacer, y me pareció detectar cierta preocupación en su mirada. Sacó su guía y comprobó los kilómetros que nos faltaban para llegar a San Juan de Ortega.

–Estamos a mitad de camino –observó– aún nos quedan doce kilómetros... Lo que quiere decir que nos llevará unas tres horas llegar al albergue.

Monique lanzó un bufido, como si recorrer esos kilómetros fuera una meta inalcanzable. Egeria le propuso que cogiera un taxi, en aquella población en la que nos encontrábamos, porque una vez que nos metiéramos por los Montes de Oca, ya no había ningún pueblo hasta llegar a San Juan de Ortega. Monique reflexionó unos instantes, y nos dijo:

–Me gustaría recorrer andando los Montes de Oca. He leído en la guía que es uno de los lugares más importantes del Camino. Un gran bosque, en contacto con la naturaleza...

–Sí, pero hay que ir cuesta arriba un buen rato –la interrumpió Egeria–, y si estás tan cansada no creo que te convenga.

–Me parece que podré superarlo sin problemas. Además –añadió con una sonrisa– he leído que este santo es el patrón de los arquitectos técnicos, como Jean... y hasta tiene su mismo nombre.

–¡Pues no se hable más! –dijo Egeria– en cuanto te repongas, emprendemos Camino hacia San Juan de Ortega. No seré yo quien te prive de llegar andando al encuentro del santo patrón de tu Jean ¡Hasta ahí podíamos llegar!

Descansamos casi una hora en aquel mesón, y cuando emprendimos la ruta el sol había logrado colarse entre las nubes que nos habían acompañado toda la mañana. Agradecemos el calorcito y, sobre todo, que el día se hubiera vuelto más luminoso. En mi pecho, sin embargo, seguía anidando algún nubarrón, que yo no sabía traducir. Me di cuenta de que tanto Egeria como yo habíamos reducido el ritmo, para no alejarnos mucho de Monique.

Caminábamos en silencio, cada una en compañía de sus propios pensamientos, disfrutando del silencio y la belleza de aquel lugar. Nos adelantaron algunos peregrinos, que al pasar a nuestro lado nos deseaban ¡buen Camino! Realmente aquel era un sitio mágico. Parecía como si estuviéramos en otro tiempo, en otro mundo. Era difícil sustraerse a la belleza y la quietud que inspiraban aquellos bosques de robles centenarios.

Lo que voy a relatar a continuación lo he

revivido muchas veces en mi memoria, pero aún no puedo describir bien lo que pasó. Egeria y yo íbamos caminando por delante, pero no juntas. En un momento determinado, ambas nos volvimos al tiempo, y vimos cómo Monique se desplomaba sobre el camino. Las dos corrimos hacia nuestra amiga. Yo llegué unos segundos antes, porque me encontraba más cerca. La llamamos gritándole, pero ella no parecía estar allí. Mientras yo ponía su cabeza sobre mi regazo, Egeria buscó a toda prisa la guía que llevaba en su mochila y llamó al teléfono de un bar de San Juan de Ortega. Con voz desesperada, pidió que llamasen a una ambulancia y les contó de forma apresurada lo que había pasado, y dónde nos encontrábamos. Yo controlaba la respiración de Monique, que se había vuelto muy lenta. Nos quedamos a su lado, intentando reanimarla, hasta que llegó la ambulancia. No debió tardar mucho, pero el tiempo se nos hizo eterno. Ningún otro peregrino pasó por allí en esos momentos.

En un abrir y cerrar de ojos, le empezaron a hacer masajes cardíacos, pero Monique no reaccionaba. Le pusieron oxígeno y, en una camilla, la subieron a la ambulancia. Yo sentía que ella ya no estaba allí, que sólo quedaba un cuerpo inerte, que enseguida dejó de respirar. Entonces, toda la emoción contenida, todo el dolor que sentía en el pecho, explotó. Egeria y yo nos abrazamos llorando.

Mientras acompañábamos a nuestra amiga en la ambulancia que se dirigía al hospital de Burgos, mi móvil empezó a sonar. Lo cogí, con indiferencia y, al escuchar al otro lado la voz de Miguel mi llanto se hizo más profundo. Él me preguntó, con un tono de alarma en la voz, qué me pasaba. Entre sollozos, a duras penas pude responderle que Monique había muerto.

Miguel estuvo a punto de preguntar quién era Monique. Dudó unos instantes, y enseguida dedujo que sería alguna de las chicas que acompañaban a Rosalía en el Camino. Realmente no se acordaba si ella le había dado en algún momento el nombre de sus compañeras. Si era así, no lo recordaba. Escuchó cómo Rosalía lloraba desconsoladamente. No sabía qué decirle. No esperaba encontrarse con algo así cuando decidió ponerse en contacto con ella. Le preguntó si quería que volviera a llamarla en otro momento. Rosalía le contó que iba en una ambulancia, hacia el hospital de Burgos, aunque su amiga ya no respiraba. Miguel le pidió que, cuando llegasen allí, y estuviera más tranquila, le llamase, puesto que tenía su número grabado en el móvil.

Antes de colgar, Miguel le dijo a Rosalía que iba a mirar algún tren o autobús para viajar

desde Logroño a Burgos, y encontrarse allí con ella. Rosalía le dio las gracias y colgó.

Fue un impulso. Algo le decía a Miguel que tenía que estar con Rosalía en esos duros momentos. No calibró la importancia del acto que iba a realizar. En aquellos instantes, lo único que tenía claro era que debía trasladarse a Burgos. El hospitalero le indicó que mirase en Internet para ver los horarios de los trenes. Había uno que salía a las 16.30 de Logroño y que, dos horas después, llegaba a Burgos. Miguel decidió coger ese tren. No tenía mucho tiempo. Recogió la ropa que había tendido el día anterior, fue hasta su litera, en la que había dormido durante los últimos días desde que llegara a Logroño con el esguince, y se apresuró a hacer su mochila. Una vez con ella preparada, se despidió del hospitalero que había en el albergue en esos momentos, y le dio las gracias por todas las atenciones que, tanto él como sus compañeros, habían tenido durante su convalecencia. Pidió que le transmitieran al médico su agradecimiento, y se despidió con un cálido apretón de manos.

Cargar de nuevo la mochila en su espalda le produjo sentimientos encontrados. Por una parte, era como volver a experimentar esa sensación de libertad que sólo se sentía en el Camino. Por otra, tuvo la impresión de que ese tren que iba a coger le llevaría a un destino que jamás habría imaginado

y que, además, era un viaje sin retorno. No había vuelta atrás. Los acontecimientos le llevaban de la mano. Comprobó que el pie no le dolía absolutamente nada y, con paso decidido, se encaminó hacia la estación de ferrocarril. En algún momento, una vieja voz que conocía muy bien, pugnó por hacerse oír en su interior, preguntándose por qué tenía que tomar ese tren hacia Burgos para ir al encuentro de una mujer, a la que apenas conocía. «¿Acaso tienes algún compromiso con ella? Ni siquiera conocías a la chica que ha muerto». Miguel ignoró esa voz que pretendía sembrar dudas. Por una vez, tenía las cosas claras. Iba a hacer caso de lo que le dijo Mario. Pero, sobre todo, iba a hacer caso a lo que sentía en su interior. No había elección. Se encontraba en una encrucijada vital, pero en algún lugar algo, tal vez un ser más sabio que moraba en su interior, ya había tomado una decisión. Él sólo tenía que seguirla, sin poner ningún obstáculo.

Mientras esperaba la llegada del tren en la estación de Logroño, Miguel recibió una llamada de Rosalía. Con voz entrecortada, ésta le dijo que Monique había ingresado cadáver en el hospital de Burgos, y que su cuerpo quedaría en el depósito hasta que localizasen a sus padres, que vivían en la ciudad francesa de Chartres. Afortunadamente, Monique llevaba una agenda con los teléfonos y dirección de sus familiares, y la maquinaria buro-

crática ya se había puesto en marcha para darles la triste noticia. Tanto ella como Egeria habían decidido permanecer en Burgos hasta que llegasen los padres de Monique, para hacerse cargo del cadáver de su hija. Rosalía le comentó que las dos estaban tan abatidas, que no sabían si continuarían o no haciendo el Camino. Este último comentario desconcertó a Miguel. No se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que Rosalía abandonase la ruta.

—Creo que no debes pensar en eso ahora —dijo a duras penas—, el impacto que habéis recibido es tan fuerte, que quizás no sea el momento de tomar ninguna decisión precipitada.

Rosalía no pudo evitar que las lágrimas acudieran de nuevo a sus ojos. Con voz entrecortada, le pidió perdón a Miguel.

—No tienes que pedir perdón por nada. Siento que lo estés pasando tan mal y que yo no esté contigo para consolarte —añadió, extrañándose de sus propias palabras—. Pero estaré ahí muy pronto. Estoy esperando el tren y, en un par de horas, habré llegado a Burgos. ¿Tenéis algún sitio para quedarnos?

—No, aún no. Egeria está mirando... ¿Sabes quien es Egeria, no?

—Bueno, supongo que es la otra peregrina que iba contigo —respondió Miguel.

—Así es... Qué raro es todo esto ¿verdad?

A Monique la conocimos en Pamplona, hace sólo ocho días y, sin embargo, siento su pérdida como si se tratase de algún familiar muy querido. De alguien que conociera de toda la vida.

—Sí, es extraño, a mí me pasa lo mismo contigo —respondió Miguel, sin salir de su asombro al escuchar sus propias palabras—, es como si te conociera de siempre, y apenas nos hemos visto un par de veces.

Un silencio se instaló entre ambos antes de que Rosalía, como si hubiera estado sopesando las palabras de Miguel, dijera, con cierta zozobra en la voz:

—Desde que nos conocimos en Eunate, lo único que deseé fue volver a verte. Cuando nos encontramos de nuevo en Logroño, me llevé una gran alegría... Y también una gran decepción, al ver que no podías continuar el Camino, debido a tu esguince. Durante los últimos días he estado pendiente de mi teléfono móvil, esperando una llamada tuya, que no llegaba... Es curioso que me hayas llamado justo ahora, cuando Monique acababa de morir... Tal vez ella, que creía en los milagros, haya propiciado el regalo de tu llamada, desde otro mundo... Estoy segura de su intervención —concluyó Rosalía, sin poder contener el llanto.

El tren hizo su entrada en la estación de Logroño al tiempo que Rosalía terminaba de ha-

blar por teléfono con Miguel. Éste, profundamente impactado por lo que acababa de escuchar, se despidió de ella y le comentó que la llamaría cuando hubiera llegado a Burgos. Le pidió que, si su amiga y ella cogían habitación en algún hostel, reservasen también una para él.

Una vez en el tren, Miguel buscó su asiento, situado junto a una ventanilla. A su lado había una joven, con pinta de estudiante, que leía con interés un libro y que apenas se percató de su presencia. Miguel se acomodó, con la intención de reflexionar sobre los últimos acontecimientos, y digerir las palabras que acababa de decirle Rosalía. Suspiró profundamente, mientras veía el paisaje pasar por la ventanilla.

Sin saber por qué, en esos momentos le vino a la memoria el juego de la oca que había visto representado en las baldosas de una plaza de Logroño. Se sentía como si hubiera estado retenido en alguna de esas casillas, sin poder continuar el juego. «¿En el laberinto, quizás?», –se preguntó. De cualquier manera, ya estaba en marcha otra vez. Y puede que contase con la ayuda de alguna oca o de algún puente, pues iba a pasar de Logroño a Burgos, en sólo dos horas. «De oca a oca, y tiro porque me toca –pensó– o, de puente a puente, y tiro porque me lleva la corriente». Así era como se sentía, llevado por la corriente de la vida.

Recordando los dos últimos días que había pasado en el albergue de Logroño, después de que el médico le aconsejase no retomar aún el Camino, Miguel llegó a la conclusión de que, efectivamente, su experiencia podría compararse con la de haber estado dentro de un laberinto. Durante ese tiempo había dado muchas vueltas y recapitulado su vida, tal como se había desarrollado hasta entonces. Recuperó las razones que le habían llevado a hacerse cura y a decantarse, después, por realizar exorcismos. Y, para su sorpresa, había llegado a la conclusión de que su padre había tenido mucho que ver con su vocación sacerdotal y con su posterior dedicación a los exorcismos.

Lo había olvidado, o tal vez nunca lo pensó, pero en esos momentos tenía claro que su padre había influido mucho en sus decisiones. Se estremeció en el asiento del tren cuando le pareció oír la voz de su progenitor, diciéndole: «No te llamas Miguel por casualidad. Es el nombre que tu madre y yo habíamos decidido ponerte, intuyendo quizás que tu destino era luchar y vencer al demonio, tal y como hizo el arcángel».

Este pensamiento provocó que se le erizara el vello de todo el cuerpo. Sobre todo después de conocer los siniestros acontecimientos que rodearon su nacimiento, y el asesinato de su madre. ¿Por qué su padre le había ocultado durante tanto tiem-

po esa información? ¿Por qué le había engañado, diciéndole que su madre murió durante el parto? ¿Qué relación había tenido este macabro suceso con su dedicación al exorcismo? Era curioso, desde que había iniciado el Camino de Santiago, esta cuestión, vital para él, había estado latente. Pero no se había atrevido a afrontarla hasta que el esguince le había retenido varios días en el albergue de Logroño, y Rosalía había aparecido allí de nuevo.

Empezaba a pensar que Mario llevaba razón y que esta mujer era su particular flecha amarilla, la que marcaba el rumbo que debía seguir en el Camino. También empezaba a pensar que su vida como sacerdote estaba tocando a su fin. Era obvio que no podía compaginar su amor por ella con su vocación sacerdotal.

Pero ¿aún tenía vocación sacerdotal? —se preguntó— Y amor... ¿había dicho amor? La sola palabra le produjo sudores y empezó a tener mucho calor. Se sintió incómodo y abandonó su asiento para dirigirse al servicio. Allí se chapuzó la cara con agua fría y se secó con una toallita de papel. Mientras lo hacía, se miró al espejo y se dijo a sí mismo: «No corras tanto. Estás en el Camino, vamos a ir paso a paso y, cuando llegues a Santiago, Dios dirá». Su monólogo frente al espejo le devolvió un poco de tranquilidad, y se prometió a sí mismo que no tomaría ninguna decisión precipita-

da, de la que no estuviera seguro. Sintió ganas de fumarse un cigarrillo, pero ni tenía ningún paquete, ni tampoco podía conseguirlo. Cuando empezó el Camino decidió que era un buen momento para dejarlo, y así lo hizo. No iba a empezar de nuevo a depender de una adicción que no le traía ningún beneficio. Tras permanecer un rato de pie, en la plataforma donde se ubicaban las puertas de su vagón, Miguel regresó a su asiento. La joven que había a su lado continuaba embebida en la lectura de su libro, y retiró las piernas para dejarle pasar, sin despegar su mirada de las páginas.

Él recordó la conversación que había tenido el día anterior con Mario, cuando le había comunicado que pensaba llamar a Rosalía para quedar con ella en algún punto del Camino. Al llegar a Burgos, tendría que llamar a su amigo para comentarle las novedades. Seguro que Mario se quedaría alucinado, cuando le contase lo que había pasado. «¡Qué Camino más raro! —pensó—. No me lo imaginaba de esta manera. No me imaginaba que iba a pasar nada de lo que está pasando». A la vista de los acontecimientos, estuvo de acuerdo con Mario en que el Camino tenía vida propia. Nada que ver con hacer senderismo, ni turismo, ni con ningún tipo de excursión. Era verdad que te marcaba su propio ritmo. Te ponía en contacto con tu sombra, te cambiaba a cada paso, te alteraba la mirada, tu forma

de ver el mundo, y te obligaba a relativizar todas las vivencias. Pensando en ello, la ruta de las estrellas le pareció a Miguel una maqueta de la vida. Una especie de cursillo acelerado para vivir, en un tiempo récord, experiencias que tardarías años en sentir el mundo cotidiano. Según esta percepción, era imposible que cualquier persona que hiciera el Camino de Santiago, no experimentase importantes cambios internos. Con toda seguridad, no iba a ser la misma persona que empezó, cuando terminase la peregrinación. Porque aquello no era un simple viaje, sino una peregrinación, una búsqueda externa que terminaba conduciéndote hacia el interior de ti mismo.

Conforme el tren iba avanzando hacia su destino, Miguel se preguntó cómo reaccionaría al ver de nuevo a Rosalía. Aún resonaban en sus oídos las palabras que ella había pronunciado, en las que mostraba sentimientos de una fuerte sintonía hacia él. Tampoco Miguel la conocía, no sabía nada de ella y, sin embargo, ahí estaba corriendo a su encuentro. «¿Y si ella no quiere seguir haciendo el Camino?» —se preguntó—. Sin embargo, algo en su interior le decía que eso no iba a ocurrir. Él se veía caminando junto a Rosalía. Y estaba seguro, además, de que si el Camino se había tomado tantas molestias para juntarlos, no era para separarlos de nuevo. Le resultaba curioso mostrarse aterrado

por perder de vista a una persona a la que apenas conocía. «Dios, esto es de locos, –se dijo– está claro que algo así solo podría vivirse en el Camino de Santiago». El sonido de su teléfono móvil lo sobresaltó. Era Mario. Lo descolgó mientras salía apresuradamente a la plataforma, para hablar con él.

–Voy en el tren –le dijo antes de nada–, te lo digo por si se corta. No parece que tenga mucha cobertura.

–¿Y qué haces en el tren? ¿Has hablado con ella? –le preguntó su amigo, con un tono de impaciencia en la voz.

–No te lo vas a creer. Todo parece increíble. Voy hacia Burgos. Allí está Rosalía... Una chica francesa, que iba haciendo el Camino con ella, ha muerto esta mañana.

–¿Qué? ¿Cómo que ha muerto? ¿Ha muerto en el Camino? –preguntó Mario, perplejo.

–Sí, así es... Yo no la conocía –dijo Miguel–. Bueno, tal vez la había visto, pero no la recuerdo. Rosalía la conoció en Pamplona y, desde entonces, iban juntas, con otra peregrina que tiene un nombre muy raro... Me reuniré en Burgos con las dos. Quieren quedarse allí hasta que lleguen los padres de la chica francesa, creo que se llamaba Monique, y se hagan cargo del cuerpo.

Tras estas palabras, se produjo un silencio.

Miguel aguardó unos instantes y luego preguntó:

–¿Estás ahí, me escuchas?

–Sí, sí, te he escuchado, pero estoy tan impactado que no sé qué decir. Lo que me cuentas es alucinante, y... ¿qué vas a hacer?

–Pues lo que estoy haciendo, ir a Burgos... pero no me preguntes más, no tengo ni idea. He sentido que debía coger el tren para ir junto a Rosalía y acompañarla en estos duros momentos para ella. Se encuentra muy afectada. Pero no sé nada más... He tenido el buen ojo de ir a llamarla justo cuando su amiga acababa de morir. Iban en una ambulancia hacia Burgos, pero la chica ya no respiraba... ¡No me digas que no es fuerte! –continuó Miguel, que se iba asustando por momentos de su propio relato.

–Sí, ya lo creo que es fuerte –dijo Mario– ¡muy fuerte!... pero todo esto tendrá una razón de ser. ¡Vaya, no contaba con algo así!

–Ni tú, ni nadie –sentenció Miguel.

La comunicación entre ambos empezó a entrecortarse. No podían seguir hablando. Miguel dijo a su amigo, aunque no sabía si éste seguía escuchándole, que le volvería a llamar desde Burgos.

Cuando se cortó la llamada, Miguel se dio cuenta de que le temblaban las piernas. Según había visto en el reloj del móvil, sólo faltaban unos minutos para llegar a la estación. «Bueno –se dijo

para sus adentros, mientras volvía a su asiento— la suerte está echada, ¡que sea lo que Dios quiera!».

Egeria y yo estábamos totalmente abatidas. Me pareció que ella intentaba mantener la serenidad, y yo también lo hacía, pero resultaba muy difícil. Los hospitaleros del albergue de Burgos, que estaban al tanto de lo ocurrido, nos habían ofrecido sitio en las instalaciones, durante todos los días queuviéramos que permanecer allí, hasta que llegasen los padres de Monique. Pero rechazamos el ofrecimiento, porque preferíamos estar solas. Además, Egeria argumentó, muy cargada de razones, que los albergues eran para los peregrinos que hacían el camino a pie, y nosotras habíamos llegado a Burgos en ambulancia. Los mismos hospitaleros se encargaron de buscarnos un céntrico hostel y allí cogimos dos habitaciones. Una doble, para nosotras, y otra sencilla para cuando llegase Miguel, tal y como él me había pedido.

Cuando nos vimos solas en la habitación, ninguna de las dos pudo contener el llanto y nos dejamos llevar por nuestras emociones. Egeria y yo nos abrazamos, y permanecemos mucho rato dando rienda suelta a nuestro dolor, tratando de desahogar con lágrimas la tristeza que se había instalado en nuestra alma. Egeria fue la primera en hablar.

—Cuesta trabajo asumir que Monique ya no está con nosotras... ¿Cómo es posible que una persona joven como ella haya podido sufrir un infarto tan fulminante? —se preguntó con rabia— Deberíamos haberle hecho más caso cuando nos decía que se encontraba cansada... Si lo hubiéramos hecho, tal vez no estuviera ahora muerta.

—No, Egeria, no sigas por ahí —la interrumpí con un tono de autoridad, que ni yo misma sabía de dónde salía—. Nadie tiene la culpa de su muerte. Sé que resulta difícil, porque me he encontrado muchas veces en mi consulta con estas circunstancias, pero nadie es responsable de la muerte de otro. Cuando alguien decide morir, no hay nada que pueda hacerse. Ha llegado su hora y, ya está. La muerte forma parte de la vida.

—¿Pero qué dices?... ¡Me sorprende lo que estás diciendo! Supongo que hablas como psicóloga, pero no entiendo lo que quieres decir... ¿Acaso Monique había decidido morir? ¿Acaso vino a hacerlo al Camino de Santiago? —preguntó cada vez más exaltada.

—No lo sabemos —me apresuré a responderle—, nunca podremos saberlo. Puede que ni ella misma lo supiera... Y no, no te hablo como psicóloga. Mi formación académica y profesional no me sirvió para evitar que un paciente se quitase la vida... Ahora me doy cuenta de que yo no hubie-

ra podido hacer nada. Su alma decidió que había acabado su tiempo por este hermoso mundo, y que había llegado el momento de partir... ¿Cómo podemos conocer las razones que empujan al alma a actuar de una u otra manera? —concluí, con lágrimas en los ojos.

Egeria permaneció unos instantes en silencio. Me dio la impresión de que mis palabras la habían impactado. Finalmente, se acercó hacia mí y me abrazó mientras me consolaba diciendo:

—¡Por Dios, Rosalía, cómo no me habías dicho nada... debió ser una experiencia terrible para ti!

—Sí, lo fue —añadí deshaciéndome de su abrazo, limpiándome los mocos y la lágrimas con la camiseta.

Este gesto hizo sonreír a Egeria, y ambas empezamos a reírnos y a llorar al mismo tiempo. Cuando pudimos volver a hablar, Egeria volvió a decir.

—¿Qué pensaría Monique de nosotras, si nos viera de esta guisa?

—Estoy segura de que nos diría, con su acento francés, que no pasa nada, que ella está bien, que ya se ha reunido con su Jean, que ahora están haciendo juntos el Camino... y luego preguntaría: ¿qué quiere decir guisa?

Nuevamente nos reímos y la risa nos ayudó

a sobrellevar nuestro dolor.

–Creo que tienes razón –dijo Egeria–, me parece que cuando alguien muere, lloramos por nosotros, por nuestra pérdida, por el desconsuelo que nos produce la ausencia de quien se ha ido, porque no volveremos a verlos... al menos en esta vida. Pero seguramente, si pudieran hablarnos, nos dirían algo parecido a lo que tú has expresado.

–Bueno, nunca podemos estar seguros de nada. La vida es un misterio... y la muerte aún lo es más... Una vez tuve un sueño. Soñé con Rafa, el paciente que se suicidó. Era un chico joven y, aunque con problemas para adaptarse a este mundo, estaba lleno de vida... pero prefirió morir –dije, con tristeza.

–¿Qué soñaste? –preguntó Egeria con interés.

–Acababa de descubrir que mi marido y mi jefa eran amantes. Esto me llevó a un divorcio y a perder mi puesto de trabajo, porque no me readmitieron en la clínica de ambos, donde yo ejercía como psicóloga...

–¡Pero qué hijos de puta! –me interrumpió Egeria, con su habitual vehemencia– ¡Pobre Rosalía... cómo no me has contado nada de esto!

–Eso ahora no importa. Lo importante es el sueño tan vívido que tuve.

–¡Cuenta, cuenta! –se interesó aún más

Egeria, recolocándose sobre su cama.

—Es curioso, lo había olvidado, y sin embargo ahora recuerdo perfectamente sus palabras. Me dijo: «Vamos, Rosalía, levántate y muévete, camina, pero no para huir de ti misma, sino para encontrarte. Yo me he ido para que tú despiertes. No hagas que mi muerte sea inútil» —concluí, impresionada por la vividez con la que había recordado el sueño.

—¡Es alucinante! —resopló Egeria— ¿Cómo podía saber que ibas a hacer el Camino de Santiago, cuando ni tú misma lo sabías? ... Porque no lo sabías, ¿verdad?

—No tengo ni idea, fue solo un sueño, pero me resultó muy vívido. Como si realmente Rafa estuviera allí conmigo, dándome su mensaje.

—¡Alucinante! —repitió Egeria.

—Sí, es alucinante, pero no porque me dijera que me levantase y caminase, sino por sus últimas palabras. Porque me dijo que él se había ido para que yo despertase... «No hagas que mi muerte sea inútil» —repetí, asombrada, como si hubiera hecho un gran descubrimiento— ¿No lo pillas? —le grité a Egeria.

—¡Sí, lo pillo —exclamó ella—, entiendo sus palabras, pero no sé a dónde quieres llegar!

—Es como si se me hubiera encendido la bombilla —le expliqué, entusiasmada— ¡Cómo no

se me habría ocurrido antes, ahora lo comprendo. Ahora entiendo lo que me quiso decir.

—¿El qué? —se impacientó Egeria.

—He tratado a varios pacientes a los que se les había suicidado algún familiar cercano. Ahora me doy cuenta realmente, no sólo con el intelecto, de que la vida y la muerte son un misterio y de que las cosas que nos ocurren, no son para que nosotros cambiemos el mundo, sino para cambiarnos a nosotros. Cuando el alma de una persona decide abandonar esta vida, es para que sus familiares, sus seres queridos cambien. ¡No hay que buscar razones para comprender por qué se ha ido ese ser querido!... Se ha ido porque su tiempo aquí había terminado, y para que su muerte impacte a los que se quedan en este mundo, y les obligue a cambiar su visión y su manera de enfrentar la vida. Por eso Rafa me dijo en el sueño que me moviera, y que no hiciera que su muerte fuera inútil... El mundo no es como es para que lo cambiemos, sino para cambiarnos a nosotros. Para modificar nuestra mirada. ¡Cómo no me había dado cuenta antes!

Egeria se quedó mirándome, con los ojos agrandados, como si estuviera sopesando mis palabras. Permaneció así unos instantes. Finalmente soltó:

—¡Joder, ese es un cambio revolucionario! Si empezamos a pensar que todas las cosas que nos

ocurren, todas las experiencias que consideramos desagradables, tienen como objetivo modificar nuestro punto de vista, y nuestra manera de ver el mundo, la vida se nos muestra con una perspectiva distinta a nuestra manera habitual de afrontarla. ¡Joder!... ¡Joder con la psicóloga, y yo que creía que no te enterabas de nada!

—Y, por lo visto llevabas razón... pero quizás ahora empiece a enterarme un poco de qué va todo esto de vivir —dije, sin poder esconder cierta satisfacción interna.

—Desde esa nueva perspectiva... la muerte de Monique no debería entristecernos... Es más, el hecho de que ambas la hayamos acompañado, debería decirnos algo importante para nuestras vidas ¿no? —preguntó Egeria, agrandando aún más los ojos.

—Pues sí —dije convencida—, seguramente nuestra querida amiga nos ha hecho algún regalo muy valioso, que tendremos que descubrir, más allá de las apariencias de su pérdida.

Nada más terminar de pronunciar estas palabras, la credencial que llevaba Monique con los sellos del Camino, y que yo había dejado sobre la mesilla de noche, cayó al suelo. Egeria y yo nos miramos y, casi al unísono, soltamos un grito. Era el sonido del teléfono móvil de Egeria, el que nos había sobresaltado. A duras penas lo cogió, habló

unos momentos y al colgar me dijo que los padres de Monique llegarían al día siguiente. Ya les habían dado la noticia y esa misma noche cogerían un vuelo desde París a Madrid. Desde allí se trasladarían a Burgos. Llegarían a primera hora de la mañana.

Esta noticia nos sumió de nuevo en una profunda tristeza. Nos quedamos un buen rato en silencio, haciendo como que ordenábamos nuestras mochilas. Miré la hora en el móvil, y decidí que iría a la estación de ferrocarril, para recoger a Miguel. Le pregunté a Egeria si quería acompañarme.

—No, no, prefiero que vayas sola —me dijo— ¡Quién nos iba a decir que tu caballero andante también tenía un papel protagonista en esta historia! Desde luego, la vida es un misterio... y el Camino de Santiago es un misterio aún mayor.

Cuando Miguel bajó del tren las piernas apenas le sostenían. Aunque no pensaba ver en el andén a Rosalía, miró para un lado y para otro, como si estuviera buscándola. Al dejar el vestíbulo y salir a la calle, la vio llegar a buen paso, y el corazón le dio un vuelco, como si fuera a salirse por la boca. Ella se acercó, con una sonrisa, y le dio un par de besos en las mejillas. Miguel se dejó hacer. Fue Rosalía la que tomó la iniciativa de la conversación, indicándole que le habían cogido una habitación en el mismo hostel en el que se hospedaban Egeria y ella.

Miguel asentía con la cabeza, como si no se atreviera a hablar. No había pensado encontrarla tan de improviso y, por otro lado, esperaba ver a una mujer triste y llorosa, no a la persona que le había recibido con una sonrisa. Esto le tranquilizó

y le aterró al mismo tiempo. Finalmente, se atrevió a preguntar:

–¿Sabéis ya cuando vienen los padres de...

–Monique –le apuntó Rosalía.

–Monique –repitió Miguel como para que no se le olvidase–. Perdona, no recordaba su nombre.

–Es normal –le corrigió Rosalía–, tú no la conocías, no tienes por qué acordarte de su nombre... A decir verdad –añadió–, yo casi tampoco la conocía pero, como ya te dije, me siento como si hubiera perdido a una amiga del alma... Sin duda lo era, y muy querida para mí. Me parece mentira que sólo hayan transcurrido unas horas desde su muerte. Parece como si hubieran pasado siglos desde que esta mañana salimos de Belorado –añadió, reflexiva-. ¡Esta mañana, resulta incomprensible!

Mientras caminaban por las bulliciosas calles de Burgos hacia el hostel, Miguel se sintió muy raro al encontrarse allí junto a Rosalía. Pero no porque su compañía le pareciera extraña, sino por todo lo contrario. En esos momentos tenía la impresión de que la única razón por la que había decidido hacer el Camino de Santiago, era conocerla a ella. Aunque él no lo supiera. Lo raro era que se sentía a su lado como pez en el agua, como si se conocieran de toda la vida. Como si no existiera ningún lugar en el mundo donde él pudiera estar mejor que ca-

minando, con su mochila a cuestas, junto a Rosalía. En realidad le daba igual que estuvieran en Burgos que en cualquier otro lugar del planeta. El simple hecho de estar a su lado otorgaba un sentido a toda su existencia pasada, presente y futura. Al albergar este último pensamiento, Miguel sintió auténtico pánico. Para quitárselo de la cabeza, preguntó a Rosalía:

—Espero que no os moleste mi presencia... al fin y al cabo, yo no pinto nada aquí... nadie me ha dado vela en este entierro —añadió.

Miguel se arrepintió inmediatamente de sus palabras, sintió cómo le subían los colores a las mejillas, y balbuceó una disculpa. Rosalía le tapó la boca, en un gesto espontáneo, al tiempo que sonreía.

—No, por favor, no te disculpes. Estoy segura de que a Monique le hubiera encantado tu comentario. Enseguida nos hubiera preguntado qué quería decir exactamente, «no tener vela en un entierro». Le gustaban mucho las frases hechas de nuestro idioma. Se reía muchísimo con ellas... Lástima que no la hayas podido conocer —añadió con un tono de tristeza—, seguro que te habría gustado. ¿La recuerdas? —preguntó, sin esperar respuesta— ¡Era muy guapa, delgadita, con el pelo corto, muy francesa, y con unos preciosos ojos verdes color aceituna!

—No, la verdad es que no la recuerdo. Supongo que la vi en algún momento contigo, pero yo sólo me fijaba en ti.

Lo dijo espontáneamente. Se le escapó. Inmediatamente se sintió avergonzado de sus palabras. «Mierda —pensó—, vaya metedura de pata».

—Perdona —se apresuró a disculparse—, no he querido molestarte.

—¡Si no me has molestado! —le respondió Rosalía sonriendo— todo lo contrario. Agradezco tu sinceridad y tus palabras... y también que hayas venido. De verdad —insistió ella, dándole un cariñoso apretón en el brazo.

Al contacto de la mano en su piel, Miguel sintió cómo se le erizaba el vello de todo el cuerpo. Se quedó desconcertado, y sólo fue capaz de balbucear, con timidez:

—No tienes que darme las gracias. He sentido que era mi obligación ...No, no quiero decir obligación —trató de rectificar.

—No hace falta que me lo expliques —le interrumpió Rosalía—, te comprendo perfectamente.

Miguel pensó que no hacía más que meter la pata, y deseó llegar cuanto antes al hostel. Su deseo se vio satisfecho porque Rosalía le anunció de inmediato:

—Mira, ahí es, ya hemos llegado.

Una vez en la recepción, Miguel enseñó

su documento de identidad y firmó la ficha de inscripción. Le dieron la llave de una habitación individual, que estaba un piso más arriba de la que tenían Egeria y Rosalía. Ésta quedó en que subiría a buscarlo una hora después, para dar un paseo por Burgos y tomar algo de cena. Quería ver cómo se encontraba Egeria y tratar de que los acompañara para no dejarla sola.

—Si no te importa, claro —preguntó a Miguel.

—¡Pues claro que no, sólo faltaría eso! —se apresuró a responder.

Ambos se encaminaron al ascensor y, mientras lo esperaban, Miguel se atrevió a preguntar a Rosalía:

—¿Habéis decidido si continuaréis haciendo el Camino?

—No hemos hablado nada todavía... La verdad es que, después del impacto de la muerte de Monique, a las dos se nos ha pasado hoy por la cabeza la posibilidad de dejarlo... No sé lo que pensará Egeria, pero yo voy a continuar... y más ahora que has venido hasta aquí —dijo, sonriendo, mientras miraba a Miguel a los ojos. Éste se estremeció de nuevo cuando su mirada se encontró con la de Rosalía. En su fuero interno, no podía evitar recibir con alegría la noticia de que ella iba a continuar haciendo el Camino.

La llegada del ascensor interrumpió ese mágico momento. Ambos subieron y Rosalía se quedó en su piso, mientras que Miguel continuó hasta el suyo. Cuando él llegó a la habitación, se deshizo de la mochila y se dejó caer sobre la cama, al tiempo que daba un fuerte resoplido. Permaneció unos instantes sopesando el hecho de que continuaría el Camino junto a Rosalía. Nuevamente le entró el pánico. Pero no quiso pensar en ello, se levantó y empezó a sacar las cosas de la mochila. Actuaba mecánicamente, pero la posibilidad de seguir el Camino junto a ella, no se le iba de la cabeza. Decidió llamar a Mario. Necesitaba hablar con su amigo. Cogió el cargador del móvil, y lo conectó al teléfono para no quedarse sin batería durante la conversación. Mario le respondió de forma inmediata. Miguel le comentó que ya estaba en Burgos, y que se hospedaba en el mismo hostel que Rosalía.

—Pero no en la misma habitación —aclaró de inmediato.

Mario recibió su explicación con una sonora carcajada. Cuando paró de reír, le comentó a Miguel:

—Oye, que yo no te he preguntado con quién estás en la habitación. Además, no sé por qué le das tanta importancia a ese detalle. Cuando vas haciendo el Camino de Santiago duermes en la misma habitación que un montón de peregrinos, sean hom-

bres o mujeres. Eso no tiene ninguna importancia, hombre... Salvo que tú quieras dársela, claro.

Miguel se sintió avergonzado, como si fuera un niño al que hubieran pillado haciendo alguna trastada, y se apresuró a matizar sus palabras.

—¡Pues claro que no tiene importancia con cuántos peregrinos duermas en un albergue! Pero esto no es un albergue, es la habitación de un hostel... ¡y yo sigo siendo un cura! —dijo elevando la voz.

—¡Ah vale!... Por cierto ¿se lo has dicho a Rosalía? —preguntó Mario con un tono malicioso.

—¿Qué si le he dicho qué? —respondió Miguel, pretendiendo hacerse el loco.

—Pues eso, ¡que eres cura!

—Claro que no se lo he dicho... no he tenido ocasión —dijo Miguel, a modo de justificación.

—Creo que no deberías ocultarle ese dato —le aconsejó Mario.

—No estoy ocultándole nada, es que apenas hemos hablado... No querrás que se lo suelte así, a bocajarro.

—No, yo no quiero nada, haz lo que consideres oportuno. Sólo te digo que, si yo fuera ella, me gustaría saber algo así. ¿No te parece?

Miguel no respondió. Se quedó pensando unos instantes. Algo que preocupó a Mario. Al ver que su amigo continuaba en silencio, éste le pre-

guntó si continuarían juntos el Camino.

—De eso quería hablar contigo. Me ha dicho que piensa continuar y, obviamente, supongo que iremos juntos... No hay ninguna razón para pensar otra cosa... Más bien todo lo contrario.

—¿Todo lo contrario? —preguntó Mario con un falso tono de inocencia— ¿qué quieres decir?

Miguel ignoró esta pregunta, y continuó hablando:

—Pues que si he venido hasta aquí en tren es lógico que sigamos juntos. Si hubiera querido continuar yo solo, habría seguido andando desde Logroño, y es posible que no hubiéramos llegado a coincidir nunca.

—¡Ah! Te refieres a eso —dijo Mario.

—¡Claro que me refiero a eso! Es algo obvio, ¿a qué me voy a referir?

—Bueno, eso que dices es obvio, llevas razón, pero lo que resulta evidente es que detrás de tu actuación también se esconde algo indiscutible: tu interés por estar con Rosalía.

Miguel carraspeó, como si necesitase tiempo para asimilar lo que le había dicho su amigo. Al cabo de unos instantes dijo:

—La verdad es que estoy muy confundido...

—¡Vamos, Miguel! —le interrumpió Mario.

—Sí, sí, estoy muy confundido. Yo no he venido al Camino de Santiago para eso.

—¿Para eso?

—Sí, para conocer a ninguna mujer. He venido para aclarar mi vocación sacerdotal, para pensar en mi vida, en los sucesos que marcaron mi nacimiento, en mi fracaso para luchar contra el mal interior... contra el demonio que, por lo visto, también a mí me persigue... como perseguía a aquel hombre que mató a mi madre —concluyó con un tono de dolor.

Mario permaneció callado, dando tiempo a Miguel para que le contara el secreto que éste llevaba oculto en su corazón, y que atormentaba a su amigo. Sin embargo, Miguel no continuó con su relato. Pasados unos instantes, Mario se atrevió a preguntarle:

—¿Quieres contarme lo que le ocurrió a tu madre...?

—No, ahora no. Te lo contaré, pero no ahora. Ahora estoy demasiado confuso. A veces me siento como si el destino me hubiera jugado una broma macabra... Lo que te he dicho es verdad. Mi padre me ocultó toda su vida que a mi madre la habían asesinado, y no había muerto durante el parto, como me había dicho... Perdóname, Mario, lo confirmé cuando estuve en la casa de mi padre en Noia, antes de emprender el Camino. Fue un golpe terrible para mí. Me cuesta mucho trabajo aceptar que mi padre me haya estado mintiendo

toda la vida. Y más trabajo aún digerir lo que pasó. ¡Dios, fue terrible! —concluyó, sin poder evitar que se le saltasen las lágrimas.

Mario se quedó mudo, no sabía qué decir para consolar a Miguel. Después de darle ánimos, le preguntó:

—Pero entonces, ¿tú ya habías nacido cuando asesinaron a tu madre?

—No insistas, por favor, algún día te lo contaré, pero ahora necesito que las piezas de este puzzle que ha sido mi vida, vayan encajando.

—Quizás Rosalía sea una de esas piezas. Las cosas no ocurren por casualidad y, si ella ha aparecido ahora, será porque tiene algún papel que jugar en tu existencia —añadió Mario, intentando mejorar el ánimo de Miguel.

—Pues no lo sé. He venido hasta aquí porque me dijiste que ella era mi particular flecha amarilla del Camino, y que debía seguirla.

—Pero no habrá sido solo por obedecerme a mí por lo que has ido a Burgos, ¿no? —preguntó Mario.

—No, claro que no —reconoció Miguel—, y eso es lo extraño. Eso es lo que no encaja en esta historia. Esa es la pieza que me sobra para completar el puzzle.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que no es la pieza principal?

—¡Joder! ¡Porque te repito que no he venido al Camino a conocer a ninguna mujer con la que compartir mi vida! —gritó.

—¿Cómo puedes saber a qué has ido al Camino? El Camino de Santiago es una metáfora de la vida en este mundo. Nadie sabe lo que le aguarda, ni cuándo tiene que detenerse o coger un tren y seguir. El Camino es un misterio para nosotros. Como lo es la vida. ¡No quieras tener el control de todo lo que te ocurra en el Camino, ni saber de antemano qué misterios puede desvelarte! Escucha lo que te susurra al oído. Sigue las señales... A mí el Camino me apartó de la ruta que yo me había marcado y me trajo a Finisterre... Y aquí estoy, viendo a diario cómo el sol se oculta en el mar, participando del ciclo de la vida, y encendiendo un faro todos los días para que la luz ilumine las tinieblas y los barcos que navegan por el mar de la muerte, vislumbren, en medio de las tormentas, la tenue iluminación de la linterna del faro. ¿Cómo puedes tú saber a dónde te conducirá el Camino que has emprendido? Tú no escribes el guión. No intentes manipularlo. Deja que el Camino te conduzca a donde tenga que llevarte. No pienses tanto. No le pongas tantos obstáculos... Disfruta del paisaje. Del exterior, y del interior que te muestra tu alma —finalizó, con convicción.

Miguel permaneció unos momentos en si-

lencio, sopesando las palabras de Mario, hasta que le dijo, con voz emocionada:

—Muchas gracias, amigo... No sabes cómo agradezco tus palabras. Son como una lluvia fina que refresca mi atormentada alma. Gracias, de verdad, de corazón.

—¡Vale, vale, no te pongas tan melodramático! —afirmó Mario, intentando aliviar la tensión emocional que se había creado—. Lo que tienes que hacer es intimar con esa chica...

—¿Intimar? —preguntó Miguel con voz de pánico— ¿A qué te refieres?

—Por Dios, Miguel, ¿a qué me voy a referir? A intimar, a conoceros mejor a lo largo del Camino. Aún faltan muchos días para llegar a Santiago, y seguro que tenéis ocasión de haceros muchas confianzas... Seguro que ella también tiene una vida tan apasionante como la tuya —rió Mario.

—Mi vida no es apasionante —se apresuró a responder Miguel—, mi vida es triste.

—Bueeeno, no sé, a lo mejor su vida es tan triste como la tuya y os habéis encontrado para alegrárosela el uno al otro... Tú no le pongas puertas al campo...

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Miguel, con un tono de pánico en la voz.

—A ver —dijo Mario— ¿qué crees tú que quiero decir con eso?

—Pues tener relaciones sexuales —respondió tímidamente Miguel, mientras notaba cómo se enrojecían sus mejillas.

—¡Al fin lo has soltado! —exclamó Mario— ¿De verdad tienes algún problema con eso, si llegase el caso?

—¡Pues claro que tengo problemas! Soy cura, por amor de Dios, y tengo voto de castidad.

—Oye, te doy un consejo. ¡Déjate de votos y de gaitas! Puede que cuando termines el Camino ya no seas cura... de hecho, ya no lo eres y me parece que tus votos, lo mismo que tu sotana, han pasado a mejor vida. En cualquier caso, no pienses ahora en eso, ¿vale? Es de estúpidos vivir los problemas antes de que se presenten... No se puede sufrir por si acaso.

La conversación con Mario le hizo mucho bien. No es que estuviera más tranquilo. En realidad, Miguel estaba más preocupado todavía, pero al menos había desahogado la tensión que le oprimía por dentro.

«Lleva razón —se dijo—, no adelantemos acontecimientos. Como dice el Eclesiastés, hay un momento para cada cosa».

El sonido del teléfono de la habitación interrumpió los pensamientos de Miguel. Lo descolgó y escuchó la voz de Rosalía, diciéndole que en cin-

co minutos, Egeria y ella lo esperaban en el vestíbulo del hostel. Nada más colgar, empezaron a temblarle de nuevo las piernas. Pasó al cuarto de baño, se mojó la cara y las manos, buscó una camiseta limpia en su mochila, y se cambió. Cuando estuvo listo, bajó por las escaleras a la planta baja. Observó que el tobillo no le molestaba nada, y se alegró por ello. Pensó que los acontecimientos discurrían tan deprisa, que casi se había olvidado del esguince que le había retenido varios días en Logroño. Llegó al vestíbulo al mismo tiempo que ellas salían del ascensor. Rosalía le presentó a Egeria y esta le dio la mano, al tiempo que decía: «Ya nos conocemos».

Decidieron ir a ver la Catedral, pero ya no estaba abierta. No obstante, la rodearon y admiraron su imponente fachada gótica, deteniéndose en la puerta principal. Miguel le dijo a Rosalía que se fijase en las agujas apuntando al cielo, y el gran rosetón que rodeaba una estrella de Salomón, y que dejaba pasar la luz hacia el interior del templo. Lamentaron no poder visitar el interior, aunque verla sólo por fuera ya les mostraba que aquella era una obra monumental. Se sentaron en una de las terrazas que había en torno a la Catedral, y pidieron unas cervezas y unos bocadillos.

Durante los primeros momentos, la conversación se centró en la buena temperatura que hacía

y en el día tan soleado.

—A Monique le gustaba mucho el sol de España —dijo Rosalía.

Sus palabras fueron seguidas por un pesado silencio y su ánimo se tornó más sombrío. La llegada de las cañas hizo que Egeria propusiera un brindis por Monique. Rosalía y Miguel se sumaron a la iniciativa con entusiasmo, bebiendo aquella cerveza como si fuera un bálsamo contra el dolor. De pronto, Egeria empezó a reírse y preguntó a Rosalía:

—¿Te acuerdas de la cogorza que cogimos en Pamplona, cuando conocimos a Monique?

—¡Como para no acordarme! —respondió ella— ¿Y la que se armó en el bar cuando Monique nos contó que se había casado con su novio, que estaba muerto?

—¿Cómo? —preguntó Miguel, con curiosidad.

Cuando pararon de reír, Rosalía le contó la historia de su amiga, mientras Miguel agrandaba los ojos, sin dar crédito a lo que estaba oyendo. El relato de aquel día en Pamplona, provocó una mejora en el estado de ánimo de las dos mujeres, mientras el desconcierto se apoderaba de Miguel. Todavía con la sonrisa en los labios, Egeria afirmó:

—Aún no puedo creerme que haya muerto, así, por las buenas. ¡Menuda putada para sus pa-

dres! Vaya trago, que una hija venga a España para hacer el Camino de Santiago, y tengan que venir a llevársela en un ataúd.

La imagen de Monique en un ataúd hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Rosalía. Cuando se repuso, dijo a su amiga:

—No quiero imaginarla así, prefiero guardarla en mi memoria con su vitalidad, su amabilidad y su alegría. No quiero recordar las cuencas de sus ojos vacías, sino sus preciosos ojos verdes y su mirada dulce y picarona.

—Sí, llevas razón —dijo Egeria, mientras hacía un gesto al camarero, para que le trajera otra caña—, además, qué narices, Monique no ha muerto, sólo está en otra vida, con su marido, con su Jean, y lo que se van a llevar sus padres en el ataúd, es sólo un cuerpo vacío... Ella ya no está ahí.

El camarero trajo otra cerveza para Egeria, y ésta propuso un nuevo brindis. Esta vez por Monique y por Jean:

—Que finalmente están juntos para toda la eternidad... O para el tiempo que sea... Eso de toda la eternidad, parece mucho ¿no? —preguntó con tono inocente.

Rosalía y Miguel celebraron su pregunta con una sonrisa. Egeria lanzó una mirada inquisitiva a Miguel, y le preguntó a bocajarro:

—Y tú ¿a qué te dedicas?

–¿Cómo que a qué me dedico? –preguntó a su vez Miguel, mientras parecía pensar una respuesta.

–Sí, que a qué te dedicas, que cuál es tu profesión, que donde curras –insistió Egeria.

–Yo... doy clases... soy profesor –respondió titubeando.

–¿Clases de qué? –reiteró Egeria, descontenta con su vaga respuesta.

–De Teología –se apresuró a responder Miguel, intentando zanjar el asunto.

–¡Anda, qué interesante! –afirmó Egeria– una psicóloga, una escritora de guías de viaje, una peregrina maestra, casada con un muerto, y un teólogo... ¡Yo diría que con estos personajes se podría escribir una novela!

Rosalía y Miguel rieron el comentario de Egeria, pero ésta volvió a la carga.

–¿Y dónde das clases?

–En un instituto –dijo él, evitando la mirada escrutadora de Egeria.

–¿Ahora dan Teología en los institutos? ¡Qué modernos! –dijo, respondiéndose a su pregunta.

–En estos momentos no estoy dando clases –aclaró Miguel–. Estoy pasando un año sabático con un amigo, que vive en el faro de Finisterre.

–¿Vives en un faro? –preguntaron casi al

unísono Rosalía y Egeria.

–Bueno... solo provisionalmente –respondió Miguel, encantado de haber atraído la atención de ambas hacia el faro, y haberla desviado sobre su oficio.

El resto de la conversación discurrió sobre la experiencia que suponía vivir en un faro, sobre su amigo Mario, y sobre los peregrinos que cada día llegaban a Finisterre, culminando allí el Camino de Santiago. Miguel se sentía tan aliviado de no tener que seguir respondiendo al interrogatorio de Egeria, que se transformó en un extraordinario comunicador, para su propio asombro.

Se les hizo de noche en la terraza junto a la Catedral, y decidieron volver al hostel para dormir y descansar. Tanto Egeria como Rosalía subrayaron que aquella había sido una jornada muy dura y extraña, llena de contrastes. Al día siguiente tendrían que enfrentarse con el dolor de los padres de Monique y revivir el suyo propio. Egeria aún no había decidido si continuaría haciendo el Camino. «Ya no estoy tan abatida –dijo– pero aún no lo tengo claro. Lo consultaré con la almohada». Las dos amigas rieron al comentar que, si estuviera allí Monique, preguntaría, sin duda, que quería decir «consultarlo con la almohada».

Al llegar al vestíbulo del hostel, Egeria se adelantó y pidió en recepción la llave de la habi-

tación que compartía con Rosalía. Se metió apresuradamente en el ascensor, se despidió de Miguel con un «hasta mañana», y dijo a su amiga que no tuviera prisa por subir. Rosalía notó cómo sus mejillas enrojecían, al escuchar las palabras de Egeria. Para romper la tensión, le comentó a Miguel:

—¡Qué maja es! Se ha ido tan rápido para dejarnos solos. Nada más escucharse, se arrepintió de sus palabras.

Miguel se limitó a sonreír, pero permaneció en silencio. A Rosalía le pareció que lo que él más deseaba en esos momentos era salir corriendo. Antes de que lo hiciera, se atrevió a decirle:

—Muchísimas gracias por venir... Cuando he dicho que éste había sido un día de contrastes, me refería al dolor por la muerte de Monique, y a la alegría que siento porque hayas venido.

Miguel se sentía incómodo y no sabía qué decir. Sopesó sus palabras y, finalmente, respondió:

—No tienes que darme las gracias. Yo también estoy contento de haber venido... aunque sea en estas circunstancias.

Rosalía le sonrió y le dio un beso en la mejilla, mientras se despedía:

—Nos vemos mañana.

Como si se tratase de una película en la que sólo era un espectador, Miguel vio cómo Rosalía se

metía corriendo en el ascensor, mientras que él se quedaba allí de pie, desconcertado, acariciándose la mejilla que ella acababa de besar.

La madre de Monique era una versión de su hija, pero unos años mayor. Tenía sus mismos ojos, su indiscutible aire francés y el mismo aspecto de mujer frágil, a la que se le adivinaba una gran fuerza interior. De su padre no recuerdo ningún rasgo especial, se le veía muy abatido y afectado. Nos encontramos con los padres de nuestra amiga en el Hospital de Burgos. Cuando Miguel, Egeria y yo llegamos, ellos ya estaban allí. Tenían cara de cansados, de no haber dormido en toda la noche. Ya habían iniciado el papeleo para trasladar el cadáver de su hija a París, donde recibiría sepultura.

Me pregunté si habrían contemplado la posibilidad de una incineración en España, trasladando sólo sus cenizas. Pero no me atreví a plantear nada al respecto. Al fin y al cabo, era a ellos a los que correspondía tomar esa decisión. Yo ignoraba

si Monique había dejado alguna instrucción al respecto.

La Asociación de Amigos del Camino de Burgos, que estaba al tanto de todo lo ocurrido y que medió para que el papeleo se efectuase de la manera más rápida y fácil posible, mandó a una intérprete para entenderse con los padres de Monique, que solo hablaban francés. Ella fue la que les informó de que su hija hacía el Camino de Santiago con nosotras, y de que nos encontrábamos con ella en el momento de su muerte. No necesitábamos conocer su idioma para entender sus gestos y palabras de agradecimiento. Egeria intentó chapurrar con ellos, para transmitirles que Monique no había sufrido en el momento de la muerte y que había sido muy feliz durante los últimos días de su vida, recorriendo la ruta de las estrellas. «Ahora ella es una estrella más que ilumina este Camino», dijo, dirigiéndose a la traductora, a la que pidió que se lo hiciera saber a sus padres. Ambos recibieron esta frase con lágrimas en los ojos, y la madre de Monique nos abrazó a los tres con gestos de agradecimiento.

En el ambiente había una gran carga emocional. Y aunque yo luchaba por no derrumbarme, terminé llorando desconsoladamente. Miguel me rodeó con sus brazos y sentí que, a pesar de todo, el mundo era un lugar seguro, si él estaba a mi lado.

Le agradecí su abrazo con la mirada y apreté la mano de Egeria, que también luchaba por mantener la calma y no venirse abajo. Los tres nos quedamos solos unos momentos, mientras los padres de Monique y la intérprete se dirigían al despacho del director del centro hospitalario, para firmar papeles, relativos al traslado al aeropuerto. Permanecimos sentados, esperando, sin pronunciar una palabra. Cada uno metido en sus propios pensamientos.

Al cabo de un rato volvieron, y la intérprete nos dijo que a la madre de Monique le gustaría ver el lugar del Camino donde murió su hija. Mientras ella nos transmitía los deseos de su madre, la mujer nos interrogaba con una mirada suplicante. Enseguida asentimos con la cabeza y dijimos a la intérprete que nosotros podíamos acompañarles, y mostrarles el lugar, pero no disponíamos de coche. Cuando se lo comunicó, a la madre se le iluminó el rostro y nos dio las gracias varias veces en francés. El coche no suponía ningún problema, puesto que ellos habían alquilado uno, en el aeropuerto de Madrid, para trasladarse hasta Burgos.

La posibilidad de volver a los Montes de Oca, donde había muerto Monique, afectó nuestro ánimo en sentido positivo. Puede parecer una tontería, pero yo sentía que Monique nos estaba viendo, nos sonreía, y nos agradecía que acompañásemos a sus padres hasta San Juan de Ortega. Aunque no

comenté nada con Egeria, me dio la impresión de que ella sentía algo parecido. Miguel, por su parte, se había integrado totalmente en la expedición y hasta se sentó en la parte delantera del coche, para indicarle al padre de Monique por donde teníamos que ir, recorriendo los 30 kilómetros que separaban Burgos de San Juan de Ortega. Su madre se sentó atrás en el coche, junto a nosotras, sin dejar de agradecernos con su mirada que la llevásemos hasta donde su hija había perdido la vida. Con una mímica perfectamente inteligible, nos hizo saber que quería ver el «Chemin de Saint-Jacques».

Lo que nos hubiera supuesto andando una dura jornada, lo recorrimos en coche en algo más de media hora. Decidimos aparcar junto al monasterio y nos trasladamos a pie hasta el lugar donde había caído al suelo Monique, en los Montes de Oca, y donde la había recogido la ambulancia, en la que más tarde falleció. El sitio impactó a los padres de nuestra amiga, que se abrazaron y lloraron en silencio. Nosotros no pudimos sustraernos a su dolor, y también lloramos por la muerte de Monique, incluyendo Miguel, al que vi cómo se limpiaba las lágrimas.

No sé el tiempo que estuvimos así, y aún no puedo definir con exactitud lo que pasó. Sólo sé que todos dejamos de llorar a la vez, mientras un suave viento agitaba las copas de los grandes robles

que poblaban ese bosque. En esos momentos tuve la certeza de que, aunque el corazón de Monique hubiera dejado de latir en la ambulancia, su espíritu se había marchado de su cuerpo en aquel hermoso lugar de los Montes de Oca. Y supe también que en esos momentos estaba allí, nos contemplaba, y nos susurraba: «No lloréis por mí. La muerte no existe. Estoy más viva que nunca».

Fue un momento especial. Nadie dijo nada, pero me pareció que todos estábamos al tanto de que algo extraordinario estaba ocurriendo. Ahora, cuando escribo estas líneas, me doy cuenta de que nunca llegamos a comentar entre nosotros aquella experiencia. Seguramente porque no hacía falta. Fue un regalo que nos hizo el Camino. Uno de los muchos que todavía nos haría a Miguel y a mí, a lo largo de la ruta. Estoy segura de que este hecho inexplicable para la razón nos transformó a todos de alguna manera. La madre de Monique sacó del bolso una foto de su hija, nos la mostró, y la depositó junto a un poderoso roble, escarbando la tierra con sus manos. Todos nos sentimos sobrecogidos por su gesto. Ante esa pequeña tumba improvisada, visiblemente emocionada, pronunció unas palabras en voz baja.

Cuando ella terminó, también lo hizo su padre, sin poder contener el llanto. Todos lloramos de nuevo, aunque creo que en nuestras lágrimas no

había solo tristeza. Cuando ellos terminaron, la madre de Monique nos hizo un gesto, por si queríamos depositar algo nosotras. Egeria y yo nos miramos con complicidad. Sin mediar palabra, yo desprendí de mi pequeño bolso el pin que había comprado para las tres en Santo Domingo de la Calzada, en el que se representaba la hornacina de la catedral, con el gallo y la gallina, que tanto habían impactado a nuestra amiga. Cuando lo deposité en la improvisada tumba, musité en voz baja: «Llevabas razón, Monique, los milagros existen». A continuación, su madre volvió a tapar el agujero con sus manos, dejando bajo la protección de la Tierra la foto con la imagen sonriente de su hija.

Hicimos el camino de vuelta, andando hasta el monasterio, en completo silencio. Por delante íbamos nosotros tres, y unos pasos detrás venían los padres de Monique, abrazados. Al llegar a San Juan de Ortega, Egeria sugirió que visitásemos la iglesia donde se encontraba el mausoleo del santo. Más tarde comprendí que su intención era mostrarles, a los padres de nuestra amiga, el capitel de una de las columnas del edificio. Concretamente, la que había a la izquierda de la entrada al presbiterio; una talla románica que representaba a la Anunciación de la Virgen María.

Según nos explicó, en su francés chapurreado y en nuestro propio idioma, durante cada equi-

noccio de primavera y otoño, este capitel se iluminaba por un rayo de sol, que entraba por la ventana izquierda de la fachada de la iglesia, recorriéndolo durante unos minutos con su haz luminoso. El cura que lo había descubierto, ya fallecido, y los vecinos del lugar, denominaban este extraordinario suceso como «el milagro de la luz». La emoción que sentí al escuchar el relato de Egeria, fue indescriptible. Creo que todos los demás experimentaron el mismo sentimiento.

Los padres de Monique asentían con la cabeza, mirando con los ojos brillantes, como si la explicación de Egeria les hubiera dado alguna clave que justificase la muerte de su hija en aquel mágico lugar. Miguel no podía quitar su mirada del capitel, visiblemente emocionado, como si ese «milagro de la luz», iluminase algún rincón oscuro de su alma. Egeria, por su parte, se mostraba feliz de que su explicación hubiera conectado, de alguna manera, con el sentir interno de todos los presentes. Salimos de aquella iglesia con el ánimo reconfortado, y antes de emprender el viaje de regreso a Burgos, compramos en el albergue unas postales con el capitel iluminado por los rayos del sol.

Apenas me di cuenta del viaje de vuelta. Nuestra presencia en el lugar donde Monique había dejado la vida, fue un bálsamo para mi alma y, observando a los demás, yo diría que para todos.

Dentro de la tristeza, me pareció detectar que sus padres se llevaban mejor recuerdo del Camino de Santiago que había venido a recorrer su hija, como luna de miel del matrimonio que había efectuado con su amado muerto. Por unos instantes, amor y muerte se fundieron en la historia que nos había regalado nuestra amiga peregrina, al permitirnos compartir confidencias y sueños, durante los últimos días de su vida. Al llegar a Burgos, volvimos al tanatorio del hospital, donde se encontraba el cuerpo de Monique. Acompañamos a sus padres a recoger el ataúd que ya contenía su cadáver. Imaginar que nuestra amiga estaba metida dentro de aquélla caja, supuso un impacto para mí.

Sin saber por qué, vinieron a mi memoria las imágenes del entierro de Rafael, mi joven paciente que se había suicidado. Su historia no tenía nada que ver con la de Monique, pero la muerte estaba presente en ambas. La muerte las igualaba. Pensé que todos teníamos el mismo fin, que la muerte era la única certeza, que desde el momento en que nacemos, la muerte camina a nuestro lado, como caminó junto a nuestra amiga, mientras recorríamos el Camino de Santiago. En esos momentos, contemplando el ataúd de Monique, supe en mi interior que, realmente, todos somos peregrinos a lo largo de esta vida, que estamos sólo de paso y que la meta, nuestra meta, es enfrentarnos con

la muerte, con esa compañera que camina a nuestro lado, todos y cada uno de los días de nuestra vida; aunque nos empeñemos en ignorarla. En esos momentos tuve la certeza de que no importaba la meta, sino cómo hacemos el camino, con qué conciencia vamos dando nuestros pasos por la vida. Si ponemos la mirada sólo en el paisaje exterior, o si, por el contrario, somos conscientes de que nuestra existencia se desarrolla en el interior, y el mundo externo es sólo un reflejo, una proyección, de lo que llevamos dentro.

Contemplando la caja de madera que contenía el cuerpo inerte de Monique, tuve la absoluta certeza de que ella no estaba allí adentro, de que lo que había en el ataúd era sólo una cáscara, como el capullo vacío de aquellos gusanos de seda que yo tenía de pequeña y que, cuando te levantabas un día, te dabas cuenta de que ya no estaban ahí y en su lugar encontrabas una mariposa. Como el resto de los presentes, no pude evitar las lágrimas, pero no había dolor en mi corazón, sino gozo. Un gozo infinito al saber que nuestra querida amiga no estaba en ese ataúd, sino que su espíritu revoloteaba por allí, junto con Jean, a nuestro alrededor, y nos sonreía. Por unos instantes, me pareció verla. Ver su cuerpo al fondo del pasillo. Fue sólo un breve segundo, pero suficiente para que yo le devolviera la sonrisa. No dije nada a nadie de mi visión, pero

me prometí a mí misma que la tendría presente toda mi vida. Que no se me olvidaría y que, cuando mi mente razonable y lógica quisiera decirme que aquello no podía haber pasado, que sólo eran imaginaciones mías, la haría callar y le diría: «¡Tú no sabes las cosas que se pueden ver con los ojos del alma!».

El ataúd con los restos de Monique fue introducido en un coche fúnebre, para el traslado al aeropuerto de Barajas. Los padres de nuestra amiga nos dieron las gracias en francés, en español, con la mirada, con sus abrazos y con todos los poros de su piel. La despedida fue muy emotiva. El padre nos dio a todos tarjetas con sus números de teléfono y su dirección. Prometimos llamarles. Después se subieron al vehículo que habían alquilado, y partieron, detrás del coche fúnebre, hacia Madrid.

Cuando se fueron, nos quedamos desolados. Egeria, que había mantenido el tipo a duras penas, se vino abajo y empezó a llorar desconsoladamente, mientras repetía: «¡Qué putada, joder, qué putada! ¡No es justo, no hay derecho!» Miguel estaba como petrificado, no decía nada, tenía la mirada perdida en el vacío. Fui yo la que intenté calmar los ánimos, aunque respetando su dolor. Abracé a Egeria y le dije:

—Vamos, cálmate, sabes perfectamente que Monique no va en esa caja. ¡Seguro que se está

riendo de ti!

Poco a poco, Egeria fue recuperando su ánimo, y después de limpiarse los ojos y los mocos con la camiseta, dijo al fin con un tono de dulzura en la voz:

—Sí, seguro que se está riendo, la muy cabrona. ¡Mira qué bien, ella ya no tiene que cargar más con su mochila!

—Bueno, ten en cuenta que ella empezó el Camino en Le Puy, mucho antes que nosotras. Es justo que lo termine antes —concluí con una sonrisa.

—Sí, está claro que ella llevaba más camino vital recorrido que nosotras. Por eso se ha ido antes. Nosotras aún tenemos cosas que resolver aquí —dijo en tono reflexivo.

—¡Pues en marcha! —propuse, agarrando a Miguel y a Egeria, cada uno de un brazo.

Los tres fuimos caminando en silencio hasta el centro de Burgos, y nos metimos en un bar para comer. Miguel apenas decía nada. Cuando yo le preguntaba algo, respondía con monosílabos. Egeria, en contra de lo que era habitual en ella, tampoco estaba muy parlanchina. Daba la impresión de que me tocaba a mí mantener alguna conversación, aunque resultase intrascendente, para no permitir que nos derrumbásemos de nuevo. Hablamos de reanudar el Camino. Decidimos que era

muy tarde para salir a andar ese día, y a ninguno de los tres nos apetecía demasiado, teniendo en cuenta la carga emocional que habíamos vivido esa misma mañana con los padres de Monique. Pensamos que era mejor continuar el Camino al día siguiente, saliendo al amanecer, como habíamos hecho siempre desde que iniciamos la ruta de las estrellas.

Aunque no habíamos hablado nada concreto sobre este asunto, di por hecho que Egeria continuaría con nosotros haciendo el Camino hasta Santiago, y me alegró mucho esa posibilidad. Cuando estábamos tomando el café, Egeria recibió una llamada en el móvil. Lo cogió y, al ver en la pantalla de su teléfono de quien era, puso cara de extrañeza. Con un gesto, nos hizo saber que se salía afuera del bar para hablar.

—¿Quién será? —pregunté, intrigada, mientras Miguel se encogía de hombros—. Espero que no sean malas noticias. Creo que ya hemos tenido una dosis suficiente.

Aunque Miguel y yo continuamos hablando de cosas intrascendentes, yo no quitaba el ojo de la puerta de la calle. Desde mi sitio, podía ver a Egeria como caminaba, de arriba abajo, gesticulando con la mano, mientras hablaba por el móvil. No pude detectar por la expresión de su cara si la noticia que le estaban dando era buena o mala para ella. Sí me di cuenta de que, conforme iba hablan-

do, su gesto se dulcificaba y cuando colgó, me pareció ver en su rostro una pícaro sonrisa. En cuanto regresó a la mesa, la interrogué con la mirada. Pero ella se sentó de nuevo, como si no hubiera pasado nada. Cuando ya no pude aguantar más, le pregunté a bocajarro:

–Pero bueno, ¿no vas a decirnos nada? ¿Quién te ha llamado?

–¡Pero qué curiosa eres! –respondió con una sonrisa– ¿Y si te digo que es un novio que tenía, que quiere que reanudemus la relación?

–Pues que no me lo creo, –me apresuré a responder– tú no tienes ningún novio.

–¡Anda ésta! –se quejó– ¿y tú cómo lo sabes?

A continuación, suspiró profundamente, como queriendo sopesar sus palabras, y luego dijo con una sonrisa:

–Es verdad, no tengo ningún novio. Esta llamada es... un imprevisto. Algo que no me esperaba... ¡Por lo que se ve el Camino está entretejiendo sus hilos y haciendo sus jugadas con nosotros! ¡Oh Dios, cómo adoro este mágico Camino de Santiago!

–¿Me vas a hablar con enigmas, como si fueras la Esfinge? –pregunté yo aparentando cierto disgusto– ¡Dime ya lo que sea, no te hagas la misteriosa!

–Pues de eso se trata –añadió, sin poder contener la risa–, del misterio que supone nuestra existencia... Y más aún cuando vas recorriendo este Camino. ¿No te parece? –preguntó, dirigiéndose a Miguel.

Este se encogió de hombros, y puso cara de no entender de qué iba todo aquello y, menos todavía, la pregunta de Egeria. Yo también le interrogué con la mirada, como si él supiera algo que yo ignoraba. Miguel nos miró a las dos, de forma alternativa, antes de decir, algo molesto:

–¿Qué?... ¿Qué es lo que pasa? No tengo ni idea de qué queréis que os diga.

Fue Egeria la que retomó la conversación. Pidió la cuenta, la pagó y nos anunció que necesitaba estar sola, porque tenía que tomar una decisión importante.

–Luego nos vemos por el hostel ¿vale? –me dijo.

–¿Pero no vas a decirme de qué se trata? –le pregunté con un tono suplicante.

–Luego te lo digo, cuando yo me aclare ¿vale? No seas impaciente.

Miguel y yo permanecemos aún un rato sentados en el bar. A esas horas hacía mucho calor en la calle, y preferimos quedarnos allí un poco más, disfrutando del aire acondicionado, antes de enfrentarnos al asfalto de Burgos. Yo no hacía más

que darle vueltas a la enigmática actitud de Egeria. Dando voz a mis pensamientos, pregunté a Miguel:

—¿Qué le pasará?

—No tengo ni idea —dijo él—, tú debes saberlo mejor que yo, que acabo de conocerla. No sé nada de ella ni de su vida.

Las palabras de Miguel me hicieron reflexionar. En realidad yo tampoco sabía mucho de la vida de Egeria. Sólo lo poco que me había contado. Tampoco ella sabía mucho de la mía. No hacía falta. Allí en el Camino no era necesario. Todos éramos peregrinos. Se producía una especie de reconocimiento de almas, más allá de las circunstancias personales de cada cual. Allí la vida que llevases en tu ciudad, tu trabajo, o tus problemas personales, eran lo de menos. Parecía como si estuviéramos viviendo en otro plano, a otro nivel, más allá de nuestra existencia cotidiana. Verbalicé mis pensamientos, y se los hice saber a Miguel. Él me reconoció que, efectivamente, algo tenía la ruta de las estrellas que te hacía vivir acontecimientos internos y externos, que nunca antes habían pasado por tu cabeza.

—No soy ningún experto en el Camino, pues sólo llevo unos días recorriéndolo, ni siquiera me he parado a pensar cuántos —subrayó—, pero está claro que aquí pasas por experiencias que te tocan profundamente... Como a mí me ha tocado la

muerte de Monique, a la que ni siquiera conocía.

—Creo que la muerte es una experiencia transformadora en sí misma —reflexioné—. La muerte está presente en nuestras vidas, pero preferimos ignorarla. Si no lo hiciéramos, creo que sería una gran maestra y consejera. Y no me refiero sólo a la nuestra, sino también a la de los demás.

Observé que mis palabras tuvieron un gran impacto en Miguel. Me pareció, incluso, que quería decir algo al respecto, pero se quedó callado, como si algo que le afectaba profundamente pugnase por salir, pero no se atreviera a verbalizarlo. Animada por su actitud receptiva, le confesé:

—¿Sabes que tuve un paciente muy joven, que se suicidó cuando yo lo estaba tratando? Creo que su muerte me cambió la vida.

Cuando escuchó esta confesión, Miguel me miró con ternura a los ojos, y volví a experimentar la misma sensación que había tenido en Logroño, cuando nuestras miradas se cruzaron por primera vez. Un escalofrío recorrió mi espalda, cuando sus ojos oscuros se adentraron en los míos y volví a sentir una especie de reconocimiento, como si ya nos hubiéramos conocido en alguna existencia anterior.

Aunque permaneció en silencio, su mano cogió la mía y la apretó. Fue un gesto espontáneo, pero rápidamente la soltó, como si hubiera hecho

algo inconveniente. Yo le sonreí y en pocas palabras le conté mi vida. Le hablé de la infidelidad de mi ex marido, de mi divorcio, de cómo me afectó el suicidio de Rafael, de lo desubicada que había estado, de mi vuelta a Ávila, y de cómo una niña, llamada Teresa, me habló en Gotarrendura del Camino de Santiago.

Después de este monólogo, que Miguel había escuchado en silencio, casi sin intervenir, me sentí como si me hubiera quitado un gran peso de encima, al contarle todo esto. Por primera vez pensé en cómo debían sentirse mis pacientes cuando hablaban conmigo, mientras hacíamos la terapia.

Este pensamiento me llenó de inquietud, porque nunca antes, en todos los años que había estado ejerciendo mi profesión como psicóloga, me había dado cuenta de algo tan obvio. Este pensamiento me llevó a ser consciente de que yo siempre había estado por encima de mis pacientes. En realidad nunca había empatizado realmente con ellos. Les oía, pero no les escuchaba, nunca me había puesto en su lugar. No había participado de su dolor. En contra de lo que yo pensaba entonces, me di cuenta de que mi actitud era fría y distante. Esta certeza me impactó profundamente.

A pesar de la sintonía que experimentaba en esos momentos con Miguel, guardé estos pensamientos para mí, como si se tratasen de un autén-

tico tesoro interno, que yo acababa de descubrir y que sólo me pertenecía a mí.

Durante el resto de la tarde nos dedicamos a callejear por el centro de Burgos, como si fuéramos dos turistas más, en lugar de peregrinos. Estuvimos en la Plaza de España, caminamos por el Paseo del Espolón, pasamos bajo el arco de Santa María, cercano a la Catedral, admiramos la imponente estatua ecuestre del Cid Campeador, con su espada Tizona en la mano, que representaba a Rodrigo Díaz, marchando hacia su destierro. Y nos sentamos en un banco junto a la escultura de un peregrino. Allí, un hombre de cierta edad, que hacía el Camino de Santiago, le dijo a otra peregrina, con marcado acento andaluz: «Hazme una foto aquí, donde se asienta el *pelegrino*»

Tanto Miguel como yo nos mostrábamos con el ánimo más alegre que durante la mañana, cuando nos encontrábamos con los padres de Monique. Yo no dejaba de sentir, de alguna manera, la presencia de nuestra querida amiga. Sin embargo, a partir de algún momento empecé a mostrarme muy inquieta por Egeria, y le pedí a Miguel que volviéramos al hostel, para poder hablar con ella. Él estuvo de acuerdo y nos fuimos hacia allí. Al llegar, nos despedimos en el ascensor y quedé en que le llamaría más tarde. En el mostrador de la recepción, cuando pedía la llave, me dijeron que mi compañera se

encontraba en la habitación. Llamé a la puerta y me abrió una Egeria sonriente. Su sonrisa me tranquilizó. Pensé que la llamada telefónica que había tenido no podía ser algo malo para ella.

Me abrazó allí mismo en la puerta y, con un gesto, me hizo una reverencia para que pasara. Le seguí la broma, haciendo una inclinación de cabeza por mi parte, pero una vez dentro de la habitación, no pude aguantarme más, y le pregunté, con impaciencia:

–Bueno, ¿qué? ¿Qué es lo que pasa?

–Lo que pasa es que tú y tu caballero andante vais a tener que continuar solos el Camino, porque yo lo dejo aquí.

–¿Qué dices?... ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? –pregunté, atropelladamente.

–No te lo vas a creer. Me ha llamado mi jefa para pedirme que vuelva al trabajo... ¡y me encargue de hacer la guía que yo quería hacer, sobre el Camino de Santiago! –dijo, dando saltos, sin poder disimular su alegría.

–¡En serio... esa es una buena noticia! –dije antes de abalanzarme sobre ella para abrazarla.

–¡Vaya, no sabía que te iba a dar tanta alegría deshacerte de mi compañía! –contestó, simulando enfado.

–¡No, no, claro que no! No había pensado en eso –intenté aclarárselo—. Me alegro muchísi-

mo por ti.

—¡Ya lo sé, tonta, era una broma!

Egeria me contó que su jefa, no solo le había pedido que volviera, sino que además se había disculpado por la injusticia que había cometido con ella.

—¡Pues esa sí que es una novedad, tratándose de un superior! —afirmé.

—Y que lo digas, y más tratándose de esta mujer. Tú no la conoces... lo que le tiene que haber costado dar ese paso. También me ha dicho que ha despedido al niño, al que encargó la guía, y ha aceptado mis condiciones para que sea yo, y nadie más, la responsable del proyecto... ¡Vamos, que va a ser «mi guía», como yo quiera hacerla. ¡Biennn! —gritó, dando saltos de nuevo.

—No sabes lo que me alegro, de verdad... Aunque empiezo a sentir un vacío al pensar que no vas a seguir el Camino conmigo —dije, experimentando una punzada de tristeza por dentro—. Perderos a Monique y a ti casi el mismo día, es algo que no termino de entender.

—Pues está clarísimo, amiga mía —afirmó Egeria, sentándose en la cama a mi lado, y echándose un brazo por los hombros—. El Camino nos ha quitado a las dos de en medio, para que tú sigas con tu caballero andante.

Hice un ademán de protesta. Vale que a ella

le hubieran devuelto su trabajo, pero la muerte de Monique, no me parecía una estrategia del Camino para que yo continuase sola con Miguel. Su razonamiento era demasiado fuerte para mí. No podía aceptarlo. Cuando fui a hablar, Egeria me tapó suavemente la boca con su mano.

—Ni una palabra. No digas ni una palabra —me pidió—. Por ahí arriba hay estrategias que se encargan de coordinar todas estas cosas, para que todo encaje en el plan cósmico.

—Pero...

—No hay pero que valga —me interrumpió—  
¡Si sabré yo de esto! Algún día me darás la razón.



Rosalía y Miguel llevaban ya seis días haciendo solos el Camino de Santiago cuando entraron en León. Sin ninguna dificultad física habían atravesado la llanura castellana, como si el terreno se hubiera vuelto deliberadamente suave, con el fin de cicatrizar las heridas que había supuesto la muerte de Monique y, para Rosalía, la ausencia de Egeria. La salida de Burgos había supuesto para ambos un punto de inflexión en su peregrinación por la ruta Jacobea.

Los dos coincidieron al reflexionar en cómo los kilómetros recorridos hasta ese momento y la llanura del terreno, habían propiciado que sus etapas discurrieran con facilidad, sin contratiempos ni retrasos. Incluso, si se lo hubieran propuesto, podrían haber andado más kilómetros diarios de los que hacían. Pero aunque ninguno de los dos decía

nada al respecto, no tenían ninguna prisa por llegar a Santiago. De momento, estaban disfrutando de la sintonía y la íntima amistad que se iba forjando entre ellos.

El primer día que salieron juntos desde Burgos durmieron en el albergue de Hontanas. En la segunda jornada, camino de Frómista, se detuvieron en la localidad de Castrojeriz y, antes de llegar, hicieron un alto en las ruinas del convento de San Antón, donde la orden de los antonianos instaló un hospital para peregrinos, durante la Edad Media. En él también se atendía a enfermos con lepra. Este sitio impresionó vivamente a Rosalía. Sobre todo el hecho de que la traza del Camino de Santiago discurriera precisamente por debajo de uno de los arcos de este edificio gótico del siglo XIV. Miguel le contó que los antonianos vestían túnicas negras, llevando la letra tau, la t del alfabeto griego, en su hábito. Le mostró dos alacenas, que aún se conservaban a la izquierda del porche, en la que los monjes dejaban comida, fuera del edificio, para los peregrinos que llegaban de noche a sus puertas.

Por alguna razón este lugar sintonizó con algo recóndito del interior de Rosalía, y le dio la impresión de que ya lo conocía, de que ya había estado allí en otra época. Una breve visión apareció en su conciencia, en la que percibió el bullicio de los peregrinos que, en otros tiempos, habían pobla-

do el convento de San Antón. Así se lo hizo saber a Miguel y, mientras continuaban su camino, le preguntó a bocajarro:

—¿Tú crees que hemos vivido otras vidas?

Miguel se la quedó mirando antes de responderle. No sabía qué decir. Sus más firmes creencias se estaban viendo vapuleadas a lo largo de la peregrinación, pero no quería hablar de ese asunto porque le obligaba a entrar en un terreno resbaladizo, que no se había atrevido a afrontar. Finalmente, respondió:

—La verdad es que ya no sé en lo que creo y en lo que no. Me han educado en la fe católica —dijo midiendo sus palabras— en la que sólo existe una vida aquí en la tierra. Luego te mueres y, o vas al cielo si has sido bueno, o al infierno si has sido malo. Según los criterios de la Iglesia, claro.

—Bueno, también está el purgatorio —le interrumpió Rosalía, con una sonrisa.

—Sí, también está el purgatorio; —afirmó Miguel, un tanto molesto— pero a mí todos estos conceptos se me escapan ahora un poco.

—Pero tú eres teólogo —insistió ella— ¿se contempla la posibilidad de que el alma, el espíritu, o lo que sea que perdure tras la muerte, haya vivido otras vidas?

—Se contempla lo que te he comentado, pero no la reencarnación. Siempre según la doc-

trina católica –concluyó Miguel, con una actitud firme de dar por zanjada la conversación.

A pesar de que era obvio que él no quería hablar del asunto, Rosalía se atrevió a decir:

–Pues yo ahora mismo estoy convencida de que he vivido otras vidas. De que en otro tiempo estuve en el convento de San Antón, aquí en el Camino... y también estoy segura de que nuestro encuentro, precisamente en el Camino de Santiago, no ha sido casual... Creo que nos conocemos de vidas pasadas –dijo con convicción.

Miguel no respondió nada. Rosalía se dio cuenta de que la conversación le había molestado, de algún modo, y decidió no forzarle a hablar de estos asuntos que, aunque ella consideraba importantes en esos momentos, Miguel rehuía. Durante los días siguientes continuaron el Camino, hablando solo de lo cotidiano. Caminaban juntos durante algunos momentos, pero en otras ocasiones Miguel se adelantaba y ambos seguían en soledad.

El día que salieron de Carrión de los Condes, cuya iglesia de Santiago había encantado a Rosalía, con su Pantocrátor en el friso de la fachada, así como el monasterio de San Zoilo, convertido en una lujosa hospedería, Miguel propuso que caminasen solos durante toda la jornada y se vieran de nuevo al finalizar la ruta prevista, en el albergue de Terradillos de Templarios. Los casi 27 kilómetros

de Camino que iban a andar ese día discurrían en línea recta, y no tenían ninguna dificultad para el peregrino, salvo que había que llevar provisión de agua, ya que en los primeros 17 kilómetros, hasta Calzadilla de la Cueva, no había ningún bar ni tienda para aprovisionarse en la ruta. Aunque a Rosalía le extrañó un poco la propuesta de Miguel, la aceptó sin pedirle explicaciones. Él le dijo que sentía necesidad de caminar completamente solo, y salió antes que ella del albergue, para marcar distancia.

Miguel cruzó el puente de piedra sobre el río Carrión, con el ánimo encogido. Había estado caminando tres días a solas con Rosalía, y no había visto el momento de decirle que era cura. Una parte de él se justificó diciendo que aún no se conocían lo suficiente como para hablar de un asunto que le parecía espinoso. Otra parte le tachaba de cobarde por no querer afrontar de una vez esa conversación que tenían pendiente. Y aún otro de sus personajes internos cuestionaba el hecho de que tuviera que decírselo cuando, lo más probable, es que al finalizar el Camino de Santiago cada uno se marchase por su lado, y no volvieran a verse.

Pero en su fuero interno Miguel sabía que esa última posibilidad no tenía ningún viso de realidad. Algo le decía, y cada día con más fuerza, que Rosalía jugaba un papel decisivo en su vida. Por esa razón le había propuesto caminar esa jornada

en soledad, aunque a cada minuto que pasaba le parecía que había cometido un grave error.

Conforme iba adentrándose en la llanura, acompañado únicamente por la visión de campos interminables, peregrinos solitarios como él que pasaban a su lado sin detenerse, y la línea lejana del horizonte al fondo, su ánimo se iba volviendo más sombrío. Decidió que llamaría por teléfono a Mario, con el que no había hablado desde Burgos, y al que sólo había mandado un mensaje con el móvil, para decirle que emprendía el Camino en compañía de Rosalía. Recordó la respuesta de su amigo en otro sms: «Me alegro mucho, no te separes de ella. Por favor, dile de una vez que eres cura. O mejor aún, que vas a dejar de serlo». Se preguntó si era así, si las cosas podían ser tan fáciles como proponía Mario. Si él realmente era capaz de dar carpe-tazo a su pasado. Olvidar el extraño asesinato de su madre, junto al altar de una iglesia dedicada a San Miguel, o si podría borrar de su recuerdo, como si no hubiera pasado, la lucha que mantuvo contra el diablo cuando estaba exorcizando a la joven que terminó muriendo. «No es tan fácil —se dijo—, las cosas no son tan sencillas para mí como propone Mario».

Aunque todavía era temprano, el sol de junio calentaba con fuerza. O eso le pareció a Miguel, afectado quizás por la monotonía del paisaje,

y la ausencia de sombra para protegerse del calor. Se detuvo unos instantes para descansar. Se quitó la mochila, la dejó en el suelo y sacó un botellín de agua para echar un trago. Miró en una y otra dirección, y no vio a nadie. Rebuscó en el fondo de uno de los bolsillos de la mochila, buscando el papel que había encontrado en la casa de su padre, antes de iniciar el Camino. Un escalofrío recorrió su espalda cuando volvió a leer la enigmática frase: «El demonio me persigue. Lo tengo siempre detrás».

Como si realmente lo persiguiera el diablo, Miguel se puso rápidamente de pie, guardó el papel y la botella de agua, cargó de nuevo con su mochila, miró en todas direcciones, comprobó que seguía solo, y emprendió otra vez el Camino. Apenas llevaba dos minutos andando cuando un peregrino se colocó a su izquierda y le dijo: «Buen Camino». Su voz grave e inesperada, hizo que Miguel se sobresaltase.

—¿Te he asustado? —preguntó el recién llegado, con una pícaro sonrisa.

—No, no —se apresuró a responder Miguel, al que le temblaban las piernas—, es que no esperaba a nadie. Acabo de parar a descansar, y no he visto que viniera ningún peregrino por el Camino.

—Siempre me tienes detrás —dijo el peregrino, subrayando sus palabras.

Miguel no sabía si era la frase, o el tono en

que la había dicho, lo que le provocó tanto miedo. Miró de reojo al hombre que caminaba a su lado, y volvió la cabeza para ver si venían otros peregrinos. Pero no había nadie.

—Estamos solos —dijo el hombre, con tono divertido—. Esta vez no hay nadie más que se interfiera entre nosotros. Solos tú y yo.

—¿Quién eres? —preguntó Miguel, asustado, con voz entrecortada.

—¿No me reconoces? —le interrogó el peregrino, mirándole fijamente a los ojos, con una amplia sonrisa.

Miguel lo observó. Era un hombre atractivo, más o menos de su edad, aunque algo más bajo que él. Moreno, bastante delgado. Parecía que andaba sin esfuerzo. Tenía una mirada inquietante. Sus ojos eran oscuros, pero con un extraño destello de luz. El pelo, muy corto. Una perilla en punta, con algunas hebras blancas, adornaba su barbilla. Miguel se fijó en su oreja derecha. Llevaba un pequeño pendiente de aro. Pero no fue eso lo que le llamó la atención, sino su forma. Era exageradamente grande y puntiaguda, desproporcionada, para el tamaño normal de su cabeza. Miguel pensó que la oreja de su acompañante no parecía humana y entonces se dio cuenta de que en el dedo medio de la mano derecha, el peregrino desconocido llevaba un gran anillo, que parecía de plata vieja,

representando una calavera. Esta visión hizo estremecer a Miguel. Se dio cuenta de que no podía quitar la vista de ese extraño anillo, y experimentó un ligero mareo. La potente voz del extraño peregrino le hizo salir bruscamente del estado hipnótico en que se encontraba.

—¿Qué buscas? —le preguntó con voz grave—  
¿Has perdido algo en el Camino? —insistió con un tono de autoridad.

Miguel escuchó un ruido y miró al suelo, como si se hubiera caído algún objeto metálico. Cuando levantó la cabeza, comprobó que el enigmático peregrino ya no estaba a su lado, ni se le veía por ningún sitio. Esto le provocó unos momentos de desorientación. Volvió a mirar a su alrededor, sin identificar el lugar en el que se encontraba, y vio que, hasta donde la vista le alcanzaba, no había absolutamente nadie. Se quedó parado unos instantes, sin dar crédito a lo que había vivido, y volvió a mirar a su alrededor. Las piernas y las manos le temblaban. Sintió auténtico pánico al pensar, de forma consciente, que había tenido un encuentro con el diablo.

—¡Dios mío —dijo en voz alta— me estoy volviendo loco. ¿Por qué me haces esto?

Cuando pudo recuperarse del susto que le paralizaba, aunque no de la experiencia que había tenido, emprendió la ruta andando lo más rápido

que le daban las piernas. Se propuso llegar cuanto antes al albergue de Terradillos, en el que había quedado con Rosalía, y se juró que no volvería a separarse de ella en todo lo que le quedaba de Camino hasta Santiago. No entendía muy bien qué le había pasado ni lo que le había preguntado aquel extraño peregrino, al que identificó como el diablo. Pero pensó que no podía seguir rehuyendo las circunstancias de su vida a las que debía enfrentarse.

—¿Cómo voy a contarle a Rosalía que el diablo ha caminado a mi lado disfrazado de peregrino? —se preguntó en voz alta— ¡Esto es de locos! Nadie quiere creer en estos tiempos que el demonio existe, que es una entidad real. Pero yo sé que siempre está ahí acechándonos, aunque no se manifieste físicamente. Y lo sé porque lo he visto. ¡Lo he visto en los exorcismos, y lo acabo de ver ahora! —continuó con su monólogo, mientras andaba lo más deprisa que podía. Cada cierto tiempo, Miguel volvía la cabeza hacia atrás, para comprobar si era verdad que el diablo le seguía, tal y como el asesino de su madre escribiera en el trozo de papel, que él conservaba. Así lo percibía él, aunque sus ojos físicos no lo vieran.

Me tomé mi tiempo para salir del albergue de Carrión de los Condes. Sabía que Miguel se ha-

bía levantado antes del amanecer, porque dormía en la parte de arriba de la litera que ambos ocupábamos. Había notado cómo bajaba con cuidado y preparaba su mochila, procurando no hacer ruido para no despertarme. Yo me hice la dormida para dejarle que emprendiera el Camino solo, tal y como él me había pedido. Mi ritmo a la hora de andar era más lento que el suyo y, si yo salía después, no era muy probable que coincidiéramos durante la ruta.

Aunque me costaba reconocerlo, me sentía un tanto afectada por su petición de caminar en soledad ese día. No terminaba de entenderlo, ni sabía por qué me lo había propuesto. Razoné que también a mí me vendría bien andar sola esa jornada, sin estar pendiente de nadie, y sin que nadie estuviera pendiente de mí. Andar en total libertad, a mi ritmo, parando cuando yo quisiera, sin que nadie me condicionara. Pero en mi fuero interno me sentía molesta porque Miguel hubiera prescindido de mi compañía.

Desde que Egeria había dejado el Camino, él y yo nos habíamos vuelto inseparables. Algunos peregrinos, sobre todo durante el descanso en los albergues, nos tomaban por una pareja. Algo que Miguel se apresuraba a desmentir, explicando enseguida que nos habíamos conocido allí mismo, en el Camino, y que solo éramos amigos. Yo sonreía ante unas explicaciones, que nadie le había pedido,

y pasaba por alto su afán por desmentir las apariencias. Pero al levantarme ese día me di cuenta de que había algo en su actitud que me molestaba profundamente.

Con esa sensación interna de malestar y tristeza, me puse en marcha por la interminable llanura, hacia Terradillos de Templarios. La temperatura había subido, con relación a las jornadas anteriores. Hacía calor, pero la suavidad del terreno, sin las subidas y bajadas que tanto afectaban a mis piernas, propició que mi marcha fuera ligera. La mochila ya no me pesaba. Cada mañana se ajustaba a mi espalda, como si formase parte de mi anatomía. Pensé que cuando terminase el Camino iba a echar de menos llevar encima ese ligero equipaje, que tanto me había acompañado durante la ruta.

Conforme andaba, la soledad empezó a hacer mella en mi ánimo, y un sinfín de preguntas sobre mi futuro, empezaron a rondar por mi cabeza, exigiendo unas respuestas que yo no podía ofrecer en esos momentos. Empecé a pensar si no sería un espejismo mi relación con Miguel. Si no estaría abocada a su final, cuando llegásemos a Santiago. Aunque la meta aún me parecía lejana, después de llevar andando más de dos semanas por el Camino de las estrellas, ya no tenía ninguna duda de que terminaría la peregrinación, salvo que algún imprevisto lo impidiera. Intenté no caer en las tram-

pas que me tendía mi mente, pero la austeridad del terreno, marcada solo por una inmensa llanura y la inalcanzable línea del horizonte, no propiciaban distracciones externas, promoviendo la introspección. No había forma de huir de mí misma. Era como si el Camino pusiera a mi espíritu contra las cuerdas, para que me enfrentase a mis fantasmas. Me pareció una gran paradoja. Aparentemente, la jornada de ese día no entrañaba ninguna dificultad para el peregrino, pues el camino era llano. Pero esa aparente facilidad era sólo ficticia, porque te empujaba sin piedad a confrontarte contigo mismo.

Llegué sin ningún problema a Calzadilla de la Cueva, y paré en un hostel donde repuse fuerzas para continuar la ruta. Mientras me tomaba un bocadillo de tortilla francesa con una cerveza, decidí llamar a Egeria. Tenía mucha necesidad de hablar con ella, y sólo habíamos intercambiado algunos mensajes por el móvil, desde que nos despedimos en Burgos. Era muy probable que ya se hubiera incorporado a su trabajo en la editorial, y no quería molestarla. Pero quería escuchar su voz en esos momentos, en que me sentía un poco abandonada por Miguel. Pagué la consumición y, de nuevo en ruta, llamé por teléfono a mi amiga. Ya estaba a punto de colgar cuando me contestó, con voz somnolienta.

—¿Egeria... te he despertado? —pregunté con un tono de disculpa.

—¡Rosalía, qué alegría! Pensaba llamarte hoy para comprobar que tu caballero andante no te había abandonado por el Camino.

Al escuchar estas palabras algo se rompió en mi interior y respondí, haciendo pucheros:

—Pues sí... me ha abandonado.

—¡No me lo puedo creer! —gritó, sobresaltada— Te lo preguntaba en broma. ¡Será cabrón!

—No, no —me apresuré a aclarar, un poco más tranquila—. Hemos quedado en el albergue de Terradillos. Miguel quería hacer solo la etapa de hoy... No es que me haya abandonado...

—Ya —me interrumpió Egeria—, pero seguro que tú te sientes abandonada. ¿No es así?

—Sí, así es... no puedo evitarlo. ¡Y no me estoy haciendo la víctima otra vez, como estás pensando!

—¿Cómo sabes que estaba pensando eso? —me interrogó irónicamente Egeria.

—¿Ves como sí lo estabas pensando? —dije, simulando enfado.

—Pues te equivocas al cien por cien —aseguró Egeria—, no estoy pensando eso. Te lo he dicho en broma. Lo que pienso es que lo tienes totalmente asustado... y también que esconde algo.

—¡Explícate! —le pedí, ansiosa— ¿A qué te refieres? ¿Qué crees que está escondiendo?

—Bueno, vayamos por partes. No tengo nin-

guna duda de que tu caballero andante tiene interés por ti. Si no, ya me dirás a cuento de qué se presentó en Burgos, cuando apenas te conocía. Si lo hizo, fue para poder seguir contigo el Camino... Pero también es verdad que no deja de jugar al escondite... como si escondiera algún secreto que no quiere desvelar.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión?  
—pregunté con un tono de inocencia en la voz.

—¡Vamos, Rosalía! No me digas que no te diste cuenta de que salió huyendo cuando estábamos en Puente la Reina, y que si no llega a ser por el esguince, que lo retuvo en Logroño, posiblemente no lo hubieras vuelto a ver... O al menos eso era lo que él pretendía, huir de ti... Pero el Camino, ¡ay el Camino!, el Camino tiene otros planes para vosotros.

—Vale, puedo admitir que tengas razón en todo lo que dices, pero sigo sin saber cómo llegas a la conclusión de que me oculta algo —pregunté a mi amiga.

—¡Hija mía, porque eso se nota! Yo lo noté perfectamente cuando estábamos en Burgos. ¿No te diste cuenta de que no quería hablar de él, ni de lo que hacía, ni de su vida? ¿No te diste cuenta de que había algo raro en su actitud?

Las palabras de Egeria cayeron sobre mi estado de ánimo como un jarro de agua fría. Tenía

razón. Desde que lo había visto por primera vez en Eunáte, detecté que había algo raro en Miguel. Muchas cosas de las que dijo me habían chirriado ya en ese momento. Y sí, claramente coincidía con Egeria en que, cuando se marchó precipitadamente del albergue de Puente la Reina, había huido de mí.

Siempre tuve esa impresión, pero la había apartado de mi mente, al igual que otras cosas que había comentado. Todas estas reflexiones me habían llevado a mantenerme en silencio, lo que provocó una llamada de atención por parte de Egeria.

—¿Sigues ahí? —me preguntó, alarmada—  
¿Rosalía?

—Sí, sí, sigo aquí... estaba pensando en lo que has dicho.

—¿Y qué piensas?

—Creo que llevas razón en que estuvo jugando al escondite conmigo, pero que dejó de hacerlo cuando fue hasta Burgos. Y sí, tal vez oculte algo, y quizás sea esa la razón por la que hoy ha querido hacer la etapa solo. Quizás necesite pensar, o tomar alguna decisión... ¡Qué se yo! —concluí, con desánimo.

—Bueno, si es así, no hay problema. El hecho de que haya querido estar solo para tomar alguna decisión, es un buen indicio de que pretende resolver lo que sea que le preocupe... Ten en cuenta que, si quisiera pasar de ti, lo tendría muy fácil. Él

anda mucho más rápido que tú, y solo tendría que dejarte atrás.

—Eso es un poco absurdo. Lo dices como si yo no pudiera coger un tren o un autobús, y plantarme fácilmente en el lugar donde él estuviera...

—¿Y lo harías? —me preguntó Egeria, inquisitiva.

Me quedé pensativa unos momentos, antes de responder:

—Sí, creo que lo haría.

—Pues el asunto está claro —dijo ella, con un tono alegre—. Creo que el Camino os ha unido, por alguna razón, incluso quitándome a mí de en medio. Y estoy convencida de que vuestra ruta en común no va a terminar cuando lleguéis a Santiago... Eso sí —añadió enigmática— aún os quedan muchas vivencias juntos, y muchas confidencias por su parte. Todo se andará ¿no? El Camino ha tomado el mando, y esto no va a quedar así como así. Estoy convencida de que, además, será para bien.

El optimismo de Egeria resultó contagioso, y mi estado de ánimo, que unos momentos antes estaba sombrío, se iluminó gracias a sus palabras y a su apoyo. El resto de la conversación fue sobre su «aterrizaje» en la editorial, como ella lo llamaba, y lo suave que estaba su jefa, después de haberle pedido que volviera al trabajo. Me comentó que ya estaba metida de lleno en el proyecto de su guía

sobre el Camino de Santiago, pero que todavía no tenía fecha para iniciar de nuevo la ruta, esta vez como trabajo de campo. Me hizo prometer que seguiríamos en contacto y, bromeando, se despidió de mi:

–Si descubres que tu caballero andante es un asesino en serie, no se te ocurra quedarte a su lado ¿vale?

Cuando dejé de hablar con Egeria, recuperé el buen ritmo de marcha que llevaba esa mañana. A pesar de que iba ligera, de vez en cuando me adelantaba algún peregrino solitario, o alguna pareja, deseándome buen camino. A algunos de ellos los reconocía por haber coincidido en los albergues. Cuando se llevan más de dos semanas andando, los rostros de muchos peregrinos te resultan familiares. Incluso empiezas a conocer algunos datos sobre ellos. Egeria era especialista en intimar, durante los breves encuentros que mantenía en los albergues. Estos le confesaban aspectos de su vida privada o le hablaban de los motivos que les habían llevado a hacer el Camino de Santiago, incluso desde otros países, atendiendo la llamada de esta ruta mágica.

Eché de menos la presencia de mi amiga, su temeraria sinceridad y su contagioso buen humor. Reflexioné sobre todo lo que me había dicho. Decidí que intentaría saber más cosas sobre Miguel y

no permitir que ninguna pregunta se quedase sin respuesta.

Tan embebida estaba en mis pensamientos, que no me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no había visto ninguna flecha amarilla. Me entró el pánico ante la posibilidad de andar perdida. No tuve fuerzas para volver sobre mis pasos, como te aconsejaba todo el mundo, hasta encontrar una flecha o alguna señal que me indicase que no me había perdido, y que iba por el buen camino. Me detuve unos instantes para analizar la situación y para recordar cuanto tiempo había transcurrido, desde la última vez que me había adelantado una peregrina que caminaba sola. No lo sabía con exactitud. Di por hecho que, si ella había pasado a mi lado, era porque el camino era correcto.

Decidí seguir hacia delante, recordando que la etapa de ese día discurría en línea recta, y no ofrecía aparentes dificultades. Pero empecé a dudar de mi decisión, al comprobar que seguía sin aparecer ninguna flecha amarilla. Me detuve y empecé a llorar, segura de que me había perdido. Ya debería haber llegado a Terradillos, y ningún pueblo se divisaba en el horizonte.

Cuando estaba con el móvil en la mano, dispuesta a llamar a algún servicio de emergencia, antes de que se hiciera de noche, vi en una curva del Camino a alguien que me hacía señales con los

brazos. «¡¡Miguel!!», grité con alegría, mientras echaba a correr hacia él.

Cuando llegué a su lado nos abrazamos espontáneamente. Él me dijo, con una sonrisa:

—Ya estaba preocupado por ti. He salido a tu encuentro porque el pueblo está en un recodo y no se ve hasta que lo tienes delante de las narices. No hay manera de divisarlo desde lejos.

Yo estaba tan emocionada y me dio tanta alegría verle, que no podía ni hablar. Me dejé conducir por él hacia el albergue, donde había conseguido para nosotros dos colchones en el suelo, junto a otros peregrinos. El refugio estaba lleno y esa noche compartimos cena, en el propio albergue, junto al resto de los caminantes. Tomamos una sopa y tortilla de patata, hechas por la hospitalera, que nos supieron a gloria. En esa localidad no existía ningún bar y la pequeña tienda que había para abastecerse, formaba parte del albergue.

Recuerdo que la conversación de la cena se caldeó cuando alguno de los peregrinos presentes, cuestionó la existencia de Dios. Yo comenté, señalando a Miguel, que teníamos a un teólogo entre nosotros, que quizás pudiera aclararnos ese punto. Noté que me lanzaba una mirada recriminatoria, pero enseguida la suavizó y, con una sonrisa, sentenció: «Dios existe, y el diablo también». Sus palabras provocaron un gran revuelo y avivaron la

llama de la discusión. Sin embargo, Miguel no volvió a participar en ella. Terminamos de cenar y nos fuimos a dormir. Los colchones estaban uno junto al otro, y yo podía sentir su aliento en mi nuca. Me excité sexualmente y eso me produjo una gran turbación. Me acomodé en mi saco y, volviéndome de espaldas, me dormí casi al instante.

Cuando salimos del albergue al día siguiente estaba muy nublado y llovía ligeramente. Un día más la línea del horizonte y la llanura volvieron a monopolizar el paisaje. Nos habíamos propuesto llegar en esa jornada hasta el Burgo Ranero, con lo que teníamos por delante 30 kilómetros de marcha. Conforme avanzábamos, la lluvia se hizo más intensa. Fue el único día que nos llovió durante el recorrido de todo el Camino de Santiago. Tal y como íbamos, embutidos en nuestros chubasqueros, con las mochilas cubiertas por sus fundas y con los gorros calados hasta los ojos, la ruta parecía discurrir solo a nuestros pies.

Miguel siempre iba delante, pero me esperaba cuando yo desaparecía de su vista. Fue una jornada rara, pasada por agua, en la que lo único que importaba era llegar cuanto antes a la meta que nos habíamos fijado. Paramos solo para comer y descansar, cada vez que los escasos servicios de avituallamiento lo permitían. Llegamos al Burgo Ranero totalmente exhaustos y mojados. Pero

nuestro estado de ánimo permanecía intacto, como si esa lluvia hubiera purificado algo en nuestro interior. Después de tantos días y de tantas vivencias en el Camino, nada podía con nosotros, a pesar de que la jornada fue larga y muy dura. Se notaba que la tierra que pisábamos cada día nos sostenía con su energía. Lo único que lamentamos fue no detenernos en Sahagún, para visitar esa ciudad.

Al día siguiente salimos muy temprano hacia León. El sol volvía a iluminar el Camino. Miguel y yo marchamos juntos toda la jornada. A ratos en silencio y a ratos charlando animadamente sobre cosas de poca trascendencia. Yo me sentía tan feliz, que no quería calentarme la cabeza con preguntas sin respuesta. Andábamos a muy buen ritmo, como si la hermosa ciudad de León nos llamase con impaciencia. Fue evidente que marcó un punto de inflexión en nuestro Camino.

Poco tiempo después, Miguel me contó los sucesos que envolvieron su nacimiento, y esto supuso un salto cualitativo en nuestra relación... Aunque yo ignoraba en aquellos momentos que aún me quedaban sorpresas por descubrir. Pero no adelantemos acontecimientos. El Camino hay que recorrerlo paso a paso.

En León, al igual que en Burgos, Miguel y Rosalía disfrutaron de la ciudad como si fueran dos turistas, en lugar de peregrinos. Después de alojarse en el monasterio benedictino de las hermanas Carbajalas, decidieron apuntarse a una visita guiada. Una mujer joven, muy preparada, a la que se le veía disfrutar con su trabajo, les mostró su fabulosa catedral, cuyas 737 vidrieras asombraron a Rosalía. También vieron la basílica de San Isidoro, el que fuera antiguo hospital de San Marcos, hoy convertido en un parador nacional y otros rincones importantes de esta ciudad, en la que antaño se asentara la VII legión romana.

Terminaron la jornada cenando a base de aperitivos, entre los que no faltaron sus famosos chorizos a la sidra, en el *barrio húmedo*. Antes de volver al monasterio donde se alojaban, sentados

en una terraza junto a la catedral, mientras contemplaban a las cigüeñas que tomaban posiciones para dormir encaramadas a la fachada, Rosalía comentó a Miguel que no le importaría vivir en León.

—Mañana me costará despegarme de esta hermosa ciudad para continuar el Camino. No sé por qué, pero me siento vinculada a ella.

Miguel respondió con un gesto de asentimiento y se quedó pensativo, con la mirada perdida. Rosalía le contempló y, recordando la conversación que había tenido con Egeria, le preguntó:

—¿Tú que vas a hacer cuando termines el Camino, seguirás viviendo en el faro de Finisterre con tu amigo?

Esta pregunta tan directa pilló por sorpresa a Miguel, y no supo qué contestar. Se encogió de hombros y, mirando directamente a los ojos de Rosalía, le respondió:

—La verdad es que no sé lo que voy a hacer. Vine al Camino para aclarar muchos aspectos de mi vida, y en lugar de tener las cosas más claras, cada vez estoy más confuso.

Rosalía quiso aprovechar ese momento en el que Miguel parecía propenso a sincerarse. Sin dejarle mucha tregua, le volvió a preguntar, con voz inocente, mientras escrutaba el fondo de sus ojos:

—¿Esa confusión tiene que ver conmigo?

Miguel suspiró profundamente y le devolvió

la mirada, en silencio:

–Me gustaría saberlo –insistió Rosalía– porque si tiene que ver conmigo... quizás te ayude a aclararte el hecho de conocer mis sentimientos...

–O quizás, no –la interrumpió bruscamente Miguel.

–O quizás, no –repitió Rosalía con una sonrisa, sin darse por vencida–. Pero, aunque sea por deformación profesional, ya sabes que soy psicóloga, a mí me parece que siempre es mejor hablar las cosas que callarlas y dejar que terminen creándose falsas expectativas en la cabeza.

Miguel volvió a suspirar profundamente y se acomodó en su asiento, como dando permiso a Rosalía para que dijera lo que quería decirle. Ella continuó hablando:

–Mira, si tu confusión está relacionada conmigo, la entiendo perfectamente. Yo también estoy confusa respecto a ti. Apenas te conozco, no sé nada de tu vida, salvo lo poco que tú me has contado y, sin embargo, no me preguntes por qué, me siento unida a ti y no creo que nuestro encuentro en el Camino de Santiago haya sido casual... Yo creo que responde a algo.

–Hasta ahí puedo estar de acuerdo contigo –dijo Miguel.

–¡Bueno, algo es algo! –añadió Rosalía de buen humor– A pesar de todo lo dicho, de que no te

conozco apenas, de que no sé nada de tu vida, y de lo confuso que me resulta todo esto, lo único que tengo claro son mis sentimientos hacia ti... No me atrevería a llamarlo amor –añadió, con timidez–, pero, si no es eso, tiene que ser algo muy parecido. Tampoco soy ninguna experta en la materia. Después de varias relaciones juveniles de poca monta, me casé con Luis, del que luego me divorcié y, francamente, no creo que la nuestra fuera una relación basada en el amor.

–¿Te estás declarando? –preguntó Miguel, como queriendo bromear.

–Yo diría que sí –respondió Rosalía, un tanto molesta–, aunque parece que tu no quieres tomarte este asunto en serio.

Un pesado silencio se instaló entre ellos. Rosalía parecía al borde del llanto, y Miguel se reprochó su falta de delicadeza hacia ella, que estaba siendo sincera y además le estaba expresando honestamente sus sentimientos. Acercó su asiento al de ella y, con ternura, le cogió la mano. Él mismo se asombró por este gesto cariñoso y espontáneo. Rosalía intentaba tragarse las lágrimas, que amenazaban con escaparse por sus mejillas.

–Perdóname, por favor –suplicó Miguel–. En ningún momento he pretendido tomarme a broma lo que me estabas diciendo y, mucho menos, causarte sufrimiento... En realidad te agradezco

mucho tus palabras... ¡pero estoy muerto de miedo!

Rosalía se sorbió los mocos y, apretando suavemente la mano de Miguel, le preguntó, algo más serena:

—¿Qué es lo que te asusta?

Miguel retiró la mano con delicadeza y volvió a suspirar profundamente, antes de decir:

—Me asusta todo. Yo no había venido al Camino para conocer a nadie, ni para plantearme una relación.

—Yo tampoco había venido para eso —subrayó ella—. De hecho, no sé qué me impulsó a venir al Camino. Acababa de salir de un divorcio traumático, había perdido mi trabajo y, con él, parte de mi vida y además se había suicidado un paciente... Como comprenderás, no llegué al Camino para embarcarme en una nueva relación sino, quizás, para curar mis heridas y ver qué hacía con mi vida.

—Sí, ya imagino que encontrarte conmigo no entraba en tus planes —dijo Miguel, con un tono de resignación.

—Pues no, no entraba en mis planes —saltó Rosalía—, pero si algo me ha enseñado el Camino de Santiago, es que aquí no se pueden hacer planes. La vida no se puede planificar, ni etiquetar, ni se puede manipular a nuestro antojo ni a nuestra conveniencia... Y la muerte tampoco —añadió con

tristeza— porque no creo que Monique hubiera planificado morir en el Camino.

—Pero todos morimos algo en el Camino —dijo Miguel con tono firme—. Aún no lo hemos terminado, pero yo no soy el mismo que empezó en Jaca y veté tú a saber quién seré cuando llegue a Santiago... ¡Quienes seremos los dos!

—De acuerdo, tú lo has dicho —se reafirmó Rosalía—, ya no somos los mismos y, si no lo somos, ¿por qué tenemos que comportarnos de la misma manera y aferrarnos a las mismas historias que nos torturaban antes de empezar el Camino? ¿No tenemos derecho a otra vida, más sincera, más feliz y más auténtica que la que hemos vivido antes? ... ¿Y no existe la posibilidad de que podamos vivirla juntos? —preguntó con un hilillo de voz, antes de sofocar un puchero.

Las palabras de Rosalía sumieron a Miguel en un pozo de oscuridad, del que no se veía capaz de salir. Hubiera querido sincerarse del todo con ella pero, sencillamente, no podía. Algo estaba bloqueado en su interior. Sentía una garra en la garganta, que le impedía dar rienda suelta a sus pensamientos, a su dolor.

El silencio de Miguel volvió a afectar a Rosalía. Esta vez ya no pudo contener las lágrimas. Él se sentía impotente para consolarla. Estaba paralizado. Le hubiera gustado abrazarla contra su

pecho, besar sus labios, pero no podía hacerlo. Se sintió un ser despreciable por no ser capaz de aliviar su dolor. Mientras Rosalía lloraba de forma contenida, Miguel permaneció con la cabeza baja.

Al levantarla, vio al mismo peregrino que le había abordado por el Camino, y que él había identificado como el diablo. Éste pasó junto a las mesas de la terraza en la que ellos estaban y, con una sonrisa burlesca, hizo un gesto con la mano para saludarle. Miguel quedó bloqueado y permaneció así unos instantes. No se dio cuenta de que Rosalía había pagado la consumición al camarero, y se estaba poniendo de pie. Aún aturdido por la visión, Miguel hizo lo mismo y ambos se encaminaron en silencio hacia el albergue de las Carbajalas. Antes de llegar al monasterio benedictino, Rosalía le preguntó con timidez:

—¿Hay otra mujer en tu vida? ¿Estás casado, tienes novia? No quisiera...

—¡No, por Dios! —le interrumpió bruscamente Miguel— No es nada de eso, te lo aseguro. No hay ninguna mujer, ni novia ni nada por el estilo. Yo tengo aún menos experiencia que tú en el terreno amoroso.

—¿Entonces, qué es lo que te pasa?

Miguel sintió una gran ternura hacia ella, al escuchar con qué candidez le hacía esa pregunta. En esos momentos tuvo la certeza interna de que

merecía la pena pasar el resto de sus días con ella. Y esa certeza le dio fuerzas para sonreír y acariciarle el rostro, mientras le decía:

—Las cosas no son fáciles. Tengo asuntos pendientes que resolver, ya te los contaré. Te pido que tengas paciencia y que confíes en mí... Y ahora vamos a dormir, estoy muy cansado.

—La paciencia no es mi fuerte —respondió ella, mucho más tranquila—, pero la tendré porque confío en ti. Aunque apenas te conozco, confío en ti plenamente... Yo también estoy cansada y necesito dormir. Ha sido un día muy intenso.

Durante los tres días siguientes Rosalía y Miguel continuaron juntos el Camino. La conversación que habían mantenido en León había provocado una mayor sintonía y complicidad entre ellos. Pero la sombra de la duda seguía pesando en el ánimo de Rosalía. Había intentado hablar de ello con Egeria, pero no lo había conseguido. Cada vez que la llamaba, su amiga se encontraba ocupada o con alguien, y no podían mantener la conversación que ella necesitaba.

Hablaban solo unos instantes, lo suficiente para que Egeria le preguntase cómo iban las cosas, y Rosalía le hablase de las incidencias de la ruta, sin entrar en consideraciones más profundas, ni en el

asunto que realmente le preocupaba. Miguel, por su parte, rehuía la conversación con Mario. Su amigo lo había llamado en varias ocasiones, y Miguel le decía por donde iban y otras cuestiones relativas al Camino. Sin embargo, cada vez que Mario le preguntaba si ya se había sincerado con Rosalía, Miguel le contestaba que aún no lo había hecho, pero que pensaba hacerlo «cuando llegue el momento». «No me atosigues, por favor –le había pedido–, ya sé que tengo esa conversación pendiente».

Al dejar León, Miguel y Rosalía anduvieron sin ninguna dificultad los 20 kilómetros que los separaban de Villadangos del Páramo, en cuyo albergue pasaron la noche. La ruta contaba con muchos más peregrinos, que habían iniciado el Camino en la ciudad leonesa. Al día siguiente partieron hacia Astorga, llegando a esta ciudad monumental cuando el sol estaba ya muy bajo. Tuvieron suerte de encontrar plazas en el albergue de San Javier. Pero no pudieron visitar ni la catedral ni el palacio de Gaudí, sede episcopal. Ambos monumentos estaban ya cerrados, y tuvieron que conformarse con admirar sus fachadas.

Apenas si les dio tiempo para comprar chocolate, antes de que los comercios cerrasen sus puertas. Terminaron la que había sido una dura jornada de caminata, cenando unos bocadillos en la plaza mayor de Astorga, con buen ánimo para

continuar la ruta al día siguiente, hacia Rabanal del Camino.

Llegar a esta localidad supuso para ambos una especie de oasis en la ruta jacobea. Comparando la etapa de ese día con la de la jornada anterior, los veinte kilómetros de caminata hasta allí fueron un auténtico deleite para el cuerpo y el espíritu. Al dejar detrás Astorga, se habían acabado los páramos sin fin y las eternas y solitarias llanuras. En el horizonte, ya se divisaban los montes de León.

A mediodía se encontraban en Rabanal y se inscribieron en uno de los albergues que había en la localidad. El día era cálido y luminoso, hacía juego con su estado de ánimo. Después de ducharse y hacer la colada, se permitieron el lujo de comer un cocido maragato en una posada de Rabanal. Después, una siesta al aire libre tumbados bajo la sombra de un árbol, en el jardín que formaba parte del refugio. Rosalía estaba encantada con ese lugar. Las casas de piedra, la hospitalidad de sus habitantes, el paisaje que rodeaba aquel sitio, provocaron una sensación de bienestar en su estado de ánimo, que también contagió a Miguel.

A las seis de la tarde, tras el descanso, ambos asistieron al oficio de las Vísperas, y escucharon el canto gregoriano de los monjes benedictinos, en la iglesia románica de Santa María. Durante esta celebración, Rosalía observó que Miguel también

cantaba en latín, y eso le hizo recordar su condición de teólogo, lo que le llevó a pensar que seguía sin conocerlo lo suficiente. A pesar de esa sombra que se había instalado en su relación, no quiso preguntarle de nuevo. Tras la conversación en León, había decidido no volver a interrogarle sobre ningún asunto relacionado con su vida, dándole ese margen de confianza que él le había pedido.

Cuando se encontraban charlando en el salón social del albergue con otros peregrinos, Miguel recibió una llamada en su teléfono móvil.

—Es Mario —informó a Rosalía, mientras se alejaba del grupo y salía al jardín para hablar con mayor intimidad.

Su amigo le notó muy animado, y así se lo hizo saber.

—Sí, me encuentro bastante bien. Estamos en Rabanal del Camino y tenemos intención de llegar mañana a Ponferrada.

—Pues dentro de nada estáis entrando en Galicia... ¿Has hablado ya con Rosalía? —le preguntó Mario a bocajarro.

—Hablo con ella todos los días —respondió Miguel, con buen humor.

—Ya sabes a qué me refiero —le dijo Mario.

—Sí, claro que lo sé. ¿Cómo no habría de saberlo si es tu tema de conversación favorito? Me

preguntaba cuánto ibas a tardar en decírmelo.

—Pues ya ves que no he tardado nada. He ido directamente al grano —le respondió su amigo.

—La verdad es que en estos momentos me encuentro tan a gusto en su compañía y estoy tan contento de estar en el Camino, que prefiero disfrutar del momento y no complicarme más la vida —sentenció Miguel.

Mario permaneció unos momentos en silencio, dudando si debía seguir con esa conversación o no. Finalmente, dijo:

—Mira, no me gustaría ser aguafiestas, pero eso me suena a huida.

—¡Entonces no lo seas! —le interrumpió, bruscamente, Miguel.

—Vale, perdona, no lo seré.

—No, perdona tú, Mario. Es que en estos momentos me encuentro mejor que nunca. ¡Sólo quiero disfrutar un poco de lo que me ofrece la vida y el Camino! ¿Resulta tan raro? ¡Hace tantos años que no estoy tan a gusto conmigo mismo y con una persona, que me da miedo perder lo que he encontrado!

—¡Pero no vas a perder nada, estoy seguro! —le dijo Mario— ¿Tú crees que Rosalía va a salir corriendo cuando le digas que has sido cura?

—¿Cómo que he sido?... ¡aún lo soy! Ese es el problema. Tú das por hechas cosas que todavía no han pasado.

–Pero van a pasar, ¿no? –insistió Mario.

Miguel escuchó en silencio la pregunta de su amigo y suspiró profundamente, sin responder. Mario le presionó de nuevo:

–¿Vas a dejarlo, o no?

–¿Por qué me agobias de esa manera? –le interrogó Miguel- ¿Por qué no me dejas espacio para que yo tome mis decisiones?

–Porque veo que van pasando los días y no avanzas. Y porque creo que Rosalía no se merece que la estés engañando. Además de pensar en ti, ¿has pensado en ella? ¿No crees que debes ser sincero?... ¿De verdad no sabes aún si vas a dejar el sacerdocio? ¿Te ves terminando el Camino y volviendo a ejercer de exorcista? ¿Es eso lo que quieres?

Mario soltó todo su aluvión de preguntas y éstas hicieron mella en el ánimo de Miguel, que permaneció callado unos momentos, como si reflexionase sus respuestas. Pasados unos momentos, le dijo a su amigo:

–No, no me veo volviendo a la vida de antes. Creo que estoy cerrando un capítulo de mi existencia y que el Camino me está obligando a romper con mi pasado. Ya no soy el mismo que lo empezó en Jaca, pero todavía me atan muchas historias, de las que no puedo desprenderme de buenas a primeras.

—Sí, eso lo entiendo perfectamente —le animó Mario—, pero no es excusa para que no hables con Rosalía. Estoy convencido de que, si hablastes con ella, verías las cosas con más claridad y, además, tendrías más fuerza para tomar las decisiones que tengas que tomar.

—Sí, en eso llevas razón, yo también lo creo... Por cierto, voy a colgar, Rosalía viene a buscarme. Ya hablaremos.

—Vale —se despidió Mario—, pero no olvides lo que te he dicho: piensa en ella.

Rosalía se acercó hasta Miguel, con una sonrisa. Él se apresuró a colgar el móvil, y, tratando de aparentar normalidad, le dijo:

—Mario me ha dado recuerdos para ti.

—¡Ah! Muy bien. Ya tengo ganas de conocer a tu amigo.

—Pues ya queda poco —dijo Miguel—, desde Santiago podemos ir a Finisterre, para que lo conozcas. Él también tiene ganas de verte.

—¿Andando? —preguntó Rosalía de buen humor— ¿Cien kilómetros más andando?... No sé si me van a quedar fuerzas.

—O en autobús... Ya veremos. Ya lo decidiremos cuando estemos allí.

La invitación de Miguel para que lo acompañase a Finisterre iluminó aún más el ánimo de

Rosalía. Era la primera vez que él le hablaba de continuar juntos, una vez que hubieran terminado de recorrer el Camino de Santiago. Aún sabiendo que tampoco era algo extraordinario, ni se trataba de una proposición para mantener una relación, ni nada parecido, esa invitación podía ser una buena señal. Y aunque se dijo que no se haría demasiadas ilusiones, lo cierto es que experimentó una sensación interna que debía parecerse mucho a eso que la gente llamaba felicidad.

La cena fue temprana y ligera para ambos: dos cafés con leche y dos magdalenas. Después del cocido maragato que habían tomado a la hora de comer, sus estómagos aún no habían terminado de hacer una pesada digestión. Decidieron acostarse pronto porque la etapa del día siguiente, hasta Ponferrada, era dura y muy larga.

Acostado en la parte de arriba de la litera que compartía con Rosalía, Miguel escuchó los distintos sonidos y tonos que impregnaban el aire del dormitorio del albergue Gaucelmo, como si se tratase de un inevitable concierto nocturno. Por muchas vueltas que daba dentro de su saco, no podía dormir. No se le iba de la cabeza la conversación que había tenido con Mario y, sobre todo, la última recomendación que le había hecho su amigo: «piensa en ella». Pero no era sólo eso lo que le preocupaba. También escuchaba, una y otra vez, la

invitación que le había hecho a Rosalía para acompañarlo a Finisterre, después de llegar a Santiago de Compostela. Escuchaba sus palabras como si no hubieran salido de su boca. Como si las hubiera pronunciado otra persona, alojada en su interior, que se moría de ganas por decirle a Rosalía muchas cosas, que él no se atrevía. A pesar de los ronquidos de los peregrinos y de la rumia mental que alojaba en su cabeza, Miguel terminó por dormirse, ya entrada la madrugada.

Tuvo un sueño muy vívido. En él aparecía con Rosalía dentro de una iglesia. Iban a casarse. Los dos vestían de blanco. Ella con un traje largo y un velo típico de novia, y él con un chaqué. Los dos se acercaban al altar, donde había un sacerdote vuelto de espaldas. Unos monjes cantaban gregoriano. Cuando ambos llegaban ante el sacerdote, éste se volvía hacia ellos, y decía a Miguel: «Tú no puedes casarte, tú eres cura y el diablo te persigue». Miguel se despertó sobresaltado y aterrado, al comprobar que el sacerdote era el mismo peregrino que él había visto en el Camino, y que había identificado con el diablo.

Antes de que amaneciera, Rosalía y Miguel, al igual que otros muchos peregrinos, salían de Rabanal del Camino emprendiendo la subida hacia Foncebadón y la Cruz de Ferro. Aunque la ruta discurría por la carretera y no dejaba lugar para la

confusión, ambos se alumbraban con linternas y buscaron unas piedras para depositarlas en el milladoiro de la Cruz de Ferro. Se decía que este emblemático lugar del Camino de Santiago, había sido un antiguo altar romano dedicado a Mercurio, dios protector de los caminos y de los caminantes.

Era costumbre que los peregrinos depositasen una piedra a los pies de esta mítica Cruz de Hierro, que marcaba la cota más alta de todo el Camino Francés, ubicada a 1.482 metros de altitud. La subida hacia ese punto también marcó una elevación del espíritu de Rosalía y Miguel, mientras caminaban entre nubes. El paisaje, que poco a poco iba siendo alumbrando por el sol a sus espaldas, era realmente espectacular. Resultaba imposible que no dejase huellas en su ánimo, que se sobrecojía ante tanta belleza. Quietud, silencio, nubes que se podían tocar con las manos, cuando bajaban a ras del suelo, provocaban una atmósfera irreal, que no parecía de este mundo. Rosalía y Miguel se miraron con complicidad, sin atreverse a pronunciar ninguna palabra que pudiera romper la magia del momento. La subida era suave y los pies de los peregrinos parecían calzar unas botas con alas, como las que llevaba el mismísimo dios Mercurio, para adelantar con total agilidad y rapidez.

Antes de que transcurriera hora y media desde que salieran del albergue de Rabanal, llegaron

a Foncebadón. Un lugar con aspecto algo fantasmal, que había permanecido abandonado durante décadas, pero que en esos momentos contaba con un albergue y una taberna para repostar. La mayoría de los peregrinos que caminaban ese día junto a Miguel y Rosalía, pararon allí para desayunar. Pero ellos decidieron seguir adelante. Aunque la ruta discurría en una suave cuesta arriba, no solo no tenían ninguna dificultad física para seguirla, sino que parecía como si una fuerza superior los empujase por la espalda para llegar cuanto antes a la Cruz de Ferro.

Caminando en silencio, dejando que su espíritu se expandiera ante la belleza y la magia del lugar, atravesaron el valle rodeado de pinos que los llevó hasta el famoso altar dedicado a Mercurio. Al llegar a la cúspide, observaron una montaña de piedras sobre la que había clavado un mástil y una sencilla cruz de hierro. Se descargaron de sus mochilas y sacaron de ellas las piedras que habían cogido al salir de Rabanal. Se situaron de espaldas a la pequeña montaña y, tiraron sus piedras hacia atrás, por encima de sus cabezas. Rosalía pidió protección para finalizar la peregrinación a Santiago y Miguel, solicitó valor para poder hablar con Rosalía.

Desde que había dejado Rabanal esa mañana, la idea de no demorar más su conversación con ella

había ido tomando cuerpo durante la caminata a la Cruz de Ferro. No sabía si en ello había influido su conversación del día anterior con Mario, o si era el misterio que envolvía aquel lugar lo que provocaba en su ánimo un deseo de sincerarse. Cuando finalizaron el ritual, ambos subieron hasta el mástil de la Cruz y allí pudieron ver numerosos mensajes de peregrinos, clavados en el palo de madera. Había de todo. No sólo peticiones o agradecimientos escritos. También había todo tipo de ofrendas. Desde botas viejas, hasta pañuelos, fotografías, minerales semipreciosos, anillos, pulseras, camisetas y otras prendas de vestir... Junto a la cruz, habían construido un pequeño muro de piedra y también allí, escondidos en las rendijas, se podían ver un sin fin de papeles doblados, como si se tratase del muro de las lamentaciones de Jerusalén.

En aquel maravilloso enclave de El Bierzo leonés, se encontraba una pequeña capilla de piedra, dedicada al apóstol Santiago, que permanecía cerrada. Muy cerca de ella, en el suelo, podía verse una gran Rosa de los Vientos, señalando los distintos puntos cardinales. Impactados por la hermosura del lugar, decidieron tomar asiento en uno de los bancos y mesas de piedra que rodeaban a la Cruz de Ferro, antes de continuar la ruta.

—Cuesta separarse de este lugar —dijo Rosalía, con voz emocionada—, desde aquí se puede to-

car el cielo... Confieso que cuando he echado mi piedra en el milladoiro, junto a todas las demás, se me han saltado las lágrimas. He tenido por dentro una sensación de unidad, que nunca antes había experimentado.

La confesión de Rosalía provocó una gran emoción en el ánimo de Miguel. La miró a los ojos y descubrió en ellos una mirada limpia y transparente. Sin pensarlo dos veces, empezó a hablar como si no fuera él realmente el que lo hiciera.

—Hace mucho tiempo que quiero contarte algo, pero temía tu reacción cuando lo supieras. Ahora que estamos aquí, me doy cuenta de que quizás era necesario llegar a la Cruz de Ferro para tener esta conversación.

Rosalía no dijo nada, sólo le miró con los ojos muy abiertos, como si esa fuera la señal para que él se sincerase. Miguel continuó, animado por la actitud receptiva de Rosalía.

—En realidad tengo tantas cosas que contarte, que no sé por donde empezar —dijo, sonriendo.

—Pues empieza por el principio —afirmó ella, devolviéndole la sonrisa.

—¿Por el principio?... Sí, claro —se rió Miguel—, empezaré por el principio. Por mi nacimiento. Que tuvo poco que ver con un nacimiento común... Verás, lo que te voy a contar lo descubrí hace poco, pues mi padre siempre me engañó y me

dijo que mi madre había muerto durante mi parto.

–¿Y no fue así? –preguntó Rosalía, intrigada.

–No, no fue así. Mi padre me mintió. Lo que pasó realmente me lo contó en su lecho de muerte. Esta confesión me impactó tanto, que provocó un desequilibrio total en mi vida. Fue entonces cuando Mario me rescató y me llevó a vivir con él al faro de Finisterre.

–¡Bien por Mario! –exclamó Rosalía– cada vez me cae mejor tu amigo.

–Ahí he permanecido escondido durante el último año, más o menos. Un día, mientras paseaba por la playa de la Langosteira, decidí hacer el Camino de Santiago. Aunque sería más correcto decir que algo lo decidió por mí.

–Sí, te entiendo perfectamente, a mí me pasó lo mismo... Continúa, por favor –le pidió Rosalía.

–Antes de iniciarlo en Jaca, fui a la casa de mi padre en Noia. Allí encontré unos recortes de periódico viejos, en los que venía la noticia sobre el asesinato de mi madre y mi nacimiento.

–¿Asesinato? –preguntó, alarmada, Rosalía.

–Sí, asesinato... pero eso es solo una parte del resto de la historia.

Impactada por las palabras de Miguel, Rosalía no sabía qué decir.

Mientras ellos hablaban en un banco de pie-

dra, protegidos por los árboles de las miradas de los peregrinos, éstos iban y venían en torno a la Cruz de Ferro, y se hacían fotos encaramados al montículo de piedras, ajenos a su conversación.

Miguel empezó a buscar en el fondo de su mochila y sacó de ella una bolsa de plástico que contenía unos amarillentos recortes de periódico. Los puso sobre la mesa, y pidió a Rosalía que los mirase. Ésta, aún desconcertada por la confesión de Miguel, empezó a sacarlos y leyó un titular:

«Un hombre mata a tiros en una iglesia a una mujer embarazada y se suicida.»

Más abajo, en un sumario, podía leerse:

«Los servicios sanitarios consiguieron salvar al bebé, tras practicarle una cesárea de urgencia en el mismo lugar del crimen.»

Rosalía leyó una y otra vez los titulares del periódico, sin dar crédito a lo que ponía. Le costaba trabajo identificar aquel macabro relato con el Miguel que estaba a su lado. Incrédula, miraba los papeles que él había depositado en la mesa, mientras trataba de penetrar en sus ojos, para detectar hasta qué punto aquella historia del pasado aún hacía mella en su alma. Lo que dedujo, no le gustó. Sus conocimientos de psicología le hicieron llegar a la conclusión de que Miguel era una persona traumatizada y atormentada por los sucesos que habían marcado su nacimiento y por el hecho de que su

padre le hubiera engañado. Suspiró profundamente y, muy afectada, cogió una mano de Miguel, preguntándole con la mayor delicadeza:

—Supongo que tú eras el bebé que consiguieron salvar.

—Sí, así es, yo era ese bebé. Puedes leerlo —le ofreció Miguel.

—Prefiero que me lo cuentes tú —dijo ella— si te encuentras con ánimo para hacerlo.

—Sí, claro, claro —intentó sonreír—, hace mucho tiempo que pasó. Cuarenta y tres años, para ser exactos. Además, quiero contártelo. Necesito hacerlo —añadió mirándola suplicante a los ojos— todo esto y algunas cosas más...

—Tenemos tiempo —le interrumpió Rosalía— no te atormentes, vayamos poco a poco.

—Sí, gracias... Bueno, empecemos. Mis padres vivían en Noia, como te he dicho, pero mi abuela materna vivía en Madrid. Mi madre, cuyo embarazo estaba muy avanzado, a punto de salir de cuentas, fue a visitar a mi abuela para ultimar la canastilla. Lo que habían previsto es que volverían juntas a Noia, y mi abuela se quedaría allí con mi madre para ayudarla tras el parto. Era 29 de septiembre, día de los arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael. Mi padre se llamaba Gabriel, mi madre, Rafaela, y a mi pensaban ponerme de nombre Miguel, pues mi madre tenía mucha devoción a todos

los arcángeles.

–Continúa –le pidió Rosalía, cada vez más impactada con la historia.

–Según me contó mi padre, mi abuela y mi madre fueron a una parroquia del barrio, para escuchar una misa en honor a los arcángeles y pedir que el parto se diera bien. Cuando esperaban que empezase la misa, entró un hombre y, sin mediar palabra, agarró a mi madre por el cuello y le pegó un tiro en la cabeza. Mi abuela forcejeó con él, pero el hombre salió corriendo y, tras arrodillarse ante el altar mayor, se descerrajó allí mismo un disparo en la cabeza, muriendo en el acto... Lo mismo que mi madre.

–¡Dios mío! ¿Cómo es posible? –se preguntó Rosalía, alterada por el relato que Miguel.

–Inmediatamente avisaron a los servicios de emergencia. Acudió una doctora quien, rápidamente, cogió el bisturí, abrió a mi madre y allí, frente al altar, me sacó de su vientre. Aunque yo tenía una parada cardíaca, me reanimaron y me trasladaron al hospital. Al mismo donde llevaron a mi abuela que, debido a la impresión, sufrió un infarto y también murió poco después en ese centro hospitalario.

–¡Es increíble, parece una pesadilla! ¿Cómo es posible que ocurra algo así?... ¿Tu madre conocía al hombre que la mató? –preguntó Rosalía, que apenas podía contener las lágrimas, imaginando la

escena que Miguel le había relatado.

—No, no se conocían absolutamente de nada... Pero aún hay algo más —dijo él.

—¿Algo más?... ¿De qué se trata? —se apresuró a preguntarle ella.

—Verás, en el bolsillo del pantalón que llevaba el hombre que asesinó a mi madre, encontraron esta nota —dijo Miguel, depositando frente a Rosalía un papel escrito a mano, algo arrugado.

Rosalía lo cogió y leyó lo que ponía, con cara de asombro: «El demonio me persigue. Lo tengo siempre detrás».



No hay duda de que aquella etapa marcó un antes y un después en mi relación con Miguel, contribuyendo a crear intimidad entre nosotros. A pesar de todo, yo lo veía inquieto, como si la confesión que me había hecho sobre los dramáticos sucesos que marcaron su nacimiento, en lugar de calmar su espíritu, lo hubieran alterado aún más. Ese día, cuando continuamos el Camino desde la Cruz de Ferro, apenas si hablamos. Seguimos la ruta deteniéndonos solo para descansar lo imprescindible.

Aún teníamos muchos kilómetros por delante hasta llegar a Ponferrada. Tomamos un café con leche en el albergue de Manjarín. Cuando llegamos allí, su hospitalero estaba haciendo un ritual con un grupo de peregrinos, ataviado con una capa blanca con la cruz roja de los templarios y una espada. Con ella, les tocaba alternativamente

en los hombros, como si los estuviera invistiendo caballeros de esta mítica orden. Después de asistir al ritual y comprar un pin que representaba a un peregrino depositando una piedra en la Cruz de Ferro, continuamos hasta El Acebo, donde volvimos a parar para tomar un bocadillo y descansar otro rato. Ya no lo haríamos más hasta llegar a Molinaseca. Allí, nos descargamos las mochilas y nos sentamos a la orilla del río Meruelo, junto al puente románico que atraviesa esta localidad. Dimos gracias por haber culminando sin ningún percance el descenso por el monte Irago, que habíamos emprendido aún de madrugada, cuando salimos de Rabanal.

Estábamos tan cansados, que nos planteamos la posibilidad de quedarnos en el albergue de Molinaseca, en lugar de continuar hasta Ponferrada. Finalmente, como sólo nos quedaban unas dos horas de marcha para llegar a esta capital de El Bierzo, decidimos descansar allí un rato y continuar la etapa, tal y como habíamos previsto.

Mientras reposábamos a la sombra, tumbados junto al río en aquel hermoso paisaje, yo no era capaz de distinguir donde experimentaba más cansancio, si en mis doloridas piernas, o en mi cabeza. Porque durante los muchos kilómetros que habíamos andado cuesta abajo, y que habían supuesto una tremenda tensión para mis rodillas, no había dejado de pensar en la historia que me había

contado Miguel, y en cómo podía afectar a su vida actual. Aunque me parecía un suceso terrible, y él lo hubiera conocido hacía poco tiempo, lo cierto es que había ocurrido muchos años atrás, y yo no terminaba de entender cómo le estaba afectando tanto todavía. Aproveché el descanso para indagar un poco en sus sentimientos, preguntándole, de la forma más sutil que pude. Su respuesta me dejó aún más perpleja:

—Aunque los extraños sucesos que rodearon mi nacimiento, ocurrieran hace 43 años y yo los haya conocido hace poco, lo más importante de todo es que me he dado cuenta de que mi vida ha estado marcada por una especie de maldición y de fatalismo. ¡Eso es lo que más me afecta!

—¿Maldición? ¿Pero qué tipo de maldición?  
—pregunté, intrigada.

—¿No te has dado cuenta?... El demonio también me persigue a mí. Desde que nací me ha perseguido —añadió con un gesto doloroso—, y ahora mismo me está persiguiendo.

Me quedé tan impactada por sus palabras que no supe qué responder. Me incorporé y le miré fijamente a los ojos, tratando de escrutar su alma a través de ellos. Quería decirle que el demonio no existía, que son nuestros propios instintos oscuros, nuestra sombra rechazada, la que nos hace actuar de formas que se consideran socialmente malas.

Pero que no hay ningún demonio externo ni ajeno a nosotros que nos persiga o nos maldiga. Quería decirle todo eso, pero por alguna razón que ignoraba, no pude hacerlo. Mi corazón, no mi razón, me decía que no era eso lo que necesitaba escuchar, que ya habría tiempo y ocasión para profundizar en el tema. Sentí que lo que Miguel quería era que estuviera a su lado, y no que le respondiera con argumentos psicológicos. Para mi sorpresa, le dije:

—Si hay algún demonio al que enfrentarse, cuenta conmigo... Además, tú te llamas Miguel, llevas el nombre del arcángel que venció a Lucifer. ¡Por algo será!

Creo que mis palabras iluminaron su estado de ánimo. Al menos así lo percibí, cuando me dedicó una cálida sonrisa y me dio las gracias por no haberle dicho que el demonio no existía. Lo que me confesó a continuación, me inquietó más todavía y me puso los pelos de punta.

—Yo sé que existe porque lo he visto... incluso aquí, en el Camino.

—¿En el Camino? —pregunté, aparentando una tranquilidad que no sentía.

Miguel no me contestó. En lugar de eso, me dedicó otra de sus sonrisas, que me dejaban totalmente desarmada. Permaneció unos instantes en silencio, y luego me hizo otra confesión.

—¿Sabes que nunca he celebrado mi cum-

pleaños? Mi padre me lo prohibió, porque decía que no se podía celebrar al coincidir con la muerte de mi madre.

—¿Pues sabes qué? Este año, cuando llegue el 29 de septiembre, haremos una fiesta y lo celebraremos por todo lo alto.

—¿Sí? —preguntó en el mismo tono que lo haría un niño.

—¡Ya lo creo, pienso encargarme personalmente de ello!... si tú me dejas que lo haga, claro —añadí con un tono de súplica.

—¡Claro que te dejo!

Ni ese día ni el siguiente volvimos a hablar más del asunto. Aunque eso no impedía que yo dejara de preocuparme y de darle vueltas en mi cabeza. En mi fuero interno, me seguía pareciendo que Miguel continuaba ocultándome algo. Aún así, decidí que lo mejor era no presionarle, y dejar que él me fuera contando todo lo que le atormentaba en su interior, poco a poco, a su ritmo.

Esa noche, descansando en el albergue de Ponferrada, eché mucho de menos la compañía de Egeria y también de Monique. No pasaba ningún día en el que no me acordase de nuestra querida amiga francesa, que para mí no se había ido del todo. A veces notaba su presencia con mucha intensidad. Por mi parte, cuando salíamos a andar al amanecer, siempre le deseaba que tuviera un

¡buen Camino!, en el lugar donde estuviera transitando su alma. La echaba mucho de menos, lo mismo que a Egeria. Aunque también era consciente de que, si ellas hubieran seguido a mi lado, posiblemente yo no estaría en esos momentos con Miguel. Empezaba a creer, firmemente, que Egeria tenía razón cuando decía que, desde algún lugar, espacio o tiempo, el destino se había confabulado para retirarlas a ellas del Camino, con el fin de que Miguel y yo recorriéramos juntos la ruta de las estrellas. Este pensamiento siempre me hacía llegar a la conclusión de que, como decía Egeria, existía una especie de estrategias celestiales, por llamarlos de alguna manera, que se encargaban de ordenar o desordenar todo desde arriba, para hacer coincidir o separar a las personas.

Debido a mi formación en psicología, yo sabía que el psiquiatra alemán Jung, llamaba a estas «casualidades», sincronicidades. De hecho, conocía una de las más famosas de la historia, relativa al rey Humberto I de Italia. Este soberano cenaba el 28 de julio de 1900, en un restaurante de la localidad de Monza, a donde se había desplazado para presenciar un concurso de atletismo al día siguiente. Allí conoció al propietario del establecimiento donde cenaba, comprobando con asombro que eran muy parecidos físicamente. Conforme iban hablando, el rey descubrió que tenían otras muchas seme-

janzas. Este hombre también se llamaba Humberto y, como el monarca, había nacido en Turín el mismo día que él. Su mujer se llamaba Margherita, como la reina, y ambos se habían casado en la misma fecha. Además, había inaugurado su restaurante, justo el mismo día en que Humberto I fue coronado en Italia. El rey quedó impresionado ante el aluvión de «coincidencias», e invitó a este hombre a que presenciara en su palco el concurso de atletismo, al que iba a asistir. Pero al día siguiente, cuando el rey estaba en el estadio, su ayudante le informó de que el dueño del restaurante había muerto esa misma mañana, a causa de un disparo. Poco después, un anarquista disparó contra el rey, y éste murió.

Recordando este suceso histórico, que siempre me había parecido increíble, aunque era cierto, no tuve más remedio que llegar a la conclusión de que nuestra mente racional no puede explicar de ninguna manera todo lo que nos ocurre. Que existe una zona inexplorada, dentro de nosotros y también en la sociedad, a la que Jung llamó el inconsciente colectivo, donde se podría hallar la explicación a este tipo de sincronicidades. «¿O no?» —me pregunté— «¿No podría ser verdad que existiera el diablo?» No sé cómo se deslizó esta pregunta por mi mente, pero el hecho de haber llegado a plantearmela, me asustó mucho más que si hubiera visto al mismísimo Satanás a mi lado, en su mejor

representación de macho cabrío, con sus pezuñas, su rabo, y sus cuernos retorcidos. Esta visión que cruzó por mi mente, me llevó unos días atrás en el Camino, cuando conocí a Miguel en la ermita templaria de Eunate. Me llevó hasta el Baphonet que estaba representado en algunos capiteles, y a la disertación que me ofreció Miguel aquel día, sobre los demonios y los siete pecados capitales. Me estremecí al darme cuenta de que, la primera conversación que había tenido con él, había versado sobre demonios, y resolví aparcar el asunto, para cuando estuviera más lúcida para enfrentarlo. Aún así, este descubrimiento provocó que mi estado de ánimo se tornase más inquieto todavía. «¿Me estaré volviendo loca?» –me pregunté, sin querer saber la respuesta.

Cuando dejamos Ponferrada para seguir el Camino, pasamos por delante del castillo de los Templarios, que había sido reformado para deleite de turistas y peregrinos. El día lucía precioso. A esas horas de la mañana había poca gente por la calle. Pregunté a Miguel si sabía qué día era, puesto que en el Camino se vive en un estado fuera del tiempo ordinario. Después de pensar un rato, me dijo que estábamos a martes, 14 de junio. Conté los días que habían transcurrido desde el 22 de mayo, cuando pasé mi primera noche como peregrina en el albergue de Roncesvalles. Sólo habían pasado

23 días, y ni siquiera dos semanas desde la muerte de Monique. Me parecía mentira haber vivido tantas cosas y, sobre todo, que mi idea del mundo y de la vida estuviera cambiando a marchas forzadas. Compartí este sentimiento con Miguel y él me dijo que le pasaba lo mismo, que tenía la misma sensación de estar cambiando todos sus esquemas vitales y, al mismo tiempo, disfrutando de la existencia como nunca lo había hecho.

—En el Camino todo parece posible —me confesó—. Incluso cambiar de vida. Pero tengo miedo de lo que ocurra cuando lleguemos a Santiago.

—No pienses en eso —le supliqué—, aún nos queda una semana, por lo menos... Y ya ves con qué rapidez se desarrollan aquí los acontecimientos. ¡La de cosas que pueden pasar!

—Sí, llevas razón —concluyó con una cálida sonrisa, de esas que me volvían loca.

Después de haber andado el día anterior más de 35 kilómetros desde Rabanal a Ponferrada, apenas si nos enteramos de la etapa de ese día. Sobre todo porque el terreno era llano y se recorría con facilidad y rapidez. A esas alturas del Camino de Santiago, nuestros espaldas se habían acostumbrado al suave peso de las mochilas, y nuestros pies andaban con paso firme y seguro, mientras que el resto del cuerpo y todos nuestros sentidos se sincronizaban con los ritmos de la naturaleza y la be-

lleza de los paisajes. Casi sin darnos cuenta, antes de mediodía, llegamos a Villafranca del Bierzo. Al día siguiente emprenderíamos la subida al mítico O Cebreiro, al encuentro de Galicia, que nos esperaba en las alturas. Lo primero que nos encontramos, a mano izquierda, al entrar en Villafranca, fue la iglesia de Santiago, y su magnífica portada del Perdón.

Según me explicó Miguel, en la Edad Media un Papa concedió un privilegio, mediante el cual los peregrinos que por enfermedad no pudieran continuar su peregrinación a Santiago, obtenían las mismas indulgencias y favores, al pasar por esta puerta, que si hubieran llegado hasta la catedral de Santiago de Compostela, al final del Camino. Yo sugerí que nos alojásemos en el albergue municipal que había un poco antes de esta iglesia, porque me fascinó esta historia de obtener el perdón, antes de terminar la peregrinación.

Una vez instalados en ese albergue, tras los rituales diarios de la ducha, lavar y tender la ropa, nos dedicamos a ver todos los monumentos que nos ofrecía la ciudad, y a callejear por este emblemático lugar del Camino. Villafranca del Bierzo me encantó. Entre mis recuerdos más hermosos figura la cena al aire libre que tomamos en el claustro de San Nicolás, a la luz de las velas, mientras escuchábamos canto gregoriano y contemplábamos el

majestuoso vuelo de las cigüeñas. Yo diría que esa noche Miguel y yo empezamos a sentir el amor entre nosotros. Estoy segura de que este sentimiento llevaba ya un tiempo anidando en nuestros corazones, sin que nos atreviéramos a aceptarlo del todo. Aún percibiéndolo, no dejaba de ser una intuición, más que una certeza. Esa noche, sin embargo, me acosté con la absoluta seguridad de que el amor uniría nuestras vidas. Y aunque Miguel no dijo nada, estoy segura de que él sentía lo mismo.

La subida al Cebreiro les llevó algo más de dos horas. Ni a Rosalía ni a Miguel les resultó tan dura como decían. Quizás porque muchas guías la pintaban como penosa, y estaban preparados para lo peor, ésta no les resultó tan agotadora como pensaban. Sin embargo, no contaban con que la etapa se iniciaba con una caminata por el asfalto, de casi 20 kilómetros, siguiendo el trazado de una carretera nacional. Y esta parte sí les resultó durísima e interminable. Menos mal que esta carretera casi no tenía tráfico, desde que se había construido la autovía. La llegada a Las Herrerías, que marcaba el inicio de la subida al Cebreiro, supuso para ellos un gran alivio.

Ese día iniciaron la ruta muy temprano. Algunos peregrinos dejaron sus mochilas en el alber-

gue de Villafranca para que, por un módico precio, se las subieran en una furgoneta hasta O Cebreiro, pudiendo ellos hacer la etapa sin tener que cargar con el peso de la mochila. Rosalía y Miguel, sin embargo, decidieron hacer el Camino como todos los días, llevando sus mochilas a cuestas.

Durante la jornada apenas si hablaron, más allá de lo relativo a la ruta. Rosalía se encontraba de muy buen humor. Miguel, sin embargo, andaba un poco taciturno. El motivo de mostrarse tan reservado estaba relacionado con los sentimientos que había experimentado hacia ella, durante la noche anterior. Tuvo que reprimirse mucho para no besarla, mientras cenaban en el claustro de San Nicolás. Y no sólo tuvo que aguantarse para no unir sus labios con los de ella, sino que sentía una gran excitación sexual, como nunca había experimentado. Era tan evidente, que incluso llegó a temer que Rosalía se diera cuenta. Por lo que aprovechó la visita de ella a los baños, para meterse de prisa y corriendo en su saco, y fingir que ya estaba dormido cuando ella regresó. Pero no sólo no estaba dormido, sino que tardó mucho tiempo en hacerlo.

Había que estar ciego para no darse cuenta de lo que sentía por Rosalía. Se preguntó si ese deseo sexual, que no podía contener, si esas ganas de estar con ella, si todo lo que sentía en su cuerpo y en su corazón, tendrían que ver con lo que la gente

llamaba amor. Él nunca había estado enamorado, no sabía lo que era eso. Pero, aún sin saberlo, tuvo que reconocer que si lo que sentía por Rosalía no era amor, debía de ser algo muy parecido.

Durante toda la etapa, y en especial mientras subían al Cebreiro, este asunto no dejó de ocupar la mente de Miguel. Ni siquiera durante los kilómetros en los que el ascenso resultaba más duro, consiguió quitárselo de la cabeza. Tampoco le distraían las hermosas vistas que se divisaban conforme iban ascendiendo. Ni el frondoso paisaje que les rodeaba, ni la contemplación del valle, que cada vez se hacía más pequeño mientras subían. Nada consiguió aligerar la carga que Miguel arrastraba en su mente y en su corazón, y que le pesaba mucho más que la mochila. Galicia les esperaba allá arriba, y al entrar en tierras gallegas emprenderían la última parte de su peregrinación.

El momento final se acercaba, y él debía confesarle a Rosalía su condición de sacerdote y la mala experiencia que había tenido durante su último exorcismo. Pensó que, si no era fácil decirle que era cura, aún le resultaba más difícil decirle cual había sido su ocupación. En esos momentos se encontraba muy enfadado consigo mismo. Pensó que debería haber aprovechado la conversación que tuvieron en la Cruz de Ferro, para confesarle todo de una vez. Pero no se había atrevido. Estaba

convencido de que habría sido demasiado para ella y no lo hubiera podido digerir. O quizás hubiera sido demasiado para él. Tampoco se arrepentía del todo, por no habérselo dicho entonces. Era ahora, en esos momentos, cuando estaba seguro de sus sentimientos hacia ella y se encontraba en condiciones de tomar la decisión de abandonar su vida como sacerdote, para emprender una nueva juntos. «Suponiendo que ella quiera, claro» –se dijo a sí mismo–. Esta decisión que internamente acababa de tomar, le provocó un ánimo mucho más ligero que el que había tenido hasta ese momento, y dejó de mostrarse tan lúgubre. Incluso empezó a subir con más agilidad mientras bromeaba con Rosalía, y se reía de lo despacio que ésta caminaba.

Los dos llegaron de buen humor hasta el Cebreiro, y se inscribieron en el albergue, ubicado en un gran caserón. Los alojaron en la parte superior, en la que no había literas, sino dos hileras de camas individuales. El gran dormitorio estaba lleno de peregrinos y, según les comentaron, a partir de ese momento encontrarían el Camino mucho más masificado, ya que miles de personas lo iniciaban en ese punto emblemático, para recorrer solo el tramo gallego. De esta manera, podían conseguir la Compostela; el documento que expedía la Iglesia católica, tras haber recorrido a pie o en bicicleta, los últimos cien kilómetros del Camino antes de

llegar a Santiago.

—¿Y si andas desde Roncesvalles a León, por ejemplo, que son muchos más kilómetros, no te dan la Compostela? —preguntó Rosalía.

—Pues no —respondió Miguel—, sólo te la dan con los últimos cien kilómetros, no por los que hayas caminado antes.

—¡Qué injusto! —protestó ella— ¡Con la Iglesia hemos topado, amigo Sancho!

El comentario hizo reír a Miguel, que estuvo a punto de decir algo sobre las injusticias cometidas por la Iglesia. Pero decidió callarse y posponer la conversión para otro momento más adecuado. No quería meterse en camisa de once varas.

Aunque los dos estaban muy cansados tras la etapa del día, acordaron dar un paseo para disfrutar de ese mítico poblado de la ruta jacobea. Integrado por casas de piedra y pallozas, además contaba en su haber con un legendario milagro, ocurrido en el año 1300. Según se decía, un pastor de una localidad vecina subió a escuchar misa a la ermita del Cebreiro, en plena tempestad. El sacerdote del lugar, un tanto fastidiado, porque era el único fiel que había acudido, le recriminó tanto esfuerzo solo para asistir a una misa. Cuando llegó el momento de la consagración, la hostia sagrada se convirtió en carne, y el vino, en sangre. Se decía que la reina Isabel la Católica, más de un siglo después, trató

de llevarse del Cebreiro el cáliz del milagro. Pero los caballos de su carruaje se negaron a hacerlo, lo que se interpretó como una señal divina para que permaneciera en ese lugar. Miguel y Rosalía pudieron contemplar ese cáliz, una hermosa obra del siglo XII, que todavía se conservaba en la pequeña iglesia de Santa María la Real. La imagen de esta virgen con el niño le gustó mucho a Rosalía.

–Parece tan cercana –dijo a Miguel–, no tiene nada que ver con otras tallas de su época.

Más tarde, comentando el milagro del cáliz, ella criticó la actitud del sacerdote, a lo que Miguel respondió:

–Estaría poco motivado.

–¡Pues que no se hubiera hecho cura! –protestó Rosalía– ¿Acaso el sacerdocio no implica una vocación sagrada? Si no se tiene, lo mejor es dejarlo, ¿no te parece? –preguntó a Miguel.

–Sí claro –balbuceó él, perplejo, mientras notaba cómo le subían los colores a las mejillas.

Continuando con su paseo antes de cenar en el hostel, se detuvieron en el monumento que había a la entrada de la iglesia, en honor del que fuera su párroco, ya fallecido, Elías Valiña. Este sacerdote dedicó parte de su vida a impulsar el Camino de Santiago y fue el artífice de las flechas amarillas que figuran a lo largo de toda la ruta de

las estrellas, para indicar el sendero correcto a los peregrinos y que éstos no se pierdan.

—Este cura sí debía estar motivado, y no el del milagro —comentó Rosalía—, por eso cumplió bien con su cometido y además ayudó a los peregrinos. ¡Este sí que era un cura como Dios manda, y no el otro, al que le fastidiaba decir misa!

Miguel volvió a acoger las palabras de Rosalía, como si fueran dichas expresamente para él. Reflexionó en su interior, que quizás habían sido pronunciadas inocentemente para que él las escuchase. Las interpretó como una señal que le estaba indicando que había llegado ya el momento de hablar con Rosalía. Aún así, pospuso la conversación para el día siguiente, esperando un momento mejor y más íntimo, que el de irse a la cama junto con otros muchos peregrinos.

Esa noche en el Cebreiro, Miguel se durmió enseguida, pero cuando se despertó, con una gran excitación en su órgano sexual, un extraño sueño rondaba por su cabeza. En él, un ser misterioso le regalaba un libro, que se titulaba: «Serpientes». Ese mismo ser, que él no supo identificar, le explicaba que todos los humanos tenían una serpiente enroscada, durmiendo en la base de la columna vertebral, y que su energía era tan potente, que cuando ascendía, y la cabeza de la serpiente tocaba la coronilla del ser humano, esa poderosa energía

podía provocar la iluminación y el conocimiento de los mundos superiores. Pero también le advertía de que, cuando la cola de la serpiente tocaba los órganos sexuales, esa energía provocaba una eyacuación, «como la que tú estás teniendo» —escuchó claramente Miguel una voz en su cabeza, antes de darse cuenta de que tenía mojado el pantalón que usaba de pijama—. Lo más rápido que pudo, aún sin contestar a los buenos días que le estaba dando Rosalía, se fue hacia los aseos de los hombres y se metió bajo la ducha, a pesar de que el agua salía más bien fría.

Cuando tuvieron su mochila preparada, Miguel y Rosalía se pusieron de nuevo en marcha, con la intención de llegar a Triacastela. El día era magnífico. A esas horas todavía no hacía calor, y el paisaje invitaba a la comunión con la primaveral naturaleza, vestida de verde, y a la reflexión interior. Una neblina completaba el mágico escenario. Rosalía se emocionó al llegar a un lugar denominado el Alto de San Roque, donde un gran monumento al peregrino esperaba a todos los caminantes para darles la bienvenida a tierras gallegas, antes de que la ruta discurriera a la derecha por un andadero que los llevaría al final de la etapa.

Esta entrada a Galicia por arriba los llevó hasta el Alto do Poio y Fonfría, para iniciar después el descenso hasta Triacastela. Allí se alojaron

en un refugio de la Xunta gallega, ubicado en un prado a la entrada del pueblo, integrado por varios edificios de piedra, con las ventanas pintadas de azul. No era éste el único albergue, había otros más de propiedad privada. Según pudieron comprobar más tarde Rosalía y Miguel, todos estaban completos porque, tal y como les habían advertido en el Cebreiro, el Camino de Santiago estaba saturado de peregrinos que hacían sólo el tramo de Galicia.

Conforme iban avanzando de forma rápida por la ruta gallega, Miguel iba sintiéndose más inquieto y Rosalía lo notaba muy extraño. A veces le daba la impresión de que, aunque caminase a su lado o cerca de ella, él no se encontraba realmente allí, sino que su mente vagaba por algún lugar al que Rosalía no tenía acceso.

La cantidad de peregrinos que había a lo largo del Camino, incluso en los bares donde paraban durante la ruta y al llegar a los albergues, no favorecía nada la posibilidad de mantener una conversación en la intimidad. Algo que Rosalía estaba echando de menos. Por eso cuando llegaron a Sarria y comprobaron que todos los albergues y pensiones estaban llenos, ella estuvo de acuerdo con la propuesta de Miguel de seguir caminando hasta la antigua ciudad medieval de Portomarín; aunque eso supusiera añadir 22 kilómetros más a la etapa prevista para ese día.

Ambos celebraron con alegría infantil la llegada al mojón en el figuraba el kilómetro 100, que era la distancia que les restaba para llegar a Santiago de Compostela. Por unos instantes se descargaron las mochilas y se abrazaron espontáneamente, felicitándose por haber alcanzado ese mítico punto del Camino.

Su ánimo alegre contagió sus pasos y, caminando con rapidez y agilidad, disfrutaron de la exuberancia de la naturaleza gallega, adentrándose en el laberinto de sus bosques y corredoiras, muy pendientes de las flechas amarillas, para no perderse. Durante la jornada de esa tarde, empezaron a divisar en el paisaje de los pueblos y aldeas que atravesaban, algunos hórreos; una típica construcción gallega de piedra y madera, que se utilizaba para guardar el maíz. La vacas también hicieron acto de presencia durante la ruta.

Después de atravesar un pequeño bosque y de recorrer un largo puente sobre el embalse de Belesar, construido para retener las aguas del río Miño, tuvieron que subir unas escaleras para llegar al centro de Portomarín. En la parte alta del pueblo, cerca de la iglesia de San Nicolás, encontraron un albergue en el que poder alojarse. Ambos estaban exhaustos después de haber andado unos 40 kilómetros ese día. Mientras tomaban un plato combinado en la terraza de un bar, ubicado en la plaza del

pueblo, Rosalía comentó a Miguel que se habían ganado la cena.

—¡Me parece mentira que haya podido andar tantos kilómetros! Recuerdo cómo me cansaba durante los primeros días del Camino.

—Sí, yo también noto la diferencia. Parece que los pies van solos —dijo Miguel.

—¿Pero qué dices? Yo siempre te he visto a ti en buena forma. Nunca te he visto cansado.

—¿Y tú qué sabes —bromeó Miguel—, si yo no te conocía cuando empecé el Camino?

—Es verdad —reflexionó Rosalía—, apenas hace tres semanas que nos conocemos. Si alguien me hubiera dicho que en menos de un mes iba a vivir todo lo que he vivido, no me lo hubiera creído.

—Ni tú, ni yo, ni nadie que esté en su sano juicio —afirmó Miguel—. Está claro que andar por el Camino de Santiago no tiene nada que ver con la vida cotidiana. Aquí se amplifican las experiencias y se pueden vivir muchas más cosas y más intensamente que en ningún otro lugar... y en menos tiempo. Ya me lo decía Mario.

—Por cierto, ¿hace mucho que no hablas con él?

—En realidad hace sólo cuatro o cinco días pero en el Camino ese tiempo podría parecer una eternidad... Es raro que no me haya llamado —añadió, pensativo—, quizás piense que ya soy mayorcito

para tomar mis propias decisiones.

—¿A qué decisiones te refieres? —preguntó Rosalía, con un tono inocente.

Antes de que tuviera tiempo de pensar una respuesta, sonó el teléfono móvil de Miguel. En la pantalla vio que era su amigo el que le llamaba y, muy aliviado por no tener que responder a la pregunta que ella le había hecho, le dijo a Mario:

—Precisamente estábamos hablando de ti.

Antes de salir ese día desde el albergue de Portomarín, Miguel y Rosalía se plantearon si llegaban hasta Melide, con lo que les quedaba por delante 40 kilómetros de etapa, o si se quedaban en Palas de Rei, a 25 kilómetros de donde se encontraban. En la jornada anterior ya habían caminado esa larga distancia, sin que sus piernas se resintieran demasiado.

No obstante, y como cada día del Camino era distinto, acordaron que decidirían sobre la marcha, en función del cansancio y de los alojamientos que hubiera disponibles, porque con la cercanía a Santiago, cada vez era más difícil encontrar plazas libres en los albergues; a pesar de que en ese tramo gallego, había muchos lugares donde pasar la noche. Se notaba que todo el mundo, incluidos ellos, tenía prisa por finalizar la peregrinación.

—Esto se llama «efecto borriquillo» —dijo Rosalía, al comprobar con qué ímpetu iniciaban la etapa numerosos peregrinos.

—¿Cómo dices que se llama? —le preguntó Miguel, divertido.

—«Efecto borriquillo» —repitió ella—, es porque los burros, cuando están llegando al lugar donde los llevan, sobre todo al volver a su cuadra, empiezan a andar mucho más deprisa, como si supieran que ya les queda poco para llegar a su meta.

—Reconozco que, a estas alturas, a mis piernas les pasa como a los burros, que tienen ganas de correr hacia la meta.

—¿Te das cuenta de que tenemos Santiago detrás de la esquina, y que en tres días estaremos allí, entrando a la Catedral, para asistir a la misa del peregrino?

Las palabras de Rosalía hicieron estremecer a Miguel, que notó perfectamente cómo un escalofrío recorría su espina dorsal.

—Sí, me doy cuenta de que este Camino se acaba... pero tengo la certeza interior —añadió con un sonrisa y en tono cariñoso— de que este final es sólo la antesala de un nuevo principio. De hecho, Mario dice que el auténtico Camino empieza cuando has terminado de recorrer la ruta de las estrellas.

—Por cierto, ¿cómo está Mario, qué te dijo anoche?

–Nada importante –mintió Miguel– estuvimos hablando de lo poco que nos quedaba para llegar a Santiago... Ya le he dicho que desde allí nos iremos para Finisterre. ¡Está deseando conocerte! ¿Sabías que Mario empezó a estudiar psicología, antes de hacerse farero?

–Pues no, ¿cómo iba a saberlo? ¡Qué gracia –reflexionó Rosalía– qué cosas tiene la vida, si resulta que somos colegas! Un farero, psicólogo... Interesante –se dijo en voz baja.

Las ganas de avanzar de forma rápida, ante la proximidad de Santiago, se veían potenciadas ese día por la cantidad de asfalto que tenían que recorrer durante la etapa. Los pies, la vista y el espíritu, acostumbrados ya a transitar por los bosques gallegos, por caminos de tierra y por la exuberante vegetación primaveral, parecían tener prisa por realizar esta parte menos atractiva de la ruta, que consideraban de trámite. Miguel, sin alterar su propio ritmo más ligero que el de Rosalía, caminaba por delante y, cada poco tiempo, esperaba a que ella se pusiera a su lado, o a que apareciera por algún recodo del Camino. Mientras, él seguía reflexionando sobre la conversación que había mantenido con Mario, durante la noche anterior en Portomarín.

Lo cierto era que, tras la decisión que había tomado, y comunicado a su amigo, se encontraba algo más relajado y tranquilo. Ya nada ni nadie po-

día cambiar las resoluciones que había adoptado en su interior. Pero necesitaba manejar sus tiempos y sus fuerzas para hablar con Rosalía, de la misma forma que cada mañana caminaba a su ritmo por la ruta de la estrellas, después de cargar con la mochila a su espalda. Él mismo se había otorgado una prórroga, un poco más de tiempo para hablar tranquilamente con ella. Y así se lo había hecho saber a Mario. En su mente, recordó la conversación que ambos habían mantenido.

—Como verás —le dijo Mario—, llevo unos días sin llamarte...

—Sí, ya veo. Le estaba diciendo a Rosalía que quizás habías aceptado que ya soy lo suficientemente mayorcito como para tomar mis propias decisiones —le dijo, mientras se alejaba de la terraza donde cenaban, para que ella no pudiera escuchar la conversación.

—¿Y lo eres, has tomado ya tus propias decisiones? —preguntó Mario, con un tono de escepticismo.

—¡Pues sí señor! Dejaré el sacerdocio, dejaré atrás el pasado, o al menos lo intentaré, y empezaré otra vida junto a Rosalía... si ella me acepta, claro —concluyó de buen humor.

—¡Vaya, me alegro muchísimo, de verdad! No sabes lo que me gusta oírte decir eso... Te felicito. Además, creo que es lo correcto y que no te

vas a arrepentir.

—¡Eso espero! —dijo Miguel—. Lo cierto es que tú llevabas razón, el Camino me ha cambiado. Ya no soy la misma persona que lo empezó. No imaginaba, cuando decidí hacerlo, que iba a aparecer Rosalía ni que me iba a enamorar de ella...

—¿Has dicho enamorar, he oído bien? —le interrumpió Mario.

—Sí, has oído perfectamente —respondió Miguel—. No tengo ninguna duda. Ahora estoy seguro de mis sentimientos hacia ella y de que quiero dejar atrás una vida llena de secretos familiares, de oscuridad y de demonios. Durante los últimos días he experimentado muchos sentimientos y emociones, que no había vivido nunca. Y me han gustado ¿sabes? Creo que me he sentido vivo, por primera vez en mi vida. No niego que también me han asustado... pero no voy a dejarme vencer por el miedo. ¡Dios mío, me doy cuenta de que llevo toda mi vida asustado! —añadió—. Te parecerá una tontería lo que voy a decirte, pero me he dado cuenta de que en la vida sólo hay dos caminos posibles, el del miedo y el del amor. Hasta este momento, yo he transitado toda mi existencia por el camino del miedo... pero ahora quiero instalarme y recorrer el camino del amor.

Mario permaneció en silencio escuchando a Miguel, y no pudo evitar que la emoción se insta-

lase en su pecho mientras oía a su amigo, con una lucidez, una alegría y una determinación, como no le había visto nunca. Ni siquiera cuando ambos eran estudiantes y discutían animadamente sobre lo divino y lo humano. Sintió una oleada de afecto hacia Miguel y deseó, en lo más profundo de su corazón, que fuera feliz junto a Rosalía. Y así se lo hizo saber.

—Muchas gracias por tus buenos deseos... Ahora falta que ella me acepte y acepte mi pasado... porque aún no le he dicho nada.

Mario sintió una sacudida en su interior, y tuvo la tentación de reñir nuevamente a Miguel, pero las palabras que había pronunciado su amigo y la determinación con que lo había hecho, le habían conmovido tanto que en lugar de recriminarle su silencio, se limitó a preguntarle:

—¿Y cuándo piensas hablar con ella?

—Lo haré cuando lleguemos a Santiago. Quiero hacerlo con tranquilidad, utilizando todo el tiempo que necesite... Lo que voy a decirle no es algo que pueda ventilarse en unos minutos en un albergue rodeado de peregrinos. Quiero tener toda su atención, y ahora no se dan las mejores condiciones para ello. Ahora lo único que queremos es llegar ya al final del Camino.

—Ya sabes que el final está en Finisterre, no en Santiago —le recordó Mario.

—¡Pues claro, cómo voy olvidarme!... Agradezco mucho tu ayuda y tus desvelos, a lo largo del Camino —añadió—. No sé qué hubiera hecho sin tus consejos, siempre me han ayudado. Pero ahora es mi turno. Siento que todo a mi alrededor me apoya para que haga las cosas a mi manera y pueda hablar con Rosalía al llegar a Santiago. El Camino me ha dado fuerzas por dentro y creo que todo va a salir bien... No te preocupes —le dijo a su amigo—, te llamaré cuando haya hablado con ella y, espero que nos haga un buen recibimiento cuando lleguemos al faro. Si te llamo diciendo que vamos para allá, es que todo ha ido como yo espero. Tengo que confiar en que sea así. Seguro que Santiago me ayuda. ¡Menudo es el hijo del trueno, mira la que tiene montada con esto del Camino, y eso que no creo que esté enterrado en la Catedral!

Mario se rió de buena gana al escuchar estas últimas palabras de Miguel y le dijo, a modo de despedida:

—¿No ves como tienes que dejar de trabajar para la Iglesia? ¡Por ese comentario que acabas de hacer, la Inquisición te habría quemado!

Recordando la conversación con Mario, Miguel llegó a un lugar que le llamó especialmente la atención. Al volver una curva, durante el descenso del alto de Ligonde, unos metros a la izquierda

del asfalto, había un antiguo cruceiro junto a un hermoso roble centenario. Se descargó la mochila y decidió esperar allí a que llegase Rosalía. Contempló el cruceiro y vio que en los cuatro lados de su base tenía grabados los símbolos de la crucifixión: martillos, una corona de espinas, clavos y una calavera, con dos tibias cruzadas a cada lado. En la parte de arriba, donde se formaba la cruz, había por un lado, una imagen de Jesús crucificado. Por el otro, una mujer embarazada, que llevaba una criatura en el interior de su vientre.

Miguel se sentó junto al roble, y pensó que aquel cruceiro representaba las dos caras inseparables de la misma moneda: la vida y la muerte. Para él fue un símbolo de la muerte que iba a dejar atrás y de la vida que iba a iniciar. El hecho de que esa nueva vida estuviera representada por una mujer embarazada, provocó en él una repentina emoción que hizo que se le saltasen las lágrimas. Fueron sólo unos instantes, pero suficientes para que Miguel se diera cuenta de que el Camino, a través del cruceiro de Lameiros, le estaba hablado con claridad meridiana. Se sintió muy agradecido por esos momentos de lucidez interior, y dio las gracias por intuir sin dudas los pasos que iba a dar en el futuro.

Para Miguel, aquella experiencia en el Camino de Santiago, supuso una confirmación externa de lo que su alma ya sabía en su interior.

Aún estaba conmocionado cuando Rosalía llegó a hasta él. Ella también se descargó la mochila, tomó un poco de agua, y admiró el cruceiro, rodeándolo, y fijándose detenidamente en cada una de las figuras. Sólo comentó que era muy hermoso y se preguntó cuántos peregrinos, como ellos, habrían descansado a la sombra de aquel roble y admirado aquel cruceiro, a lo largo de los siglos. Unos instantes después, con fuerzas renovadas por el breve descanso, ambos emprendieron el Camino en dirección a Palas de Rei, donde debían decidir si continuaban, o se quedaban allí a pasar la noche.

Un par de horas más tarde entraban en la calle principal de este pueblo, buscando un bar donde tomar un bocadillo y una cerveza, antes de continuar hasta Melide. Los dos estuvieron de acuerdo en seguir andando los 15 kilómetros que los separaban de esta localidad, para finalizar allí la etapa de ese día. Aún transcurrieron más de tres horas hasta que llegaron. Coincidieron al comentar que la ruta se les había hecho muy larga y pesada, aunque físicamente hubieran soportado bien el excesivo calor reinante durante ese día. A pesar del cansancio, y después de alojarse en un concurrido y ruidoso albergue, todavía tuvieron fuerzas suficientes para llegar a una conocida pulpería, cuyo nombre figuraba en todas las guías del Camino de Santiago. Allí, rodeados de más peregrinos ruido-

sos, tomaron una impresionante ración de pulpo a la gallega con patatas cocidas, aliñado con aceite y pimentón, y probaron la famosa empanada. Todo ello regado con un buen vino blanco de ribeiro.

Después de cenar, influidos quizás por el alboroto y la alegría de los demás peregrinos, por el sabor de las especias utilizadas para aderezar los alimentos que habían tomado, por el vino, o por la mezcla de todo, tanto Rosalía como Miguel salieron muy animados de la pulpería. Los dos se reían por cualquier comentario del otro, sin ocultar cómo disfrutaban en su mutua compañía. En un momento del camino, cuando ya estaban llegando al albergue, Miguel atrajo hacia sí a Rosalía, y la besó en la boca. Fue un beso suave, apenas si sus labios rozaron los de ella, pero apasionado. A pesar del desconcierto inicial, Rosalía se dejó hacer y no opuso resistencia a aquella espontánea demostración de cariño.

Tras el fugaz beso, ninguno de los dos dijo nada. Se sonrieron y continuaron su paseo hacia el albergue, en silencio, cogidos de la mano. Miguel se sentía muy orgulloso de sí mismo, excitado y feliz de haber tomado la iniciativa de aquel beso. Su corazón aún latía con fuerza y desacompasado cuando llegaron hasta su litera, ubicada en un gran dormitorio atestado de peregrinos. Rosalía, por su parte, se encontraba como en una nube. Le resul-

taba imposible saber si sus pies estaban tocando el suelo, o se trasladaba flotando de un lugar a otro. En ese estado llegó hasta los servicios de las mujeres y, cuando se miró al espejo para lavarse los dientes, no pudo evitar dirigirse a su imagen reflejada con una amplia sonrisa. Al mirarse, se vio muy atractiva. Pensó que estaba realmente guapa, tan morena, con el rostro lleno de pecas por el sol, algo más delgada que cuando empezó el Camino, el pelo, cortado a lo chico, un poco más largo pero, sobre todo, con una mirada mucho más profunda y luminosa.

Rosalía intentó profundizar en el interior de esos ojos que le devolvía el espejo, y le pareció que éstos se habían vuelto más claros y transparentes, conservando el color miel que los caracterizaba. La visión de su rostro la llevó a recordar la primera noche que había pasado en Roncesvalles, antes de iniciar el Camino, cuando conoció a Egeria.

—¡¡Egeria!! —dijo en voz alta, provocando la mirada de otras peregrinas— Mañana tengo que llamarla.

Estaba enjuagándose la boca cuando sonó su teléfono móvil. Le dio un vuelco el corazón al comprobar en la pantalla que era su amiga la que llamaba.

—¡Eres una bruja —le dijo al descolgar—, justo ahora estaba pensando en ti!

–¡Menos mal que ya te has dado cuenta!  
–respondió Egeria de buen humor–, pensé que no te ibas a dar por aludida hasta que no vieras volando con mi escoba... Bueno, peregrina, ¿por donde vais?

–Estamos en Melide –dijo Rosalía, mientras recogía su bolsa de aseo y buscaba un lugar tranquilo para hablar, fuera de los servicios.

–¿En Melide, ya estáis en Melide? ¿Vais participando en alguna maratón, o qué?

–No, no vamos tan rápido, es que cuando entras en Galicia parece que las piernas andan solas y lo único que quieres es llegar a Santiago –se justificó Rosalía.

–Desde luego, dejo de hablar unos días contigo, y echas a correr. Si me descuido no te pillo antes de llegar a Santiago. ¿Cuándo pensáis entonces...?

–Si no pasa nada raro, llegaremos pasado mañana –la interrumpió Rosalía– ¿No te parece emocionante?

–Sí, lo es. Resulta muy emocionante llegar a Santiago, después de haber hecho el Camino desde Roncesvalles. La gente que sólo recorre los últimos 100 kilómetros, para conseguir la Compostela, no sabe lo que se pierde... –dijo Egeria, con un tono de nostalgia en la voz– Pondré esto en mi guía –concluyó con resolución.

—Eso, dime ¿cómo va tu proyecto? —preguntó Rosalía, con interés.

—Va muy bien, estoy muy contenta. Andamos con el asunto de la financiación. Mi jefa quiere que todo le salga gratis, y tengo muchas discusiones con ella... Pero va bien. Es muy posible que para el otoño todo esté dispuesto y yo pueda iniciar otra vez el Camino, pero como trabajo. ¡Qué bien, qué suerte tengo de poder hacer algo creativo que me entusiasma, y encima me paguen por ello!

—Sí, es una suerte —dijo Rosalía con un tono de cierta tristeza—, creo que yo no sé lo que es eso.

—¿Cómo no lo vas a saber, mujer? ¿A que no te atreves a acompañarme en otoño al Camino? —le preguntó Egeria con entusiasmo.

—Por Dios, Egeria, ¿aún no lo he terminado y ya me estás proponiendo que venga otra vez? No digo que no vuelva en algún otro momento, pero entre Camino y Camino habrá que descansar un poco ¿no? Y, además, vete tú a saber dónde estaré yo en otoño. ¡Si no tengo ni idea de lo que va a ser de mi vida! Y, ¿sabes qué te digo?, que me importa un comino.

—Por Dios, apóstol Santiago, ¿qué has hecho con mi controladora amiga? —bromeó Egeria— ¡No me lo puedo creer, eso sí que es una transformación y lo demás son cuentos!

Rosalía celebró la frase de Egeria y ambas

revivieron algunos momentos de la peregrinación, que habían compartido.

Recordaron también a Monique, y no pudieron evitar que se les saltasen las lágrimas al pensar cómo hubiera sido la llegada de las tres a Santiago. Una vez recuperadas de la emoción, Egeria le hizo a Rosalía la pregunta que ella estaba esperando.

—Bueno, cuéntame, ¿qué tal te va con tu caballero andante?

—Pues va muy bien... Está muy cariñoso conmigo y me ha pedido que vayamos juntos a Finisterre cuando lleguemos a Santiago... Eso es lo que te puedo decir —añadió, con timidez.

—¡Pero déjate de monsergas! ¿Os habéis acostado, sí o no? —preguntó Egeria, con su habitual brusquedad.

—Pero ¿cómo me preguntas algo así? —respondió Rosalía— Ya veo que sigues igual. No te andas por las ramas.

—¿Y por qué debía andarme por las ramas? Cuando quiero saber algo lo pregunto así, directamente. Para poner paños calientes ya estáis los demás... ¡Ahora, que si no quieres contestarme...!

—¡Pues claro que quiero contestarte! No hay ningún secreto... y no, no nos hemos acostado, si es eso lo que quieres saber... Pero hoy me ha besado —confesó Rosalía, con tono alegre.

—¡Ah, muy bien! El chico va paso a paso,

sin prisas.

—Claro, como hay que ir —le advirtió Rosalía— ¿acaso no enseña eso el Camino, que cada uno tiene que andar a su ritmo, disfrutando de la ruta...? Pues eso es lo que hacemos.

—¡Pero mira qué sabia se ha vuelto mi pequeña Rosalía!

—¿Cómo que pequeña, olvidas que soy diez años mayor que tú? —le recordó.

—Pues es verdad —respondió Egeria—, lo había olvidado por completo. Como yo soy mucho más madura...

Las dos amigas siguieron un rato de broma, recordando situaciones que habían vivido juntas en el Camino, y presumiendo de cual de ellas las había afrontado con mayor madurez. Al cabo de unos instantes se despidieron.

—Bueno, peregrina, que me alegro mucho de que todo vaya tan bien entre vosotros, a pesar de que a mí me siga pareciendo un tío algo raro.

—Ya te contaré cuando nos veamos. En realidad tiene motivos para esa rareza que detectaste.

—¡Pues cuéntamelo ahora! —le pidió Egeria.

—Ni hablar, ahora me voy a la cama, que mañana tú te levantarás a mediodía, y yo al amanecer. Además, no es el momento. ¡Ya te lo contaré cuando nos veamos! Por cierto, ¿cuándo va a ser eso? Podías hacernos una visita en Finisterre.

—Bueno, ya veremos. Ya te lo diré. Eso sí, te pido que me llames cuando lleguéis a Santiago ¿vale?

—Sí, de acuerdo. Ya te he dicho que, si no pasa nada raro, estaremos allí pasado mañana para asistir a las doce a la misa del peregrino.

Cuando Rosalía regresó al dormitorio del albergue, procuró no hacer ruido al ocupar la cama de debajo de la litera para no despertar a Miguel, que dormía en la parte de arriba, ni a los demás peregrinos que ya habían iniciado su habitual concierto de ronquidos. Alumbrándose con una linterna, se metió dentro de su saco y, mientras se acomodaba y subía la cremallera, vio cómo Miguel asomaba la cabeza y le decía en voz baja:

—¡Cuánto has tardado, temía que te hubiera pasado algo!

—No, es que me ha llamado Egeria, y hemos estado hablando un buen rato —le respondió Rosalía, susurrando.

—¡Ah, vale! Yo también tengo que hablar contigo cuando lleguemos a Santiago —dijo él.

—Podemos hacerlo mañana —sugirió Rosalía.

—No, mejor cuando lleguemos a Santiago...

Buenas noches —le deseó Miguel, volviendo a acomodarse en su saco, dando por finalizada la conversación.

–Buenas noches –le respondió Rosalía, sin poder evitar cierta preocupación.

La penúltima jornada del Camino, antes de llegar a Santiago, les llevaría desde Melide hasta Pedrouzo, a lo largo de 33 kilómetros. Esta era una etapa de las denominadas *rompepiernas*, por las continuas subidas y bajadas que tenían que soportar a lo largo de la ruta. Durante el recorrido, no se atravesaban grandes núcleos urbanos, sino pequeñas aldeas gallegas rodeadas de verdes colinas y frondosos bosques, por los que discurrían pequeños ríos. Antes del amanecer, una marea de peregrinos, entre los que se encontraban Miguel y Rosalía, salieron del albergue con ganas de llegar cuanto antes al fin de la etapa del día, y emprender al siguiente la última jornada que les separaba de la ansiada meta: Santiago de Compostela.

Se notaba en el buen ambiente reinante que el final del Camino estaba cerca. Durante los preparativos de la mochila, antes de salir del albergue, todos los peregrinos coincidieron en sus comentarios. Experimentaban sentimientos encontrados. Por una parte, estaban deseosos de llegar. Por otra, les daba mucha lástima finalizar el Camino. Sobre todo los que llevaban un mes recorriéndolo, como era el caso de Miguel y Rosalía.

Tras dos horas y media de caminata se de-

tuvieron en Ribadiso da Baixo para descansar y reponer fuerzas con un ligero desayuno. Aunque el lugar estaba atestado de peregrinos, consiguieron sentarse en el chiringuito de una playa fluvial, a orillas del río Iso. A los dos les llamó la atención la belleza de aquel sitio, pero coincidieron al pensar que lo hubieran podido disfrutar mejor con menos gente. Rosalía aprovechó el descanso para preguntar a Miguel de qué quería hablarle al llegar a Santiago. Éste le respondió, riéndose:

–Si te lo digo ahora, no puedo decírtelo al llegar a Santiago.

–Sí, tienes razón, pero es que anoche me lo dijiste en un tono que me preocupó. ¿Es algo importante? –le preguntó ella.

–Sí, sí lo es –dijo Miguel, mientras le cogía la mano con cariño y la miraba a los ojos–, pero no tienes que preocuparte ¿vale?

–Si tú lo dices... –afirmó Rosalía, devolviéndole la mirada.

–De verdad, Rosalía, no te preocupes... Es que me parece lo suficientemente importante como para que lo hablemos tranquilamente al llegar a Santiago, sin prisas, sin tanta gente alrededor. No te preocupes, ¿vale? –le rogó Miguel.

–Vale, no me preocupo –dijo ella con una sonrisa, intentando que no se notase su preocupación–, pero, al menos, avánzame de qué se trata.

Miguel se echó a reír con una sonora carcajada, antes de responderle:

—¿No te das por vencida, eh?... Sólo voy a hablarte de mí, de mi vida, de lo que he hecho todos estos años en los que aún no te conocía... Y también de mis sentimientos hacia ti; aunque eso ya lo imaginas —concluyó, acariciándole cariñosamente la mano.

Rosalía notó cómo los colores le subían a la cara, al tiempo que una fuerte sacudida ascendía por su columna vertebral. Respondió a la caricia de Miguel, dándole un beso en la mejilla. El sonrió, mientras la miraba con ternura. Estuvieron así unos instantes, como obnubilados. Un peregrino se acercó hacia ellos y les preguntó si iban a dejar pronto la mesa. Miguel respondió, como saliendo de un sueño:

—Sí, ya nos vamos.

Se levantaron, pagaron la consumición, volvieron a cargar con sus mochilas, y emprendieron de nuevo la ruta. Al pasar por Arzúa compraron agua, frutos secos, algo de fruta y chocolate, para poder reponer fuerzas sobre la marcha, sin necesidad de parar de nuevo. Miguel casi no se separó de Rosalía, durante el resto de la etapa. A veces caminaba a su lado, y otras un poco por delante. Pero iba pendiente de ella, ayudándola cuando había que cruzar algún riachuelo. Por su parte, Ro-

salía experimentaba un sentimiento de profunda sintonía con Miguel. Sin embargo, a pesar de sus palabras tranquilizadoras, no podía evitar una sombra de preocupación, pensando en lo que él le diría cuando llegasen a Santiago.

Cuando entraron al refugio de Arca, en Pedrouzo, comprobaron que ya no había plazas libres. Un letrero en la puerta indicaba que el albergue estaba completo. A pesar de ello, pasaron para preguntar a la hospitalera dónde se podían alojar. Ella les dio referencia de otros sitios, aunque no había mucho donde elegir. Se dirigieron a buscarlos, pero también estaban llenos.

Contrariados y cansados, entraron a uno de los supermercados de la localidad, para ver si allí les podían indicar algún lugar donde pasar la noche. Una mujer, que estaba pagando en la caja, les dijo que podía alojarles en una casa de su propiedad, que estaba vacía, y a que a veces se la dejaba a los peregrinos cuando el albergue estaba lleno; siempre que éstos le inspirasen confianza. «Vosotros parecéis buenas personas», dijo antes de pedir a Miguel y a Rosalía que aguardasen en el supermercado, mientras ella iba a buscar las llaves. Unos minutos después volvió con ellas y los acompañó a un piso que estaba cerca de donde se encontraban. «Esta casa –les dijo– la tengo para cuando vienen mis hijos y mis nietos a verme en verano». Miguel

y Rosalía le agradecieron mucho el alojamiento. La mujer no quiso cobrarles nada, cuando le preguntaron qué le debían. «Nada, nada –respondió ella– hay que dar posada al peregrino. La hospitalidad forma parte del Camino. Eso sí, cuando mañana lleguéis a Santiago y le deis el abrazo al santo, acordaros de pedirle por mí». Rosalía le dijo que así lo harían. Después de indicarles cómo debían conectar el agua caliente y decirles dónde debían dejar las llaves, cuando se fueran al día siguiente, la mujer se marchó, dejándolos solos.

Esta era la primera vez que Miguel y Rosalía estaban solos en una casa, desde que iniciaran juntos el Camino. Aunque no dijeron nada, los dos fueron conscientes de esa circunstancia, y un embarazoso silencio se instaló entre ellos. Fue Miguel el que tomó la iniciativa. Tímidamente, se acercó hasta Rosalía y comenzó a besarla con ternura. Ella se dejó llevar y respondió a sus besos y sus caricias. Momentos antes de que la excitación y el deseo tomaran el control, y se dirigieran juntos al dormitorio, él miró a los ojos a Rosalía y le dijo con ternura:

–Es la primera vez que hago esto, así que tendrás que ayudarme.



Cuando escuché a Miguel decir: «es la primera vez que hago esto», no daba crédito a lo que estaba oyendo. Estuve a punto de decirle que no le creía, pero le miré a los ojos y supe que me decía la verdad. En esos momentos no me paré a pensar si existía alguna razón por la que un hombre, que iba a cumplir 44 años, no hubiera hecho nunca el amor con ninguna mujer.

En esos momentos toda mi atención estaba puesta en sus caricias, su ternura y en el amor que se desprendía de cada uno de los poros de su piel. Con suavidad, muy despacio, como si yo fuera de porcelana, me fue quitando la ropa poco a poco. Yo le ayudaba cuando alguna cremallera se le resistía y también fui quitándole la suya. Los dos nos quedamos desnudos y miramos nuestros cuerpos con curiosidad. El suyo era atlético, delgado, bien

proporcionado, con un poderoso miembro viril en erección. Después de mirarme detenidamente me dijo con voz emocionada que era preciosa. Me abrazó con fuerza, pero con delicadeza, y me llevó hacia la cama de matrimonio que había en el dormitorio. De forma instintiva, sin pensarlo, retiramos la colcha y, como si fuera un experto amante, continuó con sus juegos amorosos, que provocaban en mi una gran excitación. Después me penetró con dulzura e hicimos el amor. Lo hicimos como si lo hubiéramos hecho infinitas veces. Él esparció su semilla en mi interior al mismo tiempo que yo alcanzaba un orgasmo. Fueron unos instantes de éxtasis compartido y de unión. En esos momentos supe lo que era el amor y me di cuenta de que nunca hasta entonces lo había experimentado. Y no sólo eso. También tuve la absoluta certeza de que me estaba quedando embarazada. Aunque nada dije a Miguel.

Al terminar el acto sexual, permanecemos abrazados. Yo no quería romper la magia del momento, y supongo que él tampoco. Me apretó dulcemente contra su pecho y me dijo que me quería con toda su alma. Yo le respondí, muy emocionada, que nunca, hasta ese día había experimentado en mi cuerpo y en mi alma lo que era el amor. Esa noche no hablamos mucho más. En mi mente quedó aplazada sin respuesta una pregunta que me rondaba: ¿Por qué Miguel no había hecho antes el amor con

ninguna otra mujer? La cuestión estaba ahí agazapada, pero no me atreví a plantearla. Intenté responderla por mí misma, pero mi justificación era tan absurda que ni siquiera la tuve en cuenta. Más bien me dejé llevar por una parte de mí que me decía: «Déjalo, no es el momento. Ya le preguntarás mañana, o te lo explicará él mismo».

Esa noche dormimos abrazados. Cuando alguno de los dos cambiaba de postura, el otro también se movía y los cuerpos volvían a acoplarse, como si tuvieran una imperiosa necesidad de permanecer unidos. Como si formasen un solo cuerpo en el que convivían dos energías, masculina y femenina, que se complementaban a la perfección. Lo que yo experimentaba en mi interior era la sensación de haber hallado mi complemento, la mitad que siempre me había faltado. Entre sueños, me pregunté si sería verdad que existía un alma gemela, y si yo la habría encontrado en el mágico Camino de Santiago.

Todavía de noche, me desperté bruscamente al notar que Miguel no estaba a mi lado. Me incorporé y le vi envuelto en una toalla, buscando ropa limpia en su mochila. Al comprobar que me había despertado, se dirigió hacia mí, con una cálida sonrisa, y me besó suavemente en los labios.

—Quería dejarte dormir un poco más —dijo—, pero no mucho. Tienes que levantarte ya si quieres

que lleguemos a la misa del peregrino. El apóstol Santiago espera nuestra llegada desde el Pórtico de la Gloria.

—¡Dios mío, es verdad! —dije desperezándome— no me acordaba de que hoy es nuestra última etapa.

Mientras me duchaba rápidamente, pensé que no necesitaba llegar a Santiago ni a ningún pórtico medieval, porque ya me encontraba en la gloria. Era mi gloria particular y me pregunté: «¿acaso existe otra?» El Camino había finalizado para mí, un día antes de entrar en Santiago. Al menos era lo que yo creía en esos momentos. Luego comprobé que no, que todavía me quedaba una última prueba que superar, antes de terminar la ruta de las estrellas, que tanto estaba cambiando mi vida.

Aún de noche, alumbrándonos con nuestras linternas, Miguel y yo dejamos la casa de Pedrouzo con nostalgia y agradecimiento hacia la mujer que nos la había prestado con tanta generosidad. Comentamos que algún día volveríamos allí para darle las gracias por su hospitalidad. En la calle coincidimos con un gran número de peregrinos que salían desde el albergue y otros alojamientos, con la misma idea que nosotros de llegar a Santiago a tiempo para asistir a la misa del peregrino, que todos los días se oficiaba en la Catedral a las doce de la mañana. Para alcanzar la meta, aún quedaban 20

kilómetros por delante, lo que supondría una caminata de unas cinco horas.

Nada más salir del pueblo, todos los peregrinos, casi en fila india, nos adentramos en una oscura corredeira, en la que destacaba el penetrante olor de los eucaliptos, que ya no nos abandonaría durante los próximos kilómetros, hasta llegar a la localidad de Labacolla, donde se encuentra el aeropuerto de Santiago. A pesar de que la luna estaba en fase menguante, pero muy visible en el cielo, su luz plateada no conseguía penetrar la frondosidad del bosque, y resultaba muy difícil encontrar las flechas amarillas que nos indicaban el camino correcto. Eso sin contar con que algunos peregrinos veteranos, que presumían de conocer bien el Camino, nos equivocaron en una ocasión y todos los que les seguimos tuvimos que volver sobre nuestros pasos hasta encontrar el mojón con la estrella que nos pusiera de nuevo en la buena ruta.

Tras el ascenso a Labacolla, que me resultó muy largo y pesado, pensando ya en la cercanía de la meta, llegamos a San Marcos y enseguida al Monte do Gozo. Toda una leyenda arropaba ese lugar. Se decía que durante la Edad Media, los peregrinos que se dirigían a Santiago, podían ver las torres de la Catedral al llegar a lo alto de esta colina. Entonces lloraban de emoción, rezaban arrodillados y entonaban cánticos, como agradecimiento

por haber concluido sanos y salvos su peregrinación. Miguel me habló de esta leyenda y ambos intentamos ponernos en la piel de los peregrinos medievales para comprender mejor sus sentimientos. Pero no lo logramos. El paisaje en aquella época debió ser muy distinto al que nosotros teníamos delante. Y lo que veíamos en esos momentos invitaba poco a la emoción, más allá de conocer que Santiago estaba ahí, al otro lado, y que solo una hora después podríamos llegar a nuestro destino. De hecho, el Monte do Gozo me decepcionó, al haberse convertido en un lugar turístico, como acreditaban los muchos autobuses que estaban aparcados a las puertas de un enorme centro de acogida. Miguel y yo ni siquiera nos desviamos para ver el montículo donde se encuentra el monumento que recordaba la visita del papa Juan Pablo II a ese lugar, en 1993. Lo que nos apremiaba en esos momentos era llegar cuanto antes a Santiago de Compostela.

A pesar de lo decepcionante que fue la entrada a esta ciudad, pasando por una urbanización, descendiendo por unas escaleras, y cruzando un puente sobre la autovía, nada en esos mágicos instantes finales podía alterar la alegría que experimentaba mi alma. Miguel parecía disfrutar del mismo estado de ánimo que yo. Se le veía exultante, siempre a mi lado, como había permanecido a lo largo de toda la etapa, dirigiéndome cariñosas

miradas y pendiente de cada uno de mis gestos o movimientos. Nunca podré olvidar nuestra entrada a Santiago, cogidos de la mano como dos enamorados, dispuestos a finalizar el Camino y a emprender una nueva vida, más acorde con la transformación que ambos habíamos experimentado durante la peregrinación. Pero no adelantemos acontecimientos.

Me resulta difícil describir la emoción que sentí cuando llegamos a la Porta do Camiño, iniciando el acceso al casco antiguo de la ciudad. En esos momentos volví a tener la certeza de que la semilla que Miguel había depositado dentro de mí la noche anterior, fructificaría a su debido tiempo. La emoción se intensificó aún más cuando llegamos a una plaza, presidida por un cruceiro, desde donde divisamos una de las torres de la Catedral. «Ahí la tenemos», –me dijo Miguel sonriente y emocionado.

Después, me cogió de nuevo la mano y la besó, mirándome a los ojos con una gran alegría reflejada en los suyos. Seguimos andando, entre otros muchos peregrinos que se mostraban igual de alegres que nosotros, hasta llegar a un callejón llamado de las Ánimas, cuyo nombre figuraba en una placa adosada a la pared. Miguel la señaló y me dijo: «Se acabaron las ánimas penando. Se terminó el sufrimiento. Nos dirigimos hacia el Pórtico de la Gloria». Asentí con la cabeza y apretamos el paso hasta la Plaza de Cervantes, calle Azabachería

y Vía Sacra, hasta llegar a la Plaza de la Quintana, donde se divisaba una fachada lateral de la Catedral. Quise detenerme, sin poder dejar de mirar aquellas milenarias piedras que me hablaban desde un remoto pasado. Pero Miguel no me dejó, tiró suavemente de mí hacia delante, y me dijo: «aún no, aún no hemos llegado». Le seguí dócilmente por la Plaza de las Platerías, contemplando la fuente de los caballos marinos y, por fin, llegamos a la Plaza del Obradoiro para que mis ojos contemplaran la grandiosidad de la Catedral de Santiago, en todo su esplendor.

Desde el centro de la Plaza, junto a una concha que había en el suelo, sin poder evitar las lágrimas, los dos nos abrazamos y dimos saltos de alegría, como si fuéramos dos niños emocionados. Yo quería beberme con los ojos toda aquella fachada, llena de imágenes de Santiago, vestido de peregrino, que me contemplaba desde las alturas dándome la bienvenida. Pero aún me aguardaba lo mejor en el interior del templo.

Miguel me tomó de la mano y, casi corriendo, subimos los 33 escalones que separan la plaza del Obradoiro del interior de la Catedral. La puerta principal estaba abierta, como si lo hubieran dispuesto de esta manera especialmente para nosotros. Nada más pasar, una vez que estuvimos dentro, un joven sacerdote la cerró. Y allí, unos pasos

más adelante, se alzaba en toda su magnificencia el Pórtico de la Gloria. Al verlo, quedé impresionada. Una escultura del apóstol Santiago me daba la bienvenida, tras haber recorrido a pie los 800 kilómetros que separaban esta imagen del cruceiro que vi, un mes antes, cuando inicié el Camino de Santiago en Roncesvalles.

Me resulta difícil explicar lo que sentí en aquellos momentos, aunque sé que mi alma no lo olvidará jamás y el recuerdo de esos mágicos instantes me acompañará toda la vida. Mientras contemplaba a Santiago, algo en mí decidió que esa sería para siempre la imagen del apóstol que conservaría en mi recuerdo. Yo lo miraba, con lágrimas en los ojos, y él me miraba a mí... Y me habló desde el parteluz del Pórtico, sereno, portando en su mano izquierda su bastón de maestro, en forma de tau. Me dijo que no era la primera vez que yo realizaba la peregrinación y llegaba a esa Catedral. Que había sido peregrina en otras vidas y él ya me había hablado desde el Pórtico de la Gloria.

Al escuchar esto en mi interior, algo se destapó, y vi muchas imágenes de otros tiempos, en los que yo era una mujer que peregrinaba junto a un hombre, al que identifiqué como Miguel. Rompí a llorar, con gran emoción, mientras por mi cabeza desfilaban momentos que había vivido en el Camino, que acababa de finalizar, como si se tratase de

una película. Con todo lujo de detalles, mi mente reprodujo el encuentro con Egeria en el bosque del Erro, la borrachera que cogimos cuando conocimos a Monique en una taberna de Pamplona. La explicación de Miguel sobre el Baphomet, cuando coincidí con él en Eunáte. Reviví mis momentos de soledad y de dudas a lo largo de la ruta. El dolor que sentí al ver a Monique tirada en el suelo en los Montes de Oca. El inicio del Camino desde Burgos, acompañada solo por Miguel. La conversación que mantuvimos junto a la Cruz de Ferro, la subida al Cebreiro, sus caricias durante la noche anterior, cuando hacíamos el amor.

En esos instantes tuve la confirmación interior de que habíamos concebido a un nuevo ser y le prometí al apóstol que si era un varón, lo llamaríamos Santiago. Me pareció que él me sonreía. Lo más curioso de esta experiencia fue que estos recuerdos ante el Pórtico de la Gloria se desarrollaron todos a la vez. Para mí, ésta fue una vivencia mística, más allá del espacio y del tiempo.

Como otros peregrinos, Miguel y yo hicimos los rituales de rigor en la Catedral. Pusimos nuestra mano derecha y encajamos los dedos en los huecos que había en la columna central del pórtico, erosionada por la presión de las manos de tantos y tantos peregrinos que a lo largo de los siglos habían llegado hasta allí. Después, en la otra cara de la

columna, mirando al altar mayor, nos detuvimos en la que se identifica con la figura del maestro Mateo, constructor del pórtico de la Gloria, al que se conoce como *santo dos croques*. Nos dimos unos pequeños coscorrones en su cabeza de piedra, con la intención de que su inteligencia pasase a nuestras cabezas. Formando parte de una fila de peregrinos, bajamos a la cripta donde dicen que está enterrado el apóstol Santiago, en una urna de plata, y permanecemos en silencio, impregnándonos de la energía de ese sagrado lugar. Por último, haciendo cola de nuevo, subimos para dar el abrazo a la imagen de Santiago, que preside el altar mayor. Cuando me llegó el turno para abrazarle, me acordé de pedir por la mujer que nos había dejado su casa en Pedrouzo, y por el hijo que ya presentía en mis entrañas.

Después de realizar todos estos rituales, Miguel me dijo que debíamos ir a la oficina del peregrino para que nos dieran nuestra Compostela. Salimos de la catedral por la puerta lateral que daba a la Plaza del Obradoiro, llena de peregrinos que se abrazaban y se hacían fotos, felicitándose por haber llegado sanos y salvos al final del Camino. De pronto, Miguel me cogió de la mano y me dijo:

—Ven, vamos a coger una habitación para pasar esta noche en el Hostal de los Reyes Católicos.

—¿No será muy caro? —pregunté, un poco sorprendida por su repentina decisión.

—¡Seguro que sí! —me respondió sonriendo—, pero no importa, yo invito... No se llega todos los días al final del Camino de Santiago.

Con la misma alegría que podrían sentir dos chiquillos al compartir un juego, nos dirigimos al antiguo hospital de peregrinos, ubicado en la misma plaza del Obradoiro, hoy convertido en el parador nacional de Santiago, y pedimos una habitación. Nos dijeron que en esos momentos aún no había ninguna disponible, pero que podíamos inscribirnos y dejar las mochilas. Ellos mismos las llevarían a nuestra habitación, cuando estuviera preparada. Así lo hicimos y, sintiéndonos un poco raros, al no tener que cargar con las mochilas, nos encaminamos hacia la oficina del peregrino, en la rúa do Vilar, muy cerca de la Catedral, para que comprobasen nuestras credenciales y nos dieran la Compostela que acreditaba que habíamos recorrido a pie el Camino de Santiago. Cuando nos disponíamos a subir al primer piso del edificio, alguien me tocó en el hombro y me dijo en voz alta:

—Eh, peregrina ¿dónde vas tan deprisa?

Me volví, un poco desconcertada, y no pude evitar un grito de sorpresa al encontrarme allí a Egeria.

—¡Egeria, qué alegría, no te esperaba! —dije,

mientras daba saltos y me colgaba a su cuello, abrazándola— ¿Qué haces aquí?

—Pues nada, que me ha dado envidia y como me he levantado muy temprano, he cogido un avión y me he plantado en Santiago. ¡Cómo iba a perderme vuestra llegada!

Cuando consiguió desprenderse de mis brazos, Egeria saludó a Miguel y, una vez repuestos de la sorpresa, subimos para recoger las composetas, antes de que se nos hiciera tarde para llegar a la misa del peregrino. También allí nos tocó hacer cola, pues eran muchos los que habían llegado al mismo tiempo que nosotros, para no perderse la misa de las doce. Mientras aguardábamos nuestro turno, intercambiamos comentarios sobre los últimos tramos del Camino y la llegada a Santiago. Yo le conté a Egeria cómo me había decepcionado el Monte do Gozo.

—Supongo —dije— que en la Edad Media todo debía ser muy distinto y entiendo que los peregrinos cayeran de rodillas al llegar allí y ver desde lejos las torres de la Catedral. Pero ahora no te dan ganas de arrodillarte, sino de salir corriendo. Aún así, resulta emocionante.

—Además —añadió Miguel— en aquellos tiempos los peregrinos debieron pasar por muchas penurias y peligros hasta llegar al Monte do Gozo. Recorrer el Camino era mucho más difícil que ahora...

–Bueno, colega –le interrumpió cariñosamente Egeria– ¡ahora tampoco es fácil! ¡Menudo Camino hemos hecho! Sobre todo vosotros, que sois los únicos del grupo que lo habéis terminado... ¡Cuánto me gustaría que estuviera aquí Monique, lo que iba a disfrutar con todo este sarao!; después de preguntar que era un sarao, claro. Aunque eso ya lo sabía, ya nos lo preguntó cuando la conocimos en Pamplona ¿te acuerdas? –dijo, dirigiéndose a mí.

–¡Ya lo creo que me acuerdo, sobre todo de la borrachera que pillaste! –respondí riéndome.

–¿Quién, yoooo? –preguntó Egeria con voz inocente.

La cola para recoger la Compostela avanzaba con lentitud. Egeria miró el reloj y dijo que debíamos estar pronto en la Catedral, porque la misa del peregrino siempre se llenaba y convenía coger sitio para poder disfrutar del vuelo del botafumeiro; ese gran incensario que hacían bailar por encima de las cabezas de los asistentes, aunque no todos los días. Egeria nos explicó que la Iglesia lo ponía por su cuenta en determinadas fechas religiosas, pero que si algún grupo, asociación o peregrino particular quería verlo en funcionamiento, sólo tenía que pagar el precio estipulado y el botafumeiro se ponía en marcha al finalizar la celebración re-

ligiosa. También nos explicó que cada día, durante la misa del peregrino, se leían los nombres de los que habían llegado a Santiago haciendo el Camino, así como sus lugares de origen. En esas estábamos cuando llegó un cura a la oficina del peregrino, y preguntó en voz alta si alguno de los que allí estábamos queríamos leer en la misa. Nadie respondió y, cuando este sacerdote vio a Miguel, se le iluminó el rostro y se dirigió hacia donde nos encontrábamos, con una amplia sonrisa.

—¡Miguel! —gritó con alegría, dándole un abrazo— ¿No me digas que has llegado haciendo el Camino?... Pues no se hable más —añadió sin esperar respuesta— a ti te toca leer en la misa. ¿Quién mejor que tú?

Noté que Miguel se sentía incómodo con la aparición de su amigo y que, por alguna razón, no le hacía gracia la propuesta que éste le estaba haciendo. Aunque intentaba aparentar normalidad, noté que se encontraba muy tenso. Se quedó mudo unos instantes y, finalmente, respondió:

—A lo mejor hay algún otro peregrino que quiere leer... No me gustaría quitarle esa ilusión.

—No creo —insistió el sacerdote—, ya ves que he preguntado y nadie ha dicho nada. Además, creo que tú te mereces ese privilegio... ¡Qué alegría me da verte! Hace mucho que no sabía de ti. ¿Dónde te has metido?

Antes de responderle nada, Miguel nos dijo que iba a la puerta a hablar un momento con su amigo, y que le avisásemos cuando nos tocase el turno para recoger la Compostela. Como le vi un poco alterado, le pregunté:

—¿Te pasa algo?

—No, no —respondió con fingida despreocupación—, es un amigo que también estudió Teología, al que hace mucho tiempo que no veo... Ahora vuelvo.

Egeria también notó algo raro y me preguntó si pasaba algo. Me encogí de hombros y le respondí que no tenía ni idea. Seguimos haciendo cola y me interesé por saber cuánto tiempo iba a quedarse en Santiago.

—Nada de tiempo. Sólo he venido a verte para compartir estos momentos tan importantes de la llegada a Santiago. Esta misma tarde tengo que coger el avión de vuelta a Madrid.

—¡Estás loca! —le dije— ¿Has venido sólo para unas horas?

—¡Pues sí, y me da mucha alegría haber venido!... Pero tampoco es cuestión de fastidiaros el día, haciendo de carabina.

—¿Por eso no te quedas más tiempo? Si es así...

—No, no es por eso —me interrumpió dándome un abrazo—, es por lo que te he dicho. ¡El deber

laboral me reclama! —añadió, poniendo énfasis en sus palabras—. Me largaron con cajas destempladas, y ahora no pueden pasar sin mí, ¿qué te parece?

Iba a responderle, cuando una discusión llamó nuestra atención. Era entre una pareja de jóvenes peregrinos, que nos precedía en la cola, y la mujer que expedía las compostelas. La funcionaria les había preguntado si habían hecho el Camino por motivos religiosos o de otra naturaleza, indicándoles que tenían que reflejarlo en un cuestionario que les entregó. Los dos jóvenes se enfadaron y afirmaron que a nadie le importaba por qué motivos habían hecho el Camino de Santiago. Cada vez más molestos, y levantando más la voz, reclamaban su Compostela, subrayando que habían recorrido a pie los últimos cien kilómetros de la peregrinación, tal y como se podía comprobar en sus respectivas credenciales.

La mujer, por su parte, les repetía que a ella le daba igual cuales fueran sus motivos, pero que necesitaba saberlo para expedirles la Compostela, si es que habían hecho el Camino como búsqueda espiritual y religiosa, denominada por la Iglesia como *pietatis causa*. Y, si no era así, para darles un certificado distinto que confirmaba la finalización del viaje, para los que declaraban haber hecho el Camino por cualquier otro motivo. Ya fuera turístico, deportivo, aventurero, gastronómico, de ocio,

para ligar... Como la discusión estaba en punto muerto, otro funcionario se hizo cargo de seguir expidiendo compostelas, mientras la mujer intentaba razonar con los enfurecidos peregrinos.

Había llegado mi turno y Egeria fue a avisar a Miguel, mientras yo rellenaba el cuestionario. Me pregunté internamente qué motivos había tenido para hacer el Camino de Santiago y, tras dudar unos instantes, decidí poner: «búsqueda espiritual», que era lo que más se ajustaba a lo que había experimentado al andar por la ruta jacobea. Al fin y al cabo, existía una transformación interior que afectaba a mi alma, y unas vivencias externas que iban a cambiar toda mi existencia. De eso estaba segura.

Cuando terminé de rellenar el cuestionario me dieron un papel color hueso, tamaño folio, con una orla en cuya parte superior figuraba el apóstol, ataviado como peregrino y una cruz de Santiago. Los lados estaban ornamentados con hojas de roble y vieiras jacobeanas. En el centro, figuraba mi nombre y una leyenda en latín, así como la fecha del día: 21 de junio de 2011. Entusiasmada con el documento se lo enseñé a Miguel, que ya estaba rellenando su cuestionario. Me fijé que escribía, sin ninguna vacilación, que había hecho la peregrinación por motivos religiosos.

Cuando él recogió su Compostela nos fui-

mos con Egeria hacia la Catedral y Miguel nos contó que iba a leer en la misa, porque así se lo había pedido su amigo. Nos explicó que, por este motivo, tendría que permanecer en el altar mayor, y que nosotras podríamos asistir a la celebración religiosa en unas sillas que habían dispuesto entre el altar y los bancos de los fieles.

—¿De verdad? —le preguntó Egeria, entusiasmada— ¡Menudo lujo, tío!

Al llegar a la Catedral ya no quedaba ningún banco libre, y la gente se sentaba en las bases de las columnas, en el suelo, o donde podía. La iglesia estaba atestada, no cabía un alfiler. No solo había peregrinos, reconocibles por su indumentaria y sus mochilas, sino también turistas que se movían de un lugar para otro sin dejar de hablar en voz alta, a pesar de que, de vez en cuando, alguien por los altavoces recordaba a los asistentes que debían permanecer en silencio.

Miguel nos pidió que esperásemos unos momentos y pasó a la sacristía. Al rato, salió con una monja y ésta nos acompañó hasta el lugar preferente y cerrado por una barandilla dorada, en el que Egeria y yo teníamos reservadas dos sillas de terciopelo rojo. Después de acomodarnos allí, la monja subió con Miguel hasta el altar mayor y le indicó un asiento a la izquierda, colocado detrás del atril donde estaba el libro del que tenía que leer

durante la misa. Mientras él revisaba las lecturas, la monja, que cantaba como los mismísimos ángeles, empezó a ensayar con los fieles diferentes cánticos que se iban a entonar a lo largo de la celebración religiosa.

Egeria estaba encantada con el sitio privilegiado que disfrutábamos para asistir a la misa del peregrino.

—¿Te das cuenta de que estamos aquí, en primera fila, en un lugar que nos han reservado solo para nosotras? —me dijo en voz baja, muy emocionada— ¡No me lo puedo creer!... Esto es un auténtico regalo del Camino, y del señor Santiago.

Asentí con la cabeza. Realmente era emocionante. Me acordé de que cuando me estaba vistiendo esa misma mañana en Pedrouzo, con las prisas por salir, me puse los pantalones al revés. Miguel se dio cuenta y había llamado mi atención sobre ello. Divertida, me los puse del derecho y le dije a Miguel lo que eso significaba: que me iban a hacer algún regalo ese día. Al verme allí, sentada ante el altar mayor de la Catedral, pensé que ése, sin duda, era un magnífico regalo por haber terminado el Camino. Como también lo era la inesperada llegada de Egeria y, sobre todo, el amor de Miguel y ese diminuto embrión que yo presentía en mis entrañas.

—¿Y Miguel? —insistió Egeria— nosotras es-

tamos aquí, en primera fila, ¡pero él va a participar en la misa del peregrino! ¡Menudo privilegio el suyo!... Y también para mí, que ni siquiera he terminado el Camino. ¡Esta es una gran señal para mi proyecto de guía!... Seguro que Monique nos está viendo desde donde esté... ¿Quieres que te confiese una cosa? –me preguntó con picardía.

–Supongo que va a ser imposible que no me lo digas –le respondí en voz baja– ¡no paras de hablar!

–¡Es que estoy tan emocionada! –dijo, con los ojos brillantes.

–Venga, suéltalo ya –le apremié.

–Era una sorpresa pero... total, no importa que lo sepas un poco antes. ¡Soy una bocazas, no me puedo callar!

–¿Quieres decírmelo de una vez? –le pregunté, con impaciencia.

–Por encargo de sus padres, he pagado la tarifa correspondiente para que le dediquen a Monique el vuelo del botafumeiro. Así nuestra amiga verá el incienso desde arriba, y sabrá cómo la echamos de menos.

Sus palabras actuaron como un catalizador para mí. Algo se movió en mi interior y no pude evitar que las lágrimas acudieran a mi ojos. Miguel me miró desde su asiento en el altar, con gesto de preocupación. Yo le sonreí para tranquilizarle, y le

mandé un beso con la mano. Me dio la impresión de que mi gesto le incomodaba, porque enseguida miró hacia un lado y hacia otro, para comprobar si alguien me había visto. Me pregunté qué podía importarle que alguien me viera lanzarle un beso, y esta pregunta removió en mi interior viejas dudas, que ya creía tener superadas. En esos momentos recordé lo que él me había dicho, que tenía que hablar conmigo con tranquilidad, al llegar a Santiago, y me reproché el hecho de haber olvidado esta cuestión, que parecía importante. Egeria también se había dado cuenta de que Miguel no había encajado bien el detalle del beso, y me preguntó, con un gesto de preocupación:

—¿Pasa algo entre Miguel y tú?

Tardé unos instantes, pero finalmente le respondí:

—De momento, lo único que sé es que creo que estoy embarazada... Ya ves que yo también soy una bocazas, y tampoco sé guardar un secreto.

—¿Quéeee? —afirmó Egeria, agrandando los ojos— No puede ser... ¿desde cuándo?

—Desde anoche —dije, sin poder evitar la risa.

—¡Tú estás loca!... Luego me dices a mí. ¿Cómo puedes saber que estás embarazada desde anoche?

—¡No lo sé seguro! Es un presentimiento.

—Rosalía —dijo con solemnidad—, ¡estás como una cabra!

Ninguna de las dos podíamos contener la risa, a pesar de las miradas de reproche que nos dirigía Miguel. Sólo nos mostramos formales, al ver que varios sacerdotes hacían acto de presencia en el altar mayor de la Catedral, para concelebrar la misa del peregrino. Me di cuenta de que uno de los que iba en la comitiva era el sacerdote amigo de Miguel, que habíamos encontrado en la Oficina del Peregrino. Después de que la monja que nos había llevado hasta nuestros sitios reservados intentase, con poco éxito, que los fieles siguieran los cánticos que previamente había estado ensayando, uno de los sacerdotes leyó los nombres de los muchísimos peregrinos que habíamos llegado ese día a Santiago de Compostela.

La celebración de la eucaristía continuó con su ritual y, cuando Miguel se dirigía hacia el atril para leer, el sacerdote amigo suyo cogió el micrófono y dijo que la lectura de la carta del apóstol San Pablo a los Corintios, iba a ser realizada por Miguel Santos.

Yo le sonreí con orgullo, pero la sonrisa se me quedó helada en la boca al escuchar lo que dijo a continuación: «Miguel es sacerdote de la diócesis de Santiago de Compostela, que ha llegado hoy, tras realizar la peregrinación a pie, desde Jaca, por

el camino aragonés y francés».

En medio del impacto que me produjeron estas palabras, escuché la voz de Egeria que me decía:

—¿Te has acostado con un cura?

Miguel se quedó petrificado al escuchar la presentación de su amigo. No contaba con que este antiguo compañero de estudios desvelase su condición de sacerdote. Inmediatamente miró a Rosalía y le hizo un gesto, casi imperceptible, con los ojos, intentando que no se preocupara. Pero la cara de ella denotaba una expresión de sorpresa, apenas disimulada. Por unos momentos se produjo un silencio. Miguel se dio cuenta entonces de que los fieles esperaban sus palabras y se apresuró a leer el texto que correspondía. Mientras leía, no levantó la vista del libro que había en el atril, porque tenía la seguridad de que, si lo hacía y miraba de nuevo a Rosalía, no iba a poder resistirlo y abandonaría el altar mayor, para correr a su lado.

Sólo cuando terminó de leer volvió a mirarla y detectó, sin ninguna duda, el dolor y la incerti-

dumbre que había en la expresión de su rostro, buscando una explicación ante lo que acababa de oír. Él le sonrió con tristeza, intentando que su mirada le transmitiera todo el amor que sentía por ella.

Rosalía, por su parte, seguía paralizada. Su mente estaba confusa y sólo tenía ganas de llorar, de salir corriendo de allí, de huir de la cariñosa mirada de Miguel. Tenía ganas de estar sola y no dejaba de preguntarse por qué él no le había dicho que era cura. Se encontraba tan confusa y se sentía tan herida, que notó cómo iba perdiendo las fuerzas y sus piernas dejaban de sostenerla. Se sentó y, al hacerlo, se derrumbó totalmente. Quería contener las lágrimas, pero éstas se empeñaban en salir al exterior para dar rienda suelta a su dolor.

En lo más profundo de su corazón se preguntó si Miguel le había mentido en algo más. Si cabía la posibilidad de que no la quisiera. Sin embargo, cuando se hacía esta pregunta, algo en su interior le gritaba que él sí la quería, y que no le había mentido con relación a sus sentimientos. Recordó lo que Miguel le había dicho: que al llegar a Santiago tenía que hablar con ella. ¿Era eso lo que quería decirle? —se preguntó—. Levantó la mirada y vio a Miguel, que estaba enfrascado en la lectura del evangelio. Continuó mirándolo y, cuando éste terminó de leer y se dirigió a su asiento, él le dedicó una cálida mirada y le hizo un gesto con la palma

de la mano, que le indicaba que no se precipitase, que no se preocupase.

Egeria, que también se había quedado muda, estaba pendiente de todos los gestos de su amiga y de Miguel. Se sentó junto a Rosalía y le cogió la mano, dándole un cariñoso apretón. Rosalía la miró y Egeria le dedicó una sonrisa. Finalmente, se dirigió a su amiga, en voz baja y le dijo:

—No te preocupes. Seguro que todo se aclara.

—¡Pero me ha mentido! —respondió Rosalía, susurrando y conteniendo el llanto.

—No, no te ha mentido —se apresuró a responderle Egeria con autoridad—, sólo te lo ha ocultado, pero no te ha mentido... Estoy segura de que pensaba decírtelo.

—Me dijo que al llegar a Santiago tenía que hablar conmigo, largo y tendido.

—¿Lo ves?

—¡Pero...

—¡Nada de peros! —le cortó Egeria— No es el momento de hacerse la víctima, ¿vale? Por el amor de Dios, Rosalía, ¿es que no ves la cara de susto que tiene el pobre? ¡Está más asustado que tú! No hay más que verlo para darse cuenta de que está loco por ti, y es incapaz de mentirte. Y eso ahora es lo único importante... Todo lo demás es secundario... ¡*Pecata minuta!*

Estas últimas palabras hicieron sonreír a Ro-

salía y tuvieron un efecto sedante en su ánimo. Un poco más tranquila, levantó la cabeza hacia donde estaba Miguel. Sus miradas se encontraron y él, conteniendo las lágrimas, le dedicó otra sonrisa, que ella respondió tímidamente.

El ritual de la misa del peregrino continuó, como todos los días y, cuando llegó el momento de la comunión, varios sacerdotes cogieron los cálices para ofrecer la sagrada forma a los fieles que habían formado ordenadas colas en el centro y a los lados del altar. El amigo de Miguel le hizo un gesto a éste, ofreciéndole un cáliz, para que ayudase a dar la comunión, pero Miguel le respondió con la mano, rechazando el ofrecimiento.

Una vez finalizada la eucaristía, uno de los sacerdotes informó a los fieles que ese día podrían contemplar el botafumeiro en memoria de la peregrina francesa, Monique Verne, que había iniciado el Camino de Santiago en Le Puy, y había fallecido en los Montes de Oca. Mientras los tiraboleiros, ataviados con sus túnicas granates, colocaban el gran incensario del siglo XIII en las poleas, Miguel abandonó el altar mayor de la Catedral y se dirigió al lugar donde estaban Rosalía y Egeria, sin poder disimular la emoción que le había producido este anuncio. Al llegar allí, abrazó a Rosalía y ésta le devolvió el abrazo, con lágrimas en los ojos. Miguel se situó en medio de las dos amigas, y las co-

gió por los hombros. Unos instantes después, mientras el órgano tocaba el himno al Apóstol Santiago, magistralmente cantado por la monja con voz de ángel, el botafumeiro cogía vuelo hacia un lado y otro del crucero, elevándose alternativamente por la nave que daba a Platerías y volviendo hacia la nave cuya puerta daba a Azabacherías. Fue un momento memorable para los tres, especialmente para Egeria y Rosalía, que recordaron a Monique profundamente emocionadas. Al terminar el vuelo del botafumeiro, los fieles, que no habían parado de hacer fotos con sus cámaras y móviles, estallaron en un gran aplauso de admiración; a pesar de que uno de los sacerdotes había pedido que no aplaudieran, porque aquello no era un espectáculo, sino que formaba parte de la celebración religiosa.

Tras la bendición que marcaba el final de la misa del peregrino, mientras los asistentes se dispersaban de nuevo por la Catedral, Miguel miró a Rosalía de forma tímida e interrogante. Rápidamente intervino Egeria para decir:

—Bueno, chicos, no nos podemos quejar, hemos sido protagonistas, algunos demasiado —dijo mirando a Miguel— de la misa del peregrino... Sé que tendréis muchas cosas que hablar —añadió con autoridad—, pero yo he reservado mesa y un arroz negro para los tres, aquí mismo, en la taberna del Hostal de los Reyes Católicos. Así que, como yo

me tengo que volver enseguida a Madrid, os rogaría que nos fuéramos a comer y después prometo no daros más la lata, y así podréis hablar tranquilamente de vuestras cosas. ¿Vale?

Miguel y Rosalía se miraron y, sin mediar palabra, con un gesto casi imperceptible, estuvieron de acuerdo en seguir los planes de su amiga.

—Vale —le respondió Rosalía.

Los tres salieron de la Catedral por la puerta que daba a la Plaza del Obradoiro, atestada de peregrinos que se hacían fotos y se abrazaban con alegría. El día era magnífico. Un cielo azul, sin ninguna nube en el horizonte, les daba la bienvenida a Santiago.

—Con las prisas por venir, no me he traído cámara de fotos —dijo Egeria—. He encargado que me hagan un vídeo con algunas partes de la misa y el vuelo del botafumeiro, para mandárselo a los padres de Monique, y para que lo tengamos nosotros. Pero no me resisto a que nos hagamos unas fotos aquí, juntos, delante de la Catedral. Así que vamos a comprar una cámara de esas de usar y tirar —propuso.

Los tres se dirigieron a un comercio cercano para que Egeria comprase la cámara de fotos. Después, a petición de Rosalía, entraron a otra tienda junto a la Catedral, de la calle Platerías, y ella compró unas pequeñas conchas de plata. Se colocó una,

y dio otras a Miguel y a Egeria, que también se las colgaron alrededor del cuello. Pagó, y se guardó otras dos conchas, que le habían envuelto para regalo.

—Una es para mi madre —aclaró— y otra para llevársela a Mario, cuando mañana vayamos a Finisterre.

Miguel le agradeció el comentario con una sonrisa. Le acarició cariñosamente la cara, interpretando las palabras de Rosalía como una manera de decirle que estaba dispuesta a seguir con los planes que habían hecho, al margen de lo que él tuviera que contarle.

Como el resto de los peregrinos, Egeria, Miguel y Rosalía se hicieron todas las fotos que pudieron delante de la Catedral, en los escalones que llevaban hacia el Pórtico de la Gloria. En medio de la plaza del Obradoiro, junto a la concha de piedra en el suelo. Tumbados en la Plaza, mirando al cielo, con la cabeza apuntando hacia la fachada barroca del templo. Solos, en pareja, los tres juntos, pidiéndole a otro peregrino que les hiciera la fotografía. Cuando ya no quedaban más fotos en la cámara, se dirigieron a la taberna del Hostal de los Reyes Católicos, donde Egeria había reservado una mesa, y había encargado un arroz negro con sepia.

Durante la comida, fue Egeria la que llevó el peso de la conversación, contándoles cómo había

contactado con los padres de Monique y éstos le habían pedido que pagase al cabildo de la Catedral la tarifa correspondiente para que el día que ellos llegaran a Santiago, hicieran volar el botafumeiro en memoria de su hija.

—¿Y se puede saber cuánto has tenido que pagar? —preguntó Miguel, intrigado.

—Pues sí, no es ningún secreto —respondió Egeria—, he pagado, o mejor dicho, han pagado los padres de Monique, 300 euros. Antes valía 240 euros, pero subieron las tarifas el año pasado, aprovechando que era Año Santo. Si hoy se hubiera celebrado alguna fiesta religiosa destacada, como Santiago, las navidades o festividades así, el cabildo hubiera hecho volar el botafumeiro por su cuenta, y no habríamos tenido que pagar nada... Pero no era el caso. Si no hay ninguna fiesta litúrgica de interés para la Iglesia, si quieres botafumeiro, lo pagas... Lo que pasa es que, como viene tanta gente de instituciones, colegios profesionales, parroquias... el botafumeiro se pone con mucha frecuencia.

La comida y la sobremesa transcurrieron con mucha rapidez, gracias a que Egeria no dejó de hablar en todo el rato, con su habitual espontaneidad. Rosalía y Miguel se lo agradecieron en su interior. Esos momentos que pasaron con ella fueron una especie de tregua para ambos, ante la importante conversación que tenían pendiente. La amena com-

pañía de su amiga sirvió para que los ánimos y las emociones se apaciguasen un poco, después de la inesperada noticia sobre el sacerdocio de Miguel, durante la misa, que había pillado tanto a Rosalía como a él mismo por sorpresa.

Cuando salieron de la taberna se encaminaron hacia el centro de la Plaza del Obradoiro y allí se despidieron de Egeria, para dirigirse hacia el Hostal de los Reyes Católicos, donde habían cogido una habitación, que todavía no habían visto.

—Desde luego —les dijo Egeria—, a esto lo llamo yo terminar el Camino de Santiago por todo lo alto... Con sitio reservado en la Catedral, en primera fila y en el altar mayor, para asistir a la misa del peregrino, habitación en el Hostal de los Reyes Católicos... ¡Vaya lujo! Creo que sois unos enchufados del apóstol... No permitáis que lo que ha unido el Camino y el propio Santiago lo separe la Iglesia ni ningún otro dogma —dijo, con emoción contenida.

Para no alargar más la despedida, Egeria abrazó a Rosalía y, mientras lo hacía, le susurró al oído:

—¡Ni se te ocurra dejar escapar a este hombre! ¿Entendido? Es una buena persona y te quiere, no hay más que verlo.

Rosalía asintió con la cabeza. Egeria abrazó después a Miguel, y le dijo en voz baja:

–Si le haces daño a mi amiga, te las vas a tener que ver conmigo. ¿De acuerdo?

Miguel sonrió y le respondió:

–No te preocupes.

Cuando Egeria desapareció por la rúa Do Franco, Miguel cogió de la mano a Rosalía y, dirigiéndose hacia el Hostal de los Reyes Católicos, le dijo, con cariño:

–Vamos, tengo muchas cosas que contarte.

La habitación que nos habían dado era un verdadero lujo. Muy espaciosa y luminosa, estaba decorada con un estilo clásico y, lo que más llamó nuestra atención, fue que la cama de matrimonio tenía dosel. Estaba ubicada en la primera planta y, para llegar hasta ella, atravesamos corredores que daban a un patio central, con techos abovedados, arcos de piedra y muchos tapices colgados en las paredes. Desde la recepción habían trasladado nuestras mochilas a la habitación, y allí las encontramos cuando llegamos.

Antes de hablar, le pedí a Miguel que me dejara unos momentos para llamar a mis padres y decirles que ya había llegado a Santiago. Desde que había iniciado el Camino en Roncesvalles, no había hablado con ellos, aunque sí les había mandado algunos mensajes al móvil, para comunicarles que

todo iba bien, y que no se preocupasen. En ese momento caí en la cuenta de que ellos no sabían nada de Miguel, ni de todos los cambios que el Camino había operado en mi vida. Tampoco iba a contárselo en ese momento, porque toda mi atención y mi energía estaban puestas en lo que Miguel tuviera que contarme. Ya habría tiempo de que se conocieran. Así que, después de una corta conversación con mi madre, él y yo nos sentamos en la pequeña salita que había en la habitación, y me dispuse a escucharle. Una parte de mí se sentía alterada ante lo que me pudiera contar. Sin embargo, a un nivel más profundo, y para mi sorpresa, estaba tranquila y segura de que no había nada que temer.

–Lo primero que quiero es pedirte perdón por el sobresalto de la misa... yo tampoco me lo esperaba –me dijo.

–Sí, la verdad es que ha sido muy fuerte escuchar de un extraño que eres cura... Porque, lo eres ¿no?... No entiendo muy bien cómo funciona eso. Si uno puede ser cura y al rato siguiente dejar de serlo... ¡No entiendo nada, Miguel! –le dije, mirándolo con angustia.

–Espera, espera –me suplicó él, intentando calmarme–, yo te lo explico todo.

–Adelante –le animé.

–Efectivamente, oficialmente soy sacerdo-

te. Aún lo soy, porque todavía no he presentado mi renuncia al Vaticano... Pero realmente no lo soy, porque hace mucho tiempo que me siento fuera de la Iglesia... Por este motivo, y otras razones que te contaré ahora, es por lo que inicié el Camino de Santiago, para aclarar mi vida y actuar según mi conciencia.

—¿Y te has aclarado? —pregunté, intentando mostrarme comprensiva.

—Sí, me he aclarado. Dejaré de ser sacerdote, presentaré mi renuncia... aunque esto suponga que seré excomulgado.

—¡Aún se excomulga a la gente, no me lo puedo creer! Es un concepto arcaico.

—La estructura sobre la que se asienta la Iglesia católica es arcaica... pero eso no nos interesa ahora —dijo Miguel.

—¿Por qué no me dijiste que eras cura, tan difícil te resultaba decírmelo? —pregunté.

—¡Pues sí, me resultaba muy difícil, porque no sabía cómo ibas a reaccionar! —respondió.

—¿Cómo esperabas que reaccionara? ¿Creías que iba a salir huyendo o que iba a decir, vade retro, Satanás? —bromeé.

—¡Es curioso cómo se ha colado en la conversación! —dijo Miguel, con la mirada perdida, como si estuviera hablando él solo en voz alta.

—Miguel ¿a quién te refieres? —pregunté, mi-

rándole fijamente a los ojos, temiéndome por dónde iba a salir.

—¡Me refiero a Satanás! —respondió, devolviéndome retadoramente la mirada.

—¿Otra vez me vas a hablar de demonios? ¿Qué tienen que ver ellos con nosotros y con que me hayas ocultado que eres cura? —pregunté un tanto molesta.

—Con nosotros no tienen nada que ver, pero conmigo sí, Rosalía... El problema no es que sea cura. El problema es que soy exorcista —dijo, al fin, con tristeza.

—¿Exorcista? —pregunté con un tono de incredulidad— ¡Dios mío, yo creí que sólo existían en las películas! —reflexioné, más para mí misma que para él.

Miguel se levantó de la silla que había frente a la mía, y se dio una vuelta por la habitación, con nerviosismo creciente. Yo estaba tan impactada que no sabía qué decir, ni tampoco alcanzaba a comprender cual era realmente el problema que tanto le preocupaba. Suspiré profundamente, me levanté y fui hacia él, tratando de calmarlo. Le abracé con fuerza, sintiendo un profundo amor. Nos sentamos en la cama.

—Vamos, tranquilízate. Cuéntamelo todo. Estamos aquí en Santiago, junto a la Catedral. No hay nada que temer. Te escucho, ¿qué es lo que te

preocupa? –le pregunté, en tono de súplica- díme-lo, por favor.

Miguel se mostró más tranquilo, suspiró profundamente y, tras dedicarme una sonrisa, me dijo:

–No sé por dónde empezar...

–Pues empieza por el principio –le interrumpí–, yo te escucho.

–El principio ya te lo conté. Cuando estábamos en la Cruz de Ferro y te narré los sucesos que habían marcado mi nacimiento, pensé decirte también que era cura, y todo lo demás... pero no me atreví. No tuve fuerzas.

–Bueno, no importa. No me lo dijiste entonces, pero me lo puedes contar ahora ¿no?

Miguel hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, y continuó hablando.

–Lo cierto es que esos sucesos marcaron toda mi existencia. Ya sabes que mi padre me mintió y me dijo que mi madre había muerto durante el parto, en lugar de decirme que la habían asesinado. Como ya sabes, de esa circunstancia sólo me enteré cuando él me lo contó en su lecho de muerte. A partir de ese momento caí en una gran depresión. Se me juntó todo. Por una parte, me sentí estafado y engañado por mi padre y, por otra, empecé a cuestionarme toda mi vida y mi vocación sacerdotal.

–Entiendo que te sintieras engañado por tu

padre, es normal, porque te engañó. Y eso no tiene vuelta de hoja. Pero ¿qué tiene que ver el engaño sobre tu nacimiento con tu vocación sacerdotal?

—Tiene mucho que ver. Es lo que he ido descubriendo a lo largo del Camino. Me he dado cuenta de que fue mi padre quien me empujó a hacerme sacerdote. Y no sólo eso. Él influyó en mí para que me hiciera exorcista y me enfrentase al demonio que, según me contó después, poseía al hombre que mató a mi madre ante el altar. El urdió todo un plan con respecto a mi futuro, y yo me dejé manipular sin darme cuenta.

—Espera, espera —le pedí con cariño— ¿por qué crees eso? ¿Nunca tuviste vocación de sacerdote?

—No —me respondió, tajante—, ahora me doy cuenta de que nunca la tuve, ni la he tenido, ni la tengo... Y eso lo he comprendido gracias a ti.

—Es posible que ahora no la tengas, pero quizás sí la hayas tenido en otros momentos —le comenté, para que reflexionase sobre sus palabras.

—No —respondió, negando con la cabeza—, estoy seguro.

—¿Ni siquiera cuando estudiabas? —pregunté.

—Cuando estudiaba Teología, ya tenía muchas dudas sobre algunos aspectos de la doctrina de la Iglesia. Entonces fue cuando conocí a Mario, él estudiaba Psicología, y manteníamos animadas

discusiones sobre lo divino y lo humano. Las dudas prosiguieron después de mi ordenación. Sobre todo porque me resultaba difícil conciliar muchas cosas de las que veía y muchos dogmas de los que estudiaba, con el mensaje de amor universal que predicó Jesús.

—Eso me parece bastante normal. Tú eres una persona sensible e inteligente, ¿por qué no lo dejaste entonces?

—Estuve a punto de hacerlo, pero mi padre me convenció de que sólo era una pasajera crisis de fe. Intenté refugiarme en las buenas obras, en ayudar a las personas de mi parroquia... Pero me di cuenta de que no podía ayudarlas porque yo mismo dudaba de todo lo que me movía a ser sacerdote. Cuanto más leía y estudiaba, intentando superar esas supuestas crisis de fe, más me daba cuenta de que la Iglesia de Roma, a la que yo debía obediencia, estaba alejada del espíritu de las enseñanzas de Jesús... Puede que sigas pensando que dejar el sacerdocio entonces hubiera acabado con el problema —afirmó con una mueca de dolor—, pero no era tan fácil.

—No, no creo que lo fuera, te comprendo perfectamente —respondí con convicción—. Es muy difícil romper los esquemas mentales y las estructuras sobre las que hemos construido nuestra vida. No es nada fácil. Te lo digo por mi experiencia pro-

fesional, y por mis propias vivencias. Continúa –le animé.

–La cosa se complicó, aún más, cuando mi padre me convenció para que solicitase la autorización para hacer exorcismos... Yo jamás me hubiera planteado dedicarme a ello, pero una mujer de mi parroquia decía estar endemoniada y, a pesar de las dudas que yo tenía al respecto, y que aún tengo, se me ordenó que le practicase un exorcismo. Después de hacerlo, la mujer se curó y no volvió a tener ningún ataque. Esta victoria sobre el demonio, como decía mi padre, le animó a convencerme para que yo continuase con los exorcismos. Según él ese era mi destino, la razón por la que había nacido.

–¿A esta mujer la trató algún psicólogo o psiquiatra? –pregunté, intrigada.

Miguel sonrió antes de responder:

–Pues claro. Y fue su propio médico quien apuntó la posibilidad del exorcismo. Aunque diagnosticó que no estaba endemoniada, sino que era una sugestión de la mujer, lo recomendó pensando que si ella se convencía de que gracias al exorcismo podía arrojar a los demonios de su cuerpo, se curaría. Como así fue.

–Me parece un poco retorcido y, desde luego, nada profesional –respondí, un poco enfadada.

–No era un mal profesional –le defendió Miguel–, sólo quería ayudar a su paciente, y lo consi-

guió... con mi complicidad, claro.

—No sé, no me parece muy ético por su parte... Y tampoco por la tuya —aclaré.

—En mi caso, y con esto no quiero eximir mi responsabilidad, no hubo ninguna opción. Yo tenía voto de obediencia y desde la jerarquía eclesiástica se me ordenó que hiciera el exorcismo.

—Bueno, no nos desviemos de la cuestión —le dije con una sonrisa—, sigo sin entender cuál es el problema en estos momentos. Lo hecho, hecho está. Ahora ya has decidido dejar de ser exorcista y también cura. Lo que cuenta es el futuro ¿no te parece? —pregunté con tono suplicante.

—Si tú me aceptas, hemos resuelto parte del problema —dijo, mirándome a los ojos con cariño.

—¡Claro que te acepto! ¿Tienes alguna duda? ¿Qué hago aquí contigo, si no? —exclamé, un poco desesperada— ¿Crees que me hubiera acostado ayer contigo, si no te quisiera, si no tuviera intención de permanecer a tu lado y de que emprendamos una nueva vida juntos? No hay nada que desee más en este mundo.

Miguel me besó suavemente en los labios y me abrazó con fuerza. Yo le devolví el abrazo y permanecimos un rato juntos, sin mediar palabra. Pensé que ese abrazo y el silencio expresaban, mejor que ningún sonido que saliera de nuestras bocas, lo que sentíamos el uno por el otro. Para mí, todo

estaba aclarado. No había más que decir. Sin embargo, podía notar cómo Miguel seguía albergando algún tipo de inquietud en su interior. Pasados unos instantes me deshice de su abrazo y, mirándole fijamente a los ojos, le pregunté:

—¿Qué te pasa, Miguel, qué es lo que sigue inquietándote?

Permaneció callado unos momentos, suspiró profundamente y me dijo:

—El demonio. Me inquieta que Satanás siga formando parte de mi vida... de la tuya —añadió con angustia—, que no nos deje nunca en paz.

Me quedé un poco sorprendida por su insistencia y decidí profundizar en el conflicto interno que estaba viviendo Miguel. Sin saber por qué, me vino a la cabeza Rafa, mi joven paciente que se había suicidado. Este recuerdo provocó que algo se moviera en mi interior. Una fuerza un tanto ajena a mis pensamientos, que partía más bien de mi corazón.

Empecé a hablar dulcemente con Miguel, como si él fuera uno de mis pacientes, pero lo hice de una manera distinta a como yo acostumbraba a tratarlos. No le hablé desde un nivel superior. Ni tampoco lo hice como una profesional que sabe que está en lo cierto, y cree que tiene el monopolio de la verdad. Simplemente, me puse en su lugar y desde ahí intenté ayudarlo. Dejé que las palabras

brotaran de mi interior. No las pensé. No quise que mi mente interfiriera en el proceso porque me di cuenta de que lo que Miguel necesitaba no eran ideas que contradijeran sus propias experiencias, sino una mano amiga que se situase a su lado, y le ayudara a atravesar esa oscuridad interna, sin negarla ni despreciarla. En esos momentos, algo dentro de mí decidió que mi luz, por pequeña que fuera, le ayudaría a alumbrar su camino.

—Sabes que soy psicóloga, que tengo una formación científica, pero también humanista... No sé nada de Satanás, ni de ningún otro diablo que pueda actuar externamente, pero he tratado a muchos pacientes y he tenido ocasión de comprobar que sí existen los demonios internos que nos atormentan y nos confunden para no transitar por el camino que nos marca nuestra alma. Esos son nuestros propios demonios, que habitan en nuestra sombra, y que sólo quieren ser reconocidos por nosotros para ponerse de nuestro lado, y no en contra.

Miguel me escuchaba con atención, sin interrumpirme. Yo continué.

—Esos demonios son tendencias que habitan en nuestro interior, y que nosotros negamos. Para ello las relegamos a lo que Jung denominó como la sombra. Desde allí, estas tendencias, como partes nuestras que son, quieren que las reconozcamos e incluso que las amemos. Por eso actúan como lo

haría un niño. Tratan de llamar nuestra atención. Cuando un niño pequeño, un adolescente, o cualquier persona se porta mal, de forma inconsciente está llamando la atención de sus padres o de alguien a quien ama, para que le hagan caso. Porque en el fondo de la naturaleza humana, existe un deseo ancestral de amar y ser amados. De ser aceptados tal y como somos. La literatura y los cuentos han creado muchos personajes con este conflicto. Puede que nos creamos distintos, pero en el fondo todos somos muy parecidos y nos mueven los mismos anhelos y las mismas aspiraciones...

—Entiendo todo lo que me dices y, de alguna manera, lo comparto —me interrumpió—, pero yo he visto al diablo, Rosalía... ¡Lo he visto con mis propios ojos, con los mismos que ahora te estoy mirando a ti! No ha sido ninguna alucinación... Sé lo que he visto —me dijo, con convicción.

—No pongo en duda que lo hayas visto —me apresuré a responderle— y tampoco estoy poniendo en duda su existencia. ¿Quién soy yo para hacerlo? Mires hacia donde mires, existe una representación del mal. El mal existe, no hay duda. Me refiero al Mal con mayúsculas. Un mal que puede, incluso, adoptar forma humana, animal, o vete tú a saber. A lo largo de la historia hemos visto en grabados y en pinturas, distintas representaciones de demonios, que se han grabado en nuestras mentes —insistí—.

Aquello que albergamos en nuestra imaginación, nuestras proyecciones, Miguel, pueden cobrar vida. Todo lo que no aceptamos en nuestro interior, que forma parte de nosotros, lo proyectamos fuera... Y es absolutamente real. ¡Nosotros lo hacemos real y le damos vida en la realidad de este mundo!

—Yo tuve una experiencia muy dramática —me confesó Miguel— haciendo un exorcismo a una joven. Ésta murió. Antes de expirar, el demonio que se había alojado en su cuerpo, y que se identificó como Satanás, me dijo que se llevaría el alma de la joven, porque yo no tenía fuerza suficiente para expulsarlo, debido a mi falta de fe. ¡Fue una experiencia horrible! —gritó Miguel entre sollozos— ¡Horrible! Y la chica murió. No pude salvarla... ¡No pude salvar su alma! ¿Entiendes? —me preguntó con desesperación.

Le acaricié la cabeza y él la inclinó sobre mi pecho. Le besé con la fuerza de todo mi amor en la frente, y le apreté contra mí. Permanecimos así unos instantes. Miguel trataba a duras penas de contener las lágrimas.

—¡Claro que te entiendo, amor mío! Te entiendo perfectamente —le dije, con dulzura—, yo también perdí a un paciente, y me culpé por ello durante mucho tiempo. Ni tú ni yo pudimos salvarlos... pero es que, ¡nadie puede salvar a otra persona! Quizás sólo podamos ayudar a que se salven

ellos mismos. Unas veces lo conseguimos, y nos atribuimos todo el mérito. Otras, no lo conseguimos, y también nos atribuimos el fracaso. Pero, ni en el primer caso hay mérito, ni en el segundo hay fracaso por nuestra parte. Sencillamente, unas veces podemos ayudar, y otras no. Y en ello intervienen muchos factores que nosotros no controlamos.

—Pero tu caso es distinto —intervino Miguel—, tú eras psicóloga, y yo era un sacerdote.

—¡Y qué! ¿acaso un sacerdote no es sólo una persona, como un psicólogo o un bombero? Un bombero, por ejemplo, a veces puede apagar un fuego con los medios que tiene, y a veces, no. A veces salva vidas, y otras no puede. ¿Por qué nos cuesta tanto trabajo aceptar que hay cosas que, sencillamente, no podemos cambiar por mucho que nos empeñemos?

Miguel no me respondió. Permaneció callado unos momentos, como si sopesase mis palabras. Yo no me rendí. No quería hacerlo. Lucharía contra Satanás o contra cualquier otro demonio que perturbase su paz.

—No soy teóloga pero, ¿la palabra Satanás no significa enemigo? —pregunté.

Miguel se quedó mirándome, desconcertado, y sonrió antes de responderme:

—Sí, así es... más que enemigo significa adversario... ¿Cómo lo sabes, adónde quieres llegar?

—preguntó, intrigado.

—Lo sé porque, como te he dicho, he tenido que tratar con muchos demonios internos, y es lógico que haya querido saber algo sobre el enemigo con el que tenía que enfrentarme —respondí—. Y ¿adónde quiero llegar? Pues al punto de partida.

—¿Y cual es ese punto? —preguntó Miguel.

—El punto es que tú llevas luchando con el diablo, mucho antes de hacer exorcismos, él ha sido siempre tu adversario particular. Tus contradicciones internas, con relación a la Iglesia a la que dedicabas tu vida, son las que te han generado tus demonios interiores. Pero como no los admites ni resuelves, los ocultas en tu sombra. Al negarlos en tu interior, ellos se muestran en el exterior, y te llevan a hacer exorcismos.

Miguel me escuchaba con atención.

—Sigue, te escucho —me alentó.

—Según has confesado, fue tu padre el que influyó en ti para que fueras sacerdote. Tu padre creía que un hombre poseído por el diablo —como el asesino escribió en el papel que me enseñaste— había matado a tu madre, e interpretó que tú, por tu nacimiento extraordinario, estabas llamado a luchar algún día contra el maligno y a vencerlo. De ahí que te pusieran por nombre Miguel, como el arcángel que luchó y venció a Lucifer.

—Él me dijo que ese era el nombre que había

elegido mi madre.

—Sí, es posible, por devoción a este arcángel —continuó—. Pero en la mente de tu padre todo encajó para que tú fueras una especie de elegido, que en el futuro debería luchar y vencer a los demonios. Estoy convencida de que, para él, todo formaba parte de un plan... El plan de Dios.

—¿Y tú qué crees? —me preguntó Miguel, cada vez más sereno.

—¿Qué creo? —pregunté acariciándole el pelo— ¡Me lo estás poniendo muy difícil!

—¡Inténtalo!... Por favor.

—Creo que eres tú el que debe decidir lo que quieres ser o hacer con tu vida, siguiendo la orientación de tu alma. Creo que no debería existir ningún padre, ni humano ni divino, que decidiera por ti... ¿Acaso no se nos ha dotado de eso que se llama libre albedrío? ¿No predica eso tu Iglesia?

—Sí, eso predica... Eso y otras muchas cosas que no cumple —respondió con un tono de tristeza en la voz.

—¡Pues allá la Iglesia con sus contradicciones! Tú tienes que resolver las tuyas. Cada uno tiene que enfrentar las suyas, no las de ninguna institución. Ni religiosa, ni política, ni gaitas.

Miguel me sonrió, antes de decirme:

—¡No sabía que fueras tan convincente!

—¡No, no lo soy! Ni siquiera sé de dónde sale

la fuerza que sostiene todo lo que te estoy diciendo. Pero una cosa tengo clara –añadí con convicción– si en el plan de tu alma, de tu conciencia, hubiera figurado que tú tenías que seguir siendo cura, no nos habríamos encontrado en el Camino de Santiago. Ni se habrían producido esas contradicciones internas, cuestionándote el sacerdocio. Y si hubieras alumbrado esas contradicciones con la luz de tu conciencia, no habrían tenido que permanecer en la oscuridad... ni se habrían proyectado en el exterior, en forma de demonios, para que tú los vencieses.

–¡Pero te juro por lo más sagrado, Rosalía, que yo he visto a Satanás con mis propios ojos!

–Y yo te juro también, por lo más sagrado, que Satanás no volverá a molestarnos. Ya lo verás. ¡Confía en mí!

El día del solsticio de verano amaneció cálido y luminoso. Durante la noche y la madrugada, después de la larga conversación que habíamos mantenido, Miguel y yo hicimos el amor más de una vez. De hecho, creo que estuvimos toda la noche amándonos, abrazándonos, acariciándonos, haciendo planes para el futuro. A ratos dormíamos, otros, hablábamos, y otros nos amábamos. Como música de fondo escuchábamos las campanas de la Catedral de Santiago, que estuvieron repicando toda la noche, al dar las horas, y que yo interpreté como un buen augurio.

En algún momento le confesé a Miguel que tenía la sensación de que me había quedado embarazada. Él me apretó suavemente contra su pecho desnudo, y me dijo con un tono cariñoso: «Ojalá, sería un gran regalo del Camino».

Bajamos temprano a desayunar al comedor del Hostal de los Reyes Católicos, al mismo lugar donde lo hacían los peregrinos cuando era un antiguo hospital. Volvimos a subir a nuestra habitación y allí apuramos el tiempo que nos quedaba, antes de que fuera la hora de dejarla. Miguel llamó a Mario, y le dijo que esa misma tarde llegaríamos a Finisterre en autobús. Según me comentó Miguel, Mario se había mostrado muy contento y encantado con nuestra presencia. Le confesó que ya estaba un poco preocupado, esperando la llamada de Miguel que le anunciaría nuestra visita.

Él fue quien le dijo que era el solsticio de verano; una fecha extraordinaria para ver la puesta de sol desde el faro, coincidiendo con este día que representa el ascenso de la luz y el triunfo de ésta sobre la oscuridad. Cuando me lo contó Miguel, nos pareció un buen augurio para nuestra relación y el inicio de nuestra vida en común.

Dejamos nuestro alojamiento a mediodía y nos dedicamos a callejear por el casco antiguo de Santiago, y a comprar la tarta típica, vino, y otros recuerdos. Miguel y yo nos regalamos unos anillos de plata, que llevaban grabadas pequeñas conchas alrededor. Cuando finalizó la misa del peregrino, nos dirigimos a la Catedral y allí, ante la imagen de Santiago en el Pórtico de la Gloria, le puse en el dedo medio de la mano derecha el suyo, y él colocó

el mío en mi dedo. Ninguno de los dos dijo nada. No nos hicimos ninguna promesa de amor, ni nada similar. No hacía ninguna falta. Fue una manera de sellar nuestro amor y de agradecer al Camino el que nos hubiera unido. Hasta ese momento, nunca, en toda mi vida me había sentido tan feliz ni había experimentado tanta alegría de vivir y de compartir mi existencia con otro ser humano. A Miguel se le veía eufórico y, de vez en cuando, me cogía de la mano, me la apretaba contra su pecho, y me decía: «gracias».

Comimos en una taberna del casco viejo, a base de aperitivos gallegos y, como postre, tomamos tarta de Santiago con el café. Compramos otra para llevarla y compartirla con Mario. Después nos trasladamos andando, con nuestras mochilas, a la estación de autobuses. Allí subimos al que nos llevaría a Finisterre. La parte del viaje que más me gustó fue la que discurría por la costa.

Cuando llegamos allí, Mario nos estaba esperando con su coche, para subirnos al faro. Desde la primera vez que lo vi, con su aspecto aniñado y sus ojos claros, supe que nos llevaríamos muy bien, como así está ocurriendo. También me di cuenta de que era un buen amigo para Miguel, y de la gran complicidad y sintonía que existía entre ambos. Mientras los dos se fundían en un cariñoso abrazo, di gracias internamente a Mario, por haber-

se ocupado de su amigo. A partir de ese momento ya no estaría solo.

Cuando llegamos al faro, Miguel y yo nos alojamos en la habitación que había sido suya. Numerosos peregrinos rondaban ya por allí, a la espera de que el sol, como todos los días, fuera engullido por las aguas. Al coincidir la fecha con el solsticio de verano, Mario nos dijo que había aún más gente que cualquier otro día, en aquella época del año.

Yo estaba muy emocionada de poder contemplar la puesta de sol. Pero antes, debíamos desprendernos de alguna prenda o de algo que hubiéramos llevado durante la peregrinación, arrojándola al mar o quemándola. Ese era el símbolo del inicio de una nueva existencia, y el final de todo lo viejo que ya no nos servía. Representaba, ni más ni menos, el ritual de la muerte y el renacimiento que todos los días protagonizaba el Sol, dando lugar a la noche y al despertar de un nuevo día.

Después de habernos instalado, Miguel sacó de su mochila todos los recortes de periódico que tenía guardados, informando sobre los sucesos del asesinato de su madre ante el altar de una iglesia, y su posterior nacimiento en el mismo lugar. Me miró a los ojos, y me preguntó:

—¿Te parece bien que los quemé?

—¡Me parece estupendo...! —le respondí, con una sonrisa— Pero falta uno.

–Sí, aquí está –me dijo, mostrándome el papel que llevaba en un bolsillo el hombre que asesinó a su madre.

Volví a leer lo que ponía: «El demonio me persigue. Lo tengo siempre detrás». Después le pedí:

–¿Me dejas que sea yo quien eche al fuego este papel?

–Claro, todo tuyo –me respondió, poniéndolo en mi mano, y besándome suavemente en los labios.

Miguel, Mario y yo, nos dirigimos a realizar el ritual de purificación y echamos al fuego los amarillentos recortes de periódico, que ardieron casi de inmediato, mientras una oportuna brisa esparcía las cenizas por el aire.

Mario había cogido una cámara de fotos digital, y se dedicó a sacar instantáneas de todo el proceso. Después nos pidió que le acompañásemos hasta donde se encontraba el mojón, con el típico azulejo azul y la estrella amarilla, que indicaba con el número cero, el auténtico final del Camino de Santiago, en aquel lugar conocido como Finisterre, el Fin de la Tierra. Allí nos tomó varias fotos, y luego yo también les hice a ellos.

Después, como el resto de los peregrinos, nos sentamos en las rocas para contemplar, en silencio, el descenso del Sol por el horizonte, y su pe-

netración, poco a poco, en la inmensidad del océano Atlántico. Recuerdo con todo detalle la mezcla de colores, anaranjados y violáceos, que dejó a su paso el astro rey aquel día especial del solsticio de verano. Siempre tengo presente el simbolismo de aquella fecha: el triunfo de la luz sobre las fuerzas de la oscuridad, en su permanente y cíclico ritual de muerte y renacimiento. Porque así es como me sentí ese día, y así me he sentido después. Iluminada y renacida a la vida. Ahora ya con la certeza de que mi vientre alberga un nuevo ser, fruto del amor de sus padres.

Han pasado más de cuatro meses desde aquella fecha y el proceso de mi embarazo supone una gran alegría en nuestras vidas. En una reciente ecografía me han confirmado que esperamos una niña. Miguel y yo hemos decidido que se llamará Eunáte, porque fue en aquella ermita templaria del Camino de Santiago donde nos vimos por primera vez. Y también porque nos gusta el significado de este nombre en euskera: cien puertas. A veces revivo ese momento en mi pensamiento y recuerdo que, cuando entré en la ermita, Miguel estaba allí sentado en la oscuridad, y tuve el impulso de encender las velas que había ante el altar, iluminando la estancia.

De momento, seguimos viviendo en Finisterre, a la espera de que terminen de pintar y arreglar

la casa de Miguel en Noia. Es una casa preciosa para vivir y criar a nuestra hija. Me encanta ese lugar. Decidimos vaciarla por completo, deshacernos de todos los muebles y los recuerdos, y pintarla y amueblarla a nuestro gusto. En la parte de abajo dispondremos de una salita y un despacho, donde yo pasaré mis consultas como psicóloga. Miguel, por su parte, está gestionando la posibilidad de dar clases de Teología, en la Universidad de Santiago, algún día a la semana.

Egeria hizo como que se enfadaba un poco cuando se enteró de que esperábamos una niña, y no íbamos a ponerle su nombre. Pero lo comprendió. Dijo que ella ya había sufrido bastante por llamarse así, y que no había necesidad de que nuestra criatura pasase por el mismo trance. «Además —concluyó—, me gusta más Eunáte». Por cierto, Egeria viene a visitarnos al faro con muchísima frecuencia... O quizás debería decir que, a quien viene a ver es a Mario. Se entienden de maravilla y, yo diría que está surgiendo entre ellos algo más que una buena amistad.

Mis padres están como locos con la posibilidad de ser abuelos. Sobre todo mi madre, que no sé ya cuantas cosas le ha comprado al bebé, aún antes de saber si era niño o niña. Cuando Miguel y yo viajamos a Ávila para que lo conocieran, mi madre se quedó encantada con él, y me dijo por lo bajo:

—Este sí que me gusta.

Sí, a mí también me gusta. Lo amo profundamente y tengo la certeza de que es un sentimiento mutuo. Los días oscuros han quedado atrás, y ningún diablo ha venido a perturbar nuestros sueños. Eso sí, en nuestro dormitorio, junto al arcángel San Miguel, tenemos la figura de un demonio alado. Para que sepa que también a él lo aceptamos en nuestras vidas, y que no necesita intervenir desde el exterior, con malas formas, para llamar nuestra atención.

Al fin y al cabo, como dijo el poeta alemán Rainer María Rilke:

«Temo que si mis demonios me abandonan, mis ángeles también levanten el vuelo».



Esta novela  
se terminó de escribir  
en Albacete,  
el día 21 de marzo  
de 2012



El mágico Camino de Santiago es el escenario en el que se desarrolla esta novela. Los personajes, en algún momento crítico de su existencia, sienten la llamada para recorrer esta ancestral ruta de las estrellas, y comprueban cómo su vida se transforma al ritmo que sus pies van hollando el sagrado sendero.

Rosalía, psicóloga; Miguel, exorcista; Egeria, escritora de guías de viaje, Monique, maestra francesa, y Mario, farero, son los personajes principales que coinciden en este Camino, en una trama que lleva al lector por los parajes internos y externos de una peregrinación que cambia el destino de sus protagonistas.